



Tesis para acceder al grado de Magíster en Psicología Clínica

FISURAS

LA DIMENSIÓN DEL (SIN)SENTIDO Y EL CONSUMO DE PASTA BASE

Montevideo - Uruguay

Abril de 2014

Tesista: Lic. Marcelo Real – C. I.: 3.065.578-8

E-mail: marcelo.real@hotmail.com

Directora de tesis: Prof. Adj. Dra. Andrea Bielli

ÍNDICE

LISTA DE FIGURAS	5
AGRADECIMIENTOS	6
RESUMEN	8
SUMMARY	9
EPÍGRAFES	10
SALIDA	11
PRIIMERA DOSIS: LA BASE	18
1.1 Antecedentes	18
1.1.1. Importancia del tema del consumo de pasta base	18
1.1.2. Punto de partida de la investigación: la práctica clínica	20
1.1.3. Antecedentes de análisis del discurso sobre el consumo de drogas	23
1.1.4. La especificidad del método del análisis del (sin)sentido de las expresiones respecto a las investigaciones cualitativas precedentes	25
1.2. Marco	29
1.2.1. Formulación del problema del (sin)sentido en el consumo de pasta base y su relevancia en el marco de las investigaciones y las prácticas psicoanalíticas	29
1.2.2. El (sin)sentido y las dimensiones del enunciado	31
1.2.2.a. Designación	34

1.2.2.b. Manifestación	36
1.2.2.c. Significación	36
1.2.2.d. Expresión	37
1.2.3. Del círculo del enunciado a la superficie del (sin)sentido	40
1.3. Que método	44
1.3.1. Método clínico-psicoanalítico de investigación	44
1.3.2. Descripción del lugar: el Portal Amarillo	46
1.3.3. Características del proceso de investigación	47
1.3.4. Otros materiales del corpus	52
1.3.5. Análisis cualitativo, semiótico y discursivo	52
1.3.5.a. Los apelativos, las relaciones y los acontecimientos singulares	57
1.3.5.b. La construcción de las series	58
1.3.5.c. La descripción de las paradojas y el elemento paradójico	59
SEGUNDA DOSIS: FISURADOS	62
2.1. Lágrimas	62
2.2. Un pire	72
2.3. Persecuta	92
TERCERA DOSIS: PRODUCTOS	98
3.1. La doble estructura de la fisura	98
3.2. El álgebra de la necesidad	104

3.3. <i>Bicho mal</i>	108
3.4. <i>Un tiempo duro</i>	116
3.5. <i>Viajes</i>	120
3.6. <i>La épica del consumidor</i>	124
3.7. <i>Erotismo “roto”</i>	127
3.8. <i>Las repeticiones, las series y el elemento paradójico (precursor sombrío)</i>	133
3.9. <i>Paradojas del consumo de pasta base</i>	137
3.9.1. <i>Del remedio y el veneno</i>	141
3.9.2. <i>De lo visible y lo enunciable</i>	142
3.9.3. <i>Del mentiroso</i>	143
3.9.4. <i>Del más y el menos</i>	143
3.9.5. <i>Del consumidor consumido</i>	144
3.9.6. <i>De lo activo y lo pasivo</i>	145
3.9.7. <i>De la persecución</i>	146
3.9.8. <i>De la ley y la transgresión</i>	147
3.10. <i>Rescatarse</i>	148
SALIDA II	153
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	165
GLOSARIO	182

LISTA DE FIGURAS

1. Figuras censales según prevalencia vida pasta base (Montevideo)	19
2. Cuadro sobre las dimensiones, las relaciones y los criterios del enunciado	40
3. Circularidad de las dimensiones del enunciado	42
4. Círculo del enunciado	42
5. Banda de Moebius	43
6. Topología del sentido de “embicharse”	112

AGRADECIMIENTOS

A la tutora de esta tesis, la Dra. Andrea Bielli, por su disposición, su respeto, sus indicaciones y su meticulosa lectura.

A la Dra. Ana Hounie por brindarme la posibilidad de integrarme al Programa “Clínica Psicoanalítica y Fronteras Disciplinarias” y a los estudiantes del seminario de profundización del curso de psicoanálisis de Tercer Ciclo con quienes estuve compartiendo y discutiendo los avances de esta investigación.

A quienes han sido lectores del proyecto de investigación y/o compañeros de ruta de posgrado: Alba Fernández, Pablo Fidacaro, Sebastián Lema, Lis Pérez y Alejandro Vásquez.

A quienes me han acompañado en distintos espacios y tramos de la reflexión y han sido interlocutores de este trabajo: los psicoanalistas Ginnette Barrantes, Raquel Capurro, Alejandro Ojeda y Gonzalo Percovich.

A los organizadores de las Jornadas de la *école lacanienne de psychanalyse* “En el cristal de la lengua” y al comité editorial de la *Revista de Psicoanálisis* *Ñácate* por invitarme a presentar y publicar en el 2010 y 2011 respectivamente sobre el tema de esta tesis; a los organizadores del Segundo Encuentro Rioplatense de Psicopedagogía y Educación y de la Mesa de Trabajo “Comunidad y Psicoanálisis” del 7º Foro Latinoamericano “Memoria e identidad” ambos organizado por el Centro Interdisciplinario Signo, por invitarme también a presentar y publicar sobre este tema en el 2010; y a los integrantes del Espacio Lacaniano en Montevideo por invitarme a exponer sobre este tema en el cierre de sus actividades en el año 2012.

A los integrantes de los grupos de estudio e investigación que de forma particular he coordinado en últimos años, donde he madurado gran parte de las ideas que aquí desarrollo.

A aquellos de quienes he aprendido personalmente o a través de la lectura de sus textos -tomándolos como ejemplos o como contraejemplos- por dónde avanzar y por dónde no, en este campo.

A mis compañeros de trabajo y a los usuarios y familiares de los centros de atención de consumidores de drogas en los que me he desempeñado de forma sucesiva desde el 2005.

A aquellos consumidores de drogas que me han demandado un análisis.

Al equipo de trabajo del Portal Amarillo, en particular a los integrantes del equipo del Centro diurno, por haberme recibido con interés y calidez durante el trabajo de campo, y a los usuarios de dicho centro que participaron en esta investigación.

RESUMEN

Este estudio cualitativo pretende explorar la dimensión del (sin)sentido en las expresiones de consultantes por consumo de pasta base de cocaína, así como su papel en el psicoanálisis de los mismos, con el objeto de ofrecer una propuesta metodológica de investigación de esta dimensión poco explorada en su abordaje clínico.

A partir del material clínico recabado en entrevistas psicoanalíticas se sustenta la tesis de que en la ingesta de pasta base no sólo están en juego efectos orgánicos y psicológicos sino también efectos de sentido.

Se emplea el método psicoanalítico siguiendo los planteos de Lacan y los aportes de Deleuze acerca de la lógica del sentido, para estudiar a la letra enunciados extraídos tanto de fragmentos de entrevistas, sin plan preconcebido y de duración variable, que se realizaron durante cuatro meses a razón de una o dos veces por semana a dos consumidores de pasta base usuarios del centro estatal de tratamiento y rehabilitación Portal Amarillo, como de la novela testimonial de un consumidor de paco.

Este trabajo muestra que la naturaleza semiótica del consumo de drogas, en particular del “consumo problemático” de pasta base, tiene una lógica del orden del (sin)sentido. Asimismo, que investigando dicha lógica, se puede operar con ella en las investigaciones y los análisis de consultantes consumidores de pasta base.

Se proponen intervenciones posibles en las estrategias de abordaje clínico de estos consumidores como vía de reconstitución de la dimensión del (sin)sentido cuando ésta se ha perdido, que atienden al argot con que se relatan las experiencias de consumo.

Los resultados señalan una lógica paradójica y un erotismo particular presentes en el consumo que van a contrapelo del sentido común, así como el campo persecutorio en el que se inscribe esta experiencia y que sitúa de manera singular la cuestión de los lazos sociales en las condiciones de “consumo problemático”.

Palabras clave: pasta base de cocaína – drogas - psicoanálisis – lógica del sentido - sinsentido

SUMMARY

Title: *'Fisuras'. The dimension of (non)sense and cocaine paste use*

This qualitative study explores the dimension of (non)sense present in the expressions of cocaine base paste users and the role that they play in the psychoanalysis of such individuals. The aim is to suggest a research method for this dimension, which has received little clinical attention.

The insights gained from psychoanalytic interviews supports the hypothesis that in cocaine paste use there are not only organic and psychological effects at play, but also effects of sense.

The psychoanalytic method is used, following Lacan's doctrine and Deleuze's contributions in terms of the logic of sense. Literal expressions extracted from open interviews of variable duration are analysed. Clinical interviews with two cocaine paste users took place over a 4-month period, once or twice a week, within the framework of 'Portal Amarillo', a governmental organisation for the treatment and rehabilitation of drug users. At the same time, the experiences of a cocaine paste user as contained in their biographical novel are analysed using the same method.

This study shows that the semiotic nature of drug use, particularly cocaine paste 'problematic use', does have a logic of (non)sense which can be applied by the therapist when investigating and dealing with these individuals.

Possible therapeutic interventions, which integrate the slang used to describe experiences of drug use, are suggested for the clinical management of these patients, providing the means of rebuilding the dimension of (non)sense when such dimension has been lost.

The results point to a paradoxical logic and a peculiar eroticism in cocaine paste use, contradicting commonsense. They also reveal the persecutory elements in which this situation is experienced and how, in case of a 'problematic use', it affects the patient's social links in a particular way.

Key words: cocaine base paste – drugs - psychoanalysis – logic of sense - nonsense

EPÍGRAFES

“Si hay algo que el psicoanálisis está hecho para hacer resaltar, para poner de relieve, eso no es ciertamente el sentido -en el sentido en efecto en que las cosas producen sentido, donde se cree comunicar un sentido- sino justamente marcar en qué fundamentos radicales de sinsentido [*non-sens*] y en qué sitios existen los sinsentidos decisivos sobre los que se funda la existencia de cierto número de cosas que se llaman los hechos subjetivos”.

Lacan (1967)

[...] el psicoanálisis en general la ciencia de los acontecimientos: con la condición de que no se trate el acontecimiento como algo a lo que hay que buscar y desprender el sentido, ya que el acontecimiento es el sentido mismo, en tanto que se desprende o se distingue de los estados de cosas que lo producen y en los que se efectúa. Sobre los estados de cosas y su profundidad, sus mezclas, sus acciones y pasiones, el psicoanálisis arroja la luz más viva; pero para captar la emergencia de lo que resulta de ellas, el acontecimiento de otra naturaleza, como efecto de superficie.

[...] La lógica del sentido está necesariamente determinada a plantear entre el sentido y el sinsentido un tipo original de relación intrínseca, un modo de copresencia, que por el momento sólo podemos sugerir tratando el sinsentido como una palabra que dice su propio sentido.

[...] El sinsentido es lo que no tiene sentido, y a la vez lo que, como tal, se opone a la ausencia de sentido efectuando la donación de sentido. Esto es lo que hay que entender por *non-sense*”.

Deleuze (1969)

[...] hay una relación, no obstante, entre lo que causa los acontecimientos y el campo en el cual se inserta el acto psicoanalítico, de suerte que, hasta el presente se puede decir que es, sin duda, en razón de alguna deficiencia del interés al nivel de este acto, que los psicoanalistas no se han revelado muy dispuestos ni disponibles para dar incluso alguna señal de haber captado, aunque fuera de manera superficial, estos acontecimientos.

[...] Es al nivel del Otro, que aquellos que se esfuerzan, podrán situar lo que, en el libro de Deleuze, se intitula, con un rigor y una corrección admirables, de forma clara, y de acuerdo con todo lo que el pensamiento moderno de los lógicos permite definir eso que se llama acontecimientos...”.

Lacan (1969)

SALIDA

Esta tesis no pretende más que ser un trabajo exploratorio. En primer lugar, porque pensar la cuestión del consumo de drogas y de las adicciones, en particular a la pasta base, es algo bastante reciente. A cada época, sus problemas. Pero principalmente porque hacerlo desde el campo freudiano a la luz de lo que aquí llamo la “lógica del (sin)sentido”, según tengo conocimiento, es algo inédito.

Por eso, comenzaré por decir que el estudio del consumo de pasta base no es la única razón de ser de esta exploración. Esta tesis está atravesada por la búsqueda de aportes en distintas áreas tanto a nivel del contenido expresado en la tesis como a nivel de la forma en que se aspira a expresarlo. Reconozco así que condensa una quíntuple problemática -queda librado al lector seleccionar la que mejor le convenga o incluso adicionar otras que identifique.

De los cinco planos de problematización que puedo distinguir, entonces, comienzo por el plano del tema de investigación: ¿qué indagar y de qué modo? O sea, la cuestión del (sin)sentido en el consumo problemático de drogas, en particular, de pasta base y específicamente en relación al argot de los consumidores –el cual está asociado a lo que, en nuestro medio, es conocido como la “lengua **plancha**”¹- y que aquí prefiero nominar “lengua de la **fisura**”. Respecto al plano del método de investigación: ¿mediante qué procedimientos y cómo interpretar los datos? Se trata de la introducción de lo que aquí nombro “análisis del (sin)sentido” en el diseño cualitativo y el análisis discursivo. En tercer lugar, el plano del método clínico: ¿en qué dirección y cómo intervenir? La introducción del análisis del (sin)sentido en el abordaje de consultantes por consumo de pasta base a los efectos de contribuir a lo que aquí llamo “semiología de la fisura”. Luego, el plano de la elaboración del caso cualitativo: ¿qué y cómo escribir sobre la clínica? La consideración de la dimensión del (sin)sentido a la hora de construir una presentación del material clínico que convenga al asunto estudiado. *Last but not least*, el plano de la escritura de la tesis: ¿qué recorte hacer y cómo presentarlo? La consideración del (sin)sentido en el estilo de escritura y en la organización del texto.

¹ El término “jerga” parece tener una connotación peyorativa, mientras que el de argot está más difundido y aceptado en la bibliografía especializada (Santamaría Pérez, 2007). Por las expresiones que aparecen de aquí en adelante en negritas, ver “glosario”. En el mismo, se pueden encontrar expresiones del lenguaje coloquial utilizado, en general, por adolescentes y jóvenes que no necesariamente son propias de los consumidores, otras por ciertos estratos sociales “marginales” o tribus urbanas como los “planchas”, pero que se ha decidido incluir teniendo en cuenta que el lector –principalmente si es extranjero- pueda no estar familiarizado con ellas.

He tenido como propósito dejar abierto el texto a diferentes lecturas, a diferentes sentidos, pues desde el momento que planifiqué escribir sobre el tema en cuestión, se me fueron presentando varias interrogantes a la vez sobre las cuestiones mencionadas. Se podría llegar a pensar que, por ejemplo, estudiar el consumo de pasta base ha sido, entonces, una mera excusa para presentar, por ejemplo, un método de análisis de los enunciados, que sería el verdadero objeto de estudio, lo verdaderamente importante. Pero esta tesis no se decide por ninguno de los planos, sino que afirma la importancia de todos al mismo tiempo en sus “formas” y “sustancias” de “contenido” y “expresión” (Hjelmslev, 1971).

Me inclino a pensar al analista como aquel que, sin atarse a las formas acostumbradas, forja su propio análisis, su propia escritura también. Sin modelo a seguir, cada analista, cada análisis, debe inventar su propio lenguaje, su propia expresión, pues cada psicoanálisis crea también por sí mismo su propia lengua, sus propios códigos. Ninguna receta técnica puede reemplazar la continua reflexión sobre la práctica. Y, en tanto investigador, en cada escrito, cada analista crea su propia forma, pues sólo él o ella son quienes pueden escribir eso así.

Así también, cada tesis crea por sí misma sus propias reglas de formación y escritura. Pues la forma no cumple una función meramente ornamental sin proporcionar ninguna nueva información sobre la realidad; por el contrario, tiene un valor cognoscitivo, principalmente al introducir nuevas formas de pensar. Pues no se trata sólo de relatar una experiencia (contenido), sino del modo en que se hace (expresión). La forma de expresión es inseparable de su contenido, ambos se reclaman mutuamente. Ya se tratará este asunto más adelante, pero por ahora diré que mientras que la significación está en el contenido, el sentido –del cual se ocupará esta tesis- centellea en la expresión.

De este modo, se me impuso cierta forma que, a mi juicio, atañe a la propuesta de abordaje del tema y que implicó, por ejemplo, retomar expresiones del argot o lengua de la fisura que los consumidores utilizan. Me ha resultado necesario también apelar a categorías analíticas semióticas y filosóficas de una lengua extraña a la psicología clínica y, por momentos, incluso al psicoanálisis, pues entiendo que no es por utilizar una lengua común o determinada jerga que se sostiene un análisis. Incluso aunque a veces utilice las mismas palabras, puede que sea para incluirlas en un sistema de expresiones diverso, por lo cual no es raro que se produzcan otros sentidos.

Siempre es difícil para un analista tomar decisiones de cómo presentar el material clínico. Para el primero, Freud, la opción fue redactar historiales mayormente de sus propios

pacientes; le fue necesario hacerlo para indicar el camino que estaba inaugurando. Pero si bien entiendo que al ser el consumo de pasta base un asunto relativamente reciente, y que podría ser de gran utilidad un estudio clínico en profundidad que hasta ahora no existe, no ha sido esa la forma en que he ordenado el material clínico extraído de las entrevistas clínico-psicoanalíticas que mantuve con dos usuarios del Portal Amarillo -de quienes he obtenido su consentimiento antes de comenzar a entrevistarlos para utilizar y publicar el material resultante de esta investigación. En primer lugar, porque los tiempos de la pasantía que realicé en el Portal Amarillo, es decir, del trabajo de campo, eran limitados. Pero además, y esto al principio sólo he podido formularlo de forma intuitiva, porque creo que hay algo de esa forma de presentar el material que, al menos en esta oportunidad, para mí no corre; quizá porque es una forma ya bastante recorrida por otros investigadores, quizá porque al carecer de cierta perspectiva histórica no haya suficientes documentos para fabricar un caso desde un enfoque longitudinal, o tal vez porque simplemente no sentí que fuera esa la disposición que convenía a la hora de emprender este ejercicio. En fin, cuando pensé en investigar el tema, no es la vía en que me imaginé haciéndolo, aún sin saber muy bien por cuál otra alternativa iba a decidirme. Tratando de ser congruente con la singularidad del material que la ocupa, una tesis crea la forma que se ajusta a dicho material: la forma de organización de esta tesis no podía ser trazada, pues, según esquemas preconcebidos, sino que debía resultar del material. Tampoco estuvo planificada de antemano, se fue dando a medida que revisaba el material y avanzaba en el análisis.

Así, en los últimos meses este trabajo ha sufrido muchas relecturas, recortes y reordenamientos. Por ello, no hay que tomar este trabajo como definitivo y absoluto, sino como parte de un recorrido que ha modificado al investigador. Así, en el proceso de producción de esta tesis, su escritor ha realizado un pasaje por diversas fases: ciertos desvelamientos y develamientos, avances y retrocesos, ciertos estancamientos, estados en blanco, callejones sin salida, suspensiones, ciertas desorientaciones, reanudaciones, simulaciones, pesadillas, viajes, silencios, devoraciones, fugas de ideas, vacilaciones, precipitaciones, desenfrenos y excesos que desbordan claramente todo requerimiento formal. De allí, su valor heurístico.

Se puede decir que un analista es alguien verdaderamente insoportable. Pues se le da por escribir sobre lo insoportable de la vida -es eso mismo lo que se juega en su práctica en transferencia. Pero, ¿desde qué posición ética escribir sobre esta dimensión terrible de la vida? Al menos aquí, desde cierta fisura imponderable: una herida imperceptible, una experiencia terrible, las propias inhibiciones y compulsiones, los propios síntomas –incluido el de la

escritura-, las propias angustias, caídas y recaídas. Uno escribe sobre los escombros de un mundo devastado a partir de formas de arruinarse que en algún momento no le han sido ajenas. Pues para el analista resulta decisivo ir al encuentro de la propia fisura que lo constituye, ya sea en el ejercicio de su praxis, soportando la angustia que causan los agujeros en el saber (Hounie, 2013), al no comprender de qué está hablando quien le demanda un análisis como en su propio análisis, es decir, como analizante, haciendo otra cosa con las fisuras que lo marcan. Probablemente la escucha devenga analítica cada vez que uno haya atravesado cierta fisura, o se haya dejado atravesar por ella o, mejor aún, haya sido arrastrado por ella.

Ahora bien, ello no significa que la mentada fisura –extraigo del argot de los consumidores de drogas esta expresión que entiendo próxima a la de “locura”- sea de tipo adictivo, mucho menos que ese tipo sea condición para hablar de la fisura de los llamados “adictos”. Debo explicarme: así como algunos lógicos han planteado que quien no probó queso en su vida jamás podrá entender la palabra “queso”, hay quienes piensan que nadie puede comprender mejor a los “consumidores problemáticos de drogas”, de pasta base en particular, que quienes han padecido, a su vez, una drogadicción. Quiero señalar un malentendido en esta posición, lugar común entre las fundamentaciones de los distintos tipos de grupos de autoayuda y en gran parte de las comunidades terapéuticas. Jakobson (2000) explicaba que no se puede comprender a menos que se tenga un conocimiento del significado asignado a esta palabra (“queso”, en su ejemplo) en el código lexical de cierta lengua. En las culturas en las que no se come queso, se puede entender la palabra “queso” si están al tanto que en español significa “alimento obtenido por maduración de la cuajada de la leche” y si se tiene al menos un conocimiento lingüístico de lo que significa “cuajar”. Lo que tiene significado no es el queso mismo. El significado de la palabra “queso” no se puede inferir de un conocimiento no-lingüístico del parmesano o roquefort sin la ayuda de un código verbal. Si sólo me señalan el queso o, para ir al grano, una **bocha** de cocaína no sé si eso que me señalan es el polvo, el blanco, o la bolsa en que se encuentra. Por último, la palabra no significa simplemente la cosa en sí, sino que implica connotaciones como “fármaco maldito”, “droga prohibida” o “signo de decadencia”.

Por eso entiendo que un trabajo analítico sobre el código del argot de los consumidores adictos a la pasta base, en resonancia con la fisura no necesariamente adictiva del analista, puede volverse “instrumento” que por otra vía que la de la identificación o la empatía, llegue a posibilitar una escucha eficaz.

En ese plan, he realizado tres operaciones de escritura en la tesis. Primero, he transcripto (orden del sonido) los encuentros que tuve con dos consumidores cuyas expresiones aparecerán aquí referidas a X y Z, así como los de alguien que por su propio movimiento ha hecho pública su experiencia de consumo de cocaína fumada (Hugo Roper). Además, he traducido (orden de la significación) a la lengua común el argot de los consumidores (ver glosario). Dicha traducción, la he realizado en las tres vertientes que Jakobson (2000) ha distinguido: intralingüística (*rewording*: en la misma lengua), interlingüística (*translation*: de una lengua a otra) e intersemiótica (*transmutation*: transposición de un sistema de signos a otro). Por último, he transliterado (orden del sinsentido) las expresiones recogidas del mencionado material.

Así pues, no he mantenido una mirada directa, ni tampoco desnuda, imparcial o neutra. Lejos del ideal ascético de la objetividad, esta tesis se sostiene en una subjetividad total. En primer lugar, porque está escrita por un hombre: siempre se restringe a la descripción y el análisis de un investigador cuya mirada deforma, traiciona y recrea los hechos; es él y sólo él quien relata los dichos, las observaciones y las expresiones de otros, y hasta de sí mismo. Incluso cuando reproduce textualmente los dichos o gestos de éste o aquél, se trata ya de una transcripción o transposición que pasa por la letra del analista, quien le da una forma que no es la primitiva: *traduttore, traditore*; lo mismo se puede decir sobre la transcripción. Ahora bien, ello no significa que sea una fantasmagoría. Por el contrario, la relación con el asunto (o sujeto) que se investiga –vale decir que aquí no es el adicto, sino el (sin)sentido de sus expresiones– quizás sea más efectiva que la pretendida descripción objetiva.

La imagen de los adictos que recorre tanto las publicaciones académicas como las pantallas de la televisión o la computadora es bastante lamentable, bastante paupérrima, bastante apocalíptica. He necesitado, pues, recurrir a un discurso nuevo, evitando caer en los clichés de todos aquellos discursos que hasta ahora circulan sobre el consumo de drogas, desde el que pinta a quien fuma cocaína como una víctima propiciatoria de la sociedad hasta el que lo clasifica como un individuo peligroso.

Gran parte de los psicoanalistas, apelan a una definición negativa de lo que se ha dado en llamar “el verdadero toxicómano”. Al menos esa presentación del adicto es la que he encontrado principalmente en los estudios de la asociación psicoanalítica de Jacques-Alain Miller: Sinatra (1993), Botto (2003), Naparstek (2006), Vigo (2008), Levato y Salamone (2008), Natale (2008), Miller (2009). Por lo general, se suele caracterizar a las “*toxicomanías*” –término

de tradición francesa que se diferencia del de “*addiction*” de tradición anglosajona- por la negativa: los consumidores adictos no desean, no hacen síntoma, prescinden del “Otro del lenguaje” y del “Otro social”, no metaforizan, no gozan fálicamente, no aman. Se agrega que dicha patología no es una formación inconsciente, ni fantasmática, ni simbólica. Pero, ¿acaso las drogadicciones o toxicomanías no tienen, ellas mismas, sus propias positividades, sus propias productividades? He sentido que debía plantear las cosas de un modo diferente, pues las definiciones por la negativa pienso que sólo se sostienen desde el momento en que, tanto los psicoanalistas como los profesionales de la salud, y hasta los mismos consumidores, toman al sujeto por un ser cerrado en sí mismo y al consumo como un fenómeno individual.

El problema es que todos esos discursos crean cierta imagen y la proponen como verdadera –pasando por alto la sentencia de Zafiropoulos (1988): “el toxicómano no existe”. Aunque también esas descripciones pretendidamente objetivas, tienen efectos de sentido, de creación de subjetividad. En las páginas que siguen, en cambio, no se pretenderá disimular la distancia entre la experiencia clínica y su (cor)relato. Reconozco pues el tamiz, la perspectiva, el sesgo con el cual he escrito.

Esta tesis es un producto que apunta a crear efectos de sentido, más que de verdad. Lejos de aportar una visión lineal y causal, o una significación psicológica de los personajes que aparezcan, lejos de dibujar una figura del cuerpo del adicto más ajustada, apuesta a la construcción de un espacio abierto al (sin)sentido, al acontecimiento, al corporal.

Así, no se tratará aquí de establecer una teoría más ajustada a los hechos ni un molde previo al que deban acordarse los demás. Por ello, este estudio no pretende ser universalizable ni en su contenido ni en su forma. No me interesa ni crear un caso típico o prototipo clínico ni estandarizar un método de análisis definitivo que pueda ser replicable en todo momento y en todo lugar. Este último, aparecerá detallado en la primera parte, quizá de forma un tanto extensa pero ha sido importante que me detuviera en ella a los efectos de especificar la posición del investigador, su particular mirada y el camino por el cual se ha arribado a ciertos resultados; por sí mismos estos últimos carecen de valor.

He construido esta tesis en tres dosis –la cacofonía es por azar- o partes, cada una subdividida en varios capítulos, tomando el término de la experiencia de consumo de dosis de pasta base (de a medio gramo, por lo general) pero, además, del *Diccionario de la lengua española* (RAE, 2010), en su doble sentido sea como medicina pero también como una

cantidad o porción de algo, material o inmaterial tal como en las expresiones “*Una buena dosis de paciencia, de ignorancia*”.

He utilizado del argot de los consumidores ciertas expresiones para titular los capítulos. Se tratan de expresiones que se repiten una y otra vez en dicho argot, y que he escuchado tanto en los usuarios del Portal Amarillo como en otros que he atendido en distintas instancias, pero que al proponerles desplegar lo que implican dichas expresiones para cada uno aparecen rasgos distintivos e irreductibles a las significaciones comunes, que están asociados a experiencias de goce y modos de vida diferentes, así como –luego de esta investigación puedo formularlo así- a un saber particular que es transportado en las expresiones de esas singularidades de su lengua (sobre la experiencia tóxica y sobre determinada locura que allí se juega, entre otras cosas). Cada expresión condensa, pues, una serie de verbos, sentidos o de acontecimientos claves en el consumo de pasta base. De la mayoría de los capítulos pueden precipitarse ciertos verbos: por ejemplo, así como en la primera dosis “que método” translitera o juega con las palabras de la expresión “quemé todo” -en la forma no personal del verbo, “**quemar todo**”-, se verá que el capítulo “**lágrimas**” hace serie con “sacar/**presentar**/llorar lágrimas” o que “**pire**” se extrae de “pirarse” y “**persecuta**” de “perseguirse”; presentados bajo la conjugación del infinitivo, será cuestión de analizar en cada caso qué declinaciones y qué sentidos singulares se producen como efectos de la intervención analítica en el marco de esta investigación. Respetando la singularidad de cada caso, no he buscado forzar el análisis hasta seleccionar para cada capítulo, o mejor para cada acontecimiento analizado (lágrima, pire, persecuta) conjuntamente un fragmento de las entrevistas a X y Z con la novela de Roperio. En los capítulos de la primera parte o dosis, habrá entonces solamente fragmentos de los enunciados de X o bien de Z o bien de Roperio. Ahora bien, tampoco he creído necesario que el capítulo dedicado a cada uno de ellos tenga la misma extensión que para los otros: no me he preocupado de que tengan una cantidad de páginas similar, cada capítulo tiene el número de palabras que ha sido necesario a los efectos del análisis. En los capítulos de la tercera, se retoman fragmentos de los tres,

PRIMERA DOSIS: LA BASE

1.1. Antecedentes

1.1.1. Relevancia social del tema del consumo de pasta base de cocaína

A nivel mundial hace años que el consumo de pasta base ha cobrado relevancia científica y social (Escohotado, 2004). En el Cono Sur, también es un tema que preocupa a políticos y científicos, principalmente en Chile y Argentina (Pérez, 2003; Bruzzone, 2007; Observatorio Argentino de Drogas, 2007; Observatorio Gobierno de la Ciudad de Bs. As., 2009; Rangugni, Rossi & Corda, 2006). También en otros países de América Latina como Perú (UNODC, 2013). Asimismo, es cada vez mayor la relevancia social del consumo de esta droga en Uruguay. La *Cuarta Encuesta Nacional en Hogares sobre Consumo de Drogas* (JND-ODU, 2006) revelaba que en diciembre de 2006 había 3000 consumidores de pasta base, entre los cuales tres de cada cuatro eran hombres². Se estimaba que la edad promedio de inicio de consumo de esta sustancia era los veinte años. Si bien se constataba que era un consumo de baja magnitud –respecto al de alcohol, por ejemplo–, era, sin embargo, de alta visibilidad y alto impacto social. La *Quinta Encuesta Nacional en Hogares sobre Consumo de Drogas* (JND-ODU, 2012) revelaba que el consumo de pasta base se encuentra, respecto a su magnitud, en una “meseta” ya que se obtuvieron valores similares a los encontrados en el 2006. En el estudio de 2011, la prevalencia de vida alcanza al 1,1% de la población, lo que representa a diecisiete mil personas. Respecto al consumo en el continente americano, Uruguay se encuentra en una prevalencia moderada.

El universo de estudio de dicha encuesta fue entre quince y sesenta y cinco años, así que es de estimar que el número de consumidores es mayor ya que, como he constatado en mi práctica clínica particular e institucional, hay muchos menores de quince años que también consumen esa sustancia. Lo cual revela diferencias en los ámbitos de intervención, y la importancia de poner en relación los estudios clínicos con los estudios estadísticos³. En tal encuesta, se observaba que la edad de inicio de consumo disminuyó hasta los diecinueve años, y que el consumo en Montevideo duplicaba al del interior del país; en ciertas zonas

² Lo cual es relevante a los efectos de esta investigación, ya que me referiré básicamente al consumo de varones, el cual presenta mayor prevalencia no sólo en Uruguay (Pascale, 2010) sino también en el resto de América Latina (Castaño, 2000).

³ Trabajo que en nuestro medio es incipiente.

vulnerables alcanza el 4%. Este tipo de consumo se mostraba altamente segmentado territorial y socioeconómicamente:

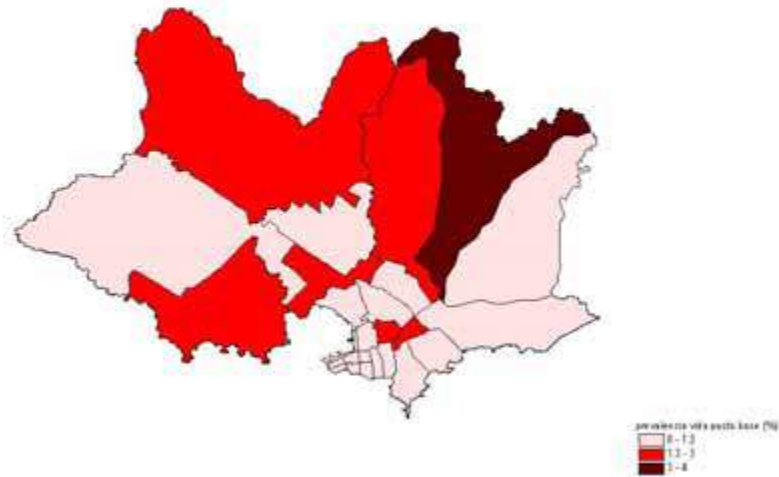


Fig. 1. Figuras censales según prevalencia vida pasta base (Montevideo) (Tomado de JND-OD, 2012)

A pesar de tener menor prevalencia que otras drogas, el consumo de pasta base es el que presenta mayores demandas de algún tipo de “ayuda profesional para tratar de disminuir el consumo de sustancias”: en el 2010 las personas que presentaban consumo problemático de pasta base representaban un 63% de los consumidores que recibían algún tipo de asistencia o tratamiento por consumo de sustancias -aunque cabe aclarar que no todos los que probaron pasta base alguna vez en su vida tiene actualmente un patrón de consumo frecuente, sino un quinto del total (19,3%).

Como consecuencia de esa tasa de demanda de tratamiento, el nuevo Plan Nacional de Salud Mental (MSP, 2011) establece entre sus prioridades y nuevas prestaciones para adultos, la implementación de intervenciones grupales dirigidas a familiares o referentes afectivos de personas con uso problemático de sustancias (principalmente de cocaína y pasta base de

cocaína), atención psicoterapéutica individual, de pareja, familia o grupal a usuarios niños, adolescentes y jóvenes⁴.

Lo acuciante del abordaje de este tipo de situaciones clínicas requiere, por lo tanto, que se realicen investigaciones que aporten elementos para el trabajo clínico. Es decir, es importante que se realicen investigaciones clínicas, y no solamente de tipo sociológico o estadístico ya que, una vez detectado el problema, es necesario investigar cómo darle respuestas tanto efectivas como diversificadas, ya sea por la complejidad que reviste, las distintas dimensiones que involucra (económicas, políticas, sociales, clínicas), como por la gran diversidad de situaciones de vida y de consumo de los usuarios de la salud.

1.1.2. Punto de partida de la investigación: la práctica clínica

Desde el 2005 hasta el presente he trabajado tanto en la consulta privada desde un enfoque psicoanalítico como a nivel institucional en el marco de un centro de rehabilitación de adicciones de forma individual, familiar y grupal con consumidores de sustancias de todas las edades, aunque principalmente adolescentes y jóvenes, a quienes también he acompañado en el Centro Diurno y la comunidad terapéutica. Así también, trabajé desde la Administración de los Servicios de Salud del Estado (ASSE) en una cárcel de varones y en una policlínica barrial. Actualmente me desempeño en una cooperativa que lleva adelante programas financiados por la Junta Nacional de Drogas (JND) en los cuales se trabaja en la inserción social y laboral de jóvenes consumidores.

En este contexto, elegí realizar esta investigación en el Portal Amarillo por ser un Centro Nacional de Información y Referencia de la Red Drogas que brinda información y asesoramiento en el tema drogas, pero principalmente tratamiento y rehabilitación para consumidores mediante internación o tratamiento ambulatorio a cargo de un equipo interdisciplinario.

Es a partir del trabajo de campo allí realizado y de mi práctica clínica en general, de la escucha de los propios consumidores, sus parejas y sus familias, de la forma en cómo me han afectado sus historias de vida y de consumo -historias muchas veces terribles, desgarradoras,

⁴ Éste no ha sido el único efecto a nivel político: la reciente legalización del cultivo y comercialización de la marihuana ha sido un punto de debate en la agenda política del actual gobierno en función de y como vía de ataque al consumo de pasta base. Cf. nota "Presidente Mujica: 'El Estado no puede seguir escondido'"(2012).

desoladoras, escalofrantes-, de las “idas y venidas”, de los “impulsos y frenos” de los impacientes consumidores en la experiencia analítica y en el resto de los dispositivos en los cuales trabajé, de las limitaciones –cuando no imposibilidades o incompatibilidades- y de los concreciones de las tentativas de transformación y cambio de posición subjetiva de dichos consumidores, y desde luego del diálogo con otros psicoanalistas, psicólogos y profesionales de la salud con quienes he realizado mi trayectoria académica y fuera de la academia, así como con los textos que he estudiado, que surgen los problemas que aquí serán planteados.

El punto de partida ha sido, pues, mi práctica clínica. Me he encontrado ante situaciones para las cuales sentí que no eran suficientes las herramientas disponibles referidas a los aspectos psicológicos y toxicológicos del consumo de drogas: por ejemplo, he observado algo que no está suficientemente señalado en los estudios que conozco, a saber, que por el mero empleo de la palabra (**base**, por ejemplo), por el mero hecho de hablar de esas drogas se desencadenaban las mismas reacciones causadas por la ingesta de dichas sustancias (alucinaciones olfativas y gustativas, incontinencia, y diferentes estados de excitación y malestar). Como si por el simple hecho de decir, de pasar la base (los fonemas b-a-s-e) por la boca de un consumidor de pasta base, el cigarrillo (de **bazoco**) o la pipa pasaran por su boca, y sus papilas sintieran su gusto.

O, a veces incluso por el simple hecho de **pegar una seca** de cigarrillo de tabaco, o de activar con cualquier otra cosa o gesto el esquema de succión, he escuchado y observado cómo se disparan un grupo de alucinaciones donde el consumidor realmente siente el gusto y el olor de la otra sustancia. Fenómenos que se asimilan a aquellos que han señalado otros investigadores respecto a los efectos de la inyección de un placebo que disparan los mismos efectos que el consumo de heroína (Cueva & Saad, 2004). Creí entonces que estas modalidades de lo visible y de lo audible, esos signos que son susceptibles de leerse y disparar el *craving*⁵ merecían ser estudiados.

He escuchado también que un número considerable de estos im-pacientes van a la consulta psiquiátrica para que les receten psicofármacos que inhiban la producción onírica de pesadillas y “sueños de consumo” que califican como demasiado “reales”. Sueños en los

⁵ El DSM-IV-TR (López-Ibor Aliño y Valdés Miyar, 2002) definía al *craving* ora como una “necesidad irresistible” (“a strong subjective drive to use the substance” –en la versión inglesa) ora como un “deseo irresistible”. Describía cómo los signos y síntomas de la abstinencia varían de acuerdo con la sustancia empleada, y muchos empiezan de forma opuesta a los observados en la intoxicación por esta misma sustancia. Hay que señalar que “drive” se suele traducir como instinto o impulso, pero impulso se puede confundir con el “impulse” del control impulsivo. Además, “drive” es el término que se usa en inglés para traducir del alemán el concepto freudiano de *Trieb* (pulsión). En psicoanálisis, en cambio, el “deseo” (v.gr. asociado al beber) es irreductible a la “necesidad” (de hidratarse, por ejemplo).

cuales, por ejemplo, nunca alcanzan a consumir, a pesar de distintos intentos (la sustancia se les cae de las manos o les quitan la droga, o tienen que **descartarla** ante una persecución policial). Ante lo cual me he preguntado, ¿cómo es que alguien que ya no consume tenga sueños de consumo? ¿Cómo esos sueños de consumo despiertan toda una serie de reacciones fisiológicas y psicológicas (*craving*) e incluso alucinaciones hipnopómpicas aun cuando en el sueño no alcanzan a consumir por una serie de obstáculos que varían de un individuo a otro y que hacen recordar a la pena de Tántalo⁶?

Esto que ha nacido en mi práctica como la intuición de que, de manera general, la problematización de tal campo semiótico aparecía elidida en los tratamientos y las investigaciones sobre adicciones, lo he ido corroborando en la revisión del estado del arte de esta cuestión⁷.

Si bien, que yo sepa no hay estudios que se detengan a analizar estos fenómenos, estos son muy recurrentes en el trabajo con consumidores de drogas. De hecho, he constatado en mi trabajo que existe una tendencia en algunas comunidades y grupos terapéuticos orientados por técnicas cognitivo-comportamentales a prohibirles hablar en el argot de los consumidores o con los “códigos de la calle”, en parte, para evitar que dichos fenómenos ocurran. Algunas comunidades argumentan que estas formas de expresión son parte de “viejos esquemas” (Danza, 2009); en ciertas terapias de grupo, son descartadas ya que se las considera “contraproducentes” (Marot, Delgado & López, 1999), de forma tal que se trata de evitar que los im-pacientes se “movilicen” al pronunciar cierta forma de nombrar esta o aquella droga, contar tal o cual anécdota de consumo o escuchar ciertas canciones (de rock o cumbia villera, por ejemplo). Así, deben ingeniárselas para nombrar la droga en cuestión por sus iniciales, por ejemplo (“PB”, en lugar de pasta base)⁸. De este modo, en este abordaje el terapeuta se coloca en una posición de escucha que impide el despliegue del sentido y el sinsentido de esas expresiones y, por lo tanto, la formulación de ciertos problemas que están allí en juego. ¿Acaso no empuja al consumidor a asumir un sistema fóbico de signos donde el

⁶ Tras su muerte, Tántalo fue eternamente torturado en el Tártaro por los crímenes que había cometido. Hoy se ha vuelto ejemplo proverbial de tentación sin satisfacción, ya que su castigo consistió en estar en un lago con el agua a la altura de la barbilla, bajo un árbol de ramas bajas repletas de frutas. Cada vez que Tántalo, desesperado por el hambre o la sed, intenta tomar una fruta o beber agua, éstos se retiran de su alcance..

⁷ Aunque algunos ensayos psicoanalíticos indirectamente han dado cuenta de este campo, partiendo de investigaciones realizadas fuera de la órbita académica (así, por ejemplo, Le Poulichet, 1990). Por eso, la relación del psicoanálisis y las drogadicciones será desarrollada a lo largo de este trabajo.

⁸ En el otro extremo, algunas terapias cognitivas buscan condicionar aversivamente verbalizaciones que inviten a fumar y términos utilizados en el argot (Navarro Cueva, 1984). De esta manera, se guía al paciente a través de una secuencia imaginaria de eventos donde el consumidor acostumbraba a consumir cocaína y aparear estos pensamientos a sensaciones desagradables con la finalidad de inducirle aversión por la sustancia (Llorente del Pozo & Iraurgi-Castillo, 2008).

recurso principal se reduce a la mera evitación de las palabras, los gestos, las situaciones de riesgo o los circuitos asociados al consumo⁹?

Es preciso señalar, pues, que los adictos no relatan solamente una “historia” (donde suceden ciertos acontecimientos e intervienen unos personajes) que puede reconstruirse a través de anamnesis, sino que dirigen un “discurso” (organizado de cierta manera por un narrador que se dirige a otro como oyente o lector). Por ello, en esta tesis no sólo tomaré en cuenta la “historia” (qué se relata), es decir, el plano semántico y sintáctico, sino también el “discurso” (cómo se cuenta), es decir, el estilo y punto de vista del narrador (cf. Todorov, 1970) y las expresiones con que relata sus anécdotas.

1.1.3. Antecedentes de análisis del discurso sobre el consumo de drogas

Se ha señalado que hay una construcción social y discursiva del problema del consumo de pasta base (Sandoval Moya, 1997). Al punto que uno podría preguntarse qué lugar ocupan estas formaciones discursivas en los llamados “usuarios problemáticos” de drogas, es decir, que presentan dependencia o abuso de sustancias. Lo cierto es que, si bien hay estudios psicosociales que muestran la naturaleza discursiva del consumo de drogas, no se encuentran investigaciones clínicas que estudien los aspectos discursivos y semióticos –es decir, referidos tanto a signos del discurso como a signos no-discursivos como son los objetos, las imágenes y los comportamientos (Barthes, 1993)- en el marco de las consultas por consumo de drogas, en particular de pasta base.

Existen investigaciones sociológicas y psicosociales que han utilizado el método de análisis de discurso para estudiar el discurso sobre las drogas (Ibáñez, 1997), así como las posiciones (terapéutica, fármaco-sensorial, consumista, legal-represiva y grupal-comunitaria) de las personas que usan drogas a fin de orientar intervenciones sociosanitarias (Albertín, Cubells & Íñiguez, 2008). Se ha empleado también este método para analizar los contextos discursivos en el consumo de pasta base o “angustia”, como se la designa en Chile (Sepúlveda, 1997). En la Psicología Social uruguaya se puede recurrir asimismo al interesante estudio sobre los procesos de significación en las narrativas de los consumidores, los técnicos, y la población en general sobre el consumo de pasta base (Eira, 2009). Se encuentran, igualmente, antecedentes en los estudios antropológicos, particularmente en el barrio

⁹ Pablo Fidacaro (2007) ha señalado la producción de un “sujeto toxi-fóbico” (en lugar de toxi-cómano) como efecto de tales estrategias clínicas.

montevideano de Misiones (Folgar, 2001 y 2006), donde el discurso tiene un lugar relevante en la construcción de la droga como tema y problema (Folgar, 2003).

La psiquiatría forense nacional, por su parte, ha realizado estudios de algunas viñetas clínicas de consumidores de pasta base (Bó Sánchez & Belistri, 2007).

En el campo del psicoanálisis, en Francia hay estudios que analizan el discurso de consumidores tanto sea bajo los efectos de drogas (Melenotte, 2006) como en abstinencia (Le Poulichet, 1990). Estudios psicoanalíticos en Argentina también analizan viñetas clínicas de consumidores de drogas (Botto, Naparstek y Salamone, 2003). Salvo algunos artículos argentinos (Bousoño, D'Andrea & Gorodneff, 2009), casi no hay antecedentes de publicaciones de psicoanalistas que hayan trabajado con consumidores de pasta base,

Así pues, el análisis de los discursos que atraviesan los consumos de drogas no parte de cero. Ahora, si bien hay bastantes estudios sobre el discurso de los consumidores de drogas, no se encuentra en ninguno de ellos una precisión respecto al análisis específico de las expresiones de estos consumidores “en rehabilitación” y su relación con la dimensión del (sin)sentido¹⁰, menos aún con relación al consumo de pasta base. Lo cual, a la vez que muestra una laguna en el saber que amerita estudios específicos sobre el tema, por otro lado implica una dificultad para esta investigación, ya que no existe un suficiente número de estudios anteriores en los cuales apoyarse. Pues respecto a este tipo de estudios, y si bien solidario de ese tipo de abordajes en algunos aspectos, el nivel en que esta tesis pretende situarse es otro.

En primer lugar, no se intenta mostrar aquí, una vez más, cómo los discursos sobre las drogas están viciados por el discurso político o médico hegemónico, por los imaginarios colectivos u otras formaciones sociales. Ya otros han insistido sobre estos puntos. Algunos psicoanalistas señalan, por ejemplo, la incidencia del discurso capitalista de la actual sociedad de consumo en los comportamientos de los adictos quienes, en definitiva, no constituyen más que un grupo particular de consumidores (Salamone, 2008). Así también, desde la perspectiva de la geopolítica de las drogas, se han señalado los efectos de los discursos prohibicionista y de la “guerra contra las drogas” en los consumos ilícitos de sustancias y el tipo de criminalidad que se organiza en torno a ellos (Labrousse, 2011).

¹⁰ Esto será desarrollado en el marco conceptual. También la particular forma en que aquí se escribe “(sin)sentido”.

Tampoco se pretende aquí hacer una historia de los discursos sobre las drogas, sus usos en las diferentes culturas, sus transformaciones a través de las épocas, sus avances y sus retrocesos en los distintos sistemas religiosos, políticos y económicos, pues ya hay suficiente bibliografía al respecto (Escohotado, 2004). De igual modo, no interesa aquí detenerse, como lo han hecho otros, en la significación de las narrativas de los consumidores de pasta base, los técnicos, o la población en general sobre el consumo de tal o cual droga (Eira, 2009)¹¹.

Lo que este trabajo quisiera mostrar es que la naturaleza semiótica del consumo de drogas¹², en particular, del “consumo problemático” de pasta base –aunque, en principio, podría alcanzar al consumo de otras drogas- tiene una lógica y, específicamente, una lógica del orden del (sin)sentido, y cómo investigando esta lógica, se puede operar con ella en las investigaciones y los análisis de consultantes con “uso problemático” de pasta base.

1.1.4. La especificidad del método del análisis del (sin)sentido de las expresiones respecto a las investigaciones cualitativas precedentes

Se ha visto cómo no es difícil rastrear estudios cualitativos que incorporen el método de análisis de discurso en sus diseños cualitativos de investigación. Entre estas investigaciones, dos métodos gozan ya de una larga trayectoria.

En primer lugar, el análisis de contenido (Bardin, 2002), que consiste fundamentalmente en el aislamiento de categorías semánticas tomadas como datos que se repiten y que son codificables, cuantificables y pasibles de tratamiento informático. A partir de las unidades temáticas (Vázquez Sixto, 1996) que alcanzan un punto de saturación en el discurso de los textos analizados o de los individuos entrevistados, pueden hacerse inferencias reproducibles y válidas que puedan aplicarse a su contexto (Iñiguez, 2009).

Seguidamente, el análisis de discurso. Este último, no se contenta con construir unidades de significación, sino que incorpora a su estudio la dimensión performativa de un

¹¹ Se podría decir que esas significaciones que los distintos grupos investigados asignan al consumo de pasta base (y que Eira identifica como “estrategias de semiotización” distribuidas en tres tropos: “medicalización de las prácticas”, “naturalización de la estratificación social”, “moralización de las modalidades vinculares”) son las que justamente obturan la emergencia del (sin)sentido.

¹² La dimensión semiótica del consumo en general (Baudrillard, 1969, 1979 y 2009), está presente de forma preeminente en el consumo de drogas, al punto que en esta investigación la droga más que como tóxico, será tomada básicamente en su función semiótica (o sónica).

discurso entendido como proceso (Delgado & Gutiérrez, 1999), nutriéndose de la teorización de los “actos del habla” (Austin, 1990) de la pragmática lingüística a través de un complejo sistema de análisis que incluye aspectos verbales y no verbales (silencios, entonación, gestos, por ejemplo). Ambos métodos recurren a paquetes informáticos como el ATLAS.ti (Muñoz Justicia, 2005) utilizados para la construcción y correlación de las variables de significación.

Sin embargo, tampoco es exactamente en este nivel discursivo en el que se sitúa esta investigación. Pues estos análisis sólo estudian lo que en la nomenclatura que en esta tesis voy a utilizar se llama la “significación”, quedando entonces la dimensión del sentido¹³ y sus efectos, en general, elidida. Además, en el nivel en el cual se ubica esta investigación, no es posible distinguir unidades discretas, como a nivel de la semántica del discurso: algo como el (sin)sentido que goza de cierta incorporalidad no puede someterse a los cortes o divisiones del corpus de la significación acostumbradas en los análisis precedentes. Las unidades de significación del análisis de discurso se distinguen de las multiplicidades de sentido de lo que aquí se llamará “análisis de la expresión” (es decir, no hay un único sentido, una expresión siempre tiene al menos dos sentidos coexistentes). Habrá que dar cuenta de ello en las próximas páginas. Por ahora, cabe aclarar que el sentido es una multiplicidad imposible de unificar y aislar en un cuerpo semántico uniforme, ya que se despliega siempre en dos direcciones a la vez¹⁴. Se puede, asimismo, adelantar que la filosofía antigua calificaba al sentido de la expresión como “incorporal” (Bréhier, 1928), es decir, algo que tiene una existencia muy distinta a la de los cuerpos, sean estos tanto materiales, como intangibles o ideales –como los cuerpos teóricos.

Para analizar el sentido, el “contexto de enunciación” no será entendido como más allá o afuera discursivo, al modo del análisis de discurso ya que, como se justificará, hay una cierta “inmanencia” del sentido en el enunciado mismo, que no puede ser pensada como “adentro” del enunciado en oposición a un “afuera” en el estado de las cosas. Se verá que otra topología (ver capítulos 1.2.3. y 3.3.) es necesaria para pensar estas relaciones entre los enunciados y los estados de los cuerpos, del mismo modo que recurrir a un espacio euclidiano dividido entre un adentro (individual o intrapsíquico) y un afuera (social) no es suficiente para pensar el enlace adictivo.

¹³ Más adelante, se diferenciarán estas dos dimensiones. Pero cabe adelantar que, en general, se confunden o se utilizan como sinónimos, por lo cual, si bien el análisis de contenido y el análisis de discurso hablan del sentido, solamente se refieren a lo que en esta tesis se denomina “significación”.

¹⁴ Aunque no se reducen a las connotaciones ni a los segundos sentidos tal como los entiende Barthes (1993).

En fin, no es meramente a nivel del discurso que se sitúa este análisis de los efectos de sentido –aunque algunos lo ubiquen a este nivel (Pereña, 1999)- sino del (sin)sentido de las expresiones, expresiones que toman la forma de enunciados o que suponen otro tipo de signos (marcas en el cuerpo, por ejemplo). Por eso, a través del método de análisis de esta dimensión se pretende aportar a los estudios cualitativos una perspectiva renovada del análisis del lenguaje oral y escrito, y de los signos verbales y no verbales, en el marco de la investigación clínica y social.

La lógica de este método se enmarca en una larga tradición que va desde los estoicos a Lacan (1972a) y Deleuze (2001)¹⁵. Aunque el empleo de este método en las investigaciones y prácticas clínicas debe rastrearse en el análisis freudiano: en efecto, en su método de interpretación de los sueños Freud reanudaba todo el problema que este análisis plantea. Sin embargo, han sido Lacan y algunos de sus discípulos quienes, para el campo del psicoanálisis, han precisado esta vía a la luz de los desarrollos de la lingüística de De Saussure (1945), Jakobson (1980, 2000) o Benveniste (1977), de la antropología de Lévi-Strauss (1963, 1969), la semiótica y la filosofía contemporáneas.

De quienes también se han ocupado del sentido en el campo de la clínica, quiero mencionar la logoterapia de Victor Frankl (1987) pues justamente analiza la búsqueda del sentido en el hombre. Pero, a diferencia del análisis que aquí voy a adoptar, allí se trataba de un sentido ubicado en el orden de cierta trascendencia (Dios, bajo sus diferentes formas). Apoyándose en algunas tesis kantianas, Frankl concebía al hombre como el que, guiado por la conciencia moral, busca en la realización del sentido y el encuentro con el otro un fundamento para ser feliz. La conciencia moral sería un “órgano de sentido”, una facultad de intuir el sentido único y peculiar que late en cada situación. Planteaba que el “deseo de sentido” es más potente en el hombre que el de placer o poder. De allí que sus estudios hayan abordado el “vacío existencial” y sus secuelas (el conformismo y el totalitarismo), la sensación del absurdo radical de la existencia del hombre moderno generadas por la pérdida del instinto y la tradición, y lo que él llamaba las neurosis “noógenas” generadas por cierta pobreza espiritual.

¹⁵ Para facilitar la lectura de esta tesis, y teniendo en cuenta la cantidad de conceptos que se pueden encontrar aquí de *La lógica del sentido* de Deleuze (las dimensiones del enunciado que aquí se distinguen -designación, manifestación, significación, sentido-, las categorías de análisis -paradojas, series, singularidades-, los incorporales de superficie -acontecimientos, fisuras- y los simulacros de las profundidades, la causalidad genética y estática, lo problemático), en adelante, se omitirá señalar cada vez que dichos conceptos han sido tomados de allí.

El sentido es para encontrarlo y no para crearlo. Aquello que se puede crear será un sentido subjetivo, una mera impresión de sentido o un absurdo. Y así se comprende que el hombre incapaz de encontrar un sentido en su vida, o de inventarlo, para escapar de la sensación de absurdo, llegue a engendrar el absurdo o a crear un sentido subjetivo: lo primero ha acontecido ya en los escenarios (teatro del absurdo) y lo segundo ocurre en la embriaguez, sobre todo la que se induce mediante el LSD. Pero esta embriaguez implica el peligro de olvidar el verdadero sentido, las auténticas tareas del mundo frente a las vivencias meramente subjetivas. (Frankl, 1987, p. 18)

De lo que se trata en la logoterapia es, pues, de la significación, más que de lo que en esta tesis se entiende por sentido. Así, Frankl ha propuesto una visión moral, de sentido único, y en la cual se trata de educar al hombre a elegir entre lo esencial y lo que no lo es, lo que “tiene sentido” y lo que no lo tiene, lo que reclama su responsabilidad y lo que no vale la pena. Encontrar un sentido dado *a priori* en el sufrimiento “soportado con valentía”, en el destino inevitable e inexorable de cada uno, en la vida, el trabajo y el amor, sería la tarea de dicha terapia. Se trata de un análisis fenomenológico de la experiencia axiológica del hombre actual. No es esta, pues, la empresa en la cual se embarca esta tesis.

En el otro extremo, y más recientemente, hay una apuesta por la creación de metáforas que habiliten nuevos sentidos (González García, 2001), es decir, nuevas significaciones o narraciones que abran horizontes inexplorados aún por las condiciones políticas y sociales que han subyugado al hombre moderno. A diferencia de otras propuestas epistemológicas, dicha apuesta concibe al sentido como una donación realizada por el sujeto –a la manera del existencialismo.

Pero la lógica del (sin)sentido tampoco está a la altura de esos análisis. Pues no trata el modo en que alguien da sentido a las cosas, ya sea a los sonidos articulados –como lo estudia la lingüística- o a objetos como un vestido, un teléfono, un plato cocinado, un gesto, una imagen publicitaria o un titular de diario –como lo estudia la “semántica del objeto” (Barthes, 1993). Y ello por la sencilla razón de que, por el contrario, es el sentido mismo el que produce al sujeto, y ello no menos que al objeto.

1.2. Marco

En este capítulo se plantea la cuestión del (sin)sentido en relación al consumo de drogas, en particular, de pasta base, y su importancia para el psicoanálisis. Se analizan las dimensiones del enunciado (designación, manifestación, significación y expresión), las relaciones de estas dimensiones con elementos extra-discursivos, los criterios con que se miden esas dimensiones, y su pertinencia para el análisis de las expresiones de los consumidores de pasta base.

1.2.1. *Formulación del problema del (sin)sentido en el consumo de pasta base y su relevancia en el marco de las investigaciones y las prácticas psicoanalíticas*

Dentro de los efectos que las drogas, en concreto la pasta base, provocan sobre los consumidores, se distinguen aspectos fisiológicos, toxicológicos, orgánicos y psicológicos como la euforia, las ideas paranoides o el *craving* (JND, 2006; Pérez, 2003; Ferrando et al., 2009; Meikle et al., 2009). Todas estas cosas son materiales, por así decirlo: hay tanto una materialidad de la cocaína en la sangre que provoca la aceleración del ritmo cardíaco o la euforia por su acción a nivel del sistema nervioso central (SNC) y que se puede constatar tanto a través de pruebas de consumo como de la observación clínica. En muchos casos, también las consecuencias de dicho consumo son constatables a nivel social (pérdida de empleo, por ejemplo).

Pero existen otro tipo de efectos que son de naturaleza muy diferente: los efectos de sentido. Un cuerpo-droga causa en un cuerpo humano toda una serie de reacciones a nivel del SNC pero, en la medida que el hombre, en y por el lenguaje, deviene un ser que habla, causa en él también efectos “incorporales”, expresados en el argot de los consumidores montevideanos de pasta base por verbos como “embicharse” (Folgar, 2006).

Cuando un consumidor dice que la droga le **pega** o, en cambio, que “*ya no pega como antes*” (Cervantes, 2004, p. 50), ¿se trata de un simple decir o manera de hablar de drogados que empobrece la riqueza de la lengua española? ¿O no dirán más bien otra cosa con las mismas palabras, otorgándoles otro sentido (Foucault, 1999), incluso produciendo un exceso de sentido (Vera Ocampo, 1988), es decir, un plus de sentido respecto a la lengua “oficial”? Por ahora, mantengamos la respuesta en suspenso. Simplemente diré que es fácilmente constatable que el verbo “pegar” puede expresar varios sentidos: comprar drogas (u otras

mercaderías) y estar bajo los efectos de esas drogas. A la vez, “pegar” puede ser usado, como he escuchado en mi práctica clínica, por un consumidor en un enunciado donde se queja que no le han pegado (golpeado) lo suficiente, en el sentido que su padre, por ejemplo, no le ha puesto límites, que no ha sido lo suficientemente estricto, en el supuesto de que así se podrían haber evitado las consecuencias de una adicción.

Por eso, encuentro excesiva la apreciación de ciertos psicoanalistas (Conte, 2012, p. 203) de que “el toxicómano” rechaza el lenguaje, lo cual lo llevaría a una pobreza discursiva y exigiría al analista pensar en cuáles serían las condiciones necesarias para que un consumidor retome un lugar de enunciación. Quizás haya que ser un poco más precisos: no parece que sea el lenguaje como un todo lo que sea rechazado en la toxicomanía -de hecho, hay una copiosa producción de lenguaje a través del argot vinculado al consumo de drogas. La que aparece rechazada, ¿no es acaso esa dimensión expresiva del (sin)sentido que no existiría sin el lenguaje, pero que no se confunde con él ni, en particular, con el lenguaje verbal?

Recientemente un psicoanalista ha publicado en Francia un libro donde estudia las relaciones entre el lenguaje y la droga (Chassaing, 2011). Pero decir “el lenguaje” quizá sea decir demasiado, o demasiado poco. Pues, como afirmaba Lacan, siguiendo la enseñanza estoica, *“el lenguaje no es inmaterial. Es cuerpo sutil, pero es cuerpo. Las palabras están capturadas en todas las imágenes corporales que cautivan al sujeto”* (Lacan, 1972a, p. 118). No se trata aquí, pues, de definir las relaciones generales entre el cuerpo del lenguaje y el consumo de pasta base sino, en todo caso, de analizar más específicamente las relaciones de la dimensión expresiva del enunciado con el sentido incorporeal que allí se expresa.

Sin embargo, en relación al psicoanálisis, la posición de la lógica del (sin)sentido es ambivalente y ello es natural, ya que es imposible referirse al psicoanálisis como un bloque homogéneo. En efecto, el psicoanálisis ha basculado entre la lógica del (sin)sentido propuesta por Lacan y un método de interpretación de los sueños y otras formaciones inconscientes, de las fantasías inconscientes y de las ansiedades esquizoparanoideas y depresivas (Klein) o de las defensas del yo (Anna Freud), que ha tomado como bandera la hermenéutica de la significación: se trataba de interpretar el significado oculto bajo las acciones, los dichos, los gestos de los pacientes.

Así, hay que precisar que lo fundamental no está en la oposición de lo no-dicho a lo dicho (ni en el prejuicio de que hablar es liberador, con la subsecuente búsqueda de un supuesto significado oculto o reprimido a develar que explicaría la causa de tal o cual afección,

de tal o cual comportamiento). De este modo, muchas veces, desde una versión burda de la doctrina psicoanalítica, se interpreta una “recaída de consumo” como un mensaje del consumidor que se lanza a la familia (sea de forma intencional o “inconsciente”) y que no se pudo expresar en su momento con palabras¹⁶.

Por otro lado, hay investigaciones psicoanalíticas que han llegado a construir conjuntos estadísticos a partir de ciertos ítems indagados en pacientes en análisis (ganas de vivir, capacidad para la empatía, confianza en sí mismo o en otros, etcétera) (Wallerstein, 1994) o, incluso, correlaciones entre los conceptos freudianos de la segunda tópica (yo, ello, superyo) y su localización en estructuras neurológicas y corticales (Carhart-Harris, Mayberg, Malizia & Nutt, 2008). Según la terminología que se emplea en esta tesis, esta última tentativa corresponde situarla del lado de la referencia o designación¹⁷.

Por lo tanto, esta tesis reviste intereses múltiples. Por un lado, contribuir desde el psicoanálisis a la semiología, o mejor, dicho semiótica del consumo de drogas arrojando nuevas evidencias sobre la cuestión clínica de los llamados “consumos problemáticos de sustancias” en la medida que no se sitúa al nivel de los efectos orgánicos o psicológicos que pueden provocar las diferentes sustancias, no porque este estudio invalide aquellos, sino porque pertenece a un registro diferente: el registro de los efectos de sentido que se efectúan en el plano de los conjuntos semióticos. En segundo lugar, implica la descripción rigurosa y precisa de un método que, si bien no es original, este estudio pretende aislarlo e individualizarlo de una manera que permita su aplicación y operacionalización a los fines del análisis de estos casos y de la investigación clínica y cualitativa.

1.2.2. El (sin)sentido y las dimensiones del enunciado

Lo que, por lo general, los consumidores uruguayos de pasta base de cocaína llaman “fisura” está comprendido en los manuales psiquiátricos como parte de los “trastornos relacionados con sustancias”. La Clasificación Internacional de las Enfermedades (CIE-10) de la Organización Mundial de la Salud (OMS, 1994) la ubica dentro de los llamados “trastornos

¹⁶ Cito el caso de un joven adicto a quien conocí en una institución en la cual trabajé y a quien sus padres adoptivos no le habían comunicado que no eran sus progenitores. La interpretación que hicieron algunos técnicos fue que por no hablar sobre ese tipo de cosas, el joven las estaba “actuando”. Por ende, los terapeutas que trabajaban con esa familia conminaron a los padres a comunicarle a su hijo esta información como condición de la continuidad del trabajo clínico. Lo cual, por surgir de una teoría y de la necesidad y “verdad” de los técnicos tratantes más que de la propia búsqueda e implicación de los involucrados, tuvo consecuencias nefastas.

¹⁷ Cf. capítulo 1.2.2.a.

mentales y del comportamiento debido al consumo de sustancias psicotropas”. Según el DSM-IV-TR (López-Ibor Aliño y Valdés Miyar, 2002), el síndrome de abstinencia de cocaína -para cualquiera de las formas en que ésta se consuma- se caracteriza por la presencia de un estado de ánimo disfórico acompañado por dos o más de los siguientes cambios fisiológicos: fatiga, sueños vívidos y desagradables, insomnio o hipersomnia, aumento del apetito y retraso o agitación psicomotores. Puede haber, sin formar parte de los criterios diagnósticos, anhedonia y *craving*. De hecho, es aceptado que un número no despreciable de individuos con dependencia de cocaína tiene pocos o ningún síntoma demostrable de abstinencia al interrumpir su consumo. Más bien hay que decir que pueden observarse síntomas de abstinencia, en especial, estados de ánimo disfóricos, pero suelen ser transitorios y asociados al consumo de dosis altas.

La disforia representa aquello que es nominado en el argot de los consumidores uruguayos como “**bajón**”, aunque inicialmente traduce lo que los anglosajones denominan “*crash*” (en español, crac o quiebra) y que refiere a los síntomas de abstinencia aguda. Según el DSM-IV-TR, el *crash* se observa con frecuencia después de períodos de consumo de dosis altas y repetidas. Estos períodos se caracterizan por sentimientos intensos y desagradables de lasitud y depresión que requieren generalmente algunos días de descanso y recuperación. Pueden aparecer síntomas depresivos con ideas o comportamiento suicidas que, según este manual, constituyen el problema más grave observado durante el *crashing* u otras formas de abstinencia de cocaína.

Lo primero que quiero hacer notar aquí es que en tanto el sentido se conforma de manera diferente en cada lengua o región geográfica, así sucede con las expresiones ligadas al consumo de drogas: “fisura” en el Río de la Plata, “mono” en España, “angustia” en Chile, *crash* en Norteamérica; o “**duro**” en el Río de la Plata y *stoned* en EEUU, etcétera. Hay pues ciertas “zonas de sentido” (Hjelmslev, 1971) que a veces son congruentes y a veces incongruentes (así las formas particulares que se emplean para nombrar la fisura en otros países, incluso de habla hispana, “angustia” o “mono”, por ejemplo, no tienen las mismas connotaciones en el código del español del Río de la Plata). Así pues, cada lengua, o jerga (la jerga médica de los manuales mencionados) destaca diversos factores del sentido en distintas ordenaciones, coloca el centro de gravedad en lugares diferentes y les concede diferente grado de énfasis (Hjelmslev, 1971, p. 79). Por lo tanto, si hay una zona de sentido que no se superpone completamente, habrá que admitir que los efectos de sentido ligados a las expresiones del

argot de los consumidores de drogas, no serán los mismos para un consumidor de pasta base, por ejemplo, norteamericano (“*junkie*”), chileno (“angustiado”) o uruguayo (“*latero*”).

El consumo no se reduce entonces a sustancias meramente psicoactivas, sino a sustancias que también son activadoras de sentido, de lo expresable en el enunciado. Desde esta perspectiva, pues, las adicciones y, de manera general los consumos de drogas, son de orden semiótico. Sucede que las drogas, como se ha mostrado desde la Psicología Social (Eira, 2009), antes que sustancias tóxicas, son signos, pertenecen a un régimen¹⁸ de signos.

Uno podría decir, entonces, que no se consumen drogas a secas, sino que también se producen discursos y signos sobre las drogas. Cuando una **raya** de cocaína es aspirada, se produce una mezcla en la profundidad de los cuerpos (mezcla de x gramos de la sustancia dentro de un cuerpo humano); pero el enunciado “estar **re duro**” expresa un acontecimiento, una transformación incorporal de naturaleza completamente diferente y que se produce a un nivel discursivo estrictamente superficial.

Eso no significa que en adelante se desestime de cabo a rabo toda la fisiología de los efectos inducidos por el consumo de sustancias, sino que hay que pensar que, junto a estos consumos y las sensaciones que provocan, hay expresiones o, dicho de otro modo, que el uso de drogas es compoene de manera doble: de un lado el uso de objetos tóxicos ingeribles, inhalables, inyectables, fumables; de otro las diversas expresiones o sentidos necesariamente ligados a los efectos psicofísicos del consumo de drogas pero que no son ellos mismos consumibles. De un lado, pues, los consumos y las sensaciones y, de otro, las expresiones y los sentidos. De allí que no todo pase en el organismo, en el psiquismo o en la mente, sino que pasa también en el sistema de signos. Hay que distinguir, entonces, las unidades físicas (anatómicas) de multiplicidades lógicas¹⁹ (incorporales).

Entiendo que una adicción mantiene una relación sistemática con un conjunto semiótico mayor. Por lo cual, a partir de mi práctica clínica, me he dado cuenta que conviene tomar a la adicción o, de manera general, el consumo “problemático” de sustancias, como el elemento de un conjunto más amplio. En efecto, nunca vi que se presentara de forma aislada, sino que

¹⁸ “Régimen”, en su acepción tecnológica, es el estado de una máquina cuando funciona de un modo regular y permanente.

¹⁹ “Lógicas”, en cuanto pertenecen al campo de la lógica del (sin)sentido, a la lógica de una combinatoria que no es la de los cuerpos y las sustancias tóxicas, sino tanto de la lengua, por ejemplo del llamado “plancha”, es decir, de aquel que pertenece a esa tribu urbana juvenil (cf. “Lengua plancha” en Sosa, 2005), como de otros sistemas de signos no-lingüísticos (por ejemplo, los signos de su vestimenta como las “bases” o champions de resorte y el gorro marca Nike o la campera Alpha Polar, el cabello teñido de rubio con agua oxigenada, los tatuajes y *piercings* en el cuerpo, ciertos ademanes y gestos típicos de su expresión corporal, la entonación particular de su voz, etcétera).

remite en cada caso a conjuntos tales como “la calle”, el “grupo de amigos”, “la noche”, “el bar”, o “el baño de casa”. Es decir, siempre remite a otros enunciados y no existe independientemente de las relaciones posibles con estos mundos discursivos o conjuntos de enunciados que son de orden semiótico.

Siguiendo el planteo de la *Lógica del sentido* (Deleuze, 2001) y la lectura psicoanalítica que de la misma realiza Mayette Viltard (1995), resta distinguir, pues, en los enunciados cuatro dimensiones.

1.2.2.a. La designación

Es la referencia de un enunciado a un estado de cuerpos (dato). En un test de orina, por ejemplo²⁰, se puede detectar la presencia de cocaína, índice que confirma el consumo de cocaína o pasta base de cocaína. A partir de allí se puede producir el siguiente enunciado “El test indica que Fulano consumió cocaína o pasta base de cocaína”. Sabiendo que, según el test, se detecta la presencia de esa sustancia hasta 4 días después de haber sido consumida, se puede concluir que: “En los últimos cuatro días Fulano ha consumido esta sustancia (cocaína o pasta base)”. Los indicadores son, en este caso, aquellos que designan cuándo, quién y qué ha consumido.

La designación tiene por criterio, pues, lo verdadero y lo falso. Verdadero significa que los indicadores están efectuados, que hay correspondencia entre el enunciado y el estado de los cuerpos, que se cumple lo que el enunciado indica en el estado de los cuerpos. Por lo tanto, se puede producir el siguiente enunciado: “Para todos los casos, o para un 99 % de los casos (teniendo en cuenta cierto margen de error de los tests de consumo) en que se encuentre cocaína en orina, es verdadero que ha habido consumo de cocaína o pasta base”. Mientras que “falso” significa que la designación no se cumple²¹.

²⁰ Los ejemplos que utilizo los he recabado de mi práctica clínica.

²¹ Sin duda, los resultados pueden arrojar “falsos negativos”, lo cual significa que se cumple que haya habido consumo aunque no sea visible en el test aquello que indicaría lo contrario.

1.2.2.b. La manifestación

Se presenta como la declaración que alguien realiza de sus anhelos y expectativas, sus propósitos y preferencias. Ejemplos de ello podrían ser: “quisiera empezar un tratamiento de rehabilitación”, “espero que esta vez sí encare”, “sólo por hoy no voy a consumir”, “yo fumo porro nomás”.

A este nivel, los criterios ya no son, como en la designación, lo verdadero y lo falso, sino la veracidad y el engaño. En efecto, puede que esos enunciados no sean más que un señuelo, que un usuario diga lo que cree que la institución, la familia o el juez quieren escuchar, o que enunciar eso no sea más que una forma de manipular al otro para obtener esto o aquello.

1.2.2.c. La significación

Se trata de la relación de la palabra con contenidos o conceptos universales. La significación se define por un orden de implicación conceptual en el que el enunciado considerado no interviene sino como elemento de una “demostración”, sea como premisa que explica una formulación, sea como conclusión que demuestra las premisas anteriores. De este modo, por ejemplo, en la cuarta versión del *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (López-Ibor Aliño y Valdés Miyar, 2002) los criterios para la dependencia de sustancias son:

[...] un patrón desadaptativo de consumo de la sustancia que conlleva un deterioro o malestar clínicamente significativos, expresado por tres (o más) de los ítems siguientes en algún momento de un período continuado de 12 meses: (1) tolerancia, definida por cualquiera de los siguientes ítems: (a) una necesidad de cantidades marcadamente crecientes de la sustancia para conseguir la intoxicación o el efecto deseado, (b) el efecto de las mismas cantidades de sustancia disminuye claramente con su consumo continuado; (2) abstinencia, definida por cualquiera de los siguientes ítems: (a) el síndrome de abstinencia característico para la sustancia (v. Criterios A y B de los criterios diagnósticos para la abstinencia de sustancias específicas), (b) se toma la misma sustancia (o una muy parecida) para aliviar o evitar los síntomas de abstinencia [...]. (López-Ibor Aliño y Valdés Miyar, 2002, pp. 186-187)

De este modo, *si* alguien presenta tres o más de los siete ítems señalados (p), padece *entonces* una dependencia a sustancias (q): la forma lógica de esta proposición condicional es “p entonces q” ($p \rightarrow q$). De allí que la significación aparezca a nivel de los fenómenos clínicos de los llamados “trastornos mentales”. Es necesario que se haga, a este nivel, una definición clara y un desarrollo explícito de los conceptos significados: ¿qué significan los conceptos de “tolerancia” y “abstinencia”? La respuesta debe ser lo más exenta de ambigüedad posible, de lo contrario, no podría comprenderse cuál es la significación de un enunciado que incluya estos términos, es decir, en enunciado sería absurdo.

La significación también debe entenderse de forma “moral”: en relación a las promesas y los compromisos. A este nivel se pueden identificar todo un conjunto de enunciados del tipo: “le garantizamos que una vez realizado este tratamiento, y siempre y cuando usted siga estos pasos, va a dejar de consumir”, o su contrapartida “me comprometo a seguir al pie de la letra el tratamiento que indica el médico, o tal regla de esta institución”, “prometo no volver a recaer”, “te juro que no voy a consumir nada más en mi vida”. En dicho nivel, el énfasis no está pues en la enunciación de la voluntad de alguien, sino que la aserción de la conclusión está representada por el momento en el que la promesa efectivamente se cumple, es decir, cuando el propósito o la promesa son realmente llevados a cabo y no quedan simplemente en la intención de hacer esto o aquello.

El criterio a este nivel es la “condición de verdad” o, dicho de otro modo, las condiciones bajo las cuales un enunciado sería verdadero. La proposición consecuente (q) puede ser falsa, en tanto que designa actualmente un estado de cuerpos que no existe o no ha sido verificado (en el ejemplo anterior, puede ser que no se cumplan los ítems señalados en el DSM-IV-TR para la dependencia a sustancias). Se encuentran a este nivel los principios de no-contradicción y de tercero excluido. Pero como la significación no funda la verdad sin hacer también posible el error, la condición de verdad no se opone a lo falso, sino a lo absurdo. Por absurdo no se entiende aquí algo ridículo, extravagante o disparatado, sino lo que no tiene significación, lo que no puede ser ni verdadero ni falso.

Antes de continuar, cabe señalar, que estas dimensiones pueden encontrarse en un mismo enunciado y no caracterizan pues distintos tipos de enunciados. En efecto, un enunciado falso no deja de tener significación: por ejemplo, se puede comprender la significación de un enunciado que indique un falso positivo en un test de consumo.

1.2.2.d. La expresión

Retomando las dimensiones del enunciado que ya se han distinguido, se puede decir que el sentido no se confunde con la enunciación o el régimen de signos de los consumidores de drogas. Tampoco se identifica con el objeto tóxico, estado o régimen de cuerpos drogados al que se refiere el enunciado pues, de hecho, hay muchos sentidos para un mismo designado: “adicto a la pasta base” y “latero”, “*craving*” y “fisura”, son dos modos que tiene de presentarse un mismo cuerpo o estado de cuerpos en unas expresiones heterogéneas. No se reduce tampoco a la vivencia, la representación o la actividad mental de quien se manifiesta, por ejemplo, como adicto. El sentido es lo expresado del enunciado, ese incorporal en la superficie de las cosas, entidad compleja e irreductible, acontecimiento puro que no llega a efectuarse en tal o cual accidente. En contrapartida, la expresión es el enunciado en cuanto está animado de sentido, lo que el enunciado enuncia, y el expresable lo que la expresión expresa²².

Por ser diferente, pues, a la significación, el sentido se caracteriza por escapar de toda definición conceptual universal: Pero sucede que a menudo se confunde al sentido con las dimensiones precedentes, principalmente con la significación. En efecto, tanto en el lenguaje corriente como en el científico, se emplean como sinónimos las preguntas “¿qué significa?”, “¿qué quiere decir tal cosa?”, “¿cuál es su significado?” y “¿qué sentido tiene?”. Incluso algunos lingüistas han reducido esta dimensión a la significación: “*significar es tener un sentido, sin más*” (Benveniste, 1977, p. 224). Pero se veía más arriba que la significación supone conceptos universales, mientras que el sentido expresa siempre condiciones singulares. Como una primera aproximación, entonces, “*puede decirse que el universo de la significación clausura toda posibilidad de acceso a la singularidad del sentido*” (Oury, 1980, p. 93)²³.

Es cierto que algunos semióticos distinguen la significación del sentido: señalan que sólo se puede tener una aproximación intuitiva o ingenua del sentido de un enunciado parafraseándolo o traduciéndolo a otro código (por ejemplo, gestual a verbal, o de un idioma a

²² Conviene explicitar que la categoría “expresión” que vamos a utilizar está lejos de sostener que es un sujeto ya dado o una conciencia el que se expresa o manifiesta a través de tales y cuales enunciados. El sujeto de la expresión es algo que se produce en los márgenes del enunciado, de forma tangencial. Sujeto que en nada se confunde con el individuo de carne y hueso, ni con un yo o una identidad, ni con un sujeto psicológico. Tomemos al sujeto en un sentido no-psicológico: para ello, es ilustrativo que la RAE lo defina como “asunto o materia sobre que se habla o escribe”.

²³ Lacan y otros psicoanalistas como Kristeva (1969) todavía señalan otra dimensión que es la de la “significancia”, es decir, la operación del significante cuando éste ha pasado al piso del significado, y cuando viene así a cargarse de significación (Lacan, 1972b, p. 200). La significancia no se confunde así con la significación sino que es aquello que justamente hace posible la significación y que tiende a constituirla (Lacoue-Labarthe y Nancy, 1990, p. 84). Hay que discriminar, entonces, los siguientes términos: significado, significación, significancia, sentido y/o efecto de sentido.

otro) (Greimas & Courtés, 1990, pp. 372-373). Para ellos la semiótica es una teoría de la significación donde el sentido queda excluido pues, aunque fundamenta la actividad humana en cuanto intencionalidad, no puede decirse nada de él. Pero, en la medida que abordaré no tanto el sentido sino los efectos de sentido, quisiera situarme en otra posición, que no se reduce a operación de traducción, la cual ubico en el plano de lo que aquí entiendo por significación.

Comúnmente el sentido también se confunde con lo que alguien quiere decir. Pero respecto a la manifestación, el sentido se diferencia en que no puede reducirse a una intención psicológica (lo que quiere decir quien emite tal o cual expresión), pues no se encuentra en la mente de un individuo sino en el discurso mismo (Ricoeur, 1998, p. 27). Más aún, la dimensión de la expresión o el (sin)sentido, cuestiona el supuesto de que haya un sujeto ya constituido que quiera decir o dar a entender algo, un mensaje que ya tendría para emitir un sentido prefijado (sentido común o sentido único). Por el contrario, si se atiende a esta dimensión, el sujeto que se desprende de allí, es un sujeto que no ejerce una relación de maestría ni sobre lo que dice ni sobre lo que hace (de allí la producción de lapsus, actos fallidos, sueños o síntomas), un sujeto que no está ya constituido, sino que justamente es producido como efecto de (sin)sentido.

Ya Lacan había señalado que la agudeza o palabra ingeniosa (*Witz*, en alemán, mal traducida por “chiste”) “se coloca en el punto preciso donde el sentido se produce en el *sinsentido*” (Lacan, 1972c, p. 193). Por eso el sinsentido se opone, no al sentido mismo (no es “sin sentido”²⁴) sino a la ausencia de sentido, de allí que si aquí aparece la escritura “(sin)sentido” ha sido para remarcar la solidaridad que hay entre ambos.

Los criterios de la expresión son, pues, el sentido y el sinsentido. Pero conviene aclarar que cuando aquí se emplea “sinsentido” no debe confundírsele con lo absurdo (*nonsense* anglosajón) o falta de significación. Tampoco debe oponerse al sentido, pues sentido y sinsentido coexisten, es decir, el sentido es también efecto del sinsentido. De allí que una paradoja, si bien desprovista de significación, no carece de sentido. Que no se rija por el principio lógico de no-contradicción (según el cual una proposición y su negación no pueden ser ambas verdaderas al mismo tiempo y en el mismo sentido), de tercero excluido (según el

²⁴ De allí la dificultad para abordar esta cuestión. Para ello hay que pensar en otros términos que la lógica dialéctica donde una cosa es la opuesta o lo contrario de la otra. Así, Lacan lo ha señalado en varias oportunidades, “inconsciente” en psicoanálisis no se opone a “conciente”, es decir no es lo mismo que “no conciente”.

cual la disyunción de una proposición y su negación es siempre verdadera) ni de identidad (según el cual toda entidad es idéntica a sí misma), no implica que no transporte un sentido.

Como se verá, se trata aquí de una lógica proposicional o lógica de enunciados, derivada de la lógica estoica atenta a los conectivos lógicos: “y” (conjunción), “no” (negación), “o bien... o bien” (disyunción), “si..., entonces” (proposición condicional). Dicha lógica analiza, entre otras cosas, los casos en que las proposiciones no se rigen por los principios lógicos ya señalados (identidad, tercero excluido, no-contradicción), principalmente en los casos de las llamadas “paradojas” de sentido, donde las dimensiones del enunciado aparecen de un modo muy particular. Así la lógica estoica está basada en “proposiciones” (enunciados lógicos a los que se asocian valores de verdad o falsedad) y no en “conceptos” (enunciados verdaderos por sí mismos, por ejemplo: “Todos los que consumen pasta base son adictos, X consumió pasta base”; necesarios para inferir, a partir de ellos, la demostración de otros: “entonces, X es adicto”) como la lógica aristotélica de los silogismos que, por el contrario, podría decirse que formaliza el sentido común y el sentido único²⁵.

El sentido menos aún puede confundirse con la designación cuyo criterio es la verdad con la que se evalúa la adecuación de los enunciados con los estados de cosas. Pues, cada vez que alguien dice “hoy Fulano fuma esta droga” no se sabe si el enunciado indica que está fumando pasta base en este momento (y alguien responde a la pregunta ¿qué hace Fulano?) o desde un presente más o menos reciente e indeterminado. La conjugación en presente de indicativo del verbo “fumar” en dicho enunciado puede tener un sentido, a pesar de que no sea verdadero que en este momento esté fumando. ¿En qué sentido lo dice, pues? Lo mismo podría decirse respecto al enunciado “¡cómo me pega!”.

Pero tampoco puede confundirse entonces el sentido con lo que un enunciado en verdad quiere decir (Lacoue-Labarthe & Nancy, 1990, pp. 89-91). Eso sería suponer que el sentido es único cuando, en realidad, justamente por no ser unívoco, es la fuente misma del malentendido. De allí que, contrariamente a como lo entiende una larga tradición filosófica e incluso psicoanalítica, la interpretación, “*no es la interpretación de la significación, sino juego sobre el equívoco*” (Lacan, 1975). El sentido es, pues, siempre un efecto. De allí que Lacan distinguiera el “sentido” (*sens*) y los “efectos de sentido” (*effets du sens*). Esos efectos de sentido van a estar en relación no al significante, sino al modo de pronunciar las palabras, a la tonalidad, el ritmo, el acento que se emplean al emitirlas, es decir, a la literalidad sonora, y al

²⁵ Cf. el capítulo “Sens et non-sens ou l’anti-aristotélisme de Lacan” (Cassin, 2012, pp. 115-176)

equívoco que se produce a partir de cierta sonoridad (Chatel, 1994) produciendo justamente una puesta en cuestión de la significación²⁶.

Dimensiones del enunciado:	Relaciones del enunciado con:	Criterios de análisis:
Designación	Estado de cuerpos	Verdadero – Falso
Manifestación	Yo	Veracidad – Engaño
Significación	Conceptos generales	Condición de verdad - Absurdo
Expresión	Acontecimientos	Sentido - Sinsentido

Fig. 2. Cuadro sobre las dimensiones, las relaciones y los criterios del enunciado elaborado a partir de una lectura de *Lógica del sentido* de Deleuze

1.2.3. Del círculo del enunciado a la superficie del (sin)sentido

En un enunciado tan simple como “consumo drogas” se pueden, entonces, distinguir primeramente tres dimensiones: un estado intoxicado del cuerpo de quien consume sustancias (designación), un yo fisurado que se manifiesta como consumidor de drogas (manifestación), conceptos universales tales como “consumo”, “droga” (significación).

Se puede decir que hay un Yo que fundamenta estos enunciados, y que no siempre necesita explicitarse (sujeto omitido): “(yo) consumo drogas”. Ese yo, en el orden del habla²⁷, es primero respecto a la designación del estado del cuerpo en tanto que drogado y posibilita entonces tal designación. También es primero respecto a lo que significa ese enunciado pues al decir “yo” se sabe inmediatamente de qué se está hablando independientemente de los conceptos que se articulen después; pero, además, porque “consumir” o “droga” no valen en

²⁶ En su nomenclatura, el primero estaría en la juntura entre “lo imaginario” (significado) y “lo simbólico” (significante), mientras que el efecto de sentido exigible del discurso analítico es preciso que sea “real” (Lacan, 1975-76, p. 62, sesión del 11/02/75). Los “efectos de sentido” de los cuales Lacan habla podrían ubicarse en la dimensión de lo que en esta tesis se denomina “expresión” (aunque “expresión” no forme parte de la jerga lacaniana), mientras que lo que llama “sentido”, estaría más próximo a lo que aquí se llama “significación”.

²⁷ Para la semiología, la lengua es “*puro objeto social, conjunto sistemático de las convenciones necesarias para la comunicación, indiferente a la materia de las señales que la componen*”; mientras que el habla “*recubre la parte puramente individual del lenguaje (fonación, realización de las reglas y combinaciones contingentes de signos)*”. La lengua, es el lenguaje en tanto institución social y sistema de valores, mientras que el habla es el acto individual de selección y actualización de los signos de la lengua a la vez que por los mecanismos psicofísicos que le permiten a alguien exteriorizar estas combinaciones (Barthes, 1993, p. 21-22).

ese enunciado por sí mismos sino en la medida que se atribuyen a un pronombre personal como “yo”; es decir, no se sabría qué se está diciendo si “consumo” o “drogado” no se predicaran a un sujeto (gramatical).

En el orden de la lengua, si “consumir” o “droga” no tuvieran una significación particular y constante, si cada vez que alguien las pronuncia cambiaran su significado, el enunciado no significaría nada en absoluto, sumiendo a ese yo que se manifiesta y a esos estados de cuerpos que se designan en una indeterminación y un vacío radicales. El yo sólo se determina, es decir, adquiere identidad, en algún concepto: “yo soy *algo*” (por ejemplo, consumidor, adicto, etcétera). Por lo tanto, en este orden, la significación es primera respecto a la manifestación y a la designación.

Sea el enunciado “si sigo yendo drogado al trabajo, me van a echar”. Es necesario que se cumpla la condición de que alguien efectivamente se drogue (a), para que se desprenda la conclusión del despido laboral (b). Es decir, para que sobrevenga la destitución debe presuponerse un estado del cuerpo designado como drogado. A la vez, en el siguiente enunciado “si me echan del laburo, en casa me dejan en la calle”, no se podrá decir que se tenga que ir de su casa (z) más que si se cumple aquello que se designa: que se droga y lo despiden del trabajo. Pero sólo se cumplirá que lo echen de su casa si es verdadero que sólo puede permanecer en su casa a condición de no drogarse y no perder por ello el trabajo (c). Pero para que z se cumpla, a, b y c deben cumplirse o ser verdaderas (d), y así hasta el infinito. Lo que se desprende de esta paradoja es que la implicación “si... entonces...” (es decir, la dimensión de la significación, tal como se ha definido más arriba) nunca alcanza a fundar la designación si esta última no está ya del todo dada, una vez en las premisas y otra vez en la conclusión.

Se ve así que, en una primera aproximación, hay tres tipos de relaciones del enunciado: con el estado de cuerpos (designación), con el yo que habla (manifestación) y con los conceptos universales (significación). Designación, manifestación y significación forman, así, una circularidad, el círculo del enunciado que aquí lo represento yendo, en sentido horario, de la designación a la significación y, en sentido antihorario, de la significación a la designación, pasando en ambos casos por la manifestación.

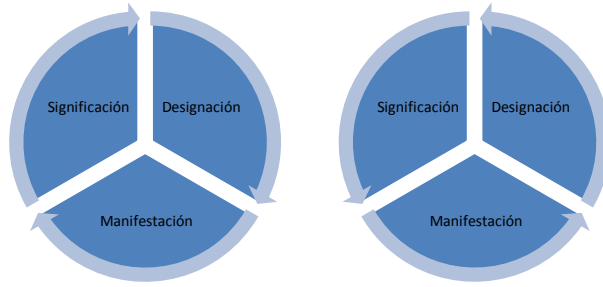


Fig. 3. Circularidad de las dimensiones del enunciado elaborado a partir de una lectura de Lógica del sentido de Deleuze

Se trata de un círculo no sólo en la medida en que se encuentra la mencionada circularidad entre las distintas dimensiones del enunciado, sino también en que estas dimensiones cierran al enunciado con relación a las cosas. Hay, pues, aquí una radical separación entre las palabras o, más precisamente, los enunciados, y las cosas (o cuerpos) y sus estados.



Fig. 4. Círculo del enunciado elaborado a partir de una lectura de Lógica del sentido de Deleuze

Pero lo fundamental a señalar es que si hay un sentido horario y otro antihorario en el que unas dimensiones funcionan ora como el fundamento o condición ora como aquello que es fundado o condicionado, es persiste un fracaso a la hora de fundarse unas en otras, en ser unas las condiciones de posibilidad de las otras. Pues al tiempo que una dimensión funda a la otra, necesita inmediatamente ser fundada por otra dimensión.

La cuarta dimensión del sentido funciona, en cambio, como lo incondicionado del enunciado que permite la producción de las otras tres dimensiones. En efecto, la designación supone el sentido: así, por ejemplo, un enunciado como “¡Krakatoa! ¡Krakatoa!” repetido incansablemente en la escritura del poeta, escritor y pintor Henri Michaux (1963) durante un viaje con mescalina, parece carecer de todo sentido, mucho menos parece designar algo ni,

por ende, ser verdadero o falso²⁸. Un enunciado como “¡Krakatoa! ¡Krakatoa!” tampoco, pues, parece significar algo. Sin embargo, otros enunciados escritos durante esta experiencia pueden, aun siendo absurdos, aun careciendo de significación, generar efectos de sentido. Así, Michaux describe cómo “martirrisiblemente”²⁹, palabra esotérica que conecta dos palabras (mártir + risible) envolviendo así más de un sentido, se repetía una y otra vez en su escritura mescalínica.

Pero, a su vez, es a partir del círculo al que conducen las anteriores dimensiones del enunciado que se puede inferir el sentido. Si se pudiera hacer un corte topológico en el círculo del enunciado y luego una semitorsión en una de sus puntas uniéndola con la otra punta nuevamente, como se hace con la banda de Moebius (Kasner & Newman, 1985, p. 281; Eidelsztein, 2006, pp. 85-103), podría aparecer la dimensión del sentido por sí misma y en su irreductibilidad, pero también con su potencia de producción, animando entonces el círculo del enunciado.

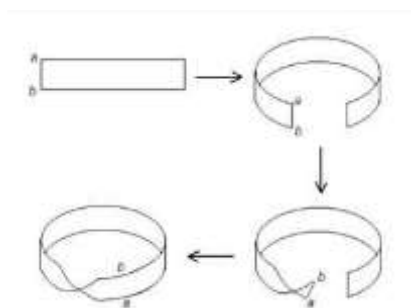


Fig. 5. Banda de Moebius

En resumen, en este capítulo se ha aislado la dimensión de la expresión respecto a las otras dimensiones del enunciado (designación, manifestación, significación), así como las relaciones entre unas y otras. Se han discriminado especialmente la significación del sentido, dimensiones que, por lo general, son confundidas no sin consecuencias para la clínica en general, y para la llamada “clínica de las toxicomanías” en particular (principalmente, en cuanto a la manera de entender la interpretación). En la superficie de la expresión, se ha ubicado la emergencia del sinsentido como un “incorporal” productor de sentido.

A continuación, se detallará el diseño de la investigación, así como el método para analizar el material clínico obtenido en el trabajo de campo.

²⁸ Aunque bien podría conservar su sentido a pesar de ser falso, pues el sentido es indiferente a la verdad o falsedad de un enunciado. Si se toma el caso del enunciado de un joven que frente a la inquisición de sus padres niega que consuma drogas; más allá de si es verdad o no el enunciado, incluso que se pueda discernir la verdad o falsedad del enunciado “nunca fumé **porro**”, no deja de tener sentido.

²⁹ Ver el capítulo dedicado a Michaux en Melenotte, 2006, pp. 65-91.

1.3. Que método

En esta investigación, busqué crear un corpus de expresiones de consultantes por consumo de pasta base para analizar la dimensión del (sin)sentido.

Para realizar el trabajo de campo, elegí el Portal Amarillo ya que al ser un centro de atención a consumidores de pasta base, me permitía acceder en un marco de contención institucional a la población cuyas expresiones esta investigación se propuso estudiar. En efecto, había previsto seleccionar personas dependientes de pasta base de cocaína que dispusieran de cierta contención, fuera familiar (padres o pareja) o institucional (asistencia a un centro de tratamiento y rehabilitación, consulta psiquiátrica regular, espacio terapéutico grupal, albergue), que hiciera factible sostener su participación en esta investigación con cierta continuidad; usuarios en situación de calle, o que presentaban diagnóstico de psicosis o retraso mental fueron excluidos de antemano ya que excedían los objetivos que me había planteado.

En este estudio cualitativo las expresiones de los consumidores de pasta base fueron recolectadas en entrevistas psicoanalíticas que realicé a algunos usuarios durante los primeros meses de su atención en el Portal Amarillo. Dichas entrevistas funcionaron como intervenciones clínicas que pasaron a formar parte de su tratamiento en la institución. Por otra parte, he tomado también algunas expresiones de la novela testimonial de un consumidor de pasta base y de otros consumidores que han puesto por escrito sus experiencias.

1.3.1. Método clínico-psicoanalítico de investigación

El dispositivo psicoanalítico empleado requiere mucho tiempo de trabajo para poder detectar la emergencia del (sin)sentido, por lo que busqué acopiar durante un tiempo suficiente expresiones lingüísticas y no-lingüísticas de pocos casos. Así, se llevaron a cabo entrevistas psicoanalíticas sin plan preconcebido, de duración variable que no superaron los 60 minutos, con dos consultantes por consumo problemático de pasta base (a los que llamaré en adelante X y Z) durante cuatro meses a razón de una o dos veces por semana. Tomé registro de las sesiones mediante notas y grabaciones de audio.

Durante las entrevistas, sostuve una “atención flotante”, contrapartida de la “asociación libre” propuesta a los entrevistados al comienzo de las entrevistas, a quienes también se les explicó desde un principio que su participación en la investigación era opcional (aunque ellos

mismos habían pedido en el Portal Amarillo un espacio personal para hablar con un psicólogo) y que las entrevistas que se mantuvieran se integrarían como un espacio suplementario a su tratamiento en el Portal Amarillo -cabe aclarar que no se les explicó que el enfoque de la investigación era psicoanalítico, ni tampoco los aspectos del marco conceptual de la misma. Del material asociativo, muchas veces elementos aparentemente irrelevantes, se han extraído algunos elementos significativos pasibles de análisis.

Como investigador he incidido efectivamente en que se produjeran efectos de sentido al abrir cierto campo de escucha, es decir, se creó un espacio de escucha que tuvo efectos de análisis interpretativos y transferenciales. Sin embargo, hay que aclarar que las entrevistas realizadas no se pueden equiparar a las entrevistas preliminares a un psicoanálisis, ni a un psicoanálisis propiamente dicho. Si las califico como “psicoanalíticas” es porque las intervenciones durante las entrevistas indican que hay algo a leer allí donde la mayoría de los tratamientos determinan que ciertas palabras o signos deben ser excluidas de las expresiones de los consumidores consultantes: por ejemplo, se les pide que traduzcan su decir en términos de la lengua común -cuando no lo hacen los propios consultados ya entrenados al respecto. No es esa la vía del psicoanálisis. No es lo mismo decir “fisura” que “abstinencia”: decir “abstinencia” es ya un deslizamiento de la letra de las expresiones de los consumidores, un tecnicismo que al traducir la expresión de cierto argot a la jerga científica, reduce dicha expresión a un sentido único.

Propongo, así, otro “modo de lectura”, una lectura “a la letra” (Allouch, 1984, p. 67) de tales expresiones, ceñido a la literalidad y a la homofonía de ciertos enunciados –no todos, hay que decirlo- producidos por los propios participantes de la investigación, liberándolas tanto de la reducción del lenguaje técnico, como de su significado y de su codificación en el argot mismo de los consumidores. Lectura en la que cuenta el detalle, pues el valor de cada expresión no está dado de antemano en un código preestablecido sino que depende para cada “fisura” del lugar de las otras expresiones con las que forma un conjunto semiótico. El carácter equívoco de los elementos en juego sólo aparecerá con la “puesta en serie” (Allouch, 1984, p. 94), como se explicará en el capítulo 1.3.5.b.

Aun así, en esta investigación no ha habido un trabajo exhaustivo de la literalidad de los enunciados tal como puede efectuarse en el transcurso de un psicoanálisis propiamente dicho entendido como “clínica de lo escrito” y en transferencia. Basten algunas indicaciones que recojo de algunos fragmentos de las entrevistas.

1.3.2. Descripción del lugar: el Portal Amarillo

El Portal Amarillo es un Centro Nacional de Información y Referencia de la Red Drogas que brinda asesoramiento en el tema drogas, pero principalmente tratamiento y rehabilitación para consumidores de sustancias a cargo de un equipo interdisciplinario. Es un nodo de la red drogas que funciona en el Primer Nivel de Atención de ASSE articulando diferentes niveles de abordaje de esta problemática, atendiendo a personas de entre 12 y 30 años de edad, de cualquier parte del país con consumo problemáticos, con conflictividad familiar moderada y severa, alto riesgo o ruptura de inserciones sociales, educativas o laborales, y consultas anteriores, fracasos de tratamientos previos y que tienen la intención de realizar un tratamiento para abandonar el consumo.

Quienes recién se acercan a la institución participan de los llamados grupos T₁. Estos grupos son la puerta de entrada a la institución, allí se les informa sobre las distintas modalidades del tratamiento, se busca generar una demanda de tratamiento –pues algunos vienen impulsados y hasta presionados por sus allegados. Luego de asistir a una serie de encuentros, los usuarios pueden pedir entrevista con el “comité de recepción”, el cual evalúa a qué modalidad conviene que sean derivados.

El Portal Amarillo cuenta con tres modalidades de tratamiento: i – la atención en forma de unidades de internación o Residencial, la cual tiene un cupo para unas 22 personas que residen allí con internaciones cortas en las que se realiza desintoxicación; ii - el hospital de día o Centro Diurno, incluye un acompañamiento psicosocial y educativo con propuestas de talleres (murga, panadería, informática, teatro, biblioteca, actividades deportivas, etc.) y reuniones grupales; iii - y el régimen ambulatorio, en el que participan de uno de los grupos terapéuticos T₂, tengan consulta psiquiátrica regular y, eventualmente, participan de alguna otra actividad (grupo de prevención de recaídas) o taller que ofrece el Portal Amarillo.

En todas las modalidades se trabaja con grupos T de familias y se cuenta, si es necesario, con apoyo farmacológico.

1.3.3. Características del proceso de investigación

Con la aprobación del Comité de Ética de la Facultad de Psicología, el proyecto de investigación se presentó en el 2011 al Supervisor Técnico del Portal Amarillo, convenimos que trabajara en el Centro Diurno y que las entrevistas psicoanalíticas previstas como actividades de esta investigación funcionaran como intervenciones clínicas que formaran parte del tratamiento mismo de los entrevistados. Dentro de los otros dispositivos que ofrece el Portal Amarillo, se eligió el Centro Diurno, principalmente pensando en la mayor probabilidad de continuidad del tratamiento de estos consultantes, ya que en el Residencial se trata de que estén pocos días internados y en el Ambulatorio, en general, es frecuente que haya una gran tasa de abandono de tratamiento³⁰.

En principio, esperaba tener entrevistas desde los primeros tiempos del tratamiento, pero el equipo técnico sugirió que era mejor optar por aquellos jóvenes que pudieran sostener durante un período cierto grado de compromiso respecto a su participación en esta investigación –aunque siempre existió la posibilidad de abandono. Así fue que acordamos trabajar con jóvenes que ya hacía un tiempo que estaban yendo a la institución, en el dispositivo del Centro Diurno.

Si bien participé en un par de reuniones de los grupos T₁, se discutió la conveniencia respecto a comenzar a trabajar con alguno de los participantes del grupo. Concluimos con el equipo que, en la medida que aún no estaban asistiendo formalmente al Portal Amarillo, convendría esperar a que pasaran por el comité de recepción.

La selección de los participantes se realizó en conjunto con el equipo técnico del Centro Diurno del Portal Amarillo. Durante un mes antes de comenzar con las entrevistas, estuve asistiendo a las reuniones de este Centro, conociendo su forma de abordaje terapéutico y educativo, familiarizando a los integrantes del equipo con el proyecto de investigación, y generando un lazo que hiciera posible el trabajo basado en la confianza y el respeto mutuos, y en permanente diálogo con las coordinadoras del Centro.

³⁰ Una de las causas aducidas por el personal que allí trabaja, es que los abandonos en gran parte se realizan cuando comienzan a trabajar, ya que no pueden concurrir a las actividades del Portal Amarillo que son en su totalidad en el horario de la mañana y la tarde temprano.

En un caso, discutimos con el equipo del Centro Diurno (ya que algunos técnicos coordinan los grupos T) la pertinencia de comenzar a trabajar con uno de los usuarios que había conocido en una reunión del grupo T₁, una vez que fuera derivado al Centro Diurno. Pero, si bien estuvo asistiendo al Centro Diurno, no pasó el período de evaluación de dos semanas en que, de acuerdo a su actitud y comportamiento, se decide su permanencia en el Centro.

Hubo también una serie de usuarios con quienes me sugirieron trabajar pero, en algunos casos, el psiquiatra tratante no estuvo de acuerdo por considerar que no tenían la “capacidad suficiente de simbolización” o que podría ser “ineficaz” a los efectos de este estudio e incluso “inconveniente” para su tratamiento.

No obstante, y a sugerencia de una integrante del equipo, se discutió la pertinencia de mi participación desde las primeras etapas del tratamiento. El motivo por el cual podría ser interesante intervenir desde el inicio del tratamiento –argumentaba-, era con el objetivo de poder captar las expresiones del argot y los signos no verbales (por ejemplo, gestos o vestimenta) de forma más pronunciada, sin la “contaminación” del discurso institucional respecto al consumo de drogas. Ciertamente, coincidimos en esta visión. Sin embargo, intervenir en una etapa un poco más avanzada también revestía su interés. Pues, en nuestra cultura, el consumo de drogas no sólo está atravesado por el argot propio de los consumidores, sino por el discurso social en sus diferentes formas institucionales (verbigracia: jurídicas, sanitarias, morales). Por supuesto, sería interesante indagar las transformaciones semióticas que se producen en las distintas etapas del tratamiento, a través de un estudio longitudinal, pero no era ese el objetivo ni el diseño de esta investigación.

Finalmente, me derivaron tres jóvenes que concurrían al Centro, no estaban teniendo atención individual, la necesitaban y la habían pedido, y cumplían con los criterios de inclusión y exclusión que había planteado en mi proyecto (ver p. 44).

Como decía, el trabajo en el Residencial no estaba estipulado de antemano. Sin embargo, al ser derivado a este dispositivo un joven del Centro Diurno a quien una psiquiatra le había ofrecido participar en la investigación y había accedido, mantuve igualmente un par de encuentros con él. Se vio interrumpido debido a que estaba en un estado tal que requería medidas de contención que la institución no estaba preparada para ofrecer (el joven se había quebrado ambas muñecas durante la internación, en distintas ocasiones en cada brazo por golpear las paredes con sus puños y al momento se encontraba enyesado). Si bien, la

psiquiatra tratante en su momento evaluó la necesidad de que este joven tuviera un espacio individual, la directora del Residencial sostuvo que no era pertinente continuar con las entrevistas en ese momento, ya por el curso que había tomado el estado del joven, ya por las posibilidades de contención institucional. Se argumentó que no debía seguir entrevistándolo ya que el chico se podría movilizar demasiado y ellos no podían contenerlo (tras una entrevista que él mismo pidió interrumpir, el joven golpeó y rompió un vidrio del Residencial). Por esos días fue trasladado a otro centro asistencial.

Así, pues, si bien me derivaron tres jóvenes sólo dos continuaron hasta el final de la investigación. En principio estaba previsto el trabajo con dos o tres usuarios, según las necesidades de la propia investigación. Si seguí trabajando con dos, a pesar del pronto abandono del tercero fue, en primer lugar, porque durante la época del año en que realicé la intervención (verano) las consultas disminuyen en esta institución y, particularmente había muy pocos usuarios asistiendo al dispositivo del Centro Diurno, algunos de los cuales el equipo consideró que no calificaban para participar en la investigación. Pero, por otro lado, consideré que el trabajo que se mantuvo con los otros dos fue suficiente a los fines de esta investigación ya que las entrevistas me permitieron recabar material suficiente para analizar la lógica del (sin)sentido que me había propuesto abordar. Por estos motivos, a la vez que por una cuestión de prudencia a la hora de sacar conclusiones, preferí no incluir el material recabado del tercer usuario que abandonó el Portal Amarillo.

Antes de pasar al otro punto, quiero destacar aquí la imposibilidad de continuar con este joven. Sucede que la posición del analista no consiste en ofrecer un tratamiento generalizado, con sus etapas y objetivos predeterminados. El psicoanálisis no ofrece un tratamiento de rehabilitación, su fin no apunta a que alguien deje de consumir, ni a reducir los riesgos de su consumo. Es decir, no se le demanda *a priori* eso a ningún analizante, ni como condición ni como fin del análisis. Lo cual no quiere decir que el psicoanalista se desentienda de eso o que no pueda acompañarlo en medio de su “proceso de rehabilitación”. En ocasiones, puede tener como efecto de un análisis que alguien deje de consumir, o pase a consumir de otra manera, o a hacer otra cosa con su consumo, pero ese no es el objetivo.

Se trata, en cambio, de que alguien pueda pasar a otra cosa, a otra forma de enunciación, a una posición subjetiva que no es generalizable, que no es ni pretende ser para

todos, no es universal³¹; algunos se “engancharán” entonces en ese espacio que se produce en transferencia con un analista en particular y podrán realizar ellos mismos una demanda de análisis singular, no prefijada de antemano ni extrínsecamente, otros no. En este caso, eso no fue posible, sea por las condiciones de vida del joven o por otras razones que no quisiera aventurar a falta de suficiente material en que apoyar ciertas hipótesis; mientras que en los otros dos casos sí se produjeron efectos transferenciales, aunque de manera distinta en cada caso y teniendo en cuenta las condicionantes temporales e institucionales que oficiaron como marco de la investigación.

Pues, en la medida que se trató de una intervención clínica en el marco de una investigación académica, en la que fue definido de antemano y de forma aproximada su tiempo de culminación, y que la recolección de datos se realizó en el contexto de una formación universitaria, el entrevistador ha estado en una cierta función donde no operaba meramente la transferencia al analista, sino que había todo un dispositivo institucional que ofició también como tercero en la relación analista-analizante.

A diferencia también de lo que suele suceder en un psicoanálisis, desde el inicio, quienes participaron en esta investigación estuvieron de acuerdo con que se publicaran los resultados en la tesis. Antes de comenzar la primera entrevista, obtuve entonces el consentimiento informado de los participantes, donde se aclararon las condiciones, momentos y características de la investigación. De antemano ello jugó entonces como variable.

Respecto al número de entrevistas semanales, éste fue variando por distintos motivos: según la asistencia de los jóvenes a la institución, la calidad y el tipo del material emergente de las entrevistas, las necesidades particulares (situaciones de recaída, estado anímico de los participantes), o la disponibilidad horaria del investigador y coordinación con el resto de las actividades del Portal Amarillo (talleres, asambleas, grupos). Durante el período de las entrevistas, y por distintos motivos, los consultantes faltaron a algunos de los encuentros previstos. En total, se mantuvieron catorce encuentros con X y doce con Z.

³¹ No es este el lugar para desarrollar dicha idea, pero cabe aclarar que eso no tiene nada que ver con que esté dirigido a una élite o determinado estrato social, sino que nada dice de antemano que alguien que pertenezca a un grupo social determinado según cualquier tipo de criterio (etario, sexual, económico, nosográfico, etcétera) pueda o no emprender un análisis.

Si bien estaba previsto que la intervención durara tres meses –tiempo prudencial para recabar suficiente material aportado por las entrevistas-, con el equipo del Portal Amarillo estimamos conveniente extenderla un mes más, debido a que los jóvenes egresaron del Centro Diurno y estaban enfrentando dificultades en la inserción laboral y académica, recaídas, vulnerabilidad, por lo cual evaluamos con el equipo técnico que era importante conservar ese espacio individual hasta que cambiaran algunos factores en la coyuntura de los jóvenes; además, hubo algunas semanas en las que los participantes faltaron a las entrevistas. Así que esperé hasta contar con el material de algunas entrevistas más antes de ser conclusivo en mis apreciaciones, y hasta que ellos estuvieran en una mejor posición subjetiva para enfrentar las nuevas etapas del tratamiento.

El trabajo de campo duró finalmente desde octubre de 2011 hasta marzo de 2012, aunque las entrevistas tuvieron lugar de diciembre a marzo. Durante octubre y noviembre me familiaricé con la institución y realizamos la selección de los participantes de la investigación junto con el equipo técnico. Mi asistencia a las reuniones del Centro Diurno se extendió hasta que los jóvenes que participaron en la investigación pasaron a régimen ambulatorio y, por lo tanto, ya no se discutía sobre ellos en particular en dichos espacios. El trabajo en el ambulatorio se produjo, pues, una vez que aquellos con quienes venía trabajando pasaron a esta modalidad de tratamiento, con el aval y recomendación del equipo técnico.

En sus historias clínicas los técnicos del Portal Amarillo dispusieron una sección donde quedara registrado un informe semanal de lo trabajado con cada uno de ellos en el marco de esta investigación, a fin de contribuir con su proceso y compartir a grandes rasgos lo analizado con el resto del equipo que los asistía. Asimismo, cada vez que en las reuniones del Centro Diurno se discutía sobre ellos, intervine de forma oral en la discusión tanto por iniciativa propia como a pedido del equipo.

1.3.4. Otros materiales del corpus

A poco de comenzar la investigación llegó a mis manos la novela testimonial de un consumidor de “paco”³², el argentino Hugo Roper, que, por la fuerza de su escritura y por ser quizá el primer y único testimonio detallado y escrito de un consumidor de pasta base, decidí incluirla como fuente para esta tesis y material suplementario al material de las entrevistas -que constituyen la base fundamental del corpus aquí trabajado.

Además, para elucidar ciertos aspectos que trabajaré a partir de estos materiales, me he servido de fragmentos de textos literarios de escritores de distinta fama, talla y tenor (como Artaud, Burroughs, Blajaquis, Castaneda, De Quincey, Duras, Huxley, Michaux, Sagan, Sartre) que cuentan sus experiencias de consumo de drogas.

Por su pertinencia, también he incluido como parte del corpus de expresiones a analizar, algunos enunciados recogidos en mi propia práctica clínica con consumidores de pasta base, previamente al trabajo de campo en el Portal Amarillo.

1.3.5. Análisis cualitativo, semiótico y discursivo

Si bien en las próximas páginas se hará referencia al estudio cualitativo de las expresiones de X y Z a partir del material brindado por las entrevistas, esta tesis no se enmarca ni pretende realizar la construcción de un “caso clínico”. En el caso clínico, se trata de que alguien que ha ocupado el lugar de, o la función de analista en el transcurso de un análisis, por alguna razón pone por escrito aquello que aconteció en ese análisis, pasando del lugar del analista al lugar del escritor. Sin saber al inicio del análisis qué va a suceder, terminado o interrumpido dicho análisis, escribirá y conceptualizará sobre tales o cuales aspectos de la subjetividad puesta en juego en tal caso, entre otras razones, unas veces orientados por la forma general del diagnóstico nosográfico -un caso de neurosis obsesiva, por ejemplo, como ha sido descrito en uno de los más famosos historiales en el psicoanálisis (Freud, 1992a)- otras por algún problema relevante que haya aparecido allí (pasaje al acto, delirio, etcétera).

³² Tanto a nivel del argot de los consumidores, como a nivel de los estudios toxicológicos no ha sido clara la distinción entre el paco y la pasta base que se ha comercializado (Rangugni, Rossi & Corda, 2006). Sin embargo, en general se sostiene que el “paco” es el nombre que se le da a la pasta base en Argentina (TNI, 2006). La composición bioquímica de la pasta base ha ido variando. Por ejemplo, a la pasta base antes se la estiraba con lidocaína, mientras que en la actualidad se lo hace con cafeína y en algunos casos con levamisol (Umpiérrez, 2013).

A diferencia del caso clínico, no se dará cuenta aquí de todo el proceso, sino específicamente de la cuestión del (sin)sentido, cuestión definida previamente a comenzar las entrevistas. Por lo cual, más que enfatizar en la comprensión o explicación de cada caso, me interesa destacar, por un lado, las singularidades que centellean en las expresiones de quienes he entrevistado y, por otro, los alcances, los hallazgos, los efectos y la pertinencia del método de la lógica del (sin)sentido que se ha jugado en las intervenciones que he realizado, de su posible utilización en los análisis con consumidores de pasta base.

Si cabe hablar de “caso” aquí es para seleccionar entre las múltiples acepciones de la lengua española del término “caso”, la que significa “acontecimiento” -de allí, las expresiones “llegado el caso” o “en caso de que” para referirse a ese acontecimiento que se supone que está por arribar. Es decir, establezco una equivalencia entre caso y acontecimiento, tal como ya ha sido esbozado por Allouch (1996, p. 345). Dicho caso, acontecimiento único, o singularidad, puede ser, como bien lo ha señalado en otra parte Allouch (1984) un juego de palabras o una agudeza chistosa (Allouch, 1994), es decir, una expresión o, para ser más precisos aún, “lo expresable” de una expresión (ver capítulo 1.2.2.d.)

Prefiero entonces hablar en términos de “fragmento” de entrevista psicoanalítica, antes incluso que recurrir a la categoría de “viñeta” o “viñeta clínica” puesto que, en primer lugar, su presentación no sigue el formato con que suele presentarse una viñeta en psicología o psicoanálisis, incluso en medicina donde se han llegado a estructurar y sistematizar sus reglas de construcción (I-TECH, s. f.). Luego, porque dichos fragmentos tampoco buscan ilustrar una teoría o un saber acabado, sino que servirán más bien como fuente para extraer hipótesis y conjeturas. Y en última instancia, porque a diferencia de cierta pretensión que se desliza en el formato “viñeta” de representar lo que verdaderamente ha sucedido en el trabajo clínico, aquí reconozco la construcción ficticia de dichos fragmentos³³. El recorte y el montaje de esos fragmentos es mío, no representa pues lo que sucedió en las entrevistas, no porque salga todo de mi cabeza como en los diálogos ficticios de un interesante texto de Davoine (1992) -por el contrario, sale de las voces que se grabaron en un aparato- sino porque su composición y su disposición para la lectura son míos, así como su particular transcripción o los recursos narrativos, reglas, estrategias o procedimientos heurísticos que empleo: por ejemplo, que en los fragmentos de entrevistas, al no seguir ciertas convenciones de transcripción de entrevista

³³ Se trata de la distancia entre los acontecimientos producidos en el “consultorio” y el “escritorio” del analista: *“epistémicamente equivale a dar un gran salto, no siempre logrado, por encima de la fractura que separa la práctica del psicoanálisis de su enseñanza”* (Baños Orellana, 1999, p. 16). La apuesta aquí es a no disimular esa brecha.

como guiones o nombres identificatorios de entrevistador y entrevistado, no se pueda localizar rápidamente quién habla (si X, Y o Z). ¡Qué importa quién habla! –aunque unas décimas de segundo después, o tras una segunda lectura, pueda discernirse quién habla sea por el empleo de determinada persona (yo, vos, etcétera), de las expresiones del argot o de tal o cual muletilla (“O sea”, “¿entendés?”, “¿viste?”, “¿no?”, “Y ta”).

X y Z no representan a los pacientes del Portal Amarillo, son letras, y nada más; es decir, letras que no significan nada y que he puesto a las voces registradas en un grabador. Lo mismo pasa con Y: no soy yo, quien escribe la tesis, sino la voz del entrevistador. Son dos posiciones enunciativas completamente diferentes, dirigidas a destinatarios también distintos. Pero si X, Z e Y, ya no interesan por su capacidad de manifestar o designar a usuarios referentes, ¿acaso tendrán sentido enunciados como “X ha consumido”, “Z dice” o “Y pregunta”? Siendo enunciados absurdos (X, siendo una letra, no consume nada), quizá produzcan cierto sentido. Así también, X, Y o Z valen como lugares de enunciación, más allá de la verdad de esos enunciados, pues lo que aquí interesa es que sean lógicamente posibles, es decir, que produzcan efectos de sentido. Para ser consecuentes con la lógica que aquí se estudiará, los enunciados, las conclusiones, los resultados a los que se arribe, deberán entonces ser medidos no tanto con la vara de la verdad, sino con la del (sin)sentido.

Se trata de evitar todo discurso más allá de la letra de tales fragmentos. Así que cuando me refiera a X, Y o a Z, ya no importarán sus nombres ni sus identidades. Dicho recurso aunque parezca dejar en cierta vaguedad al referente al borrar su nombre propio, lo empleo justamente para ser más preciso y ganar en rigurosidad en el método que me propongo seguir. No es simplemente una manera de mantener el anonimato, sino de impedir la comprensión en el sentido de un exceso de significación y sobreinterpretación “psi”. Por tal motivo, he obviado también la información recabada de las fichas respectivas de las historias clínicas de los jóvenes con quienes trabajé.

Si bien he escuchado muchas veces las grabaciones, he tomado notas, realizado transcripciones groseras de la mayor parte de las entrevistas e identificado ciertos fragmentos que se han ido conectando unos con otros, pero siempre pasando por el tamiz de mi propia escucha. Así he dejado hablar al material, pero la selección y el montaje corren por mi cuenta. No de forma arbitraria, sino por las resonancias que los acontecimientos o efectos de sentido han producido entre la escucha y las voces, seleccionando aquellos fragmentos que daban cuenta de ciertos aspectos específicos de la experiencia del consumidor o del uso de ciertos

términos que se suponen propios de ese argot del “**pastabasero**”. Una vez seleccionados los fragmentos a analizar en la tesis, sin importar su extensión sino la intensidad, he hecho una cuidadosa transcripción y efectuado ciertas operaciones de escritura que evidentemente no estaban presentes en la situación de entrevista.

Por los mismos motivos, el análisis de esos fragmentos tampoco ha sido exhaustivo: no comento todo lo que se dice, sino parte de ello. Dicho análisis se efectuó en tres tiempos: durante el proceso de las entrevistas, durante la desgrabación de las voces, durante la escritura y revisión de la escritura de la tesis. La revisión se ha hecho mucho tiempo después de efectuada la intervención –ya sea por motivos personales del escritor como por lo que hoy considero exigencias internas de rigurosidad en el análisis y en las lecturas y relecturas, en las escrituras y reescrituras mismas de esta tesis, o en el trabajo minucioso con los signos y la lengua, es decir, aspectos que era necesario madurar para su presentación pública-, por lo que más que encontrarme con las voces grabadas, fue con la letra de la desgrabación con la que he ajustado lo analizado anteriormente.

Reconozco y resalto pues la gran diferencia que existe entre las operaciones efectuadas en los distintos momentos productivos de la entrevista, la desgrabación y la escritura de la tesis. Este último momento no reproduce fielmente el primero sino que lo traiciona, condición indispensable para este tipo de producción. Una de esas operaciones está dada por el ordenamiento del material: no he seguido un orden cronológico. Los fragmentos de las entrevistas siguen más bien un orden lógico de acuerdo a las necesidades de escritura de la tesis, a los problemas que se le fueron planteando a su escritor, problemas que no siempre coincidieron con los del entrevistador (Y). En efecto, el ordenamiento temporal lineal puede ser una exigencia a la hora de una narración coherente, que vaya a la busca de las explicaciones causales, pero la discontinuidad narrativa o la “disnarración” (Real, 2013) entiendo que sitúa una forma más adecuada para captar la dimensión de (sin)sentido de la expresión en la medida que está hecha de repeticiones, interrupciones del discurso, puesta en resonancia de expresiones o relatos que a simple vista no tendrían relación.

Siempre que aparezcan corchetes en los fragmentos transcritos será para indicar agregados del tesista. Por ejemplo: gestos [rías]; omisión de nombres [nombre de pareja], fragmentos elididos [...], etcétera.

Con respecto al análisis de la novela autobiográfica de Roper, tampoco pretendo hacer una “fábrica de caso” (Allouch, 1990; Allouch, Porge, Viltard, 1995), entendida como aquella

construcción clínica sobre un caso realizada por alguien que no ha ocupado allí el lugar transferencial del analista, es decir, que el individuo sobre el que escribe no ha sido analizante suyo, sea porque otro lo ha recibido (Cancina, 1997), por ejemplo, o porque se trate de los personajes de una novela (Cancina, 1999).

Por otro lado, en la “monografía clínica” se trata de la recolección lo más exhaustiva posible de documentos (cartas, escritos varios, memorias, informes de pericias psiquiátricas o jurídicas, y otros textos de este tipo que por su difícil acceso y por no estar publicados se los conoce como “literatura gris”) referidos a un individuo que ha estado o no en análisis, y a personas significativas de su entorno. Así, por ejemplo, la monografía sobre la uruguaya Iris Cabezudo (Capurro y Nin, 1995). Pero aquí me limitaré también al análisis de algunos pasajes de la novela mencionada sin pretensión de exhaustividad alguna.

La particularidad del material de esta novela respecto al material obtenido mediante las entrevistas reside, en primer lugar, en que se trata de una expresión escrita y no oral, y luego que responde a una intención de parte del escritor de dichas páginas de hacer pública su experiencia bajo la forma del testimonio. Los entrevistados, en cambio, han dado el consentimiento de que el material fuera publicado a condición de preservar su anonimato.

De todos modos, tanto lo que analizo de esa novela como de las entrevistas, está regido por cierta ética de la escritura que se posiciona “*delante de quien se escribe de lo que se escribe sobre quien se escribe*” (Allouch, 2013, p. 91); es decir, he tomado la precaución de escribir como si llegado el momento se diera el hipotético caso de que algunas de las fuentes del material analizado leyeran dicha tesis.

Se analizarán entonces dichos materiales clínicos y testimoniales, a partir de las dimensiones de análisis descritas en el capítulo 1.2.2., aunque también se emplearán algunas otras categorías que han surgido del material cualitativo y que no se hallaban previamente en dicho marco teórico.

Siguiendo el planteo de Deleuze (2005), paso entonces a detallar y distinguir los momentos lógicos (no sucesivos ni cronológicos) del análisis del (sin)sentido de las expresiones presentes en los fragmentos o pasajes mencionados.

1.3.5.a. Los apelativos, las relaciones y los acontecimientos singulares

En primer lugar, hay que identificar los apelativos o nombres comunes que se aplican a personas que pertenecen a una misma clase de consumidores de drogas (por ejemplo, **latero**). No hay que confundir estos nombres comunes con los consumidores “reales” de drogas ni con las imágenes o figuras de adictos que circulan actualmente en nuestra sociedad (el latero como individuo delincuente o peligroso, por ejemplo).

En segundo lugar, se pueden distinguir, de acuerdo a las distintas expresiones, las relaciones entre los consumidores y las drogas (“fisura”), o con otros consumidores (por ejemplo: entre los planchas que consumen pasta base y los **chetos** que consumen éxtasis) o con los no-consumidores (**caretas**).

Ahora bien, a los apelativos mencionados más arriba, y como bien se dice en las comunidades terapéuticas, corresponden “actitudes de la calle” que efectúan las rarezas, los comportamientos extraños o las singularidades determinadas en lo que podríamos llamar “el sistema de consumo de drogas”³⁴: las actitudes de un **pibe** o **rocho** frente a alguien que cumple el rol o la función de **botón**. Los puntos singulares son aquellos acontecimientos que se comunican entre las distintas series de enunciados a través de un verbo (**embicharse**, por ejemplo) o incluso en otros regímenes de signos diferentes: por ejemplo, se puede apreciar en el cuerpo de algún consumidor determinada serie de puntos de tinta tatuados en la piel de su cuerpo formando una lágrima, o los cinco puntos que representan en el tatuaje **tumbero** de ciertos grupos marginales o de bajos estratos socioeconómicos a un **chorro** rodeado por cuatro **antichorros**: ∴

³⁴ Es preferible hablar de sistema de consumo de sustancias, en lugar de “configuración toxicómana” (Texeira Ribeiro, 2011) para resaltar el aspecto lógico y sistemático de este conjunto semiótico (que no siempre implica los síndromes de dependencia y abstinencia), distinguiéndolo así de la figuración toxicómana. El sentido sólo puede efectuarse en la *formación de conjunto o composición* que esté en juego en cada caso. A esta formación de conjunto algunos la han llamado estructura (Lacan, 1970), otros “dispositivos” o luego “diagramas” (Foucault, cf. Deleuze, 1986), o “agenciamiento o montaje colectivo de enunciación” (Deleuze & Guattari, 1994). Un montaje de este tipo se compone por un conjunto de elementos discursivos y no discursivos, significantes y asignificantes, simbólicos, imaginarios y reales, que no se pueden confundir con configuraciones psicopatológicas, que no son ni individuales ni universales, que presentan ciertas regularidades, cierto margen de posibilidades de acción y expresión, y que constituyen ciertos modos de vida y enlace con los otros. Es decir, el sentido e incluso el sinsentido son impensables fuera de cierto plano de organización, aunque no son unidireccionales, no carecen de dirección disparándose para cualquier lado.

Respecto al sentido, la singularidad³⁵ no se define por oposición a la universalidad, sino a una rareza en la producción discursiva y no-discursiva de signos (determinado lapsus, un sueño, este acto fallido pero también aquella alucinación, o una idea delirante particular, un pasaje al acto loco)³⁶. Por ello decir que el psicoanálisis es siempre el de un caso singular que no puede ser subsumido en leyes universales y generales es válido, pero a condición de que no es el “caso Fulano” o Mengano lo singular, sino cierto acontecimiento bizarro (este y no otro) que se desliza entre sus expresiones (por ejemplo, uno puede perseguirse con que la policía lo va a venir a buscar mientras está consumiendo; otro con que lo hará su madre).

1.3.5.b. La construcción de las series

En psicoanálisis, la cuestión de las series se puede rastrear tanto en Freud como en Lacan. Del lado del fundador del psicoanálisis, se pueden señalar la teoría de las “series complementarias” y la teoría del fantasma, donde discrimina la serie de los factores endógenos (fijación libidinal, constitución hereditaria) que al encontrarse con la serie de los factores exógenos (frustración, vivencias, traumatismos), provoca el síntoma, o también las series pregenitales y las series genitales que determinan la eclosión sintomática (Freud, 1991a, pp. 316 ss.; ver también Real, 2009).

Por su lado, Lacan (1978) analizó el caso freudiano del Hombre de las Ratas y la serie de mujeres ricas y pobres que determinaron la erótica de este analizante de Freud o la serie de las deudas (propia y paterna) que determinaron su pensamiento y sus síntomas obsesivos. Así también en su análisis del cuento de Edgar Allan Poe, *La carta robada* (Lacan, 1957) analizó las dos series (significante y significada) que convergen en la carta robada (en la primera serie aparece la reina que recibe la carta, el rey que no la ve y el funcionario que roba la carta; en la segunda, el funcionario tiene la carta en su casa, la policía no la ve a pesar de que está

³⁵ Para ilustrarlo de una forma poética citamos un extracto de la novela *Amuleto*: “yo, una pobre poetisa uruguaya, pero que amaba México como la que más, mientras esperaba, digo, se produjo un silencio especial, un silencio que ni los diccionarios musicales ni los diccionarios filosóficos registran, como si el tiempo se fracturara y corriera en varias direcciones a la vez, un tiempo puro, ni verbal ni compuesto de gestos o acciones, y entonces me vi a mí misma y vi al soldado que se miraba arrobado en el espejo, nuestras dos figuras empotradas en un rombo negro o sumergidas en un lago, y tuve un escalofrío, hélas, porque supe que momentáneamente las leyes de las matemáticas me protegían, porque supe que las tiránicas leyes del cosmos, que se oponen a las leyes de la poesía, me protegían y que el soldado se miraría arrobado en el espejo y yo lo oiría y lo imaginaría, arrobada también, en la singularidad de mi wáter, y que ambas singularidades constituían a partir de ese segundo las dos caras de una moneda atroz como la muerte” (Bolaño, 1999, p. 34).

³⁶ En matemática y en física, las singularidades corresponden a la ocurrencia de comportamientos extraños: sea en la representación gráfica de una función $f: f(x)$ –un corte o un punto de inflexión-, o en eventos como el *big bang*.

perfectamente a la vista³⁷ y el detective Dupin se la roba). Puede decirse que la carta funciona como un elemento sinsentido, cuyo contenido o significación no se especifican y, por tanto, permanece abierto a varios sentidos posibles tanto para el lector del cuento como para algunos de sus personajes.

Una serie sucede a la otra en la realidad, pero a la vez un elemento paradójico las hace coexistir simbólicamente. De allí que no conviene decir que una serie sea original mientras que la otra sería su copia o derivada, coexisten en otra temporalidad.

Por ello, para el tema que nos ocupa, no tiene sentido pretender obtener un relato verídico de la primera experiencia de consumo, siempre habrá un fantasma, no un origen puro - a la manera de los “recuerdos encubridores” (Freud, 1991b).

Se tratará, entonces, de identificar en las expresiones de los consultantes consumidores las series que animan sus enunciados y ponerlas en resonancia a través de un elemento que funcione como la carta del cuento de Poe: el elemento paradójico.

1.3.5.c. La descripción de las paradojas y el elemento paradójico

Se trata esta vez de individualizar el elemento paradójico que es principio de emisión de las singularidades o acontecimientos. Lacan describía este elemento como siempre desplazado en relación consigo mismo. Tiene la paradójica propiedad de nunca estar donde se lo busca y ser, en cambio, encontrado donde no está –ya se ha visto cómo con la carta de Poe cómo lo más escondido es lo que está más a la vista. De allí que a pesar de las apariencias cadavéricas de los consumidores de pasta base, con frecuencia sea tan difícil para los padres, por ejemplo, poder percibir lo que está sucediendo con su hijo: estar “muerto en vida”, vivo y muerto a la vez.

En efecto, la dimensión del sentido es captada de golpe en esa figura del discurso que se conoce como paradoja –siempre y cuando no se la quiera reducir a ninguno de sus términos (vida/muerte). Pues si bien absurda o desprovista de significación, la paradoja produce sentidos

³⁷ No es suficiente ver: se puede ver pero no percibir, así con la carta que está a la vista pero no es percibida por la policía parisiense. Sucede que el sentido es imperceptible. Pero la invisibilidad no es lo contrario de lo visible: lo visible tiene él mismo un elemento de invisible, y lo invisible aparece en la línea de lo visible, se inscribe en él virtualmente. Es decir, lo invisible no es solamente lo no-visible. Lo visible siempre se sostiene en un fondo invisible, siempre hay un punto ciego. Ver es siempre ver más de lo que se ve, pero al mismo tiempo, en la medida misma que veo, no sé lo que veo. Pues la visibilidad misma comporta una no visibilidad (Merleau-Ponty, 1979, pp. 265-295).

que van en distintas direcciones a la vez, no forman una cadena lineal sino que son todos simultáneos.

En psicoanálisis, la presencia de la metáfora y la metonimia ha sido tan relevante que el lugar de la paradoja no ha sido demasiado destacado³⁸. Por eso, considerando la dimensión del (sin)sentido, conviene aquí hacer *grosso modo* una distinción en cuanto al nivel en que se encuentran las paradojas respecto a estas otras. En la metonimia hay una reducción de la significación, lo cual aparece claramente en un tropo que se suele estudiar como parte de la metonimia, la sinécdoque, donde el significado se desplaza del todo a la parte, es decir, cuando se toma la parte por el todo (así se llama “**pasta base**” o “fisura” al consumidor de pasta base); o también cuando el significado se desplaza de un objeto (o significante) al objeto que se encuentra próximo (“fumo pipa”, en lugar de “fumo pasta base”). Por el contrario, en la metáfora hay un exceso de significación ya que se suma o condensa un significado a un significante (“bicho”, por ejemplo) que de suyo no lo contenía: “cuando me drogaba era un **bicho**”. De este modo, la metáfora opera por analogía, por comparación entre un drogado y un bicho.

Con la metáfora se renuncia al sentido literal para abrirse al sentido figurado, mientras que con la paradoja es indiscernible cuál de las dos direcciones, cuál de los dos sentidos coexistentes debe tomarse. La metáfora agrega un plus de significación, mientras que la paradoja expresa un excedente de sentido.

Metáfora y metonimia son, pues, dos tipos de tropos que conciernen al plano de la significación. Sin embargo, es justo decir que Lacan, basándose en los estudios de la lingüística (Jakobson, 1980) las hace funcionar en el análisis de una manera distinta. La sustitución significativa que se opera en la metáfora, según Lacan, no apunta a una analogía semántica, es decir a agregar una significación. Pongamos por caso la transliteración de “bicho” a “vicho” que puede darse en el curso de un análisis por la intervención del analista: no hay ninguna analogía entre bicho y vicho, sino cierta homofonía (con una variación mínima en el primer fonema que en nuestro español rioplatense es, por lo general, inaudible) que permite, a nivel paradigmático³⁹, sustituir un significante por otro, creando así mediante cierto equívoco, un efecto de (sin)sentido, más que un plus de significación.

³⁸ Afortunadamente, hoy ya se cuenta con la tesis doctoral donde Ana Hounie (2013) se detiene en la dimensión del sentido y su relación íntima con las paradojas en el psicoanálisis.

³⁹ Se pueden diferenciar el nivel del sintagma, en tanto, “combinación de signos que tiene como base la extensión; en el lenguaje articulado esta extensión es lineal e irreversible (es la “cadena hablada”): dos elementos no pueden ser pronunciados al mismo tiempo (re-tira, contra todos, la vida humana)”; y el nivel del paradigma o sistema que es

Con relación al consumo de drogas, se han comenzado a señalar algunas expresiones paradójales como la de huir de la muerte a través de la muerte (Bento, 1986), la de autoconservarse mediante la operación destructiva del *farmakon* (Le Poulichet, 1990), o la del uso del fármaco o droga como remedio y veneno (Derrida, 1975; Escobedo, 2004). En este sentido, Iñiguez (2008, p. 165), señalaba también el doble sentido de la sustancia (valorpreciado y elemento peligroso, misterioso, adulterado) y del consumidor (poderoso y estigmatizado, delincuente, criminal, enfermo, amoral).

Habría que especificar aún más el carácter paradójico de las expresiones con las que dan la lata los consumidores, para el caso del consumo de pasta base, así como ampliar la lista de las paradojas vinculadas a su consumo.

el nivel de las asociaciones: “enseñanza puede asociarse por el sentido a educación, aprendizaje; por el sonido, a enseñar, enseñador o a confianza, ultranza cada grupo forma una serie mnémica virtual” (Barthes, 1993, pp. 53 ss.).

SEGUNDA DOSIS: FISURADOS

2.1. Lágrimas

Transcribo parte de una entrevista con Z:

¿Cómo te fisurabas?

Te fisurás. Lo que pasa que es una droga poderosa. O sea, yo qué sé, te fisurás al toque, Con la base te fisuras al toque.

¿Cómo era?

Y na', te fisurás y vas a ver si podés rescatar para seguir, lo que pasa que es una droga que fumás una dosis y querés más, o te comprás en grande o sino 'tás fisurado todo el día, hasta que decís "pa, no tengo más". Pero siempre quedás ahí, claro. **Tá de menos**, 'tá de menos fisurarse.

¿Cómo vivías la fisura?

¿Cómo la vivía? Mal, me malhumoraba, claro. Como no tenés para fumar ya te quemás, claro. Y a lo que te quemás, ya te la agarrás con todo el mundo, hasta que no conseguís plata o... sí, hasta que no conseguís plata pa' consumir estás re mal, y salís quemado, no te importa nada, claro, mandás todo a cagar. Eso está de menos, estar así está de menos [risa], claro. Eso no me ha pasado más. Además, hacés la guerra de verdad. Hasta que no conseguís tu objetivo,... Le hacés la guerra a todo el mundo, te vendés el obelisco igual. Y si no... Ponéle, llevás algo pa' vender, cuando no lo vendés, ya te quemás más todavía. Pero te ponés, te ponés las pilas, "no, esto lo tengo que vender, esto lo tengo que vender", y allá salís. Y ta, lo terminás vendiendo. Y al pedo, pa' fisurarte de vuelta, porque ponéle que hacés treinta pesos, ¿entendés? O sea, no existe. Claro, tenés algo que ponéle que vale, que si querés y hacés **parla**, lo vendés a quinientos pesos y vos, "ta, tengo treinta", "ta, sí, dámelos", te dicen "tengo treinta" y, y ta. Vos lo que querés es plata, ya, en el momento, entonces, ta. En mi caso, como nunca robé... pasaba eso. Ya los que salen a robar, ta, esos o caen... ¿entendés?

Claro, pero es como decías, en sí no es que fumar te calmara...

Claro, te fumás, uno sabe... Cuando, ponéle, yo el tiempo que hice abstinencia siete meses, y empecé a recaer, recaía con un par nomás. Y estaba contento porque me... o sea, consumía, consumía un par de dosis, y ta, y me iba, y no quería más, y tenía plata, en el bolsillo, todavía tenía plata, no me gastaba toda la plata. Entonces yo ahí como que me empecé a decir "pa, me puedo controlar, no me gasto toda la plata, tengo toda la...". Hasta que ta, empecé y no, cuando quise acordar ya había vendido todo, andaba con la ropa de trabajo, claro. Eso está de menos.

Porque pasás todo el tiempo fisurado.

Claro, o sea, si empezás, tenés un cierto tiempo sin consumir, después cuando consumís de vuelta, consumís un par de dosis, hasta que te **rescatás**. Ponéle yo consumí un par de veces y dije “no, ¿qué estoy haciendo? Volví a la misma”. Entonces me iba, no consumía. Y ta, y ahí me quedaba con plata y ta, trabajaba. Y ta, cobraba el mes y cuando cobraba toda la plata y ta, fumo un par más y ta, y así estaba. Cuando quise acordar no lo pude controlar y ya, vendí celular... ¿entendés? O sea, eso está de menos. Y ta. **Cualquiera**, la fisura, cualquiera. Claro, no lo controlás. El que dice que se fuma uno y no fuma más es mentira, empezás con un par y cuando querés acordar ya te estás, ‘tás vendiendo todo... o te estás mandando cualquier cagada pa’ poder drogarte. Porque te lleva, tarde o temprano te lleva.

Claro y decías que es una droga poderosa. Ahora, ¿es poderosa la droga en sí o lo que te producía?

Sí, es poderosa y lo que te produce a vos. Lo que pasa que es un pegue corto también. Vos te fumás una seca y quedás... son segundos, quedás, segundos y después tenés que fumar otra vez. Un **chasqui** te viene con dos pitadas si está bien servido. O sea, son dos **viajes** hasta que se te terminó. Yo lo que tenía que compraba en grande, compraba diez dosis, salía treinta pesos, gastaba trescientos pesos. O compraba veinte, veinte dosis, treinta. Al pedo, porque hubiera comprado, compraba una **tiza** y ya estaba. Nunca compré tiza. Eso es bueno. Siempre compraba en dosis.

Según el sentido común, un adicto que consume pasta base lo hace para calmar los síntomas de la abstinencia, o mejor, la fisura corporal, ruidosa y escandalosa; fisura patente, patética. Pero hay que considerar la fuerza del enunciado que profiere Z: “al pedo, pa’ fisurarse de vuelta”. Porque, después de todo, ¿acaso el consumo de pasta base, o la recaída en el consumo de esta sustancia, logra evitar la fisura o, paradójicamente, la provoca una y otra vez?

A cierto nivel especulativo, uno puede preguntarse cómo explicar entonces este autoagrietarse con que se empeña un consumidor como Z, que va incontables veces a comprar sus pequeñas dosis en una misma noche exponiéndose los riesgos que conlleva ir a la boca y la ansiedad que esto provoca.

Escohotado (2004) le daba un valor “mítico-ritual” al hecho de que los heroinómanos prefieran comprar por octavos de gramo (a precio mucho más caro, con calidad muy inferior, y con el engorro de salir cuatro veces al día en busca del producto) en lugar de adquirir cantidades, ciertamente más baratas y puras, que les otorguen “autonomía” durante semanas o meses. Lo explicaba por la necesidad de tener el tiempo “lleno” pues, para él, el *junkie*

(opiómano; *junk* significa “desecho”, “basura”) nunca se siente más en sí mismo que cuando se mueve en busca de su *fix* (dosis del narcótico).

¿Sería entonces la fisura una forma de gozar en el *crack*⁴⁰ de un cuerpo adicto? Lo cierto es que en ese punto se ingresa en una región fuera de los límites del placer y el hedonismo (Freud, 1995) donde más que apaciguar una tensión, se relanza constantemente la cadencia hacia delante.

Un consumidor de pasta base que atendí hace varios años me decía: “*disfrutás más, hay más pegue en conseguir la droga que en consumirla*”. A partir de este y otros enunciados que he escuchado de distintos consumidores, he llegado a la conjetura de que se puede gozar del pegue en el apogeo de la angustia de persecución desencadenada por la ingesta de pasta base.

Pero, para mantenerse en la dimensión de la expresión que aquí se propone, conviene proseguir con el relato de Z:

Yo iba con cuatro palos, cobraba el sueldo, me vestía e iba con cuatro palos a la casa de [un compañero de consumo]. Ya iba con cigarros y todo. Hacía viajes de seiscientos pesos. Diez pa’ él y diez pa’ mí. Y él siempre tiraba pa’ atrás: “de esto no se sale, de esto sólo se **achica**”.

¿Por qué no gastabas todo de una? ¿Por qué esos viajes?

No, no sé. Que fui un estúpido [risas]. Sí, porque vos de una tiza estás sacando no sé cuántas **lágrimas** de sustancia, no sé cuántas lágrimas sacás. Sacás abundante. Yo, sin embargo, iba a buscar de a diez. Siempre compré lágrimas, nunca compré en, en, en tiza, así, nunca compré. Nunca se me dio por comprar.

¿Y cómo asociás eso?

Y lo asocio con una estupidez. Y sí, y te comprás una... Ponéle, yo con cuatro palos me compraba dos tizas y me sobraba, sale mil ochocientos cada tiza, ponéle, ¿entendés? Me sobraba, me sobraba platales. Comprás una nomás. Con **una cuarta** estás media noche. Con una tiza no sé, estás como dos días de corrido, ¿entendés? Y parar, tenés que parar porque **te das vuelta** como una media si no parás, **le das de bomba**, te das vuelta como una media. Y en esa casa, si te das vuelta, te das vuelta, y ahí la quedás. Porque, no sé, hay gente que se da vuelta y tenés que cortarle el dedo⁴¹, ¿entendés? O algo. Y ahí, los dos drogados **hasta las manos**, no sé, no creo que ninguno encare a cortarle un dedo. Claro, te das vuelta, te das vuelta. O sea, no sé, nunca, nunca compré en grande. Me perdí eso.

Pero, como decías, lo tuyo eran las lágrimas.

⁴⁰ *Crack*, uno de los tipos de cocaína base fumable, en inglés significa grieta, rajadura.

⁴¹ Se refiere a la acción de realizar un corte en el dedo cuando alguien presenta una sobredosis con el fin de que sangre y disminuya así la alta presión arterial, la aceleración del ritmo cardíaco producida por la ingesta de cocaína.

Claro, era el chasqui, de cincuenta, de treinta. De treinta, más bien [...].

Y eso que... ¡Qué palabra justo es!

Lágrima porque tiene forma de lágrima. Pero no, nada, no lo asocio con nada. Porque tiene varios nombres, tiene lágrima, tiene chasqui... ¿Qué más tiene?

Le decís lágrima...

Sí, no, lágrima, porque como que "chasqui" no me gusta, suena feo, "¡chasqui!", suena feo, siempre...

¿Y "lágrima" cómo te suena?

Y lágrima suena a lágrima [sonrisa].

¿A qué?

A lágrima, a una lágrima que está llorando, claro. Esa es una droga, claro. Ahí, a eso lo asocio capaz, la tristeza que te da después cuando parás de consumir y no tenés más nada y sabés que perdiste todo, quedás re mal. Eso está de menos, sí, a eso lo asocio. Lágrima. Y ta. Está de menos esa droga, está de menos cómo te arruina en tan poco tiempo, porque si te ponés a pensar, quedás re mal, en días ya, ya no comés, ya nada. Te saca todo: te saca el hambre, te saca el sueño, te saca todo.

Lo que pasa que en cierta forma ya venías arruinado.

Sí, o sea, me faltó consumir para tapar todo ese mal que venía arrastrando, y a lo que no tenía a nadie para hablar... Capaz que si hubiera tenido para hablar, hubiera estado algún familiar cuando salí de allá adentro [la cárcel] que me explicara, por ejemplo, la muerte de mi madre cómo fue, o, yo qué sé, todo eso...

Así, hay que reparar en cómo entre los apelativos posibles de la pasta base (lágrima, **gota**, tiza, chasqui, **un medio**), la selección de la expresión "lágrima" tiene todas sus consecuencias para el análisis del (sin)sentido de las expresiones de Z. Porque está conectada con lo inexpresable de un duelo intolerable, que lo ha dejado desamparado, sin otra base donde apoyarse que la del tóxico, y ante el cual sólo puede responder con las lágrimas de esa sustancia que, en lugar de derramarse de sus ojos, son extraídas una y otra vez de la **boca**. Lágrimas que ya no son derramadas por el ojo sino que salen de la boca.

Se puede decir, entonces, que "lágrima" es una expresión de doble sentido que conecta dos series simultáneas en la trama subjetiva en que aparece Z: la serie del consumo de pasta base y la serie del duelo materno.

Indagando, pues, sobre la fisura y el pegue, ha surgido el relato del anuncio del fallecimiento de la madre de Z mientras él se encontraba en prisión en un tiempo previo al inicio del consumo de pasta base:

Yo a la muerte de mi madre yo la superé porque vine acá [Portal Amarillo]. Empecé a venir acá, me trajeron acá adentro y superé eso, pero pa' mí estuvo salado eso. Estuvo años, estuvo años dentro mío eso que... Pa' mí, mi madre... Lo que pasa que vino un policía y me dice "no te pongas mal, falleció tu madre" me llevaron al velorio todo esposado, y me pusieron al frente de un cajón y [no entiendo la grabación]... ¿entendés? Entonces no sé [no entiendo la grabación]... ese cajón. Ta, igual después me enteré que el médico había dado la orden de que no estaba, no estaba apto como para tener el cajón abierto, que estaba muy mal mi madre. De cáncer a los ovarios falleció. Ta, igual mi madre le daba a la **merca y andaba en la joda**.

¿Ah sí?

Sí, sí, mi madre anduvo mucho en la joda. Y ta, me costó, me costó salado eso...

Doloroso...

Asumir eso, sí me costó salado. Y ta y después me empecé a abrir, y como que me, cada vez que decía algo que tenía algo adentro, como que me iba sintiendo mejor. Y después lo fui trabajando y ahora lo hablo [no entiendo la grabación]... no tengo problema... y eso está de más. Acá, gracias por venir acá me ayudaron abundante. Y eso estuvo de más. Y yo creo que si hubiera venido al diurno, y hubiera venido esos siete meses yo creo que no hubiera recaído, sí, pero dejé de venir....

¿Y después de pasar por eso, por la muerte de tu madre, por cómo fue además...

Yo estaba encerrado...

... empezaste con esa rosca, con las pastillas en la cárcel y luego con la pasta base?

Y sí, yo creo que arranqué con la pasta base pa' calmar ese dolor capaz, después que lo aprendí acá, que uno se droga para tapar un dolor grande. O sea para, como que no puedo con este problema y ta, y me estaba metiendo en terrible problemón, después. Cuando quise acordar, estaba en terrible problemón. Entonces no logré ninguna de las dos cosas, ni calmar el dolor ni... tenía más dolor de todo lo que estaba haciendo consumiendo base. Y acá lo pude superar eso. Como que la dejé descansar en paz a mi madre y ta, y me abrí más. Y eso estuvo de más, porque estoy más tranquilo ahora...

Es importante destacar el camino con que se llega a esta conexión. Pues, una cosa es explicar que el consumo tiene que ver con un dolor profundo, proponiendo una especie de regla universal para aquel que se identifica con esa premisa ("todos los adictos se drogan para tapar un dolor grande") sorteándose así el rodeo singular de la letra, y otra es que por la vía de la transliteración se produzca la emergencia de la posición subjetiva singular de aquel sujeto que es producido como un efecto de sentido. Es cierto que la primera vía tiene para algunos sus

efectos, pero en la segunda se trata de no ahorrarle ese pasaje, ese camino, a quien consulta. Ya que este método encuentra innecesaria y hasta excesiva la apoyatura en toda regla universal que empuja a que alguien se apropie de un “saber psicológico” -empleo esta expresión tal como la retoma en su tesis doctoral Andrea Bielli (2012)- no subjetivándolo más que mediante la identificación con la imagen abstracta del adicto.

La fugacidad del “pegue” puede propiciar cierto corte para un consumidor de pasta base como Z: en su caso, cortar con el dolor que produce la pérdida de su madre o con las condiciones de existencia en soledad que esta pérdida ha supuesto. Pero es de notar que ese corte se produce aquí en un lugar donde hay un sinsentido profundo, o una ausencia de sentido que se opone a la dimensión del (sin)sentido. El dolor, por decirlo así incorporal, que no se refiere a un dolor orgánico sino existencial, hace cuerpo en la sensación de “tristeza” –así la llama Z- al parar de consumir, más soportable quizás que la provocada por aquella muerte sin palabras. Por eso mismo, creyendo zafar de eso con lo cual quiere cortar (el dolor de un duelo insoportable, el peligro de la melancolía, o bien la soledad o vaya a saber qué otras cosas) va, paradójicamente, a la búsqueda de su encuentro: “terrible problemón”.

Por efecto del análisis “lágrima” pierde su sentido único, o mejor, se pasa de la disyunción entre la gota que cae del ojo y la forma de la dosis de pasta base a la conjunción o coexistencia de ambos sentidos a la vez, pues hay homofonía y permutación entre una y otra lágrima. Igualmente, se puede decir que cuando aparece la expresión “pegar”, no siempre se trata de lo mismo; el “pegue” no se reduce al efecto de la ingesta de pasta base. Lo mismo se puede decir del caer expresado en la “recaída”. Así lo expresa Z:

A mi madre lo cayó mal eso porque era el único, somos ocho, siete hermanos más tengo yo, y mi madre siempre pensaba, como yo era el más pollerudo, el más pegado a ella, ella siempre pensaba que yo era el único de los ocho hijos que tenía que le iba a dar una alegría y ta. Yo pienso que eso de caer, de caer preso le pegó muy mal, y ta. Ella me fue a ver dos veces, la primera estaba, la primera vez que me fue a visitar estaba bien, y la otra, la segunda vez que vino, ya estaba flaca...Pa, estaba re mal.

El corte del consumo también puede referirse, pues, a este estar “pegado” a la madre. Así pues, ¿cómo despegarse de esta madre muerta? Máxime cuando quien habla se ha criado en el INAME (Instituto Nacional del Menor, hoy transformado en INAU, Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay), donde su madre “dos por tres” lo visitaba, pero que en lugar de ser a

ella a quien le atribuya su ser, en otro lado Z enuncia: “soy lo que soy gracias al INAME”. Enigmática revelación, por otra parte, ya que dicho “ser” conviene dejarlo indeterminado.

Sin madre ahora que ella ha muerto, sin INAME ya por haber alcanzado la mayoría de edad, libre ya de la prisión, ¿acaso esa “fisura silenciosa” o ese dolor innombrable tenga otro remedio que efectuarse en el cuerpo bajo la forma de la fisura ruidosa del síndrome abstinencial de la pasta base? Más que una falta de “trabajo del duelo” (Freud, 1992b), prefiero señalar una singular “erótica del duelo” (Allouch, 2006) que no será sino apegándose a otra cosa, a pesar de los costos que eso pueda tener: es a fuer de destruirse –aunque por cierto no llegue a “pegarse” un tiro- o de arruinarse, que Z hará sus intentos de corte.

Pero no todo duelo lleva al consumo: también para alguien puede conducir a parar de consumir, como parece ser el caso que relata Z de su ex-pareja. Pues, en este entramado, el lugar que, a pedido de otra madre, vendrá a ocupar una nueva madre, fisurada ella también, en la vida de Z no será sin consecuencias:

Estuve [cierta cantidad de] meses encerrado [en prisión], y salí. Salí y volví a trabajar, ‘tuve un mes trabajando en el monte. Después [...] y ahí fue que conocí a [nombre de su ex-pareja]. Y ta, yo seguía allá, viviendo en [ciudad de residencia], nos comunicábamos por teléfono, y ta y no aguantó más [nombre de su ex-pareja] y me llamó, y ta y me dijo que [...] a vivir con ella, que ella me conseguía un trabajo. Además, la madre de ella habló conmigo y todo: “veníte a vivir con nosotros, te conseguimos trabajo y todo”, Y ta y dejé todo allá, tenía una casa de parte de mi madre [...] y a las dos semanas, una semana, un fin de semana, ‘tábamo’ en la casa y se fue para el cuarto y ta, y **presentó** las lágrimas de sustancia, y yo le pregunté qué era eso, “eso es pasta base” [le dijo]. No sabía, no sabía lo que era.

¿No sabías que ella consumía?

No. Igual sabía que tenía tres hijos y todo. Le encaré la cabeza con tres hijos.

¿No tenía el aspecto de alguien que consumía?

No [...] Igual yo no sabía, yo no sabía lo que era la pasta, totalmente ignoraba lo que era eso, ni sabía que existía, no sabía que... cómo se consumía ni nada. Yo en ese tiempo la única droga que fumé era la marihuana. Si me decían [no se entiende la grabación]

¿Pero ya habías estado preso?

Claro, ahí había salido, hacía un mes que había salido.

¿Y ahí en la cárcel no corría o no se hablaba de eso?

No, ¿vos sabés que no? No, nunca escuché yo “la pasta base” allá.

¿En qué año fue?

Y hace [cierta cantidad de] años atrás, no sé...

Ya estaba...

Sí, ya estaba la pasta, pero estaba oculta. No era tanto, no tenía tanto... Pero yo nunca había escuchado, nunca le había prestado atención.

O sea que realmente fue algo...

Fue algo nuevo. Sí, no sabía. Fui y la agarré por curiosidad nomás, y mirá cómo terminé. Y ta, y me la... en ese, en ese... ahí cuando me... me ofreció no... como que no le encontré, "¡ah, pero esto no te pega! No sé, ¿qué es esto?". Y ta y ella, yo no fumé, yo le di una pitada ahí en ese momento y vi que no me pegaba y ta y la dejé ahí en el cuarto, ahí sola, y me fui pa' abajo.

¿No te importaba que ella fumara?

Sí, no. Porque no sabía ni lo que era. Y después al tiempo sí, cuando quise acordar, paahh, estuvo de menos. Eso también estuvo de menos. Ella ta, seguíamos consumiendo juntos y ta estuvimos allá, en [nombra un barrio], en el medio del cante, con los gurises, en una casa llena de mugre consumiendo, y cuando nos fuimos pal [nombra un barrio], yo vendí mi casa allá, en quince mil pesos, pa estuvo de menos [sonrisa]. Eh, la vendí en quince mil pesos...

¡Un regalo!

... en tres cuotas sí, de cinco palos, en tres meses, en tres meses. Y a lo mejor, cobraba esa plata, cinco mil pesos, iba y me vestía y... fumaba la plata que tenía y después me desvestía. Nada que ver. Y ta. [Silencio] Y todo eso. Estuvo de menos. [Silencio] Y ta.

Así que estuvieron como cinco años.

Ahí va estuvimos cinco años consumiendo juntos, después a [nombre de su ex-pareja] le falleció el padre, y la deja [la pasta base], no consume más, la dejó totalmente, creo que hasta ahora no... Y cuando ella la deja yo me enrosco más.

¿Cómo es eso?

Claro. Yo, cuando consumía con ella, teníamos un paráte. Pero ya cuando ella la dejó, como que me enganché más...

Empezaste por tu cuenta.

Y ahí empecé... vivía con ella pero, y trabajaba, le daba plata a ella, y me iba a fumar. Y, y ahí fumaba hasta que ella se **quemó**, "no me fumás más" [dijo ella]. Y ta. Igual le daba la plata a ella y me iba por ahí. Fumaba por ahí. Hasta que no tenía más plata y le pedía plata a ella, y no me daba. Y porque estaban los gurises viviendo eso.

Te enganchaste con alguien que ya era madre.

Tenía tres hijos. Primero me había dicho que tenía dos. Y como que no... ta, a mí me gustan los gurises. Y los crié.

Podría pensarse que, hablando de alguien que tiene antecedentes familiares de consumo de cocaína, no es extraño que Z se haya vuelto adicto a la pasta base. Ahora bien, del consumo de cocaína materno, al consumo de pasta base del hijo, hay toda una fisura que

cambia de objeto o más bien donde el objeto cambia de forma (ya que en ambos casos se trata de cocaína, sea ésta esnifada o fumada) que no se reduce a la explicación de una enfermedad hereditaria. Si fuera así, ¿cómo es posible que recién cuando fallece su madre, siendo Z ya mayor de edad, comience éste a consumir pasta base? Ni siquiera estando en prisión, y a pesar de que, como cuenta en otro lugar, su compañero de celda consumía pasta base, él no había probado esa sustancia (aunque, como es muy frecuente entre los reclusos, sí consumía psicofármacos).

Llega un punto en que las explicaciones del consumo hacen aguas. Como se aprecia en una entrevista con Z:

Y capaz por las situaciones que estaba pasando, y todo eso, yo lo asocié mucho cuando agarré la base al tema de mi vieja. Uno, que no tenía ningún familiar cerca, ¿entendés? No tenía a nadie, no tenía ni un hermano, nada. Y creo que lo asocié mucho a eso también: “me drogo por esto, me drogo por aquello, me drogo porque nadie me quiere”. ¿Entendés? “Me drogo porque estoy solo”. Ta, y todo eso. Hasta que me rescaté que no era así, y bueno, ta. Porque solo no estaba, mal o bien estaba con mi pareja. Y, ta, y después. O sea, nunca estuve solo. Está bueno eso.

Pero, sin embargo, en ese momento, la vivencia tuya era sí de soledad...

Soledad, soledad y droga, mucha droga, cuanto más droga tenía, mejor. No asimilaba los problemas. Cuanto más drogado estaba, no tenía ningún problema. Claro, hasta que empezaron a venir los problemas por estar tan drogado.

Porque no era que se solucionaran.

Empeoraba más. Estaba quedando solo de verdad. Estaba quedando más solo que...

Es como lo paradójico de eso, ¿no? Que fumaras para evitar estar solo...

Y estaba quedando más solo que el uno.

No es sino cuando se produce lo que podría llamarse una “fisura a dos”, donde un abismo llama a otro abismo, una fisura a la otra, la que habita al Z y la que habita a su ex, diferentes pero convergentes, que hace eclosión el consumo de pasta base.

En mi experiencia de análisis con consumidores de sustancias, he constatado que la fisura nunca es algo individual, siempre está allí en un campo subjetivo que ora la precede y la aguarda, ora la construye a partir de elementos que fortuitamente se van componiendo. Así que esta fisura a dos, de al menos dos -¿nueva versión de la locura compartida, “locura de a dos” o “*folie à deux*”⁴²?-, que en este caso atañe a Z de manera doble (respecto a su madre y respecto

⁴² Cf. AAVV, 1996. Especialmente los artículos de los psiquiatras Lasègue y Falret, de Régis, y de Clérambault.

a su ex-mujer) no es excepcional. La lógica de la fisura, que para Z ya estaba instalada en relación a su madre, aunque sin efectuarse en la fisura adictiva, no demoró en encarnarse en su cuerpo tras el encuentro azaroso con esta otra madre que le da a su fisura un nuevo objeto, permitiéndole nombrar dicha fisura -lo cual no es poca cosa- como fisura por pasta base. Dicha transmutación, dicho pasaje de una fisura a la otra, puede pensarse que al menos ha sido algo, al menos le ha dado cierto amarre, si bien precario, cuando no un alivio, al dolor de la pérdida.

En retrospectiva, ¿no es notable cómo aparece en la letra del relato de la primera escena fallida de consumo de pasta base, de las lágrimas en el cuarto, cierta cercanía con la expresión vulgar “a llorar al cuartito”⁴³? Y ta.

⁴³ “Expresión utilizada generalmente por los padres a sus hijos (aunque tiene un uso extendido) y que refiere a que, pese a que éstos luchen por algo que consideran que debe hacerse, la última palabra, o el poder supremo, siempre la poseen sus padres y eso es indiscutible”. Extraído de: http://es.wikiquote.org/wiki/Proverbios_uruguayos

2.2. Un pire

Del material de las entrevistas con X, extraigo un elemento bastante sombrío:

A veces no puedo dormir, ¿viste? pero no son todos los días.

¿Estás como con insomnio?

Pero son muy pocas veces. Antes era frecuente, todos los días, pero estaba en carrera de consumo, recién había dejado, tenía pesadillas. Durante casi un mes estuve así, todos los días, no podía dormir, me despertaba sobresaltado con miedo, corte, ataques de pánico... Es que a veces me pasa eso, ¿viste?, estoy en un ómnibus o, yo qué sé, en la calle y, de repente, me viene como un estado de... me pongo nervioso, ¿viste?, como que va a pasar algo.

¿Algo como qué?

No sé, como que voy a tener un accidente o algo de eso, ¿viste? Me pongo nervioso. A veces me vienen esos pensamientos, como de miedo, ¿viste? No sé cómo se explica.

¿Y lo asociás con algo eso?

No sé a qué se debe eso. Pa' mí que... No es siempre. A veces me vienen como ataques de eso, me viene como un pánico y...

¿Pero lo relacionás con algo?

No sé, yo antes no lo tenía esto, ¿viste? No era de... No sé qué puede ser, te digo.

Porque te viene la idea de que... o el miedo...

Un miedo, me viene como un miedo...

... que no sabés bien a qué...

Sí, sí, sí, me viene un miedo, como que tengo un presentimiento que va a pasar algo. Eso me pasa, después se me va. Pero no es siempre. Es a veces, de repente. Ayer me pasó en el ómnibus, iba en el ómnibus, iba como nervioso, ¿viste? Porque el ómnibus iba al palo y de repente frenaba... [Sonrisa]. Y en otras situaciones, a veces estoy hablando con los gurises y también, de repente, me viene como perseguirme que va a venir alguien...

¿Alguien?

Sí. Yo que sé, no sé [risa], que va a pasar algo, una desgracia. No sé, son pensamientos que tengo en la cabeza.

Como un peligro...

Claro, como un ataque de pánico, ataque no al punto de... pero quedo con miedo. Eso me pasa a veces [tos].

¿Qué será ese peligro?

Sí, no sé. No sé por qué... ahora que estoy tranqui', estoy limpio y todo, y no...

Se notará cómo la angustia se presenta en X en dos situaciones diferentes: por un lado, la insistencia de las pesadillas, los sueños de angustia; por otro, el pánico, la angustia expectante.

Pero lo que no puede explicarse ni X ni cualquiera que se acerque ingenuamente a esta semiología de la angustia -es decir, desde el punto de vista del sentido común- lo que causa perplejidad, es cómo, habiendo dejado de consumir, comienza a experimentar ese afecto terrible. Pues es cuando X dejó de consumir, que comenzó a tener pesadillas y a despertarse con pánico, según él, con “un miedo que te erizaba”.

Uno tendería a pensar que, abandonado el consumo, debería por fin sentirse bien o, por lo menos, mejor. Sin embargo, surge la angustia. Esa angustia a la espera de un acontecimiento inminente, aunque absolutamente indeterminado, sinsentido: un presentimiento de que “algo” va a pasar, “algo” que no se puede expresar sin otra precisión que la de su condición trágica o desgraciada. Puede ser un “accidente”, lo cual es algo todavía un poco más determinado (ahora bien, ¿qué tipo de accidente?); pero el acontecimiento de la angustia expectante es algo que no está encarnado en ningún accidente concreto (automovilístico, vascular, cerebral, etcétera). Asimismo, la idea persecutoria de que “alguien” va a venir, alguien que no es éste o aquel, sino “alguien”: personaje abstracto.

He aquí otro relato de sueños de angustia de X:

Porque los sueños, ¿como que siempre eran pesadillas?

No, eran sólo pesadillas. Yo siempre tengo pesadillas. Y cuando recién había dejado de consumir, ¿viste? Que no... tuve un mes teniendo pesadillas, pero no de consumo, pesadillas que me daban ataques de pánico, ¿viste? Miedo, un miedo a algo, no sé, no sé cómo explicarte, tenía un miedo así... como un grito. Eso sí, pero después no...

¿Grito? [Con énfasis]

Sí, grito. Sentía, a veces.

¿Sentías en la pesadilla gritos?

Sí, gritos así aterradores, **re zarpado**.

¿Y gritos de qué? ¿O qué pasaba en la pesadilla?

No, yo sentía gritos nomás. Y un miedo. Y miedo.

¿En los sueños?

Cuando me levantaba... cuando me despertaba del sueño no me quería volver a dormir para no, no tener pesadillas, ¿entendés? Porque siempre tenía.

¿La pesadilla era el grito que escuchabas y el miedo?

Sí, pero eso, los gritos fue una vez. Después eran sólo... no sé cómo explicarte, sé que me despertaba con miedo. De eso de los gritos sí me acuerdo. Pero después, de lo otro, no.

Porque te acordás del grito, pero ¿veías alguna imagen en el sueño?

No.

Sólo era como escuchar eso...

Sí. Que me venía como de atrás, o sentía algo, que había algo, que había alguien [la palma de la mano es puesta por detrás, cerca de la nuca]. Sentía como un... alguien, y nada más.

¿Y cómo, con qué asociás ese grito?

No sé. Nunca lo pude asociar con nada porque no, no...

¿Con qué lo podrías relacionar?

Un miedo era, un miedo zarpado, así, que sentía. Sentía escalofrío, todo. 'Taba de menos, 'taba.

Pero ahora no. Como que se me fue...

¿Algo que se te venga a la mente con eso del grito?

No. Corte, de donde venía el ruido, vamos a suponer, de donde venía el grito yo no quería mirar, ¿entendés? Yo cuando lo soñé eso, gritaban como que de atrás, gritaban. Gritos así... Y yo no quería mirar, ¿viste? Y como que corría y no... siempre estaba en el mismo lugar, ¿entendés?

Siempre en el mismo lugar, ¿no? ¿Como que no avanzabas? ¿No salías de ahí?

No.

Como atrapado...

No era lugar, no sé lo que era. No te puedo decir, sé que corría y sentía un grito, así, y no quería mirar pa' atrás.

¿Qué temerías encontrar?

No sé, yo que sé [risas]. Estaría de menos, yo que sé. Era un grito... como una voz aguda.

¿Como de mujer o de hombre?

No, de hombre. Una voz aguda así.

¿Alguna voz reconocible?

No.

De este modo, dos escenas entran en resonancia a través del elemento común de una angustia despojada de contenido: "algo" pasará, "alguien" vendrá -como aparecía en las expresiones indeterminadas y sumamente angustiantes del primer extracto. En este relato de la pesadilla, el terror es causado por gritos aterradores y escalofriantes, pero nada se sabe acerca de quiénes los emiten, qué los provoca, ni qué gritan. Al final del relato del sueño, el pavor es provocado por la presencia de "alguien", de nuevo un personaje anónimo de quien no puede identificarse más que su timbre agudo y masculino de voz.

A través de las intervenciones de Y, lo que se ha obtenido aquí, pues, son unas series de angustia, de una angustia irreductible a la ansiedad del *craving*: a diferencia de esta última (generada por la privación del producto tóxico), lo que la provoca no está bien definido y no se sabe bien de dónde viene ("capaz que es un dolor profundo que no sé cuál es" –dice X en otro

momento). Por otro lado, esa angustia no es igual en él que en otro consumidor⁴⁴ sino que es algo muy singular de este caso, en este acontecimiento, ya que estará en relación a sus experiencias de vida (reales o fantaseadas), su historia específica, los diferentes lazos que componen la subjetividad en este caso y no en otro.

A su vez, al material de estas pesadillas hay que ponerlo en resonancia con otro relato de sueños angustiantes, durante su adolescencia temprana:

¿Y las otras pesadillas con qué tenían que ver?

Siempre en lugares oscuros, ¿viste? Siempre tenían que ver con la oscuridad y, no sé... Yo creo que una vez soñé con el infierno. Una vez, de chico, porque yo le conté a mi madre y eso y nunca me creyeron. “¡Vos ‘tás re loco!” –me decía [risas]. Yo tendría trece años, ¿viste? Y soñé como que iba en un túnel, ¿viste? Todo oscuro, iba caminando, me hacía acordar como que era un alcantarillado, ¿viste? Y sentía como lamentos así, de costado, de personas, lamentos, así gritos, sufrimiento y eso. Lo soñé varias veces eso de chico.

Ah, ¿sí?

Sí. Después no lo soñé nunca más. Pero eso le dije a mi madre que había soñado.

Es una imagen fuerte...

Sí, no veía nada yo, veía un pasillo todo oscuro, así y... pero que no tenía fin, ¿viste? Iba caminando y sentía gritos que venían así de las paredes, pero no se veía nada, sentía gritos así, lamentos, llantos y eso.

Lo escuchabas, no lo veías.

Yo lo escuchaba, veía así todo negro, todo negro, pero me daba... no sé cómo me daba cuenta, pero sabía que era como un túnel, un túnel que no tenía, no tenía fin.

Se te figuraba que era el infierno...

Para mí era lo más parecido. Sentía que lloraban, gritaban, ¿entendés? De todo. A la vez, así, con muchas personas, pero nunca vi, no veía, todo oscuro siempre. Eso sí lo soñé varias veces de chico.

Gritos, llantos y lamentos de sufrimiento sin nombre. Incluso las voces, no tienen otra cualidad que la de su quejosa agudeza. No mandan, no ordenan, no recriminan desde las alturas. Son voces acusmáticas, es decir, que se escuchan sin que se vean las bocas abiertas que las profieren. Tampoco son voces familiares, sino que son irreconocibles. Voces extrañas que, de todos modos, se distinguen del simple ruido y que, aún sin producirlo, anuncian el sentido: entre la masa amorfa y continua de los ruidos, al menos se distingue algo que se

⁴⁴ ¿Podría decirse que el *craving* tiene que ver con una misma sensación, más o menos intensa, en los diferentes consumidores de pasta base?

puede identificar como un lamento. Pero, ¿qué tipo de lamento? ¿Y de qué se lamenta? Nada se sabe aún de ello.

Hay que ir, pues, a la serie de asociaciones del primer relato de sueños de angustia (p. 72):

Lo que pasa que yo iba a muchas sesiones de umbanda, ¿viste? Cuando yo era muy chico. Pero no porque iba porque creía, iba porque había mucho alcohol, y porque, ¿entendés?, iba a **descansar** con mis amigos. Nos íbamos con el *pae* y todo.

Iban ahí como a...

Sí, a bobear porque estábamos **re locos**⁴⁵ de faso y... Era de la madre de un amigo.

¿Tenía un templo?

Hacía sesiones, sí, tocaba, mi amigo toca. "Amigo", conocido, toca, sabe los puntos y todo eso. Nosotros íbamos antes. Después no fuimos más.

¿Y qué experiencias, digamos, viviste ahí?

No, se incorporan y todo. No sé si tenés idea más o menos cómo es...

Algo.

Se incorporan. Una persona que gire y tiene una media unidad, así, que es otro que habla, un *pae*, yo qué sé. Sabe cosas, mira a los ojos y te puede decir, yo qué sé... [silencio]

¿A vos te pasó eso?

No, porque nunca quise, me dijeron "hablá con el *pae*", "¡no!"-le dije. ¿Entendés?

¿Has entrado en estados así, tomado?

No, me mamaba y después me iba.

¿Pero entrabas en esos trances o en esas danzas que hacen y eso?

No.

Estabas como mirando...

Yo estaba mirando nomás. Claro, yo y otros pibes más. Pero, una vez estos se pusieron a descansar al *pae* y el loco corte que dijo que nos váyamos. Y nos tenemos que ir, porque viste que dice algo y tenés que hacerlo. Porque antes no te podés ir, y no te podés ir. Y ta, y nos tuvimos que ir.

Los echó.

Claro. Nos quedó mirando así, que nos váyamos. Porque hablan en portugués, ¿viste? No se entiende nada. Nos llevamos una botella de whisky... [Risas] Ahí 'ta, tomando.

Iban, pero no tenían nada que ver con los... [Risas]

Claro, después la madre del pibe una vez nos dijo: "bueno, no vengán más". No vayan más.

Conseguían el **chupe**...

⁴⁵ Resuena aquí el enunciado de la madre "¡vos estás re loco!" cuando éste le relataba sus pesadillas.

Porque nosotros le dijimos que estábamos interesados. “Tá bueno, vayan, pero no lo agarren pa’ la joda porque no se puede jugar con eso”. “Sí” -le decíamos nosotros [risa]. Y después que pasó eso nos dijo: “no vayan más”.

¿Y tomaban del vino...?

Claro, ellos toman así y pasan, ¿viste? La madre del pibe no toma ni fuma ni nada, ¿viste? Pero cuando se incorpora, tomaba como loca y fumaba cigarros, ¿viste? Porque es otra persona, es otra identidad. Entonces cuando... tomó abundante, ¿viste? Whisky, y decía: “esta mina va a quedar...” y después cuando se le fue, quedó como si nada, no estaba ni mamada ni nada, ‘taba bien.

¿Y cómo asociás eso del grito con lo del *pae* y todo esto?

Yo qué sé, porque eso, no sé, muchos brujos, parece, yo que sé [risa].

¿Brujos?

Pa’ mí son... no sé si son brujos, pero trabajan con... no sé, no tienen nada que ver con los evangélicos ni nada, ¿viste? Nada que ver. No sé qué es, no sé muy bien yo. Mi tío trabajó veinticinco años de eso. Ahora falleció, ¿viste? Él hacía limpieza de casas y todo, incorporaba. Una vez lo hizo en mi casa cuando yo era chico.

¿Un tío, hermano de....?

De mi padre. Ahora falleció. Y siempre, de joven empezó a interesarse por eso. Y ta.

Estaba metido ahí, como en la religión. ¿En tu familia alguien más también está en eso?

No, una tía por parte de madre, me parece, pero que no la conozco mucho. Que iba a sesiones así.

¿Y tus padres?

No, no son. Mi viejo, una, no cree, y mi madre, no sé, ahí, pero como después no, le da lo mismo. Pero mi viejo nunca tuvo, o cuando venía mi tío y le decía: “¿me dejás hacerte una limpieza en tu casa?”, y mi padre le decía que no, mi madre le decía que sí. Y, bueno, ta. Pero mi padre no cree mucho, ¿viste?

Lo que pasa que ahí es como que el consumo de las sustancias, si bien se consume mucho, ahí es como que en el marco de esa, eh, ritual, digamos, ¿no? De ese ritual religioso...

Claro, me acuerdo que los espejos hay que taparlos. Los espejos los tapaban, los sacan, los espejos.

¿En la celebración?

Sí.

¿Por qué?

No se puede, porque el *pae* no se puede ver... en el espejo, no sé qué le pasa si se ve, creo que, no sé, dicen que no se ve la imagen del... Suponer, la cara de mi tío cuando se incorporaba no quedaba la misma, ¿sabías? Quedaba, corte, más veterano, más... y la cara de la mujer ésta también. O sea, los rasgos, no te voy a decir que se parece a... la cara es igual, pero vos notás que algo le cambie, no es la misma cara. Le notás que cambia algo. Entonces dicen que no se pueden

ver así al espejo. No sé qué será eso. Yo cuando estuve en [nombre de una comunidad religiosa], ¿viste que son evangélicos?

Sí.

Yo pregunté y según la teoría de ellos son brujos, ¿viste? Que son demonios, que es malo eso, tanto en umbanda como en quimbanda, es malo, malo porque trabajan. Yo qué sé, esa es la cabeza de los evangélicos.

¿Y qué decís de eso?

No sé, no sé porque me da lo mismo a mí, ¿entendés? No, no... Sé que aciertan muchas cosas de lo que dicen.

Porque decías que vos también tenías cierto interés por eso de los demonios...

[Risa] Sí. No, pero eso es algo de niño, de pendejo, ¿viste? Pero, o sea, me gustó el dibujo y el formato de lo que era un demonio, hacer.... dibujarlo y el tatuaje.

Sí, sí, pero digo, como que de otra manera era como que....

Sí, siempre me gustó algo [risa] de eso demoníaco.

Y eso que decís....

Capaz que tiene que ver algo con los sueños. Pienso tanto en... pienso no, yo qué sé, dibujo. Antes cuando era chico me pasaba dibujando, dibujaba mucho. Tipo, me acuerdo que fui a [nombre de un centro de enseñanza], hice un par de clases y después no fui más. Y como me gustaba dibujar lo que mejor me salían eran demonios, o letras así tribales, góticas, ¿viste? Y algunos, yo qué sé, tribales, dibujaba eso.

Y viste que un poco también esto de tapar los espejos, de no querer verte, ¿no?, también eso estaba de alguna manera...

Claro, yo me acuerdo que tapaban los espejos, porque cuando fui a la casa de la mina ésta que hizo la sesión también, no había ningún espejo. Nosotros íbamos a llevar un espejito chiquito para alumbrar a ver qué pasaba [risa].

Pero como decías, también cuando consumías había algo de eso.

Sí, no sé, yo no me miraba porque me imaginaba más o menos cómo estaba, hecho mierda, ¿entendés? Entonces no... no me miraba, o sea me miraba sí, pero no me miraba detalladamente.

Porque decías también como que te transformás... Si bien no eras, porque estabas con un *pae*, no sé qué, pero algo de eso, digamos, había de...

¿De físico, decís vos?

Claro, eso que decías, ¿no? Como que te transformabas también.

Claro, era otra persona. Tal cual. Tal cual.

Frente a lo indeterminado de la pesadilla, el curso de las asociaciones engancha eso terror innominable con la narración de las escenas o sesiones afroumbandistas en las que en

ocasiones ha participado durante su adolescencia o de las “limpiezas” de su tío que presencié durante su infancia –nótese que el padre de X en el trabajo “está en la limpieza y algo de mantenimiento”. Esa voz ininteligible del *pae* incorporado, tiene al menos una significación, incomprensible para X por tratarse de una lengua que le es extranjera, pero que adquiere todo su sentido en el contexto de las posesiones rituales y demoníacas que catalizan estos “brujos” o médiums.

En primera instancia, tanto esos demonios que aparecen en los gráficos que dibujaba de niño como el ángel caído que tiene tatuado -según él, con un rostro “demasiado satánico”-, cobran volumen respecto a las superficies de la hoja de papel y de su cuerpo o, como dirá más abajo (p. 80), respecto a los cuentos y películas de terror que le gustaba ver en su infancia. En una especie de pasaje de un marco estético a otro religioso, los demonios se animan y toman cuerpo en los cultos de umbanda.

En segundo lugar, en las experiencias de consumo que narra X se hallan todos los elementos del consumo en el ritual espiritual, pero ahora de manera secularizada, es decir, desacralizada (aunque cuando X participaba en esas ceremonias, no lo hacía desde una fe compartida, sino parodiada): la ingesta excesiva de alcohol, la evitación de su reflejo en el espejo durante la “carrera de consumo” de pasta base (así como la sustracción del contacto visual con un semejante que le haga de espejo, por decirlo así), la despersonalización, la búsqueda de estar “limpio” (vale decir, en abstinencia), la incorporación (del “bicho”, en su caso) (ver capítulo 3.3.). Los demonios epidérmicos durante la época de consumo de pasta base se han vuelto profundos.

Allende la presencia de este tipo de prácticas religiosas en su familia (tío paterno, tía materna), en las celebraciones que ha participado aparecen también algunos elementos de parentesco: el “*pae*” y la “*mae*” incorporados son padres embriagados y pasibles de caer en ridículo. Las escenas de infancia que resuenan con esto, remiten a los alcoholismos de su padre, de sus abuelos paternos y de su abuela materna. X recuerda, en especial, que su padre se “mamaba” y lo dejaba “pegado”. Por eso no quería llevar a nadie a su casa y prefería estar “en la calle”. Aunque, según él, llegó un tiempo en que se estaba transformando en esa imagen de su padre beodo, emulación involuntaria que llegaba a exceder los comportamientos de su padre pues, además de ingerir alcohol, consumía otras sustancias.

Pero, antes de pasar a ello, conviene volver a las asociaciones del segundo sueño de X, sueño de lo que él se figura como el infierno:

¿Con qué asociás eso?

No sé. Algo que está en mi cabeza, no sé. Capaz porque era muy de mirar muchas películas de terror cuando era chico con mi hermano, ¿viste? Supongo que viene por ahí, no sé por qué.

Claro, pero de alguna manera, como que eso de una u otra forma, como que vuelve también, ¿no? Ya sea a través de sueños, o de los dibujos, de los tatuajes, de estas experiencias de...

Sí, de la vida, porque yo viví, cuando era consumidor parecía que estaba en el infierno, ¿entendés?

Por la rutina que llevaba, en el infierno mismo, era un muerto viviente, ¿entendés?

Yo nunca me puse a pensar así, a qué tiene relación y eso, nunca, nunca le di tanta trascendencia a esos sueños que tenía, nunca le dije a nadie. O sea le dije [nombre de psiquiatra] que tenía sueños, pero esto que sentía gritos tampoco nunca le dije, le dije que sí que tenía sueños que me provocaban pánico, a veces. Cuando me despertaba así de madrugada no quería volver a dormirme. Una vez me acuerdo me despierto así de madrugada, una pesadilla y estaba mi hermano mirando la tele y me senté con mi hermano a mirar la tele así, después me dormí. Está de menos tener pesadillas. Ahora no tengo, duermo bien, pero de vez en cuando sí tengo, de vez en cuando sí. Pero no seguidas como antes. Además, me quejaba, ¿viste? Mi madre me decía “¿qué te pasó ayer de noche?” Le decía que tenía pesadillas. O venía y me llamaba, me despertaba, y ta, y quedaba... Me despertaba y sudaba, ¿entendés? Me estaba volviendo loco la droga esa, me estaba dejando mal.

De este modo, se podrá apreciar cómo en esas escenas de consumo, en la boca, ya no brilla ningún sentido, sino la profunda ausencia de sentido, el alcantarillado del sentido, infrasentido del simulacro o simulacro de sentido: en esta especie de teatro de la crueldad todo se vuelve sensación -y ya no sentido-, es decir, se pierde, no la dimensión de la realidad (a la que supuestamente habría que reconducir y readaptar al “enfermo”), sino la dimensión del (sin)sentido.

Para retomar una antigua terminología epicúrea⁴⁶, se pueden discriminar en tales experiencias, por un lado, los simulacros (formas, colores, determinaciones visuales) y los fantasmas de superficie (teológicos, oníricos y eróticos) y, por otro lado, las emanaciones o simulacros en profundidad (ruidos, sonidos, olores, gustos, calor).

⁴⁶ “Digo que existen cuerpos a quien llamo Simulacros, especies de membranas, Que, de las superficies de los cuerpos Desprendidos, voltean por el aire Al azar, de continuo, noche y día, Y el espíritu agitan con terrores, Nos hacen ver figuras monstruosas Y espectros y fantasmas horrorosos Que el sueño nos arrancan muchas veces [...]. Primero, porque existen muchos seres Cuyas emanaciones son muy claras: En unos se difunden libremente Sus partes separadas, como el humo Que sale de la leña, y los vapores Que despiden los fuegos: Porque vemos salir seguramente Partículas sinnúmero, no sólo De lo interior del cuerpo, como dije, Antes bien de su misma superficie, Como el color” (Lucrecio IV, 50 ss. y 100 ss.).

A diferencia del (sin)sentido de la superficie, he aquí la pérdida de sentido o sinsentido de la profundidad. Pues es como si todo aquello que se encontraba en la superficie onírica, en la experiencia del “pegue” de la pasta base se transformase en un mundo infernal y subterráneo de simulacros. Pues en el análisis, la boca y la calle, la boca-calle, reenvían a aquel túnel de pesadilla; y el pasillo que hay que recorrer en el **cante** para llegar a la boca remite a la oscuridad poblada únicamente de gritos espeluznantes y lamentos que retumban en el alcantarillado. En la experiencia de consumo, también aparece el aturdimiento, el barullo. Así, el infierno soñado, el infierno tan temido, todavía incorporal en las pesadillas, se encarna a secas en las experiencias del consumo de pasta base. A través de la figura paradójica del “muerto viviente”, X da cuerpo así a su propia pesadilla. “Propia”, más no individual, pues en su análisis, la pesadilla también entra en conexión con la escena del “infierno” familiar rememorado en los episodios de violencia doméstica en torno a la figura ebria de su padre.

¿Y tenés trato con él?

Claro, sí, sí, no, ni hablar. Antes cuando era chico, no, de adolescente. Ahora sí, aunque cuando a veces está tomando alcohol, no, no, no, no, no, no, trato de no, no darle mucha bola, ¿viste? Porque mi viejo...

¿Toma mucho?

Ahora no, antes sí. Mi viejo **se mareó** con el alcohol, por eso fue la causa que se separó de mi madre. Nunca llegó a pegarle ni nada, ¿viste? Pero sí la insultaba, le hacía cualquier quilombo en casa, ¿viste? Entonces, siempre de chico viví eso. Yo sabía que cuando se iba a poner a tomar, había una comida o algo, ya no me gustaba, porque sabía que se iba a pudrir todo. Porque mi viejo empezaba a tomar, a tomar, y no paraba, no paraba. Se llegó a pelear con mis tíos una vez, en una comida en casa. Quedó solo, nos fuimos todos, ¿entendés? Todo eso, yo que sé... Algunos dicen que quizás esa es la causa de la que yo me empecé a drogar. Yo me empecé a drogar porque la primera vez que probé la droga, me gustó, ¿entendés? Pero capaz inconscientemente es eso que... pero yo qué sé...

¿Vos lo relacionás con eso?

No, nunca lo relacioné, siempre dije que a mí me gustó la droga nomá', porque fue lo que sentí. Porque a mí, como crecí en casa de consumidores, ¿no?, mi viejo alcohol, mi madre cigarrillo, ¿entendés? Capaz que eso, también influye un poco, ¿no? No, no sé. Yo nunca tuve, nunca dije así “por culpa de mi padre que yo me empecé a drogar, porque se mamaba o...”, no. Yo probé la droga y me gustó, no tuve la capacidad de decir que no en el momento que tendría que haberlo hecho, pero me gustó, y ta, y me empecé a consumir [sic].

Porque sino... o cómo te haya afectado eso, digamos.

No sé. Yo antes tenía un problema que me sentía inferior a todas las personas, a todos mis amigos, a todos.

¿Inferior por qué?

No sé, por lo que tenía, por cómo era, por la clase de familia que tenía, ¿entendés? Mi familia no es mala, pero yo qué sé, en el sentido que cuando yo veía al padre de un amigo que era re piola, ¿viste? Y yo, mi viejo no era así, era así cuando estaba, yo qué sé, **entonado**, pero cuando está **de la cara**, ta, te habla, todo... Antes, te estoy hablando, ¿entendés? Mi viejo antes era un botón bárbaro, con nosotros, no me dejaba salir a mí, ¿entendés? Entonces...

¿Te sentías menos que otros?

Sí, eso no sé por qué. Y cuando me entré a drogar, más todavía. No tenía, no veía perspectiva de vida, yo qué sé, no veía un futuro, ¿entendés? No, no veía nada, para adelante no veía. Eso ahora, o sea, como que se me fue, ¿viste?

Porque, ¿viste que a algunos les pega como lo opuesto? Que se drogan y que se llevan el mundo por delante...

Yo me sentía totalmente lo contrario.

No a todos les pasa lo mismo.

Sentía que, yo qué sé, no, que ya está, que estaba jugado. Mi vida ya está, se terminaba ahí, no sabía qué iba a pasar. Pero ahora no, ahora... Antes ni miraba a la gente a la cara, cuando estaba consumiendo, no me daba para mirar, pasaba escondido, me escondía, yo que sé, eso ahora ya como que ya se me fue.

Porque el contraste, por un lado, como vos decías, todo ese placer, quedar en blanco, no pensar en nada pero, a la vez, todo eso que también era, sentirte inferior, de eso que se pronunció, se hizo más fuerte eso, que ya venía de antes, ¿no? pero...

Sí, sí. Sí, yo qué sé. Es un sentimiento raro.

Así, empiezan a resonar los gritos y lamentos de la pesadilla con cierta escena familiar: cuenta que a veces de noche, cuando su padre llegaba ebrio a su casa, junto con su madre y sus hermanos tenían que irse a dormir a otra parte ya que, si bien no les pegaba, golpeaba las cosas y los insultaba.

Llega un punto en el que, por efecto de una especie de reverberación, como cuando un músico oye no el eco, sino al mismo tiempo, la serie de ondas que está produciendo al tocar un instrumento, más los reflejos de dichas ondas y los reflejos de esos reflejos, todos los gritos (de los “quilombos” que armaba el padre con su madre o de las “peleas” con sus tíos, por ejemplo, o de las pesadillas infantiles, de las escenas de consumo en la boca y de las pesadillas recientes) se vuelven simultáneos: gritos reverberados, reflejos repetidos de unos ruidos sin

sentido que llegan hasta un sujeto un poco más tarde que el sonido original pero mezclándose con él de forma tal que se vuelven indiscernibles.

Pero esta metáfora tiene un inconveniente, pues hay que guardarse de suponer que esta serie de base, sería la serie original, especie de causa de las otras, en especial, de la serie del consumo de pasta base. “¡Y sí! Con el ejemplo que le dio el padre...” –se podría pensar. Pero a pesar de que es la interpretación que, según él, algunos hacen, X se rehúsa a identificar eso como causa: “Sí, pero lo mío no fue, ‘mi viejo toma alcohol, yo me voy a drogar’”. X recusa esta significación apresurada. Por su parte, Y se guarda de interpretar, a su vez, esto último como una negación. Simplemente pregunta a X cómo piensa que eso lo afectó –pues sin duda lo afectó, pero ¿en qué sentido?- dejando en suspenso que eso haya sido la causa de la drogadicción.

Ahora bien, sin buscar causas (remito al lector al capítulo 3.1.), Y le muestra que no es sin esa historia familiar, sin ese lugar que ha ocupado, que se ha construido en él cierta subjetividad, y que la historia de sus calamidades ha tenido lugar.

Claro, porque yo digo, ¿cuánto tendrá que ver con esta angustia, con estos gritos, con esas cosas que te pasan que a veces como que vienen de la nada, toda esta historia que también fue fuerte para vos? Que más allá de si fue o no por eso, el tema es que son cosas que realmente te afectaron, que te dolieron, que te angustiaron.

Sí, en el momento sí. Pero después eso me hizo más duro, ¿sabés? Porque yo hoy por hoy me cuesta abundante llorar, yo no lloro, porque soy muy frío, antes de niño sí, por esas cosas...

Te hizo “**re duro**”.

Eso y yo qué sé, cosas que viví en la calle y todo, siento lástima, pero no lloro.

Claro, pero eso está ahí...

A veces lo tengo sí. Veo a los demás y me pongo a mirar, conocidos, que tienen algo propio...

Pues Y no interpreta el consumo de pasta base de X como una mala copia de la escena familiar, una copia de copia, imagen degradada de un padre que, a su vez, imitaría la de su propia madre (abuela de X). Sin duda, hay siempre una semejanza entre unas series de consumo que redoblan a otras, pero las series no responden a esta lógica del origen: no hay serie original y serie derivada, pues a nivel de la lógica del (sin)sentido no hay series primeras y segundas (guiadas por el calendario), se trata de series coexistentes.

Ciertamente, puede tratarse de escenas sucesivas, una en relación a la otra. Pero las series son estrictamente simultáneas respecto de la instancia en la que se comunican (la angustia de persecución, para el caso que aquí se analiza). Por ello, Y no trata de reconstruir el sentido originario de la adicción de X, suponiendo que esta forma de padecer es algo derivado de un sentido original (edípico, sociológico, genético), sino en reconstruir cómo el consumo de X se ha producido como falla de sentido.

Llegado este punto, conviene volver sobre la cuestión del espanto:

Sí o, a veces, siento que me persiguen. O, a veces, mismo en la calle, ¿viste? De repente, me vienen como ataques que va a venir alguien o me va a pasar algo y, de repente quedo así, ¿viste? Vengo en otra y, de repente, me entra como un miedo. Eso me pasa, a veces, en la calle. Voy caminando y como que, como que... Mirá, la otra vez iba, mirá, el 31, no el 30, vengo de laburar, así, y me fui caminando para casa, ¿viste? Había bondis y todo pero no tenía ganas de ir en ómnibus, me iba caminando. Y, cuando iba por [nombre de calle], piré que venía alguien atrás mío, ¿viste? Sentía que había algo que estaba atrás mío, fue así, sentía como... vos sentís, ¿viste? Como que alguien. O sea no se sentía ruidos de pasos, pero cuando se te aproxima algo, cuando vos te arrimás algo acá, vos sentís como que algo, como que te tapa algo.

Como una presencia...

Bueno, eso sentí. Lo sentí una cuadra, y ahí me atacó como un pánico, y después empecé a respirar hondo y ta, y se me fue.

Porque lo sentías pero...

No lo veía. No, no quería mirar pa' atrás. Sentía que venía algo conmigo, ¿viste? Y miedo, miedo, miedo, y ta, empecé a respirar hondo así... Y la otra vez también me pasó.

Pero, ¿había algo?

No sé, no sé por qué no miré. Sentía como que había algo. Como que algo se me aproximaba acá, se me quedó acá, se me quedó acá, y después como que... Y después sí, miré pa' atrás y todo y no pasó nada.

¿Por qué no quisiste mirar?

No sé, por qué. No sé pa' mí sí me hicieron algo ahí en esas cosas que yo iba, no sé.

¿Y qué te podrían haber hecho?

Y algún trabajo.

¿Para?

Pa' joderse o pa'... yo qué sé. Lo que pasa que yo ahora que me estás haciendo acordar, yo cuando entramos a esa sesión nosotros lo descansamos al gil, ¿viste? al *pae*, así. [...]

Pero eso sí me pasa a veces, de sentir como que hay alguien, que alguien viene conmigo pero después se va. Y yo creo que cuando en ese momento si mirara pa' atrás no creo que vea nada, siento que hay algo nomás ahí.

Alguien, decís.

Sí, algo, no sé. Como que algo viene conmigo, y después se va.

¿Qué será?

No sé. Capaz que es algo de mi cabeza, yo creo que es algo de mi cabeza, ¿entendés? Yo no creo en nada. O sea, creo en Dios, pero no de la forma evangélica, por decirlo. Creo a mi modo, y ta. Y capaz que es algo de mi imaginación y mi cabeza, no sé. De repente, yo vengo colgado en otra cosa y aparece.

Aunque sea algo de tu imaginación, una idea tuya, es algo que para vos en ese momento se vuelve real.

Claro, ¡si me asusta! ¡Me da tremendo pánico! Entro en pánico. O sea, tengo claro, me da miedo.

Te angustia.

Claro, es algo que se afirma todavía, ¿entendés? Cuando viene, veo que... y me entra a dar miedo y después se me va. Yo quiero tener una explicación de por qué tenía esas pesadillas y dos por tres las tengo y por qué me pasa eso de vez en cuando en la calle. Estando **careta**, estoy diciendo. O sea, no, sin ningún tipo de sustancia en el cuerpo. Vengo así, y me pasa.

Porque cuando estabas también consumiendo, ¿tenías alguna de esas...? ¿O algo parecido...?

No, cuando estaba consumiendo pasta base, era sólo perseguirme, perseguirme y... Bajo la sustancia, después cuando se me iba el efecto, era procurar más. No tenía otro pensamiento que era eso: conseguir pa' fumar, fumar, disfrutar del pegue, perseguirme.

¿Con qué te perseguías?

No sé, como con mi madre que iba a venir a la boca, o que me iba a encontrar en donde estaba... Capaz que estaba en **la concha de la madre** fumando, y piraba que mi madre iba a venir, iba a aparecer, ¿entendés? Siempre **piraba** con lo mismo, ese era mi **pire**. Que me iba a ver fumando así. Yo estaba sentado y pensaba "¡ay, ahora entra mi madre y me ve acá fumando!", ¿entendés? Y ya empezaba a pirar, y a escuchar así, ese era mi pire... Porque cuando te pega la sustancia vos sentís como que te aturde, como que se te abren los oídos y sentís más ruido, ¿entendés? Y se te despiertan todos los sentidos, eso es lo que me pasaba a mí, cuando yo fumaba se me destapaban los oídos así y me entraba a acelerar el corazón, y sentía como mucho barullo así y me entraba a perseguir de los ruidos. Y me dejaba en un estado mal, ya a lo último me estaba dejando... Estaba igual media hora atrás de una puerta, mirando por un agujerito así, ¿entendés? Entonces, ya...

Como que estabas viviendo tu propia pesadilla ahí...

Eso para mí era el infierno, estar así, yo qué sé, perseguido continuamente, escondiéndote.

Y repitiéndola...

Era la rutina, era la rutina. Y no me aburría, me gustaba. Una cagada, ¡perdí más tiempo en mi vida así, haciendo esa **gilada**!

¿Qué se desprende de esa experiencia repetida del consumo? Una idea persecutoria: “¡ay, ahora entra mi madre y me ve acá fumando!”. X se imagina siendo visto por la madre bajo los efectos de la sustancia. Luego de tantos gritos, la mirada (materna) entra así en juego. No se trata de lo que pasa en el mundo objetivo, sino de aquello con lo que se encuentra, de aquello que lo afecta o concierne: una mirada, eso que se vuelve a encontrar una y otra vez bajo diferentes formas.

Entonces, se ponen en serie: pesadilla, incorporación, “pire”, borrachera, pánico. Todos son leídos aquí en un mismo plano. Tomemos la serie donde aparece el pánico: en la pesadilla y en la calle. Frente a estas últimas dos imágenes donde los elementos están bastante indeterminados, resalta la determinación de la idea del “pire”: “¡Ay, ahora entra mi madre y me ve acá fumando!”. Se ha hecho cierto avance, pues, en el sentido de una especificación: se sabe quién viene (la madre), cuándo y dónde está (el *hic et nunc* del momento), qué está haciendo (supone que lo está buscando porque quiere que pare de drogarse). Se precisan pues los elementos de la pesadilla. Las personas cobran rostro, el lamento cobra cierta formulación enunciativa, el acontecimiento se encarna, un rayo de luz en medio de tanta oscuridad (a pesar de que no es para cargarse de optimismo, peor es nada). La mirada de la madre, la idea persecutoria y el verbo se conjugan en esta tercera escena que claramente se desprende de las otras dos imágenes inespecíficas anteriores.

“Aquí” y “ahora”, especificación temporo-espacial que en la pesadilla faltaba, parecen tomar consistencia a fuerza de **endurecerse** (ver capítulo 3.4.). Sin embargo, en la pesadilla, la ausencia de coordenadas espacio-temporales y de determinación de las voces hacían que bien pudiera desarrollarse en un alcantarillado, en el infierno, o en un túnel infinito; pero lo importante es que corriendo, a su vez, se encontraba siempre en el mismo lugar, es decir, el tiempo aparecía desprendido del movimiento⁴⁷ (“corría y siempre estaba en el mismo lugar”), constituyéndose como tiempo puro sin efectuación. Mientras que en el “pire”, lo que dura, aunque no por mucho tiempo, es la dura presencia del *hic et nunc*.

Más que como un medio para evitar el dolor profundo, aquí la recaída parece cumplir la función de evitar enfrentarse a una angustia mayor y más escalofriante que la ansiedad pre-

⁴⁷ Sobre las relaciones entre sueño, inconsciente y temporalidad cf. Freud, 1986 y 1996.

consumo o la culpa post-consumo, mucho más que el dolor. Por ser el más inespecífico de los afectos, la angustia es más terrible, pues no se sabe bien a qué responde en el caso de las pesadillas y del pánico. Incluso es mejor cualquier peligro con tal que sea más específico, con tal que sea más localizado, más material, a esa angustia que es generada por algo, un acontecimiento que no puede precisarse en el orden de los objetos corporales⁴⁸: X experimenta tras él la presencia de alguien que no ve nunca, siente cómo se aproxima o se aleja, sin saber qué de su propio cuerpo y del otro está allí en juego. La cosa alucinatoria no es vista ni visible. El acontecimiento es invisible a sus ojos.

Por otro lado, ese objeto que, unas veces será la sustancia misma, otras veces será el consumidor X, de ese joven en quien convergen los alcoholismos, o mejor, las fisuras de la serie materna –vía su abuela materna- y los de la serie paterna –vía su padre y abuelos paternos. A su vez, es percibido por la familia tanto el tipo de consumidor (latero) como el objeto de consumo (pasta base) como un elemento exógeno, como un consumo de drogas extranjero y extraño en su propia familia (la cual sólo reconoce como droga a esa sustancia, mientras que el alcohol, la nicotina, la marihuana, y otras, quedan por fuera de esa categoría), cuando no su peor enemigo.

Lo que resulta decisivo es la posición subjetiva en la que adviene X en este cuadro familiar en el que es difícil discriminar hasta qué punto ha sido X quien la ha adoptado o han sido los otros quienes se le han asignado –poco importa, de todos modos, a los efectos de este tipo de análisis que no supone intencionalidad alguna en ninguna parte:

Lo que pasa que cuando mi viejo se mamaba siempre el que le aguantaba la cabeza era yo, porque mis hermanos, mi madre... Me acuerdo que una vez, no sé bien qué pasó, y ta, y se quemó mi madre, eran como la una de la mañana, y ella en ese tiempo laburaba a la vuelta de casa, limpiando, y se levantó y se fue para ahí para el trabajo. Mi hermana ya no vivía más en mi casa, y se fue con mi hermano y yo quedé con mi padre, y mi madre fue y lo denunció, y ahí vinieron los milicos y se lo llevaron, quedé yo solo y después vino mi madre y ta, y al otro día que eran las fiestas, era el veinticuatro de diciembre, ese veintitrés vino mi cuñado, me vino a buscar, y nos fuimos para la casa de mi hermana y ta y pasamos la fiestas así, ¿me entendés? Yo siempre le aguantaba la cabeza a mi viejo.

¿Cómo que le aguantabas la cabeza?

⁴⁸ No es de extrañar que el consumo de pasta base en algunos casos justamente venga en lugar de algo mucho más terrible aún: el pensamiento delirante, la angustia o la vivencia de fragmentación del cuerpo.

Porque se me ponía, se ponía a hablar conmigo, me decía cosas, no me acuerdo lo que me decía, pero yo estaba ahí con él.

¿Te decías cosas?

Sí, mamado hasta las patas, lloraba, yo qué sé, se armaba quilombo, lo estaba dejando loco el alcohol...

El sujeto se encuentra justamente en el intervalo entre la serie significativa (podemos llamar así a las escenas de consumo o de eclosión del pánico) y la serie significada (las pesadillas o las escenas familiares), especie de solución de continuidad⁴⁹ (sin)sentido, lo cual le da su carácter paradójico que impide que se hable de una identidad de sujeto (Le Gaufey, 2009) como la de “latero”, pues siempre está dividido en dos direcciones diferentes y simultáneas (en los sueños de X, aquello que hace que se pase o salte de una serie a la otra).

La dimensión del (sin)sentido se instala, de este modo, desde el momento que una escena entra en relaciones de resonancia con otra escena a través de la angustia contenida en la fisura paradójica. Así, el sentido no se halla en la escena actual (X consumiendo pasta base), sino en su relación con la otra escena o serie de escenas. Es decir, al poner las diferentes escenas en serie, se producen efectos de sentido insospechados.

Si hay una dirección de las intervenciones de Y en este caso es la que apunta al pasaje desde la profundidad de los consumos a la superficie de las expresiones –movimiento justamente inverso respecto al de la instalación de la adicción. Producir la superficie para que hablar (incluso hablar de fumar pasta) y fumar no se confundan, sino que aparezcan en toda su divergencia convergiendo en el elemento paradójico que recorre tanto la línea de cocaína como la línea delgada (plancha), continua, de los estados de los cuerpos y de los enunciados por los que circula el (sin)sentido.

Es el análisis el que puede crear el mundo de los efectos incorporales al sacar los sonidos de su simple estado de acciones y pasiones corporales; es este análisis el que distingue esa sonoridad del lenguaje, y le impide al lenguaje confundirse con el rechinamiento de los cuerpos, quien lo abstrae de sus determinaciones orales (los consumos) y escatológicas (“las cagadas que me mandaba” –dice X).

Antes de la construcción de las series en análisis, sólo había simulacros, y no sentidos. Pues, los simulacros no hacen serie en el sentido de una serie significativa y otra serie

⁴⁹ En sentido dermatológico, como fisura de la piel.

significada, sino como meras regularidades tal como las series en gimnasia, con todas las estereotipias, iteraciones, repeticiones, frecuencias, dosis, ritmos y hábitos de la adicción.

Las series, como se habrá visto, se articulan en torno a un elemento no significativo o “asignificante” (Guattari, 1980) como la angustia ante algo que no es nada en particular. Pero las series mismas no son meramente lingüísticas: son semióticas y hasta matemáticas. Hay escenas, una dentro de la otra, como una *matrioska* (muñeca rusa), como una *mise en abyme*⁵⁰ (procedimiento narrativo que consiste en imbricar una narración dentro de otra). Hay series que no son imaginarias ni simbólicas: la serie de idas y vueltas a la boca a pegar una dosis, la serie de cada ingesta de sustancias, con tal frecuencia o regularidad, a tal dosis o cantidad. Hay actos, series en acto (podrían llamarse “series performáticas”): la serie de ejecuciones motoras para procurar o consumir la sustancia, las repeticiones en acto de las acciones para tales fines.

A nivel del (sin)sentido, no se puede apelar a la línea causal ya que se trata de una relación de los efectos (de sentido) entre sí. Pues lo que forma un destino al nivel de los acontecimientos, lo que hace que un acontecimiento repita otro a pesar de toda su diferencia, lo que hace que una vida como la de X esté compuesta por un solo y mismo acontecimiento o “máquina infernal” (Guattari, 1976) que circula bajo formas que no siempre son las mismas por las distintas series que ya fueron analizadas en este capítulo y a pesar de toda la variedad de lo que le sucede, que tal vida esté atravesada por una sola y misma fisura lamentable (ver capítulo 3.10.), que interprete un solo y mismo aire en todos los tonos posibles con todas las palabras, gritos o ruidos posibles, no son unas relaciones de causa-efecto. Por el contrario, se trata de un conjunto de correspondencias no causales que forman un sistema de expresiones recurrentes, reverberaciones vocales y puntos de vista, que conforman una casi-causalidad expresiva -en absoluto una causalidad necesaria. Pues las series no resuenan por necesidad, sino por puro azar.

De allí que entiendo que no hay previsión de una adicción: no está escrito que porque haya determinados “riesgos” (constitucionales, ambientales, familiares), estos precipitarán en una composición adictiva. En todo caso, se podrán prevenir el consumo, los riesgos, los daños, pero no la instalación de una adicción. Nada dice que tal o cual elemento de cierta trama subjetiva hará precipitar un “consumo problemático” (X dice que sus hermanos no son adictos).

⁵⁰ Cf. el trabajo de tesis de maestría de Ginnette Barrantes (2011) en torno al término *agieren* (pasaje al acto) en Freud, donde el acto de tirarse a las vías del tren en el caso de la joven homosexual, remiten a otra escena: la escena de parir o “dar a luz”.

Hay que ser muy cautelosos entonces para no patinar rápidamente en las explicaciones causales. Se **echarán las causas** al padre de X “¡pero su padre es alcohólico!”, y eso servirá para comprenderlo todo. Pero ello no basta. Siempre será necesaria otra serie para que aparezca el sentido, al menos cuatro series, o cuatro tipos de series. Repasando lo analizado en este capítulo, por ejemplo, las series de base familiares (alcoholismo de padres y abuelos), las series oníricas (pesadillas infantiles y postconsumo), las series del consumo de pasta base (sea como consumidor, sea como vendedor), las series de ataques de pánico (en el ómnibus, en la calle). Si se tratara de un psicoanálisis propiamente dicho, se podrían, a medida que avanzase el análisis, construir incluso otras series.

No es que la adicción del hijo remita directamente al padre beodo, simplemente el padre ocupa en la serie constitutiva del presente de X un lugar con respecto al objeto virtual y paradójico, el precursor sombrío, que es necesariamente ocupado por otro personaje en la serie que constituye el presente de otra subjetividad, considerando los desplazamientos de ese objeto x. Al depender de la pasta base, repite ya algo que se podría situar en la alcoholdependencia de su abuelo, pero los personajes parentales no son los términos últimos, sino los términos medios, las formas de comunicación y de careta de lo que pasa de una serie a otra: la fisura.

Se podría llamar a este proceso “modalismo de la fisura”: una misma fisura incorporal que actúa sobre diferentes modos o máscaras: el padre y el hijo atravesados o producidos por diferentes modos de una misma sustancia (semiótica), es decir, un sentido. Y así, a través de la sombra del padre alcohólico e insustancial, y hasta del padre del padre, se proyecta la imagen del hijo como zombi o “muerto viviente”. “*Una sombra gris en una pared lejana, eso era yo*” - decía Burroughs (*El Exterminador...*, 2010, p. 17), o un fantasma que quiere lo que cualquier fantasma quiere: un cuerpo (Burroughs, 2001, p. 8). La fisura por la pasta base viene a darle espesor a los bordes de una herida que ya estaba producida y que de nuevo se producirá. Consustancialidad de la fisura del padre en el hijo, que pasa de un cuerpo al otro.

Con su adicción, el hijo ha perdido la semejanza consigo mismo, con el mundo de su padre y hasta con el divino (al menos en su forma afroumbandista). Ya no se reconoce ni él mismo, ni lo reconocen sus allegados. Ya no es sino un fantasma de sí mismo, un simulacro que si bien posee aún la imagen (del padre consumidor), ya no la semejanza. Se pierden las antiguas coordenadas donde era posible prever sus comportamientos y actitudes. Figura de la diferencia en su connotación más brutal⁵¹.

⁵¹ En este sentido, tiene todo su valor la investigación que ha realizado Gabriel Eira (2009) y su equipo de trabajo donde ubica el consumo de pasta base en relación a la "otredad": adicto es quien ocupa una posición de otro, diferente, extranjero, respecto a un "nosotros" construido social y culturalmente. Incluso la definición de "droga" por sus condiciones de uso y no por la molécula que la compone, es decir, como lo que consumen "los otros" para drogarse, nunca "yo" (ej. alguien que sólo toma café o mate, puede decir que la cafeína y la mateína no son drogas, la nicotina sí; un fumador o un bebedor pueden decir que el tabaco y el alcohol no son drogas, la marihuana sí; un fumador de cannabis puede decir que la marihuana no es droga, la pasta base sí).

2.3. Persecuta

El mundo de los simulacros es un mundo ruin, pero es también un mundo que se ha venido abajo. Un mundo en ruinas, ¿acaso no eso es lo que puede muchas veces leerse cuando un consumidor dice que “está en la ruina” o “está arruinado”, o como Z dice “te arruina en tan poco tiempo” (ver página 65)? ¿Acaso no se trata siempre de un mundo familiar más o menos arruinado previamente, ya sea por la violencia, por el alcohol, el abandono, la pobreza? Alguien termina “en la ruina”, profundizando así una fisura que hasta ese momento no terminaba de hacerse visible, pues “*la ruina del alma*”, como diría Lacan “*no se consume allí más que por un incorpora*” (citado en Viltard, 2010).

Así el mundo de Hugo Roperro (2009), un consumidor de “paco” que comienza su novela testimonial diciendo:

Un día, la torre fue alcanzada por un rayo. Las sólidas columnas que soportaban todo lo que había construido sucumbieron. Entre las ruinas quedaron mi matrimonio, el statu quo, la solvencia económica y una posición social que había ganado a fuerza de trabajo y sacrificio. (Roperro, 2009, p. 15)

Ahora, ¿es que ese mundo se arruinó con el consumo de pasta base, o ese mundo ya estaba de alguna manera arruinado? ¿Acaso, no estaría ya todo en ruinas, o a punto de derrumbarse, aunque imperceptiblemente, y quizás lo que hizo el consumo fue hacerlo patente? En lugar de hablar de “Hugo drogadicto”, uno podría decir, en cambio, “el mundo en el que Hugo se ha drogado”.

Roperro apela a una forma épica (ver capítulo 3.6.) de narrar su experiencia tomando prestadas las palabras de Rimbaud para hablar de la primera vez que fumó: “*Probé el licor prohibido de la destilería de Satán*” (Roperro, 2009, p. 60). También él, como X, experimenta los simulacros bajo los efectos del “pegue”: sensaciones auditivas, una acústica no habitual, “*casi como oír bajo el agua*”. “*Las formas se distorsionaban. Los objetos no tenían bordes delimitados. Me imaginaba, dentro de un estuche de mí mismo. El sacudón cesó y quedé como de merca: duro y tembloroso*” (Roperro, 2009, p. 60). “*Y esos malditos autos que no dejaban de pasar. Algunos hacían sonar sus bocinas, otros llevaban al mango una música tipo ‘punchi-punchi’... los demás sólo pasaban una y otra vez*” (Roperro, 2009, p. 63). La experiencia de caer “vertiginosamente por una barranca”. “*En cuanto prendía la pipa comenzaba a escuchar como unas campanas tubulares, de esas que se cuelgan al viento, junto al agudo e insistente*

silbido de un jilguero que cantaba toda la noche” (Ropero, 2009, p. 71). Bien decía Burroughs en alguna parte que, entre todas las experiencias semejantes que pueden tener los consumidores de una misma sustancia, cada adicto tiene su propio “pegue” intransferible, diferencial y particular.

Aquí los efectos del consumo se desatan en un campo persecutorio:

Durante dos semanas nuestra única actividad fue salir a comprar y encerrarnos a fumar... No sé si era yo pero se me hacía distante. Comencé a sospechar de ella, de su mirada, de las actitudes. Sentía que me hurgaba las cosas, que las cambiaba de lugar. Eso me irritaba. Para peor escuchaba bocinas de la calle y ella como nerviosa me decía que tenía que salir un rato. Al principio creía que era el Papu, aquel comerciante textil de Once, que la buscaba para ir a pegar pero después noté que una serie de autos, que parecían ser siempre los mismos, rondaban todo el tiempo mi casa. El ritual de fumar maximizaba mi paranoia y en mi cabeza comenzó a instalarse la idea de que había un boicot en mi contra y de que esta hija de puta estaba con la **yuta**⁵². Hasta su **mambo** le había cambiado. En vez de cerrar las ventanas, las abría. Y siempre me daba la sensación de que hacía señas a casas linderas. Cada vez que ella salía yo cerraba todo y comenzaba a inspeccionar minuciosamente los sillones desparramando almohadones por el comedor. También daba vuelta bancos, sillas y mesas para revisarlos por debajo. Buscaba micrófonos, cámaras, algún chip o droga que quisieran plantarme para luego hacerme una cama. (Ropero, 2009, p. 62)

Así, este “héroe” comienza a interpretar mensajes, a sacar fotos y encontrar “claves, letras y números, formando lo que parecían ser direcciones Web fragmentadas” (Ropero, 2009, p. 97). Así la búsqueda de una significación persecutoria, de un complot, de una conspiración, le dan cierta consistencia imaginaria, donde también hay un lugar para lo sexual⁵³.

Comencé a tomar nota y buscarles coherencia para luego navegar por Internet y tratar de encontrarles sentido. Todas me conducían a páginas con contenido erótico. Lo curioso era que las mujeres que posaban desnudas lo hacían con escenografías o locaciones que me eran familiares. Las cortinas, las sábanas, los muebles, todo tenía que ver con cosas de mi pasado. Entonces, fumaba otra vez y las mujeres parecían moverse insinuándose. Ampliaba las fotos y notaba que los cuerpos estaban formados por imágenes que se entrelazaban como un rompecabezas en el que sus piezas eran diabólicas figuras. También

⁵² Las negritas son mías.

⁵³ Sin embargo, en mi experiencia clínica he encontrado que esta singular tonalidad erótica que aparece por momentos en el relato de Ropero no es habitual.

veía símbolos esotéricos que se mezclaban y esfumaban en ese caos (Roper, 2009, pp. 97-98).

Se pensará que esta persecución surge únicamente de los efectos psicofisiológicos del elemento activo de la pasta base (la llamada “psicosis de pasta base” o “psicosis del cocainómano”, cf. Roncero, Ramos, Collazos & Casas, 2001, pp. 182-183). Pero el tóxico por sí mismo no explica la vivencia de persecución. Si ya se ha demostrado que la persecución está ligada a la estructura misma del lenguaje, a la letra (Allouch, 1984), la fisura, el embicharse y todos esos acontecimientos anudados al consumo de sustancias, no son sucesos aislados de esa estructura persecutoria de la letra.

Basta con poner a resonar otra serie de eventos, para identificar un campo persecutorio anterior al consumo⁵⁴. No sólo su estancia en prisión durante la dictadura por tenencia de marihuana, sino un hecho más reciente. Roper se desempeñaba como editor fotográfico de la revista *Noticias*, y fue responsable de que el reportero gráfico y fotógrafo José Luis Cabezas estuviera en Pinamar el verano de 1997 en que lo mataron brutalmente tras haber publicado fotos del empresario Alfredo Yabrán –quien supuestamente se suicidó al año siguiente del crimen- investigado por casos de corrupción. El cadáver de Cabezas se encontró calcinado, con las manos esposadas a la espalda y dos tiros en la cabeza.

Las cosas en la editorial comenzaron a cambiar mucho después del asesinato. Agentes de servicios de inteligencia se instalaban dentro de la redacción y rondaban hurgando por todos lados. Los teléfonos de mi oficina, el celular y el de mi propio hogar estaban pinchados. El hecho de que yo cuestionara la manera en la que se estaba investigando, comenzó a traerme problemas... La presión era insoportable, y solo pensaba en alejarme lo más rápido posible de la revista. Movidito por ese impulso renuncié a mi puesto... En medio de todo esto, mi matrimonio se disolvió y poco a poco se fue dilapidando todo aquel sueño americano... un sueño estructurado, provocado por estereotipos sociales que responden a intereses de terceros”. (Roper, 2009, pp. 17-18)

En este contexto, no resulta extraña, pues, la búsqueda de significación de aquel mencionado “rompe-cabezas” de figuras demoníacas (Roper, 2009, pp. 97-98). Contexto en el

⁵⁴ La ideación paranoide muchas veces surge en un contexto donde ciertamente muchos consumidores están, en diversas ocasiones, efectivamente en peligro de enfrentarse con la policía sea por situaciones de “delincuencia doméstica” de los “atrapados” por la cocaína (Calafat et al., 2001), de “delincuencia funcional” (para obtener droga) o “inducida” (en estado de intoxicación aguda) (Santamaría Herrero & Chait, 2004). La persecución deja de ser discontinua (es decir, de eclosión abrupta en el contexto de cada ingesta de sustancias): deviene constante y permanente.

cual la fisura ya se había producido, pero de forma invisible, sin que advirtiera lo que había sucedido. La fisura de un “sueño americano” en el que ya Ropero estaba perdido en la medida que se trataba de un sueño que le era ajeno. Ahora bien, para poder despertar, ¿no habrá sido preciso profundizar la fisura?

En medio de este panorama, conoce a una joven consumidora de pasta base.

De a poco, comencé a tener conciencia del verdadero drama que ella padecía. Era esclava de una adicción que sometía su voluntad hasta lograr que el único objetivo de cada día fuera conseguir “base”. Eso de alguna forma despertó mi curiosidad periodística. Me gustaba el personaje y me intrigaba su mundo. Tuve ganas de escribir sobre ella, de comprender su angustia. (Ropero, 2009, p. 30)

¿Cómo es que aquello que había empezado por ser un interés intelectual, a poco se transforma en una experiencia infernal? *“Al principio me divertía su presencia pero mis noches comenzaron a convertirse en un infierno”* (Ropero, 2009, p. 31) –se recordará que así también X describía su experiencia (p. 80). En este testimonio escrito, se ve cómo el acontecimiento incorporal se confunde bajo las condiciones del consumo de pasta base con el choque de los cuerpos, con el accidente:

Mi coche parecía una banana. Estaba hundido en el medio aunque el impacto no había tocado ninguno de los ejes. Me podía ir con él andando. De modo que proseguí mi camino para procurar la ansiada droga. “Aquí no ha pasado nada”, me dije. No pensaba en que había estado cerca de perder la vida ni en cómo seguía salvándome”. (Ropero, 2009, p. 114)

De allí que nada pase: *“Marzo y abril pasaron como dos fantasmas. En realidad no tenía noción del tiempo, todos mis días eran absolutamente iguales”* (Ropero, 2009, p. 137).

La fisura de superficie se vuelve así profunda:

Por precaución, tapé la ventana del frente de mi casa con una plancha de durlock de dos metros por tres que había dejado mi hermano en el galpón de la casa. Me daba la sensación de que así podía evitar que me observaran o que me proyectaran boludeces. Una noche mientras fumaba sumergido en las imágenes de mi computadora, la plancha se quebró al medio y provocó un estruendo que hizo que yo saltara de la cama y tirara la pipa con todo su contenido sobre la alfombra. No sé como (sic) pudo haber pasado eso, era un material bastante resistente, no era algo que podía quebrarse así porque sí, pero tampoco pude explicarme qué lo había roto. (Ropero, 2009, p. 134)

Del mismo modo que la flexible placa de yeso para cielorrasos y paredes curvos se fisura, se rompe, se quiebra, su propia vida se derrumba.

Los simulacros producen la ilusión de un falso infinito en las imágenes que forman, y hacen surgir la doble ilusión de una capacidad infinita de placeres, y de una posibilidad infinita de tormentos, esa mezcla de avidez y angustia, de codicia y de culpabilidad que recuerda a las del hombre religioso.

No pude superar el record de las veinticuatro horas y volví a la cruel rutina de la autodestrucción. Pasé otro oscuro mes entre la nada y la eternidad, entre la desazón y la desesperanza, entre la locura y el arrepentimiento. Era algo así como Rasputín, el monje maldito, que pecaba y pecaba y luego se autoflagelaba pidiendo perdón a los cielos". (Roper, 2009, p.146)

Pero llega el momento en que los simulacros comienzan a asomar en la superficie corporal. El encuentro con una mujer es lo que ahora, a diferencia de los inicios del consumo de pasta base, hace vislumbrar una posible salida.

Creo que en el túnel oscuro por el que venía navegando en ese momento, Sole fue una luz. Al menos esos instantes fueron los más intensos de los últimos tiempos. Sentí vergüenza de mí mismo por ser tan imbécil y no poder dominar esta droga que me hacía cada vez más débil. "Tengo que salir de esto", pensé. (Roper, 2009, pp. 138-139)

El imaginario que se había fisurado profundamente, ahora resurge en la superficie de lo especular:

Una mañana de domingo mientras me afeitaba frente al espejo miré mis ojos ojerosos e inyectados y me di pena. Me sentí como Dorian Gray ante su retrato envejecido. Las marcas que estaba dejando la droga en mi rostro eran patéticas, casi no me reconocí. Últimamente la locura no me dejaba ver la realidad y me miraba sin verme. Lavé mi cara con agua fría y levantando otra vez la vista me dije: 'Este tiene que ser el primer día del resto de mi vida. (Roper, 2009, pp. 146-147)

Y, entonces, los fantasmas incorporales comienzan a sustituir a los simulacros de profundidad -aunque los simulacros y los fantasmas tan sólo difieren en el nivel topológico (profundidad y superficie), en esencia son la misma cosa. *"Sentí que estaba despertando de un mal sueño. Las cosas comenzaban a tener más brillo, los colores se hacían más intensos y*

realmente me empecé a sentir bien. No escuchaba voces, ni ruidos, ni bocinas, ni autos, ni nada” (Ropero, 2009, p. 148). Y se hace posible inscribirlos en un ejercicio de escritura:

A pesar de no ser un erudito en letras comencé a derramar sobre el papel ese tránsito por el infierno al cual me había sometido. Las historias fluían como si hubieran estado esperando que una válvula libere la presión que me provocaban. El ejercicio catártico fue renovador. Haber podido reconocer mis propios fantasmas me llevó a pensar que sin duda el mejor tratamiento psicológico me lo podía dar yo mismo a fuerza de voluntad, de sacrificio y de desmembrar cada uno de esos roles que iba eligiendo en mi vida. (Ropero, 2009, p. 156)

¿Acaso esto que podría calificarse de “autocuración” (no sin antes haber errado por hospitales generales y psiquiátricos, por consultas psiquiátricas y psicológicas particulares que Ropero considera infructuosas) no tiene con el análisis, en tanto “clínica psicoanalítica de lo escrito” (Allouch, 1984) cierto paralelismo? Salvando las distancias, Freud mismo fue el primero en que, habiendo abandonado el consumo de cocaína, se lanzó a escribir los textos fundantes del psicoanálisis, en particular en el análisis de la fórmula del sueño de la “Inyección de Irma”.

¿Cómo situar el camino abierto por Freud, el desenganche a partir del cual pudo comenzar a formularse una clínica psicoanalítica? Que la experiencia analítica haya ocupado el lugar mismo donde desfallece lo que la lengua francesa condensa bajo el término de ‘droga’, esa droga que debía, para Freud, asegurar la estabilidad de la relación médico/paciente, mantenerla en la evidencia triunfante de una bipartición no cuestionada, tal es lo que puede leerse en la aventura de Freud como cocainómano”. (Allouch, 1984, p. 12)⁵⁵

Para Allouch “*es por haber escrito su experiencia con la cocaína en términos, ligados por las exigencias universitarias, de un discurso científico, que Freud llegó a renunciar a los ‘beneficios’ de esta substancia tan ponderada*” (Allouch, 1984, p. 26).

⁵⁵ Ver, en especial, el capítulo “Freud coquero” (Allouch, 1984, pp. 25-40).

TERCERA DOSIS: PRODUCTOS

3.1 La doble estructura de la fisura

A pesar de que, por lo que en general he escuchado en mi trabajo, llega un límite donde los consumidores se muestran incapaces de dar cuenta de su adicción -no es extraño que, si se los interroga sobre este punto, algunos contesten que no saben por qué consumen-, de que no encuentren un origen asignable del consumo (“consumo porque...”), hay quienes tarde o temprano se encargan de asignárselo (ver capítulo 3.3.).

Así, en lugar de admitir que el sentido nunca es originario, que nunca está ya dado de antemano, sino que siempre es causado, derivado, se piensa muchas veces que el sentido de una adicción ya se encuentra desde el momento en que alguien comienza a consumir, que es por tal o cual cosa: “quiere evadirse de la realidad”, “imita a sus pares”, “tiene poca personalidad”, “no sabe decir que no” –he escuchado decir muchas veces a familiares de consumidores y técnicos tratantes. De este modo, se pone el sentido en el origen del consumo. Incluso antes: las nuevas categorías de factores de riesgo ya introducen el sentido del consumo mucho antes de que éste aparezca, desde la temprana edad, sea en factores constitucionales o ambientales. En esta línea, he escuchado a profesionales de la salud decir cosas como: “desde su infancia posee baja tolerancia a la frustración asociada a un trastorno de conducta, por lo tanto está en riesgo de consumir sustancias”. Lo paradójico es que para prevenir esto, cada vez se prescriben más psicofármacos desde la temprana infancia (Bielli, 2012, pp. 31-38).

Si se toma el caso de las llamadas “co-morbilidades” o “patologías duales” (UNODC, 2013), hay estudios que muestran la alta prevalencia entre el abuso de drogas y el trastorno de déficit atencional con hiperactividad (TDAH) (Rossi, 2009). En efecto, ciertos hallazgos clínicos muestran que los pacientes con dicho “trastorno dual” reportan una supuesta mejora de los síntomas específicos de TDAH cuando se “automedican” cocaína, lo cual es explicado por un aumento de la concentración postsináptica de dopamina que ocasiona un alivio de los síntomas de TDAH (Ohlmeier et al., 2009, p. 18).

En ese campo de investigaciones, ciertos estudios informan que el proceso adictivo constaría de una fase de “inducción”, durante el consumo inicial de la droga, y otra de “expresión”, durante la consolidación de la adicción. Ambos con mecanismos neuroquímicos y

moleculares diferentes. En la “inducción” participaría de modo crítico el circuito mesocorticolímbico, y estableciéndose cambios bioquímicos que fundamentarían la “sensibilización” (aumento progresivo de la actividad motora inducida por la exposición repetida a psicoestimulantes) y facilitarían el “aprendizaje” adictivo. En la “expresión”, destacaría el bucle corticoestriatoamigdalino, y en esta fase se desarrollarían los cambios bioquímicos que parecen generar el “hábito” adictivo (Fernández-Espejo, 2006).

No cesa de buscarse el origen del “gen de la cocaína” (Bilbao et al., 2008). Los desarrollos genéticos auguran así encontrar el “gen de la adicción”: ciertos estudios han relacionado la adicción a sustancias con el alelo A1 del gen DRD₂ (Corominas, Roncero, Brugera & Casas, 2007), mientras que otros plantean que “el defecto” podría situarse en el gen para el transportador de la dopamina (DAT1) en el cromosoma 5p15.3, el cual inactivaría al neurotransmisor posiblemente por la elevada afinidad por el mismo y una menor recaptación de dopamina por la neurona presináptica. Otra posibilidad se situaría a nivel del gen para el receptor de la dopamina (DRD4) en el cromosoma 11p15.5, que codificaría un receptor postsináptico disfuncional, con menor sensibilidad a la dopamina del espacio sináptico (Chamarro, 2008).

Ahora bien, como muchos que supuestamente tienen el “gen de la adicción” no se convierten efectivamente en adictos, se dice que están más expuestos a ese riesgo. Se dice que 60% de la predisposición individual a la adicción está determinado genéticamente, mientras que un 40% lo está ambientalmente. De la predisposición orgánica a contraer una determinada enfermedad, el 27% se atribuye al gen DRD₂ y el 33% a otros genes. Aun así, se cuestiona la determinación de un único gen: algunos escritores han identificado hasta 400 genes humanos afectados en adicciones a ciertas drogas de abuso (Gil-Verona et al., 2003).

Algunos neurocientíficos, afirman por su parte que:

la plasticidad (sináptica) expresa en sí misma una forma de determinismo, pero mientras opera esta suerte de determinación del sujeto, éste se libera del determinismo genético. En efecto, si consideramos la experiencia como determinante en el devenir del sujeto, nos alejamos de un determinismo genético exclusivo que determina desde un inicio su destino [...] La plasticidad permite demostrar que, a través de una suma de experiencias vividas, cada individuo se revela único e imprevisible, más allá de las determinaciones que implica su bagaje genético [...] es como si el individuo se revelara genéticamente determinado para no estar genéticamente determinado. (Ansermet & Magistrett, 2008, pp. 15-26)

Pero no basta con decir que “los efectos subjetivos de todos los psicoestimulantes dependen de la personalidad del individuo, el medio en el cual se administran, la dosis y la vía de administración” (Fernández-Espejo, 2006, p. 147), pues se sigue en el orden de las causas, de las determinaciones corporales (sea que se refieran al organismo con sus genes y cerebro o al cuerpo social: corrupción del narcotráfico, la pérdida de valores, la familia disfuncional u otras causas) o del mundo de los reflejos condicionados, hábitos, estímulos y respuestas.

Algunos reconocen, que su saber en este tema es incompleto y que debe suplementarse con otros saberes (Gil-Verona et al., 2003). No en vano, incluso algunos neurobiólogos sostienen que, desde su punto de vista,

sin embargo, hay aspectos cruciales del proceso adictivo que permanecen todavía sin resolver. Uno de ellos es el deseo intenso de consumo (*craving*), que constituye uno de los mayores problemas con que se enfrenta el paciente adicto desintoxicado durante la abstinencia, y otro, no menos importante, los mecanismos neurobiológicos y psicopatológicos que subyacen a las frecuentes recaídas en los hábitos tóxicos, que se presentan incluso mucho tiempo después de la abstinencia. (Corominas et al., 2007, p. 23)

A decir verdad, no existe una explicación de la recaída, sólo hipótesis en base a estudios en primates y roedores. Las microinyecciones de antagonistas de los receptores dopaminérgicos en el córtex prefrontal han demostrado ser útiles en la prevención de recaídas, en situaciones generadoras de estrés, en modelos animales de adicción. Sin embargo, los fármacos antagonistas dopaminérgicos no previenen la recaída en el consumo provocado por la exposición a cocaína. Más aún, uno puede preguntarse: ¿por qué, al tiempo de que dejan de consumir, cuando los niveles de dopamina están regulados, se recae?

Se han hecho nuevas investigaciones con ratas que parecen indicar que el *craving* y las recaídas (*relapse*, en inglés) en las adicciones a la cocaína están relacionadas no tanto con la transmisión de dopamina sino con la de glutamato (Cornish & Kalivas, 2000).

Por mi parte, no creo que se trate de despreciar estos saberes, sino de situarlos en otra perspectiva -aunque sin aspirar a construir un “saber psicológico” más completo y, por ende, más cerrado aún que el que resulta del “acuerdo biopsicosocial” entre psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas (Bielli, 2012). ¿Acaso la genética no vale nada? Sería poco lúcido afirmar eso. Pero sería obtuso pensar que todo pasa por ahí, que todo está en la “causalidad genética” (no sólo de los genes, sino de cualquier tipo de génesis sea social, psíquica u otra índole), sin

considerar la semi-causalidad incorporal⁵⁶ (el objeto-causa incorporal, para decirlo en términos de Lacan, 2006). El problema no está mejor planteado porque se afirme una multicausalidad hipercompleja, sino por el reconocimiento de una doble causalidad que analice no sólo las causas, sino aquellos incorporales o efectos de sentido que conforman la pseudo-causalidad.

El punto analítico está en cómo sacar a la superficie esa especie incorporal de la fisura, imperceptible y silenciosa, a partir de la otra perceptible y ruidosa. Pues, ¿acaso el efecto característico de la adicción no es la fisura? Todo parece apuntar hacia ahí –a condición de no confundir la “fisura incorporal” ni con el *craving* ni con el síndrome de abstinencia, ni con la fisura sináptica ni con la fisura cerebral.

Sin embargo, esta confusión es muy frecuente, cada vez que todo el problema es reducido al plano de las causas. Pues considero que, en general, la falla de los estudios precedentes consiste en buscar al mismo nivel de lo corporal, de lo visible, en que los consumidores se arruinan a sí mismos, sin elevarse al nivel de los efectos incorporales. De este modo, se desconocen, los efectos de sentido. Se desconoce toda la organización discursiva, que no es psicológica, que no es personal, que no es corporal, y la adicción es planteada así en términos materiales: sensaciones, sustancias, organismos, tóxicos, etcétera.

Por ello, y casi como en espejo, tanto en las neurociencias como en las adicciones, a menudo se produce una abolición del elemento incorporal; como si estuvieran regidos por el mismo vicio. Ambos discursos sostienen la misma lógica. No es casual que a nivel de lenguaje, sus respectivos argots se toquen: el cerebro reptiliano y el embicharse, la dopamina y el estar **dopado**⁵⁷.

Pero se ha visto en la segunda parte de esta tesis cómo producir el pasaje de lo sentido (las sensaciones) al sentido⁵⁸, es decir a ese tipo de entidades que si bien no se puede decir que existen, sí que “subsisten” (Meinong, 1960), e insisten en las expresiones de los consumidores.

⁵⁶ Desarrollaré esto en el capítulo 3.2.

⁵⁷ Pero a diferencia de lo que, por método, explícitamente se busca en esta tesis en ese caso es por una coincidencia impensada que revela una posición análoga de disolución de la dimensión del (sin)sentido a favor de las causas materiales o corporales.

⁵⁸ La lengua española es presa de un equívoco particular, pues “sentido” ora designa el proceso fisiológico de recepción y reconocimiento de sensaciones y estímulos que se produce a través de la vista, el oído, el olfato, el gusto o el tacto, o la situación de su propio cuerpo, ora la razón de ser o finalidad de algo (“Su conducta carecía de sentido”), o la significación cabal de una proposición o cláusula (“Esta proposición no tiene sentido”), como cada una de las distintas acepciones de las palabras (“Este vocablo tiene varios sentidos”; “la palabra ‘sentido’ tiene varios sentidos”), cada una de las interpretaciones que puede admitir un escrito, cláusula o proposición (“La Sagrada Escritura tiene varios sentidos”) como, finalmente, en geometría, cada una de las dos orientaciones opuestas de una misma dirección (RAE, 2010).

Evidentemente no se puede desestimar esta “lógica de la sensación” (Deleuze, 1984), esta “lógica de los sentidos”. No se trata de negar que existan estímulos y respuestas, sino de extraer de ellos el resultado, es decir, el acontecimiento. Lógica de la sensación y lógica del sentido son inseparables de un análisis riguroso de los fenómenos clínicos de las adicciones que considere tanto la dimensión corporal de la expresión (Husserl, 1962, p. 296), como la incorporal.

Lejos de buscar aportar una explicación más cabal, quisiera resituar la cuestión de la “fisura” en el orden del sentido que vengo analizando. Pues, al lado de la fisura corporal, una fisura de otro tipo se desprende de los enunciados de los consumidores de pasta base: la fisura incorporal. Este otro tipo de fisura no designa el camino por el que pasan elementos mórbidos ancestrales que marcan el cuerpo. Los factores de riesgo genéticos no son los que llevan esta fisura o, en todo caso, no es por eso que los adictos la poseen. A nivel de la lógica del (sin)sentido, lo hereditario no es lo que pasa por la fisura (por ejemplo, la cocaína como “sustancia de contenido”), sino la fisura misma (“sustancia de expresión” –para retomar los términos de la glosemática de Hjelmslev, 1971), imperceptible.

Dicho de otro modo, la fisura no es un lugar de pasaje para un trastorno adictivo hereditario; no transmite nada más que a sí misma: del cuerpo del padre al de X, por ejemplo, o del cuerpo de la madre al de Z. Nido de fisuras.

Lo “hereditario” no es, pues, la cocainomanía, la necesidad de cocaína que transportaría tal o cual gen, sino la fisura incorporal misma. Deleuze (2002) advertía que no hay que confundir la grieta (*fêlure*) corporal con la incorporal, la primera es tan sólo vehículo y medio para la otra. Pero el riesgo es que se confundan una y otra, que se caiga en la confusión más terrible, más amenazante para quien encarna la fisura. Al mismo tiempo, reconocía que todo descansa en la paradoja de esta herencia confundida con su vehículo o su medio, de este algo transmitido que se confunde con su transmisión, o de esta transmisión que no transmite otra cosa que a sí misma.

Al lado pues de la expresión fenotípica⁵⁹ del genotipo, debe reconocerse la expresión enunciativa (de sentido y sinsentido). Al lado de las señales químicas que funcionan a nivel

⁵⁹ Es decir, la expresión del genotipo (la totalidad de la información genética que posee un organismo en particular, en forma de ADN) en función de un determinado ambiente. Los rasgos fenotípicos incluyen rasgos tanto físicos como comportamentales. Un fenotipo es cualquier característica o rasgo observable de un organismo, como su morfología, desarrollo, propiedades bioquímicas, fisiología y comportamiento. El genotipo puede distinguirse observando el ADN, el fenotipo puede conocerse por medio de la observación de la apariencia externa de un

sináptico (neurotransmisores como el glutamato o GABA que funcionan como los primeros mensajeros de la comunicación entre neuronas –en oposición a las enzimas que funcionan como segundos mensajeros), están los signos y significantes que funcionan a nivel simbólico. Pues la fisura incorporal tiene más que ver con un régimen de signos que no se reduce a la transmisión de información por medio de señales y por ello es más objeto de una “semiótica de la comunicación” (siempre equívoca por efectos de las series significantes que nunca se corresponden con las del significado, como se muestra en el equívoco que puede desprenderse en la homofonía entre “vicho” y “bicho”, ver capítulo 3.3.) que de una relación unívoca entre el estímulo y la respuesta que corresponden a la “semiótica de la información” (Eco, 1988) de la que se sirve la genética.

Frente a las estimulaciones endógenas y exógenas, está el mundo de los efectos incorporales de superficie donde se pasa de adentro afuera sin solución de continuidad. Al lado de los estímulos y las reacciones, los actos incorporales. Tangencial al *crash* (otra traducción posible es: accidente), está el acontecimiento-fisura. De un lado la corteza o capa más superficial del cerebro con sus cisuras anatómicas⁶⁰, con sus hendiduras sinápticas, del otro, la corteza o superficie topológica del acontecimiento-sentido con sus fisuras incorporales, fisuras que son del pensamiento (o el pire, el “estar **de la cabeza**”). Aquí y allá, se trata de la doble estructura de la fisura.

Hay, pues, dos elementos, dos procesos que difieren por naturaleza: la fisura que alarga su línea recta incorporal y silenciosa en la superficie, y los cuerpos exteriores o los ruidosos empujes internos que la hacen desviarse, profundizarse, y la inscriben o la efectúan en el espesor del cuerpo del consumidor privado del cuerpo de la droga. En el consumo de drogas, se da una conjunción muy particular entre los dos procesos pero, a diferencia del suicidio sin más, hay que señalar el tiempo que se toman, en lugar de confundir las dos líneas en un punto fatal.

Si bien la fisura corporal (*craving*), es experimentada casi de la misma manera por los consumidores de pasta base, esa fisura incorporal no es igual en cada caso. Hay que preguntarse, pues, cada vez: ¿qué fisura, qué tipo de fisura está en juego en este caso? Siempre va a ser una fisura singular. Pues hay fisuras dolorosas, angustiosas, eróticas, delirantes, paranoicas, amorosas...

organismo. Aunque el fenotipo no se reduce a la “manifestación visible” del genotipo: a veces las características que se estudian no son “visibles” en el individuo, como es el caso de la presencia de una enzima.

⁶⁰ El lector recordará que hay distintas hendiduras presentes en la corteza externa del cerebro (llamadas fisuras, cisuras o surcos, dependiendo el caso): fisura lateral o cisura de Silvio, fisura central o fisura de Rolando.

3.2. El álgebra de la necesidad

En tanto efecto, el sentido está sometido a una “doble causalidad” (Deleuze, 2001). Como ya he dicho (p. 33), es efecto, por una parte, de las mezclas de los cuerpos (la droga que penetra en el cuerpo); pero, por otra, es también efecto de otros sentidos incorpóreos que actúan a la manera de una causa que quisiera llamar ahora “causa ficticia” –para retomar el término “ficción” en el sentido de Bentham (2005). El sentido se relaciona así con un elemento paradójico que interviene como sinsentido y que opera como causa ficticia.

En tanto que afirma su diferencia de naturaleza con las causas corporales, los estados de cosas, las cualidades y las mezclas físicas, el sentido como efecto o acontecimiento se puede caracterizar como “imposible” (apático): impenetrable, estéril, ineficaz, ni activo ni pasivo. La expresión no es productiva, o mejor, su producción se agota en el expresar -como decía Husserl (1962, p. 298). Así, el consumo de cierta sustancia puede provocar una intoxicación, pero el sentido de las expresiones que corresponden a este consumo no puede intoxicar, ya que no tiene ni elementos químicos, ni fuerzas, ni propiedades reales en sentido estricto.

Pero, a su vez, el sentido, en la medida que organiza puntos o marcas singulares, problemas y series, es doblemente generador: no sólo engendra los enunciados, en tanto que enunciados, con sus dimensiones determinadas (designación, manifestación, significación), sino también los correlatos objetivos de estos enunciados: lo designado (el fumar pipa, por ejemplo), lo manifestado (el pastoso), lo significado (el pire). Por ello, cuando el sentido es considerado en su relación con la causa ficticia o causa incorpórea -irreducible a las causas corporales- que lo produce y lo distribuye en la superficie, posee la potencia de esta ficción de causa, la cual hace del producto algo productor, aun sin dejar de ser producto. El sentido, pues, se define ahora por la producción de superficies, su multiplicación y su consolidación. ¿Pero acaso no se había dicho que el sentido era del orden de los efectos y no de las causas? Así es, pero habría que distinguir ahora dos tipos de causalidades: la de los cuerpos-causas, y las de los efectos de sentido casi-causas, a su vez. Hay que tomar, pues, a la producción del sentido, en el doble sentido del genitivo que lo transforma en producto y productor

Así pues, en el marco teórico (ver capítulo 1.2.) he desarrollado cómo cada relación del enunciado se apoya sobre las otras en una especie de circularidad. Pero se habrá visto en los análisis precedentes que el conjunto y cada una de sus partes pueden derrumbarse si pierden esta complementariedad porque, al tener la superficie del sentido una fragilidad que, de

momento que se rompe, un consumidor puede caer en una profunda ausencia de sentido, las relaciones del enunciado corren el riesgo de perder toda medida, y la significación, la manifestación, la designación pueden hundirse en el abismo indiferenciado que no tiene fondo, que no implica sino la pulsación de un cuerpo bestial y cadavérico (como el que se puede observar en algunos consumidores en un tremendo proceso de deterioro y adelgazamiento). Cuando esta producción fracasa, pues, cuando la “plancha” se rasga en explosiones y desgarros, los cuerpos “recaen” en su profundidad, todo recae en la pulsación anónima en la que las mismas palabras simbólicas ya no son más que afecciones reales del cuerpo.

Sin caer necesariamente en el terreno del infrasentido “psicótico”⁶¹ –aunque puede suceder-, hay una serie de fenómenos clínicos donde parece ponerse en jaque la improductividad del sentido de estas expresiones de los consumidores de drogas. ¿Qué se encuentra en lugar de la lógica del (sin)sentido cuando para un consumidor esa dimensión del (sin)sentido ha sucumbido a favor de los simulacros de las profundidades corporales? El “álgebra de la necesidad”⁶². Con esta expresión presenta Burroughs la reducción del mundo que se opera en los adictos: la complejidad de metas, relaciones y valores se simplifica hasta quedar reducida a dos cosas: procurarse la droga y administrársela, si es posible con todas las ceremonias debidas.

La droga produce una fórmula básica de virus “maligno”: El Álgebra de la Necesidad. El rostro del “mal” es siempre el rostro de la necesidad total. El drogadicto es un hombre con una necesidad absoluta de droga. A partir de cierta frecuencia, la necesidad no conoce límite ni control alguno. En palabras de una necesidad total: “¿No lo harías?” Sí, lo harías. Mentirías, engañarías, delatarías a tus amigos, robarías, harías cualquier cosa para satisfacer esa necesidad total. Porque estarías en un estado de enfermedad total, de posesión total, imposibilitado para hacer cualquier otra cosa. Los drogadictos son gente enferma que no pueden actuar de otro modo a como lo hacen. Un perro rabioso no puede elegir no morder. (Burroughs, 2001, p. 201)

Decía que es muy distinto el plano de las insistencias del sentido al abismo de las abstinencias y las dependencias de la sustancia. Sucede que, por aparecer en una superficie, el sentido, y la “plancha” en que aparece, presentan una extrema fragilidad: el sinsentido o

⁶¹ En esto planteo una diferencia con *La lógica del sentido* de Deleuze, donde el infrasentido aparece circunscrito a la esquizofrenia tal como aparece en las producciones de Antonin Artaud. Ver en ese texto la decimotercera serie “Del esquizofrénico y la niña”.

⁶² Tuve noticia de esta atinada y bella expresión de Burroughs, gracias al Lic. Ps. Iván Krisman.

elemento paradójico en la plancha puede transformarse en una “alcantarilla” de sinsentido –por emplear una expresión de X- de pasión o de acción, y ser absorbido de este modo el efecto incorporal en la profundidad de los cuerpos. Así aquellos casos en que alguien, como Z, por el simple hecho de emitir algunos signos, verbigracia de hablar sobre consumo de drogas, se “fisura”, entra en estado de *craving*, por el simple hecho de hablar de tal o cual droga siente su olor, o su sabor, incluso sus efectos psicofísicos (aumento de ansiedad, de las pulsaciones cardíacas, contricciones estomacales, hormigueos, espasmos, tensiones musculares, dolor de cabeza).

Y pregunta a Z:

¿Te provoca algo hablar de eso?

¿De la base? Según, ahora nada. Eso es lo bueno que tiene, que ahora puedo hablar tranquilamente, porque pienso, o sea, que ya no me afecta. Pero antes, sí. Antes cuando recién arranqué acá, tenía grupos y hablaban de eso y me iba a consumir, me viene un estado de nervios que te daba, y empezaba a temblar y, y a transpirar y, y ta.

Simplemente por escuchar hablar...

Por escuchar, por escuchar hablar de “sí, porque yo consumía” y, la base, y, ¡pa!, todo eso me dejaba mal y arrancaba a consumir, de acá me iba a consumir...

En estos casos, pues, la estructura topológica anteriormente descripta (ver capítulo 1.2.3.) se rasga y “euclidiza”. El sentido incorporal se vuelve corporal, los acontecimientos adquieren consistencia corpórea (accidentes) y, de puros efectos incorpóreos, pasan a causar a veces incluso hasta los mismos efectos corporales que provocan los tóxicos –algo que no sucedía a nivel de la pseudocausa incorporal. En estos casos pues, el sentido sí intoxica, pues lo incorporal hace cuerpo, se vuelve digestivo, las meras insistencias cobran consistencia, el cuerpo padece o es afectado por el incorporal invirtiéndose así la relación entre los estados del cuerpo y los acontecimientos o sentidos, entre el régimen de cuerpos (contenido) y el régimen de enunciación (expresión).

Cuando alguien dice que fuma “pipa”, otro, parafraseando a Magritte, podría estar allí para decir “esto no es una pipa”: a saber: los sonidos que forman la expresión “pipa” no son, en realidad, una pipa. Pero, por momentos, eso se vuelve efectivamente una pipa para quienes experimentan los efectos de la fisura. Así que el sentido incorporal toma cuerpo en la “sustancia de la expresión”, en la letra o, para decirlo de otro modo, en lugar de producirse el sujeto en la superficie del (sin)sentido, se cae en la profunda ausencia de sinsentido.

En ciertos momentos de las adicciones, pues, se trastoca el anudamiento, el régimen de afecciones entre los cuerpos y los incorporales o, lo que es lo mismo decir, se produce una mezcla de cuerpos e incorporales: lo expresado toma forma de lo sentido (lo que se siente), las expresiones producen sensaciones somáticas y hasta estomacales. Y así la expresión pierde su sentido, el acontecimiento se efectúa como accidente; la expresión se vuelve material y afecta al cuerpo, se vuelve tóxica. Se encuentran entonces signos ya no equívocos, ni polisémicos, sino vacíos de sentido, signos que se confunden con una acción o una pasión del cuerpo. El signo pierde su ambigüedad, siendo rebajado a mero estímulo o señal, y el drogado a un “perro” que saliva ante su amo a la espera del alimento anunciado o prometido, incluso que hace, como X, de “campana” (p. 125).

¿Cuál es, pues, el sentido de una recaída? A la luz de los análisis precedentes, dudo que sea una cuestión bien formulada. Resultan oportunas aquí ciertas reflexiones de Klossowski en torno al sentido:

¿Pero una interpretación supone la búsqueda de una significación? Ascenso y caída: ¿se trata aquí de designaciones, nada más que de designaciones? ¿Existe, más allá de esta comprobación de un alza y una caída, una significación? La intensidad no tiene jamás otro sentido que el de ser intensidad. Parece que la intensidad no tiene en sí ningún sentido. ¿Pero qué es un sentido? ¿Y cómo se puede constituirlo? ¿Cuál es el agente del sentido? Parece que el agente del sentido, y por consiguiente de la significación, sea una vez más la intensidad de acuerdo con sus diversas fluctuaciones: pero si la intensidad no tiene en sí misma ningún sentido, a no ser el de ser intensidad, ¿cómo puede ser entonces el agente de la significación, es decir, significar tal o cual tonalidad del alma? (...) ¿Cómo llega entonces un sentido a ser y cómo se constituye el sentido en la intensidad? Justamente, volviendo sobre sí mismo en una nueva fluctuación. Con lo cual, repitiéndose y casi como imitándose, llega a convertirse en un signo. (Klossowski, 1969, p. 626)

Lo que quisiera plantear es que, justamente, lo que puede suceder en una recaída es la caída en un abismo donde no se toca fondo, donde las palabras y las cosas permanecen indiferenciadas en un sinsentido profundo –muy diferente al sinsentido de superficie que se puede producir en el lapsus, la agudeza, el rebús o el síntoma⁶³-, en una ausencia de sentido incorporal que hace que todo se vuelva corporal.

⁶³ Gonzalo Percovich (2011) ha estudiado afinadamente la etimología del síntoma, destacando que se trata de una caída conjunta – con (*sin*) *ptoma*, derivado de *pipto* (caer)- de un caer conjuntamente.

Desde este punto de vista, lo fundamental no es la recaída en el consumo, sino la recaída en este no-más-de-sentido que puede darse o no en el *relapse*.

3.3. Bicho mal

La fisura se produce, en general, como efecto del consumo de pasta base o de su interrupción. Cuando esto sucede la sensación puede llegar a ser terrible. X la describe relacionándola con algo que se llama “el bicho”:

¿Cómo es ese momento?

¿En el momento de qué? ¿Las ganas esas que te dan? Es horrible, es horrible porque, por cómo te sentís, yo empiezo a transpirar, me empieza a temblar el cuerpo, las manos, y unas ganas de fumar terribles, así que, se me bloqueaba, yo que sé, decir “no, no”, y terminaba... Lo que pasa que si vos le das mucha trascendencia, ¿entendés?, cuando te vienen las ganas de fumar... Porque siempre vos empezás con un pensamiento. Yo a veces voy caminando por la calle, y veo la casa y digo “¡pa, cuando yo venía acá!”, y ahí ya es el bicho que te está “fffshhui” [onomatopeya correspondiente a los fonemas /fjui/] y de a poco empezás “yo venía acá y toda la gente que...” y ahí ya entra a... Entonces, cuando empieza así trato de olvidarme, de cortarlo. Antes no lo hacía, antes le daba más trascendencia y... pero viene por ese lado. Yo te estoy hablando desde mi punto de vista, ¿no?, de algo que me pasó a mí, no todos...

La expresión “embicharse” ha surgido en el material de las entrevistas con X:

Yo por eso es que no salgo de casa, si salgo, salgo a la puerta de tarde ahí a la esquina, y ta. Más de ahí, con esos gurises no...

Como que te sentís más seguro ahí...

Claro. Además, está mi hermano, mi hermano yo sé que está ahí vichando, O sea, no es que me esté cuidando veinticuatro horas como un niño sino que está ahí, atento.

Hablabas como que se te sube un bicho...

Claro, porque eso, acá [se refiere a los usuarios y técnicos del Portal Amarillo], como le dicen, pa mí es lo malo de vos, ¿entendés? La peor pelea que tenés que pelear es la de vos mismo. Es como algo que vos tenés adentro, como otra... no sé cómo explicarte. Vos cuando estás en carrera de consumo sos otra persona, distinta a la que... te transformás en algo que, yo que sé. Por ejemplo, yo no veía a la gente a la cara, cuando estaba en carrera de consumo, que andaba en la calle, no miraba a la gente a la cara, me escondía, ¿entendés? Sos otra persona, estás veinticuatro horas pendiente de esa porquería, ni siquiera te bañás, comés, ¿entendés? Te transformás en algo que...

yo me miré una vez y no podía creer lo que estaba, lo que era antes. Yo cuando fumaba no me miraba al espejo, cuando estaba consumiendo y eso, no me miraba nunca.

¿Por qué evitabas verte?

No sé, no me gustaba... verme, porque me imaginaba cómo estaba, entonces, no me veía y ta, tuve mis recaídas pero, no me colgaba, como si... O sea, las primeras recaídas, yo que sé, yo vengo desde [cierto mes] al Portal, y tuve mis recaídas, las últimas que tuve no eran como las primeras, ¿entendés? Eran un par de horas, y no me **fumaba** nada, ni la ropa, no juntaba ni pa' la ropa ni pa' pedirle a nadie ni pa' hacer ninguna macana, ¿viste? Antes, quizás, me mandaba cualquiera, ¿entendés? Encaré en ese sentido, no encaré en el sentido de por qué tengo que recaer, ¿entendés? Que es lo que me está pasando hoy.

Se habla de estar embichado, de embicharse.

Le dicen el bicho, porque es verdad, es como algo que vos tenés acá, que te está ahí. Lo más importante es no darle de comer, si vos le das de comer, o sea, consumir, porque es algo que a vos te ataca en el cerebro. Viste que nosotros tenemos un cerebro que se llama el cerebro reptiliano, no sé si... [hace ademán como preguntando si sé sobre eso. No contesto]. Después está el que compartimos con los mamíferos y después está la corteza, es donde vos tenés las sensaciones de placer, la pasta te ataca ahí, es como cuando vos tenés sexo ¿viste? O comer, sensaciones que te dan, de placer, eso te ataca ahí. Entonces, si vos le das de comer a eso, eso te empieza a dar. Por eso, cuando uno recae después de mucho tiempo, cuando uno recae, recae con todo, porque vos despertás esas ganas de consumir y entonces te arruinás, te cerrás tanto que, tanto que viene por ese lado.

Cuando Y interroga a X por el sentido de la expresión “embicharse”, éste sólo puede brindar su significado (verbigracia, evasión de la mirada, del contacto visual, especular y social, lo malo de uno mismo contra lo que hay que pelear), más no su sentido. Ello no es extraño, ya que es imposible expresar el sentido de un enunciado y, a la vez, enunciar el sentido de lo que se expresa.

En efecto, podría decirse que “embicharse” es el nombre que le dan los “pasta base” al estado en el cual, estando bajo los efectos del tóxico, se repliegan sobre sí mismos, su rostro se desfigura adoptando una gestualidad animalesca, se vuelven paranoicos y autorreferenciales. Si incluso se toma la palabra “bicho” del *Diccionario de la Real Academia Española* uno se encuentra con que “bicho” significa persona aviesa, es decir, torcida, fuera de la regla o de malas intenciones; equivalente a la expresión “mal bicho”⁶⁴. Pero “embicharse” no

⁶⁴ Cabe aclarar que “mal bicho” no es equivalente a “bicho mal”, tal como puede encontrarse en expresiones del argot de los consumidores de pasta base como “me transformé en un bicho **mal**”. Sucede que “mal” en el lunfardo actual, no necesariamente se refiere a maldad o malo, sino a una gran intensidad. Así en la expresión “quedé como

es propiamente el nombre de ese estado, sino el nombre que le dan los consumidores a ese estado. El nombre de ese estado es “el **pegue**”. Ahora bien, la toxicología llama a este estado “intoxicación por consumo de clorhidrato o sulfato de cocaína fumable”. Pero aunque así es como lo llama la ciencia, ese no es el estado mismo. El estado mismo es “el **viaje**”. Se podría seguir así indefinidamente, ya que el sentido de lo que se dice, del enunciado, no puede expresarse sino en otro enunciado, con otro nombre (n_2) que haga referencia al enunciado o nombre anterior (n_1):

n_1 (embicharse) $\rightarrow$ n_2 (pegue) $\rightarrow$ n_3 (intoxicación) $\rightarrow$ n_4 (viaje) $\rightarrow$...

El sentido no puede reducirse a los conceptos significados o deducidos por el contexto en que esta expresión es empleada en una frase. Si fuera así, “embicharse” podría definirse o traducirse, pues, de la siguiente manera: “dícese de cierto estado en que se encuentra alguien bajo los efectos del clorhidrato o el sulfato de cocaína sobre la zona del placer del cerebro reptiliano”. Sin embargo, el sentido escapa a esta definición que permanece en el plano de la significación. Embicharse indica un acontecimiento singular (sentido impersonal) en cuya vecindad el X se constituye en latero. Pero “adicto a la pasta base”, es el predicado de un individuo ya constituido por medio de una significación personal e imaginaria: “yo soy...”, “yo doy tal imagen”.

El sentido de “embicharse” es un acontecimiento, a condición de no reducir el acontecimiento a su efectuación espacio-temporal en un hecho o accidente (Real, 2010), en un estado de cuerpos -la infección de la herida de un animal con larvas de moscas, como suele decirse, por ejemplo⁶⁵. Así pues, no hay que preguntar cuál es el sentido del acontecimiento-embicharse: el acontecimiento es su sentido mismo.

Sin embargo, es interesante cómo se produce en la respuesta de X ese desliz del bicho al reptil, del “embicharse” al cerebro “reptiliano”. Y es que esa es una significación biologicista (corporal) que le viene dada *a priori* por cierto discurso médico (que puede ser el de quienes lo asisten o de alguien que escuchó en otro lugar, o incluso que leyó en algún medio impreso o virtual), y que, lejos de deshacer ciertas significaciones que lo coagulan como “adicto”, las fomentan. Uno tiende a preguntarse si acaso no queda de entrada cerrada toda esta cuestión del (sin)sentido con aquella interpretación o significación hedonista que los especialistas le

un bicho mal”. Así también, basta con que la expresión “me pegó mal” (el consumo tuvo efectos secundarios no deseados) cambie de sentido con una simple articulación un poco más prolongada de los fonemas /m/ y /l/ (“me pegó mmmalll”) para que la expresión refiera a una experiencia nuevamente intensa aunque placentera.

⁶⁵ Hay que distinguir esta expresión del verbo “abicharse”, sinónimo de agusanarse.

adjudican a la recaída, si acaso X no queda absolutamente borrado en esa deducción universal (referida a todos los consumidores y, a su vez, a ninguno) y neurocientífica (la recaída se explica por las sensaciones de placer producidas en el cerebro reptiliano). Así, la afección de la droga está en el cuerpo, pero los efectos de sentido están en otro registro (incorporal). Como se ha mostrado más arriba, la búsqueda de causas genéticas, hormonales, nerviosas, corticales, no hace más que errar por doquier en el cuerpo.

Afortunadamente, y a pesar de todos estos obstáculos que cierran la pregunta que plantea el (sin)sentido de la recaída, estos significados extrínsecos a la experiencia singular de cada consumidor, aunque tiende a clausurar el problema en cuestión, no siempre lo logran por completo. Dice X: “Encaré en ese sentido, no encaré en el sentido de por qué tengo que recaer, ¿entendés? Que es lo que me está pasando hoy”. Para Y, se trata justamente de sostener, frente a esa insistencia del “¿entendés?” que le es lanzado, la incertidumbre de quien no busca entender rápidamente lo que al otro le sucede. Es por esta vía que puede hacerse posible la emergencia del (sin)sentido de la recaída y de todo aquello que está en juego en las prácticas de tal consumidor.

Prosigamos pues con nuestro análisis. Por una parte, el sentido no existe fuera del enunciado que lo expresa, lo expresado no existe fuera de su expresión: no hay efectivamente un bicho delante del “ojo clínico” que lo vicha (mira). Del “bicho” como dato sensible o cualidad, hay que distinguir, entonces, el “embicharse” como atributo. Pero, por otra parte, el sentido expresado no es equivalente en absoluto al enunciado, lo expresado no se parece en nada a la expresión. De allí que sólo una topología de superficie como la de la banda de Moebius pueda dar cuenta del estatuto complejo del sentido de “embicharse”: pues, ni indica un animal exterior respecto al enunciado como en la designación, ni manifiesta la interioridad espiritual o anatómica (corteza cerebral del cerebro reptiliano) de un individuo como X que expresaría su voluntad de consumir, ni significa una idea oculta en lo profundo de ese enunciado, o de un supuesto inconsciente de X hipostasiado o sustancializado, o una especie de no-dicho (*a-dictum*), o no-expresado esperando emerger en el plano de su conciencia.

De modo inseparable, el sentido es lo expresable del régimen enunciativo, y el atributo del régimen corporal. Es decir, hay una continuidad, una superficie abierta, llana y delgada, superficie más o menos “plancha”⁶⁶, se podría decir, de una sola cara no especularizable⁶⁷ entre su cuerpo intoxicado y los enunciados que produce. El sentido es inasimilable tanto al

⁶⁶ Tal como una lámina o pedazo de metal llano y delgado respecto de su tamaño.

⁶⁷ Es decir, los enunciados no son el espejo que refleja o representa los cuerpos.

enunciado que lo expresa y le da forma, como al estado de cuerpos o la cualidad que el enunciado indica (contenido). El sentido de “embicharse” recorre la banda de Moebius:

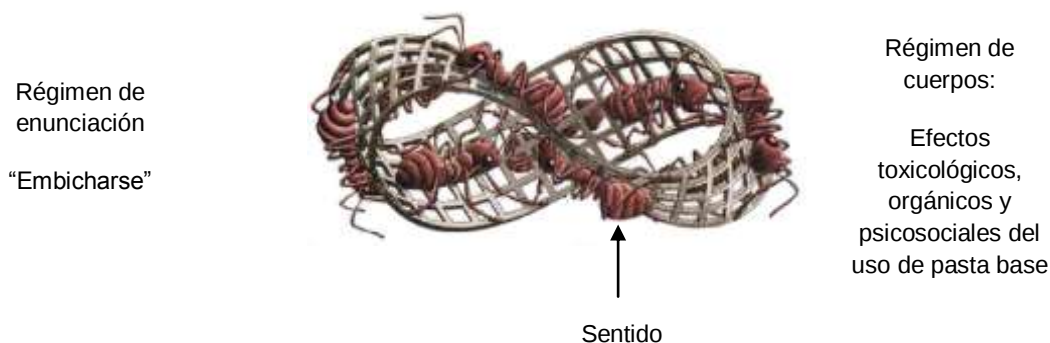


Fig. 6. Topología del sentido de “embicharse” construida a partir de una imagen de la banda de Moebius dibujada por M. C. Escher⁶⁸

Transcribo aquí parte de una entrevista con Z:

Cada vez que tenía plata, iba para la casa de [compañero de consumo].

¿Y por qué ibas a consumir ahí?

Porque no consumía en la calle. Yo no consumía en la calle. Nunca consumí en la calle. Siempre tenía que consumir en algún lugar. Yo consumía en la casa de [nombra a su antigua pareja] hasta que [ella] dijo “ta, acá no consumís más”, y ta. Y ahí empecé a ir pa’ la casa de él.

¿Y eso por algo en especial?

¿Lo de consumir en un lugar cerrado? No, no sé.

¿Qué pensás de eso?

No, no sé. Nunca me gustó consumir en la calle.

¿Qué diferencia habría entre consumir en la calle y en una casa?

En una calle todo el mundo te mir..., te ve. Y yo para las vistas de los demás, eso me pega mucho a mí, aunque no los conozco, no, no conozco la gente, no la conozco, pero ya con una mirada una persona te dice todo. Eso, a mí me pega mucho eso.

¿Cómo te pega?

Me pega mal. Ponéle, si yo ando mal, sé que la gente te mira mal, eso dalo por hecho. Y ta, y me pega mal.

¿Si andás mal? ¿En qué sentido?

⁶⁸ Tanto este esquema como algunas de las reflexiones de este capítulo pueden encontrarse en un artículo que ya he publicado (Real, 2011).

Si andás mal, si andás fumando, si andás consumiendo, obvio, tu experien... tu apariencia cambia, tu cara cambia, todo cambia. La gente se da cuenta, si esto ya está, ya está, ya está en la call... ya está instalado, ¿me entendés? Y todos, ponéle, todos los robos que hay, todas esas cosas, es por la base, ¿entendés? Y ta, la gente, yo que sé, te ve mal, te mira mal, piensa que le vas a robar, ¿entendés? Y nada que ver. Y ta, y eso está de menos. A mí me pega mucho eso. Aunque no la conocía a la persona, pero ta. Sin embargo, ahora no, ahora...

¿Cómo te pegaba?

Te tira abajo, te pega un **bajón** porque, claro, piensan que vos, o sea, ta, vos estás en la tuya pero, yo qué sé, justo levantás la mirada y lo mirás, y está mirando mal, porque si le fueras a robar... O cuando vos pasás por ahí, se agarra, ponéle, la señora se agarra más la cartera, nada que ver. Y ta, 'tá bien, no nos conocen a todos como para decir "éste no me va a robar, éste sí", ¿entendés? Y entonces ta, es todo un tema. A mí siempre me pegó eso. Pero ahora, no, ahora camino por todos lados. Antes, sin embargo, ponéle, antes iba por... un ejemplo, en vez de ir por [la avenida] 18 [de julio], que es un mundo de gente, iba por una [calle] más abajo o una, ¿entendés?, donde había menos gente...

Como que evitabas...

Claro, evitaba. Ahora, sin embargo, no, ahora voy por todos lados. No tengo problema. Antes prefería caminar, antes que tomarme un ómnibus, ¿me entendés? Y, sin embargo, ahora no. Eso está bueno también. Siempre me tocó, eso de la gente, siempre me pegó mucho.

¿Qué pensás de eso? ¿Por qué te tocaba así de esa manera?

No sé. No sé. Ahora ni me toco, ¿no? O sea, ahora que no consumo hace tiempo y como que no le doy importancia al consumo, no me toca lo que diga la gente. Si me miran a mí, y si no me miran a mí... como que voy en la mía, pensando a ver qué... ¿entendés? Antes iba mirando el piso, y ahora voy mirando pa' delante, tranquilo, o sea, ya **ni me toco**, igual siento, presiento las miradas, las siento diferentes, ¿no?

¿Cómo sentís que te miran ahora?

Claro, como que me ven bien. No me ven todo mugriento...

Se ve, pues, que ya no es suficiente decir que el sentido es producido por la mezcla de los cuerpos tóxicos (la sustancia en el organismo). La "gente" (con todo lo indeterminado y anónimo que comporta dicha expresión), sobredeterminada a su vez, tanto como el propio consumidor, por las figuras o imágenes del cuerpo del adicto a la pasta base que circulan en los distintos discursos e imaginarios de nuestra cultura y sociedad⁶⁹, esa gente es la que

⁶⁹ Al decir ello, intento evitar caer en ese moralismo que, de un golpe, culpabiliza al no-consumidor y victimiza al consumidor. Pues, hay un horizonte paranoide de significación –anónimo, pues no se puede decir que tal o cual persona lo haya constituido intencionalmente- que los precede, imponiendo las claves de lectura, decodificación e interpretación para ambos participantes de ese (des)encuentro.

provoca el sentido –en el mejor y en el peor de los sentidos (pues las excitaciones que provoca son tanto facilitadoras como irritantes). La intensidad de su mirada es esta vez, y no el tóxico, la que “pega”. En efecto, parafraseando a Merleau-Ponty (1994, p. 372)- se puede decir que esa mirada lo transforma en objeto; y su mirada lo transforma en objeto, cada vez que uno y otro se hacen mirada inhumana, cada vez que sienten sus acciones, no recogidas y comprendidas, sino observadas como las de un insecto.

Es en este sentido que puede hablarse de una mirada “penetrante” (poco importa si efectivamente se vuelve fáctica o permanece imaginada), o de ese “seguir con la mirada” que, con el juicio supuesto que la acompaña, realmente atraviesa el cuerpo intoxicado de Z, y es ahí cuando recién éste “se persigue” y “se embicha”, esa mirada objetivante (más o menos real, más o menos imaginada) que transforma en algo así como una rata (ya sea en la calle, en la cárcel⁷⁰ o en la academia) a quien va dirigida.

Bajo el consumo de pasta base, Z evita la mirada de los otros como X evita su mirada en el espejo. ¿Acaso la sustancia por sí sola induciría el efecto transformador del “embicharse” si no existieran esas miradas que uno y otro pretenden evitar, aunque todo el tiempo presentes en las distintas fases de sus consumos sea en las miradas que Z esquivo durante la procuración de la sustancia o mientras experimenta el pegue, o la de X al reflejarse en el espejo?

Y así, a través de cierto juego de conmutaciones donde a veces sólo basta con cambiar una letra (la “v” por la “b” en los enunciados de X) se puede decir que X termina embichándose. Se pueden distinguir incluso tres posiciones diferentes en esta experiencia persecutoria: evitar vicharse, verse vichado y ser vichado.

Ahora, es que haya que buscar una significación oculta previa del “embichado o vichado”, sino que el sentido se produce en el análisis mismo, como efecto de la puesta en resonancia de las distintas expresiones, sean del argot o del lenguaje corriente, donde aparecen “vichar” y “embichar”. Para el caso de Z, embicharse entrará en resonancia con la mirada del otro que lo sitúa como objeto; para X con algo en sí mismo que se alimenta de ciertas intensidades placenteras (el bicho). Por eso ningún sentido puede tomarse como definitivo, sino siempre como provisorio y cada vez singular.

⁷⁰En la prisión -al menos en el Complejo Carcelario (COMCAR) donde he trabajado-, tanto los mismos reclusos como el personal policial y de salud, llaman “rata carcelaria” a aquellos que están completamente adaptados al modo de vida delictivo y penitenciario.

Sucede que el acontecimiento está en relación eminente con el lenguaje; pero el lenguaje es lo que se dice de los cuerpos. Así pues, el sentido se atribuye, pero no es en modo alguno atributo del enunciado, es atributo de un cuerpo (en estos casos, el cuerpo de X o de Z) o del estado de cuerpos (los efectos de estas sustancias en uno y otro). El atributo del enunciado es el predicado: por ejemplo, un predicado como “es un bicho” se atribuye al sujeto del enunciado (X o Z, consumidores de pasta base). Pero el atributo de un cuerpo es el verbo o, mejor, el acontecimiento o devenir expresado por el verbo “embicharse”; y se atribuye al cuerpo designado de quien se droga, o al estado de cuerpos designado por el enunciado en su conjunto, es decir, las relaciones de movimiento y reposo: ya sea la velocidad de Z que está “viajando” bajo los efectos de la pasta base o la lentitud de X cuando se encuentra “duro” tras fumar pipa. Inversamente, este atributo lógico, a su vez, no se homologa a sus estados físicos (no son realmente bichos; además, ¿de qué tipo de “bichos” se estaría hablando?), ni con una cualidad o relación de estos estados (no es que se hayan llenado de larvas de moscas). El atributo no es un ser (el bicho), y no cualifica a un ser que tendría bichos. “Bicho” designa una cualidad. “Embicharse”, por el contrario, no es una cualidad en X o Z, sino el atributo de una “metamorfosis” que se dice de uno u otro bajo los efectos provocados por una sustancia como la pasta base, y que no existe fuera de los enunciados que los expresan al designar sus cuerpos así drogados⁷¹. No se trata de un ser (bicho), sino de una manera de serlo.

Si ese cuerpo-droga que es ingerido por el cuerpo-consumidor de X o Z es, en cambio, la marihuana, a nivel del enunciado, el efecto será “quedar **re loco**”; si es el alcohol, “**detonarse**”; sólo si es la cocaína inhalada o fumada será “embicharse”. Estas no son propiedades nuevas, sino nuevos atributos. No se trata, entonces, de cualidades y propiedades psicofísicas, sino de atributos lógicos. No son cuerpos o estados de cuerpos, sino extraños acontecimientos. No se puede decir que existan, sino más bien que subsisten o insisten, con ese mínimo de ser que convienen a lo que no es un cuerpo. No son sustantivos ni adjetivos, sino verbos. No son agentes ni pacientes, sino resultados de acciones y de pasiones. Pues, ¿quién es el agente del “embicharse”? ¿La gente de Z? X, por ejemplo, no es un sujeto que embiche a otro, ni aún a sí mismo. “Embicharse” no es propiamente una acción que se ejerce sobre otro cuerpo o sobre el cuerpo propio. Es un acto, la producción de un acto incorporeal, impasible e impersonal (“embicharse” es una transformación donde X deja de reconocerse a sí mismo al punto que evita el efecto ominoso de su imagen reflejada en el espejo), resultado de

⁷¹ La ciencia de la glosemática sostiene que el sentido es una materia no-lingüística, una sustancia amorfa, que cobra forma a través de la lengua o, más precisamente, de la función semiótica entre contenido y expresión (Hjelmslev, 1971).

la acción de una sustancia sobre su cuerpo o de las condiciones que esa sustancia crea en ese estado de su cuerpo. El sentido de embicharse se distingue, entonces, de su efectuación temporal y corporal.

3.4. Un tiempo duro

Se sabe que la temporalidad en el consumo de drogas es una dimensión que se trastoca. La experiencia mescalínica o del peyote es una experiencia de intensificación de la existencia, de profundización del significado, de conexiones dentro de un sistema (Huxley, 1954) donde hay tiempo de sobra, tiempo en abundancia, un perpetuo presente, mucho tiempo, pero un tiempo indefinido, no cuantificable.

Pero, ¿cuál es la vivencia del tiempo en el consumo específico de las llamadas “cocaínas fumables” (Castaño, 2000)? Lo primero que se tiende a decir es que, al contrario de aquel presente que se alarga y perpetúa en el viaje con mescalina, se encuentra el presente fugaz: hay un cierto cliché del adicto como aquel en quien sólo se juega el instante presente, la imposibilidad de la demora, el “ya”.

Pero quisiera resaltar otros aspectos. En primer lugar, el instante inasible del pegue de la pasta base –así como en el del yonqui también (*“nunca pasa NADA en el mundo de la droga”*, decía Burroughs, 2001, p. 207).

Se lee en una entrevista con X:

te detenés en el tiempo, no avanzás. [...] yo sé que perdí años de mi vida drogándome, porque siempre fue la misma [...] como que no avanzaba, no estudiaba, no trabajaba, o sea trabajaba sí, pero hubo un tiempo que empecé dos años de seguido a fumar y no, lo único que hacía, era parar en una boca, ponerme a vender y... y nada más. Había perdido el laburo, todo y... a casa ya ni iba. [Silencio] Ya me había, me había transformado en otra persona, lo que era [sic].

¿En qué te habías transformado?

No sé, no, no, no pensaba. Ya no quería ni comer, nada. Dependés de esa porquería nomás.

Es cierto que todo se vuelve inmediatez del presente, pero de un presente vacío, que es la muerte. Esa huida alcanza no solamente al tiempo en el que era “careta”, sino al pasado reciente en que acaba de consumir (inmediatamente necesita volver a repetir dicha acción

fumando otro chasqui)⁷². Todo pasado se vuelve igualmente lejano y determina la necesidad de recaer, o mejor, de haber recaído.

Bajo este aspecto, el consumo de pasta base no se presenta como la búsqueda de un placer, sino de un efecto. Este efecto consiste principalmente en lo siguiente: un extraordinario endurecimiento⁷³ de la inmediatez del presente. Mínimo de tiempo sensible (breve duración del pegue) y mínimo de tiempo pensable (con sólo cruzarse una idea, un signo, ya se desencadena la fisura y el pasaje al acto de procurar la droga), un tiempo más pequeño que el mínimo de tiempo sensible, hasta el punto en que están en el más pequeño tiempo que se pueda sentir.

El análisis del (sin)sentido de las expresiones de X arroja el siguiente material:

Yo como que me detuve en el tiempo drogándome, te detenés en el tiempo, no avanzás.

[...] mi cabeza se había colgado con otra vida, ¿entendés?, la joda, salir a los bailes, ¿entendés?, con plata, con estos giles, en auto, yo qué sé. Me gustaba esa, no iba a practicar, yo qué sé, un sábado, me desbundaba, domingo jugaba, y no iba, ¿entendés? Todas esas cosas, entonces... Iba, ponéle, practicaba todos los días y, iba a dos prácticas, a veces ni iba [sonrisa], entonces eso me mató.

Claro, que también te podría haber pasado en el fútbol, ¿no?, como a muchos que también...

Sí, capaz que el fútbol era peor,

... empiezan con la merca, la joda y también, ¿no?, terminan...

Arruinados...

Se revientan igual con...

Capaz que no era pa mí eso.

... están de merca manejando, se revientan, no sé, digo...

Sí, sí, ta. Se da. Casi todos los jugadores se drogan... Claro, tenés plata, mujeres se te van a pegar, enseguida, donde vayas, ¿entendés? Que la droga te llega, te la regalan, quizás, entonces, yo qué sé, tenés que tener una conducta bárbara, y yo no la tenía [tos]. Ta, y yo sé que perdí años de mi vida drogándome, porque siempre fue la misma rutina: levantarme, procurar, ir a la boca, fumar, ¿entendés?, todo. O laburar, y gastarme la mitad de mi sueldo en mi casa, y la otra en

⁷² No se retiene aquí, como en el consumo de otras drogas, ni siquiera un pasado mítico, fantástico, del primer pegue. La primera vez que Z consume pasta base, dice que no le hizo efecto. No es sino después de varias veces que consume, que le va encontrando el pegue.

⁷³ Planteo esto en términos de "endurecimiento" no sólo por utilizar una expresión deleuzeana (2001), sino porque la expresión juega con el equívoco entre la expresión del argot "estar duro" (bajo los efectos de la cocaína) y la imperiosa preeminencia del instante presente, la dificultad –cuando no incapacidad– en postergar la ingesta de sustancias para aquellos que están afectado por la fisura por pasta base.

droga. Era feliz así, pero hasta que empecé a quedar solo y empecé a perder todo. Después, te sentís como que estás jugado. A lo primero te gusta, después ahí, y después como que ya está, es ésta la mía, es la que me queda, yo qué sé.

X vive en dos tiempos a la vez, uno en torno a los recuerdos y proyectos de la vida “de cara” (en este caso, de la carrera futbolística, pero también de su proyecto de matrimonio con quien entonces era su novia y que lo dejó, no sin antes él dejarse de interesar en ella en pos de la base), el otro momento, donde se identifica con los fisurados por el alcoholismo en su familia, objetos de su amor (como su padre alcohólico), con la porquería que consume, al tiempo que le permite distanciarse de cierta manera paradójica de ellos (pues, ya está lejos de la locura de la violencia y el alcoholismo de su casa, a la vez que está en la boca, en el achique donde reina la violencia y la drogadicción). Construye un pasado imaginario (la estrella de fútbol), que lo separa tanto del momento en el que aún no lo era, como del momento en que lo fue, así como de las identificaciones con las verdaderas estrellas de fútbol a las que se entregaba entonces.

La dimensión de la pérdida progresiva, de la máquina de demolición, se hace presente en la dura experiencia del consumo: “Era feliz así, pero hasta que empecé a quedar solo y empecé a perder todo”. Pérdida del sueño de ser jugador de fútbol, de la novia con que se iba a casar, de su trabajo, de todo. Pero también hace aparición ese momento, ese pretérito perfecto que conjuga tanto el pretérito como el presente en que “está” (presente) “jugado” (pasado): “Después, te sentís como que estás jugado. A lo primero te gusta, después ahí, después como que ya está, es ésta la mía, es la que me queda, yo qué sé”. Aquí ya sólo cuenta el “consumí”, o el “acabo de consumir”.

Frente a ese endurecimiento del presente, esa inmediatez del consumo –no casualmente al efecto de la cocaína sobre el cuerpo se le llama “estar re duro”- que, a su vez, es una detención temporal donde no hay ninguna duración más que la ínfima duración del pegue, Y puede introducir el futuro perfecto “podría haberlo jugado”, “te podría haber pasado”. Este es un primer momento de la intervención, donde ese fantasmático futuro perfecto es contrapuesto al depresivo pretérito perfecto del simulacro.

Pero lo esencial no está en la sustancia, en su nombre, sino en el verbo. Un nombre tiene un significado, pero un verbo tiene además una indicación de tiempo (Ricoeur, 1998). Un

psicoanálisis justamente opera sobre este tipo de declinaciones que tienen todas sus consecuencias a nivel subjetivo. Una vez más, al lado de los efectos de las sustancias, las efectuaciones del acontecimiento.

Así, jugando con las palabras, con la agudeza, con su sentido, Y señala ese pasaje progresivo del jugar (al fútbol) al “estar jugado” (del consumo pasta base), señala que la fisura no la ha jugado finalmente allí donde X creía que se jugaba.

Porque, ¡cómo pasaste de querer jugar y no sé qué, al fútbol, a estar jugado!

Sí [risa].

Todavía estaba vendiendo pa otro, ni siquiera sabía si **comían**, si pa el que vendía me iba a salvar el culo allá adentro, nada, sabía que no, pero como te dan droga ni te importa, y es bueno porque te da droga y te da plata, entonces vos estás ahí.

Lo que se obtiene aquí, inesperadamente, es cierto efecto de chiste. Así Y plantea un problema, o crea las condiciones para que un problema sea planteado. El cuerpo de Y no puede reducirse al lugar de la verdad, pues, sino que se ofrece como superficie que propicia la emergencia del (sin)sentido, a través de los modos del equívoco y de la anfibología⁷⁴ que efectúan cortes inesperados, de las transliteraciones que al producir un vaciamiento de significación, pueden operar cierto corte o límite (Allouch, 1984, p. 102).. Para ello debe cortarse el círculo del enunciado. Pero hay que manejarse con prudencia y evaluar los tiempos en que el círculo ha de ser cortado, porque, como se ha visto, el sentido siempre frágil puede caer en el agujero negro del infrasentido (p. 105), donde las mismas palabras no son ya sino afecciones del cuerpo. Así lo trágico deja sitio al humor: a través del humor Y puede introducir la dimensión del (sin)sentido, porque el humor es la coextensividad del sentido y el sinsentido, allí donde toda significación, designación y manifestación quedan suspendidas, toda profundidad y altura abolidas, allí donde el acontecimiento es extraído en el verbo en infinitivo (estar jugado).

Hay que considerar, pues, al menos una doble temporalidad (Real, 2010). Por un lado, la de los cuerpos-sustancias (psicoactivas) que actúan sobre el organismo y lo penetran en el

⁷⁴ “Doble sentido, vicio de la palabra, cláusula o manera de hablar a que puede darse más de una interpretación” (RAE, 2010).

tiempo presente⁷⁵ pues, lo que hay en los cuerpos, en la profundidad de los cuerpos, son mezclas: un cuerpo penetra a otro y coexiste con él en todas sus partes (como los niveles de alcohol, cocaína o THC diseminados tanto en el torrente sanguíneo como en la orina).

Pero “viajar”, “flashear”, “pegar”, “arruinarse”, “emparrillarse”, “embicharse”, “detonarse”, “mutar”, “fisurarse”, “rescatarse” son entidades de una especie completamente diferente. En primer lugar, porque no son en absoluto estados de cosas que puedan mezclarse o penetrar el fondo de los cuerpos, sino acontecimientos incorporales en la superficie topológica de los enunciados, que son resultado de estas mezclas, pero que difieren de ellas en la medida que son inconsumibles, impenetrantes e impenetrables. En segundo lugar, porque, en la medida que son verbos de naturaleza lingüística propios del argot de los consumidores, su temporalidad es otra, ya que su conjugación alcanza el infinitivo, un tiempo ilimitado, devenir que se divide hasta el infinito en pasado (“quedó embichado”, “¡flasheaste!”, “me pegó mal”) o en futuro (“te vas a arruinar”, “ya me voy a rescatar”) y, por lo tanto, abren la posibilidad de esquivar el presente. Así también la promesa tantas veces repetida “voy a dejar de consumir”, es un enunciado cuyo sentido no es actual. Es decir, no se realiza ahora. Puede ser que ayer haya dejado de consumir, o que mañana lo haga, pero no hoy. A nivel de las expresiones es otro tiempo que el instante presente de la mezcla de cuerpos el que está en juego.

3.5. Viajes

En *Heaven and hell* (1956), Huxley diferenciaba la experiencia del color en estado mescalínico, donde predominan las formas geométricas vivaces, movedizas, objetos estampados como carpetas, tallados, mosaicos y, por otro lado, la de los sueños que son, en general, incoloros, a lo sumo parcial o débilmente coloridos o en blanco y negro, y en los cuales destacan los símbolos, los conceptos, los conflictos, los deseos, los impulsos y los fantasmas. Para él, la droga sólo procura “infierno y purgatorio” a quienes han padecido recientemente una ictericia o son víctimas de depresiones periódicas o ansiedad crónica. Mientras que la mayoría de los tomadores de mezcalina experimentan únicamente “la parte celestial de la

⁷⁵ Incluso llegan a penetrarlo hasta en la forma más literalmente posible: alguien puede llegar a drogarse con supositorios de dioxadol, como fue el caso de una mujer que atendieron en la clínica de toxicología del Hospital de Clínicas y que he escuchado relatar a Pablo Piperno en el curso “Adicciones hoy: acercamiento a una problemática actual”, dictado durante el 2006 en la Coordinadora de Psicólogos del Uruguay.

esquizofrenia". En efecto, la experiencia mescalínica es la de un pensamiento sin sujeto, o mejor, sin "yo":

Pasé varios minutos (¿o fueron varios siglos?), no sólo contemplando esas patas de bambú sino, en realidad, siendo ellas o, mejor, siendo yo mismo en ellas, o, para ser más preciso - pues "yo" no intervenía en el asunto, como tampoco en cierto modo, "ellas"-, siendo mi No-mismo en él No-Misma en el cual era la silla. (Huxley, 1954)

En las "experiencias visionarias" del consumo de mescalina y ácido lisérgico predominan lo que, tomando una vieja expresión de Lucrecio (libro IV, 300 ss.) y siguiendo la *Lógica del sentido*, llamaré "simulacros de superficie": intensidad y brillo de las luces y los colores. Luz, color y significado sobrenaturales. "Iluminaciones". Ser todo en todo, comprensión, contemplación, intuición, transfiguración, trascendentalismo donde se plantean algunos problemas y sus resoluciones, una cierta "visión" diferente del mundo y de las cosas, una revelación (apocalipsis); todo ello se aprecia en el viaje mescalínico. Sin embargo, este viaje "en superficie"⁷⁶ no está exento de caer de un momento a otro en una terrible profundidad:

Ante una silla que parecía el Juicio Final o, -para ser más exactos, ante un Juicio Final que, al cabo de mucho tiempo y con seria dificultad, reconocí como una silla, me vi de pronto en los lindes del pánico. Tuve bruscamente la impresión de que el asunto estaba yendo demasiado lejos. Demasiado lejos, aunque fuera una ida hacia una belleza más intensa, hacia un significado más profundo: el miedo, según lo advierto al analizarlo en retrospectiva, era a quedar aplastado, a desintegrarme bajo la presión de una realidad más poderosa de la que una inteligencia, hecha a vivir la mayor parte del tiempo en el cómodo mundo de los símbolos, podía soportar. (Huxley, 1954)

Y así, la más terrible experiencia de lo que Huxley llama "esquizofrenia", se puede experimentar en ese viaje que, a diferencia del primero, llamaré "en profundidad" o, como se suele decir, en ese "mal viaje":

Hasta ahora he hablado solamente de la dichosa experiencia visionaria y de su interpretación en términos de teología, su traducción al arte. Pero la experiencia visionaria no es siempre dichosa. A veces es terrible. Hay infierno tanto como cielo. Como el cielo, el infierno visionario tiene su luz sobrenatural y su significación sobrenatural. Pero la

⁷⁶ Distinguir los consumos "en superficie" (fantasmas efectos de sentido) y "en profundidad" (simulacros sin sentido), podría tomarse como una repartición que deja a un lado la clásica división entre drogas duras y blandas, ya que dichos consumos no se especifican según qué droga se consuma, sino bajo qué condiciones de sentido se producen.

significación es intrínsecamente horrorosa y la luz es ‘la luminosidad tenebrosa gris humo del Libro Tibetano de los Muertos, la “oscuridad visible” de Milton [...] desde las estrellas en el cielo hasta el polvo debajo de sus pies, es indescriptiblemente siniestro o asqueroso; cada acontecimiento es cargado con una significación odiosa; cada objeto manifiesta la presencia de un Horror permanente, infinito, todopoderoso, eterno. (Huxley, 1956)

En una autoobservación inédita, Jean Paul Sartre describía sus alucinaciones tras la toma de mescalina:

Percibo un mundo de hinchazones... Es como si bruscamente se cambiara la clave de mi percepción y se me hiciera percibir lo hinchado, tal como se interpreta un fragmento en do o si bemol... En este instante, toda mi percepción se transformó y, durante un segundo, percibí una ampolla de caucho. Eso es ¿no vi nada más? No, pero me sentía como “montado” de tal manera que no podía percibir de manera diferente. La creencia me invadió de que el mundo es tal... Más adelante, se produjo otro cambio... Todo me pareció pastoso y escamoso a la vez, como ciertas grandes serpientes que había visto desenroscando sus anillos en el Zoo de Berlín. En este momento me entró miedo de encontrarme en un islote rodeado de serpientes (autoobservación inédita). (citado en Merleau-Ponty, 1994, p. 353)

Al respecto, Merleau-Ponty comentaba:

La alucinación no me da las hinchazones, las escamas, las palabras como realidades pesadas que revelan paulatinamente su sentido. No reproduce más que la manera como estas realidades me alcanzan en mi ser sensible y en mi ser lingüístico. Cuando el enfermo rechaza un alimento como “envenenado”, hay que entender que el vocablo no tiene para él el sentido que para un químico poseería: el enfermo no cree que en el cuerpo objetivo el alimento posea efectivamente unas propiedades tóxicas. El veneno es aquí una entidad afectiva, una presencia mágica como la de la enfermedad y la desgracia. La mayoría de las alucinaciones son, no cosas con sus facetas, sino fenómenos efímeros, picaduras, sacudidas, estallidos, corrientes de aire, oleadas de frío o de calor, chispas, puntos brillantes, resplandores, siluetas. Cuando se trata de verdaderas cosas, como por ejemplo un ratón, no están representadas más que por su estilo y fisonomía. Estos fenómenos inarticulados no admiten entre ellos lazos de causalidad precisa. Su única relación es una relación de coexistencia –una coexistencia que siempre tiene un sentido para el enfermo, porque la consciencia de lo fortuito supone series causales precisas y distintas y porque aquí nos hallamos ante los escombros de un mundo derrumbado. “El flujo de la nariz

deviene un flujo particular, el hecho de dormitar en el metro adquiere una significación singular”. (Merleau-Ponty, 1994, pp. 353-354)

En *Las enseñanzas de Don Juan* (Castaneda, 2007), también la experiencia del “Mescalito” tiene sus momentos de terror, de miedo: siempre se puede hacer un mal viaje, un viaje infernal. Pero, en todo caso, esto no es lo fundamental ya que estos episodios suelen ser momentáneos o, en última instancia, quien los experimenta no intentará repetirlos. A veces, “Mescalito” no acepta a los iniciados y les hace conocer el horror, apareciéndoseles monstruoso y lleno de ira. También aquí los sonidos y los ruidos tienen su lugar: bramidos, zumbidos, rugidos. Pero lo que caracteriza a estas experiencias “enteogénicas” (Bayce, Eira, Fernández y García, 1998) de los estados alterados de conciencia, es un estilo de vida que es antepuesto como exigencia: hay que prepararse para recibir a “Mescalito”, tanto como para otros psicotrópicos como la “hierba del diablo”.

Por el contrario, lo que sucede muchas veces en el consumo de pasta base, es que lejos de abrir las “puertas de la percepción”, son las del infierno las que mantienen, la mayor parte de las veces, al consumidor “a puerta cerrada”. Ya he insistido en que cuando para un consumidor el gesto se confunde con el objeto, todo se complica: el sentido se vuelve consumible, desaparece la paradoja que se sostenía en la simultaneidad de los dos sentidos incorpóreos, y éstos hacen cuerpo, ingresando en la región del infrasentido de las cosas extensas.

La pasta base aparece, entonces, como la condición de posibilidad de la emergencia de los simulacros (ruidos, olores, sensaciones, ideas persecutorias, pesadillas, pánico, gritos aterradores, miedo, escalofríos como los que se han analizado en los enunciados de X, Z y Ropero). Todo se vuelve una profundidad sin fondo, un abismo, una voracidad donde la boca ya no busca ni las palabras ni el alimento, sino la sustancia y el humo (objeto que emana de las profundidades del cuerpo).

Hay, por decirlo así, toda una “agresión” de los simulacros que se desarrolla en esta vía de las sensaciones corporales de los consumidores: desgarraduras y desmoronamientos que

experimentan los consumidores y que, al enunciarlas, lo hacen bajo la forma de una prosopopeya⁷⁷ de la pasta base.

3.6. La épica del consumidor

Al lado del destino marcado por la genética, he encontrado que, como Ropero, al narrar sus experiencias de consumo y sus combates o “luchas internas” en los procesos de rehabilitación, esta fisura toma el aspecto de un destino épico. Ya algunos han destacado la particular “épica del excluido” que asoma en los relatos de los “consumidores problemáticos” de pasta base:

Independientemente del origen de clase del consumidor, su épica parece remitirse geográficamente al cantegril y socialmente al estereotipo del marginal. Esto puede apreciarse en los modismos del lenguaje, la referencia a la pérdida de vínculos integradores (respecto del trabajo, el estudio, y la familia), la épica de la apropiación ilegal, la emulación de las pautas de consumo mediático o el sentimiento de extrema necesidad ante la carencia. (JND-ONU, 2006, p. 68)

Otros (Escohotado, 2004) toman como ejemplo a De Quincey (1998), quien había inventado a través de sus *Confesiones de un opiómano inglés* una forma literaria de tipo épico, con guerras y desafíos como la épica tradicional, pero donde el combate por la virtud aparecía desplazado hacia una dimensión subjetiva, donde ya no hacía falta la batalla clamorosa, los soldados fieles o cobardes, el trofeo exterior en doncellas y joyas, pues la lucha se jugaba desde entonces con la imaginación, con el ánimo tornadizo, con el ancestral e inmenso temor a la demencia que prohibía hurgar en los pliegues de la sensibilidad, protegidos por monstruos oníricos aterradores como los que tuvieron que enfrentar héroes como San Jorge o Ulises.

Si se puede hablar de un adicto como un “héroe” -como lo he hecho respecto a Ropero (p. 93)- es porque hay toda una tradición en la cual apoyarse. Pues, el heroísmo no ha quedado confinado a las grandes guerras, sino también a los combates “interiores” contra las fuerzas malignas o “espirituales” -por emplear una palabra resurgida por los ejercicios del “cuidado de sí” en la Antigüedad (Foucault, 1994). La odisea, el regreso, el héroe del exilio, la

⁷⁷ “Figura que consiste en atribuir a las cosas inanimadas o abstractas, acciones y cualidades propias de seres animados, o a los seres irracionales las del hombre” (RAE, 2010).

nostalgia, todos esos elementos heroicos vuelven a encontrarse de alguna manera en aquel consumidor –de forma eminente en quienes han recurrido a alguna forma de abordaje clínico.

“Los consumidores ‘atrapados’ que entran en tratamiento elaboran otro significado de la cocaína, pasa a ser vista como sustancia maligna y seductora, “una especie de sirena que con sus cantos atrae al marinero para devorarlo (sic)” (Calafat et al., 2001, p. 99). El hecho trágico ya no es contado en bruto, sino que se vuelve poético, podría decirse que se le “da color”. Pequeñas epopeyas donde el combate ético ya no es por la abstinencia sexual (Foucault, 1987), sino por la abstinencia tóxica: “La peor pelea que tenés que pelear es la de vos mismo” - decía X. Un juego donde el individuo queda librado a sus propias fuerzas, tentado de rendirse en cualquier momento, pero al que se le promete el trofeo de una victoria sobre sus miserias. Freud hacía referencia a los toxicómanos como: “personas [...] que ya han caído en las garras del demonio” (Freud, 1980, p. 218). “Probé el licor prohibido de la destilería de Satán” (Roper, 2009, p. 60), decía también Roper. Purificación del cuerpo (desintoxicación) y purificación del alma que busca desterrar toda traza de maldad, conservando el resto del alma, separando los valores de los placeres, los límites de las transgresiones, los hábitos de los códigos de la calle (cf. FUCOT, 2001).

Comenzando por las narraciones de los riesgos, de los peligros que corre un consumidor durante la “carrera de consumo”. X cuenta que en épocas en que vendía en una boca, armado aunque no le gustaban las armas, corría riesgo de que lo robaran o mataran, o lo llevaran preso. Aunque no fue ésta la primera vez que se encontró en esta situación. Es posible rastrear algo así antes de que comenzara a consumir pasta base, cuando ya el consumo de alcohol y cocaína estaba instalado:

Lo que pasa que ta, me daba con gente que, yo tenía dieciséis años y donde yo paraba había gente de treinta y pico, ¿entendés? Gente más grade que, de todas las edades. Menores éramos tres en esa... después era toda gente grande. Ta después esa gente grande...

[...] Yo nunca le pegué a una persona. Yo lo que así era **campana** nomás. Yo no, no... Ta, me daban plata. Porque había mucho guerra de bandas con los de [barrio]. Una vez se armó terrible lío ahí y ta, nadie quería... me dieron un revólver y le tenía que disparar a un gil ahí porque ta... igual estaba bien de vivo el gil. Ta pero eso son cosas que ya ta, yo no quiero... Pero sí, sí, estuve haciendo cosas malas, después me di cuenta y ta. Pero era un gil, un pendejo, me creía un cowboy,

no sé [sonrisa, silencio]. Después, ahora lo veo de otro lado, porque yo qué sé, capaz que me mataban o... andando con esa, gente, ¿viste? No sabés.

Podría haberte pasado cualquier cosa...

Hoy por hoy veo a alguno, algunos porque algunos están muertos, otros están presos y... y ya no paran más donde paraban antes, ya no para más nadie ahí. Algunos están casados con hijos, tuvieron hijos. Y pibes de la edad así, de esos que parábamos están todos trabajando y todo, ahora se rescataron [...]

Yo qué sé, antes cuando estaba en carrera de consumo hablábamos y me sentía como... cuando hablaba de eso, bien de personaje, ¿entendés?

Como un cowboy decís...

Sí, me creía como, no sé, un negro que estaba re zarpado [risa]. Claro, yo qué sé, cabeza de pibe, no sé, que estaba re zarpado, pero después no... son giladas. Hubiese aprovechado el tiempo en otra cosa, tenía dieciséis años, ahí cuando perdí de jugar al fútbol y todo, ¿viste? Ta jugaba pero no le daba mucha atención. O sea, siempre me gustó el fútbol, pero a lo que empecé a consumir **faso** y eso, cigarro, me mató, no podía, no rendía...

Y no....

Y tomaba alcohol, entonces, me hablaron ahí donde jugaba y me dijeron "ya está, no va más". Y ta. Desperdicié algo que capaz que era mi futuro, porque las condiciones las tenía, la cabeza estaba en otro lado.

Claro, pero no es por nada que terminaste andando así, con esta gente, creyéndote re zarpado...

Sí, aprendí un poco más de la calle, aunque yo qué sé, mirá que la calle te enseña la mayoría de las cosas. Viste cómo es la calle... Pero aprendí un poco, yo qué sé, para ser ejemplo para tus hijos...

¿Qué sentís que aprendiste?

Y todo lo malo, todo lo que no se puede hacer, todo lo que está mal, ¿entendés? Yo viví una adolescencia media de mierda, por... en el sentido de las cosas que hice, me drogaba, yo qué sé...

[...] ¿Y eso del "negro", del "cowboy" lo asociás con algo?

No, eso era en el tiempo que andábamos saliendo y eso, haciendo cualquiera. Yo que sé, habían un par de bandas que teníamos líos, y íbamos y nos agarrábamos a tiros **de one**, porque sabíamos que estaba todo mal, era como para tener más respeto, ¿entendés? Yo qué sé, yo... Te ponés a pensar y no sabés si... yo qué sé, ¡yo me salvé de más! Todavía mi madre ni sabiendo dónde estaba, capaz que me mataban por ahí, y le avisaban, y mi madre: "¡qué hace ahí! Si yo..." ¿entendés? Todo eso no lo pensás...

Tenía otra imagen de vos.

¡Claro! [Tos, silencio] Me creía un gánster [risa]. Claro, yo qué sé. Eso pa' mí ahora son giladas, ¿viste?

En el capítulo 2.2 se vio cómo el acontecimiento circula, para X, entre esta serie épica de la posesión ilegal de las sustancias -aunque en Uruguay no está penada la tenencia para uso personal, sí el tráfico- a lo que ahora se agregan otros ilegalismos vinculados al personaje del “cowboy”, el “negro re zarpado” o el “gánster” (ver cap. 3.8), y la de la “posesión” diabólica (del “bicho”). La “novela familiar” pasa a integrar ahora elementos dramáticos, con la dimensión histórica de las necesidades irrefrenables, y elementos épicos, con la dimensión heroica de la fisura. En sus interferencias, los dos forman el ritmo de las narraciones, sus idas y vueltas, asegurando la repartición del de los ascensos o logros y las recaídas, de los silencios del consumo en secreto y los ruidos de los *cravings* y las conductas “transgresivas” de procuración.

3.7. Erotismo “roto”

“Me estoy olvidando del sexo y de los placeres intensos del cuerpo –un fantasma gris, confinado a la heroína. Los muchachos españoles me llaman ‘El Hombre Invisible’” -dice Burroughs (2001, p. 56). Y agrega:

Me pego un pinchazo delante de D. L. Me busco una vena en el pie desnudo y sucio... Los yonquis carecen de vergüenza... Son impermeables a la repugnancia ajena. Es poco probable que la vergüenza pueda darse en ausencia de libido sexual... La vergüenza del yonqui desaparece con su sociabilidad asexual, también dependiente de la libido. (Burroughs, 2001, pp. 56-57)

Es cierto que lo sexual aparece en menos, pero hay que reconocer que las prácticas de consumo tienen un carácter erótico, aunque sea un erotismo *“que salga de sus declinaciones habituales para volverlo ‘eléctrico’*” (Melenotte, 2006, p. 73). Pues, ¿qué aparece en lugar del erotismo sexual? Una sensación de electricidad, una erótica eléctrica, como vimos a propósito de Z, acompañada de una total ausencia de sentido (sexual).

Son segundos.

Segundos poderosos, decías...

Claro, son segundos que te dejan, hasta te puede venir un, te podés dar vuelta, todo, si serán poderosos. Yo nunca me di vuelta, tuve reacciones de pegar una pitada y tener ganas de vomitar, y vomitar nada, nada porque no tenía nada en el estómago. Esa es la otra de las cosas que también, te saca el hambre, te saca todo, es increíble esa droga, te saca todo, te saca el hambre, te saca el

sueño. Vos podés estar, si tenés para consumir todos los días, podés estar días y días que no te das ni cuenta, no comés, nada, no te bañás, nada, no dormís, nada, seguís fumando, tenés sueño, pegás una pitada y ya quedaste eléctrico de vuelta. Sí, está de menos la droga.

Vos podés estar, si tenés para consumir todos los días, podés estar días y días que no te das ni cuenta, no comes, nada, no te bañas, nada, no dormís, nada, seguís fumando, tenés sueño, pegas una pitada y ya quedaste eléctrico de vuelta. Sí, está de menos la droga.

¿Y esos segundos...?

Nada, placer, estaba fuera de mí. Te vas un rato ahí. No, pero nada que ver, o sea, quedás así “ssh” [silbido, onomatopeya correspondiente al fonema /ʃ/], quedás eléctrico, te deja eléctrico. Con la marihuana sí viajás salado. Viajás, con la marihuana se te va el pensamiento. Es más, está bueno, con la base no, con la base quedás, quedás eléctrico, no pensás nada, quedás eléctrico y querés más. El único pensamiento que te viene que querés más, cuanto más tengas, más... eso está de menos.

Como que la vida se reduce a esos segundos...

... a esos segundos, que siempre querés más de esos segundos. Cuanto más de esos segundos tenés vos, mejor para vos. Hasta que te rescatás, ¿no? Si te rescatás...

¿Qué erótica está en juego aquí? ¿Una erótica reducida a “nada”? Ciertamente: nótese la frecuencia de dicho significante en este breve fragmento de entrevista: ¡doce veces! Pero a una nada que remite a una cosa mínima, insignificante: una erótica de los segundos, de los elementos, de las sustancias (¡las cosas que se llegan a hacer por un mero polvito!), y no de los sexos, adviene cuando se erotiza la sustancia (“y es tu mujer, es como tu mujer la pasta base, ni pensás en mujer, pensás solo en ella” -dice un tal Agustín, de 17 años; JND, 2006). Pero en ocasiones se entra en una zona que ya no es erógena, sino que ha perdido su “doble sentido”. En ese momento, en el “fuera de sí” cocaínico, todo se vuelve simulacro, todo pierde su sentido sexual. Ya allí con la pasta base se vendría a cortocircuitar lo sexual. ¿Pero es seguro que recién con ese consumo eso sucedería?

A pesar de ello, “Mucho de la jerga de los heroinómanos es ambiguamente sexual” (Burroughs, 2001, p. 252). Aunque pareciera que en menor grado, también esto podría decirse del argot de los pasteros. Y un análisis tal vez pueda reanudar ese movimiento por el cual el ruido de las profundidades (infrasentido) pasa a la voz de la altura (presentido), para que ésta se vuelva palabra de superficie (sentido) siempre con un co-sentido sexual (no hay nada cuyo sentido no sea también sexual: un “polvo”, “encajar”, “dar”, “pegar”, “partirse la boca”, “dar de bomba”, “chupar”, “duro”, “raya”, “abstinencia”, “boca”, “mamar”, “pitar”, “la porquería”...

Se ve que aunque lo sexual aparezca cortocircuitado, eso no quiere decir que con el consumo de pasta base toda erótica desaparezca. Por eso, no puedo pasar por alto lo que sucede en materia de amor y odio. Desafortunadamente, tampoco puedo reproducir aquí un fragmento cuyo análisis sería interesante, pues tendría que incluir datos identificatorios. Pero menciono al pasar que durante su estadía en la prisión Z se hizo un tatuaje con el nombre de su hija y las iniciales del nombre completo de su madre, junto a un corazón con alas y una víbora que lo caza mordiéndolo en el aire. Pero resulta llamativo que se haya equivocado en el orden de las iniciales de su madre, invirtiendo el orden que corresponde a sus apellidos. Transliterado podría construirse con las letras tatuadas un enunciado donde cierto verbo expresa que alguien –por anfibología no se sabría decir exactamente quién y daría pie a más de una interpretación- se hace digno de cierto premio o castigo, mientras que con el orden correcto de las letras podría construirse un enunciado que expresase la angustia frente a la errancia –nuevamente, ¿de él preso o drogado, de su madre que “andaba mucho en la joda, tomaba merca como loca” o de su padre marinero que se embarcaba y se emborrachaba, desarraigado y arruinado? Pero, ¿extraviarse en qué sentido? En las entrevistas, Y va tras esa fisura demasiado estrecha para encontrarla en algo como la falla de la tinta, pues es allí, en esa oquedad, donde el acontecimiento, es decir, el sentido, cifrado, también hace señas y espera. Pero hay tiempos para analizar eso, tiempos donde la transferencia de un análisis es necesaria para descifrar dicho cifrado. Las limitaciones del dispositivo de investigación, han hecho que no fuera posible analizar “a la letra” ese aspecto en particular en las entrevistas con Z.

Podría hacerse una lectura donde el veneno de esa serpiente se asociase a la pasta base, por momentos, pero ¿acaso no es un corazón que ya viene capturado por el bicho desde tiempo inmemorial, por una víbora que antecede al embicharse de la fisura por la base? Diría que es un tema de base, de cómo está armado desde el comienzo su mundo afectivo. Pero ¿por qué ese nombre tiene que literalmente inscribirse en la piel? ¿Por qué la marca materna toma ese cuerpo? La razón permanece oscura. Encontrarle rápidamente una explicación sería impedir el acontecimiento.

Z recurre al Portal Amarillo a instancias de los padres de su última pareja, más joven y sin hijos. ¡Al fin alguien por quién luchar! Para alguien que no tiene a nadie más en la vida, que está solo, encontrar a otro por quien merece la pena un cambio vital no es banal. Sin embargo, muchas veces se les dice a estos im-pacientes que deben hacer ese cambio “por sí mismos” y no por los demás. Al mismo tiempo, a sus seres queridos se les señalan los fenómenos de

“codependencia” (“*adicto a los problemas del adicto*”, cf. Washton, 1995), y se insta a que los familiares se ocupen por fin de sí mismos, evitando las conductas sobreprotectoras, permisivas, generando una comunicación en bloque y coherente⁷⁸ entre los referentes y familiares. Sin embargo, no se analiza qué deseo, qué angustia, qué tipo de enlace afectivo está en juego para ese familiar o “referente afectivo” al adoptar esas conductas. De este modo, las consecuencias de tales consejos pueden llegar a ser terribles, y sumamente invasivas.

Es cierto que muchos consumidores de pasta base dicen estar anestesiados para experimentar cualquier tipo de sentimiento frente al otro (sea de amor, odio, o del que sea). De allí que las relaciones significativas pierdan su sentido y con éste, su sentimiento: lo mismo le pueden robar o pegar a sus padres como a cualquier transeúnte desconocido. “*Perdés el sentido de las cosas, perdés el sentido de tu cuerpo, como que ya no sos vos, como que [...], no tenés sentimientos, nada*’.” (Pedro, 21 años)” (JND-ONU, 2006, p. 69).

Se ha desarrollado más arriba cómo llega un punto en que todo ha perdido su sentido: los objetos del trabajo, el ser amado, el mundo en sí mismo y el yo en el mundo. Así X:

¿Tenías novia?

Tuve una novia, que fue cuando jugaba al fútbol, que estaba enamorado y ta, la perdí cuando empecé a drogarme, que empecé a tomar cocaína un poco y fumaba faso. Después tuve, anduve con gurisas, pero era poco tiempo, lo que pasa que cuando yo empecé a consumir ya no le daba bola a nadie, ¿entendés?, me interesaba...

Eso nomás...

Sí, claro, era el mejor placer, más que estar con una mujer, o, yo qué sé, hacer cualquier tipo de otra cosa

¿Cuál era el placer que encontrabas en eso?

No sé, no sé cómo explicarte, quedaba en blanco, fumaba, quedaba en blanco y no pensaba nada, no sé, es una mierda eso.

¿Qué dejarías de pensar?

Ya estaba re colgado con eso. Entonces, no me interesaba nada, si se caía el mundo, vos lo que querés es fumar, para cambiar... para calmar eso que te pide, te pide, te pide. Pero nunca lo llegas a satisfacer, porque siempre querés más, cada vez más te va a pedir.

Nunca quedás satisfecho.

⁷⁸ Cf. Familia (s. f.)

No. Nunca te asqueás, ponéle que ya con alguna otra droga te asqueás, llega un punto que decís “pa, no quiero más, por hoy no quiero más”. Con esto no, seguís días, días, yo hacía un clic porque tenía que ir a trabajar, pero sino... Pero ya a lo último, cuando dejé de laburar y todo, ya no me importaba nada.

“Afectividad cero” -decía Burroughs (2001). Amor o drogas. *“Creo que ya no estoy más enamorada de nadie”* –escribía también una alcohólica (Sagan, 2010). Se podría decir que estos adictos a la pasta base cuyas expresiones hemos analizado, al menos estando en “carrera de consumo” se han encontrado impedidos de ese movimiento por el cual en el amor los pensamientos se vuelven hacia alguien, se ocupan y preocupan por alguien pareciera haberse esfumado durante ese período. El amor parece volverse imposible en ese lapso (¿o ya desde antes?), pues lo único que han podido sostener con empeño es su adicción. Estos consumidores de pasta base llegaron al punto en que se empeñaban todo en consumo: de pies a cabeza. Y así uno llegaba desnudo a su casa, transformándose en un mendigo e incapaz de dar nada de sí. De la transcripción de una entrevista con Z extraigo lo siguiente:

No, en ese momento no quería nada. Ella estaba conmigo se había enamorado mío. Yo también sentía algo por ella pero no sentía nada, a la vez. Sentía y no sentía, porque me estaba drogando. Igual, drogado no sentís nada por nadie, lo único que querés es hacer plata. Y yo le pedía plata a ella y ella sabía, pero nunca me lo decía, nunca decía nada. Me decía “¿pa’ qué la precisás?”, y yo siempre le metía una excusa. Le decía: “no, es pa’ esto” o “es pa’ aquello”, como estaba solo en la calle, en el refugio, pedía plata para la comida, y nada que ver, era para drogarme. Y se daba cuenta pero ella no me decía nada, por miedo a perderme...

¿Ella tenía miedo a perderte?

Claro, y yo ya la estaba perdiendo solo, por el tema de drogarme.

Se verá cuán lejos se está de la época del movimiento hippie que, al lado de los consumos de marihuana y LSD, postulaba la consigna de “amor y paz”; en estas nuevas formas de consumo de sustancias no se encuentra ni amor ni paz, sino intranquilidades y angustias terribles, insensibilidades y desamores descarnados. Es curioso que alguien que justamente se desvive por ese cúmulo de sensaciones que le causa la ingesta del tóxico se vuelva, a la vez, tan insensible –muchas veces en muy breve tiempo. Ahora bien, ¿vamos ahora también a imputar la falla en el amor una vez más a este “fármaco maldito” (Fernández Romar, 2001)? ¿Acaso, como se dice, es el tóxico el que “les saca” o “seca” lo afectivo a los **pasteros**? *“Pero la toxicidad y los niveles adictivos de esta (como de otras sustancias) no terminan de explicar*

las conductas y expresiones de violencia, la indiferencia y agresividad hacia el Otro y los otros, que caracterizan a la situación actual” –se dice en un documento de la Junta Nacional de Drogas (JND-ONU, 2006, p. 3).

En el momento de comenzar a consumir, se ha analizado aquí cómo sus vidas ya estaban en ruinas. No es raro, pues, que al entregarse al consumo, aun sabiendo que eso los podía matar (a pesar de que, en realidad, son raros los casos de sobredosis por pasta base), frente a lo complicado de sus situaciones, por ejemplo familiares (“prefería estar todo el día en la calle, antes que estar en casa” –dice X), es la única salida que encuentran muchas veces, a pesar que no sea una salida muy efectiva (“me arruiné”- dice nuevamente X. quien si bien casi no estaba en su casa, estaba encerrado cada vez más fumando en un cuarto contiguo a la boca, rodeado de otros consumidores, pero cada vez más solo). Lo cierto es que ya antes del consumo de pasta base estaban bastante comprometidos en cuanto a los sentimientos, a lo afectivo (en relación a sus padres, pareja, amigos, compañeros). Como lo muestra su tatuaje, el corazón de Z, ¿no era ya un corazón “envenenado”? He mostrado también cómo el consumo de paco de Roperó comenzó después que “la torre fue alcanzada por un rayo. Las sólidas columnas que soportaban todo lo que había construido sucumbieron”. Entre las ruinas quedaban su matrimonio, el statu quo, la solvencia económica y la posición social que había logrado “a fuerza de trabajo y sacrificio”, y tras el asesinato de Cabezas “la presión era insoportable”, y sólo pensaba en alejarse lo más rápido posible de la revista *Noticias* hasta que renunciando a su puesto, “en medio de todo esto”, su matrimonio “se disolvió y poco a poco se fue dilapidando todo aquel sueño americano” en el que ya no se reconocía.

Tanto sea con su familia, como con el resto del cuerpo social (instituciones, amistades, etcétera), el análisis pone en evidencia que ese enlace afectivo estaba muy precariamente armado, que ya venía trastocado, desde épocas más o menos remotas.

He escuchado varias veces que un adicto sería aquel que no tiene ni una pizca de amor propio y el tratamiento estaría orientado -de forma narcisista, diría yo- a que se quiera un poco más, que “suba su autoestima”. Esta vía muchas veces ¿no hace sino reforzar el despotismo y el egoísmo de quienes se someten a este tipo de tratamientos? ¿Acaso es posible que uno se tome a sí mismo como objeto de amor si el amor no se ha construido en los lazos con el prójimo? En el otro extremo, se dice también que una persona adicta sería un egocéntrico que “se cree que se las sabe todas”, por eso merece ser humillado para atacar su egolatría (así reza el discurso de algunas comunidades terapéuticas, según lo que he escuchado de parte de

algunos colegas que trabajan en algunas de ellas o incluso de quienes han transitado por éstas como internados).

¿Acaso la aventura del consumo de pasta base es, entonces, una robinsonada? ¿Un mundo autoerótico⁷⁹ sin el Otro, como sostienen el psicoanalista Jacques-Alain Miller y sus discípulos (Miller, 1993)? Entiendo que es inexacto decirlo de ese modo. Pero si hay algo que me parece a rescatar de la historia de Robinson Crusoe no es su carácter individualista –y ello no sólo por reconocer a Viernes y a los otros personajes con quienes se va encontrando-, sino el hecho de que luego desesperar acepte el acontecimiento de su naufragio, escriba su diario, y rebautice a la isla “Speranza”:

¡Cuántas veces, en el curso de nuestra vida, el mal que con más empeño tratamos de evitar y que nos parece, cuando se precipita sobre nosotros, la más horrible cosa, resulta al fin la verdadera ánclora de nuestra salvación, la única puerta por la cual podemos salir de la aflicción que nos embargaba! (Defoe, 1981, p. 90)

De un modo u otro, de forma más o menos permanente, en X, Z, Y, Roper, se ha dado aquí cuenta de ello.

3.8. Las repeticiones, las series y el elemento paradójico (precursor sombrío)

Algunos profesionales de la salud que trabajan en el Portal Amarillo realizan un movimiento interesante al ya no plantear el problema del consumo de drogas en términos de enfermedad –pues ya no dicen que es la enfermedad la que habla en un adicto, sino “el personaje” (para X, “el cowboy”, por ejemplo). Llamo a esto “postulado de la representación teatral”: para el equipo técnico, habría un “personaje” que hablaría a través del usuario en cada actitud, ideación o comportamiento vinculado a las recaídas en el consumo de drogas. He constatado que los usuarios se apropian de esta manera de decir sobre su consumo y que ello tiene efectos en el sentido de la implicación subjetiva de alguien que consume y que se le explica que es ese personaje el que habla, no el propio sujeto, y que de alguna manera ese personaje le es ajeno, es otro.

⁷⁹ Es curioso que en nuestra época ya no sea la masturbación el modelo de la adicción como goce autoerótico como lo sostenía Freud, sino que los términos se invierten, y es la adicción misma el modelo de la masturbación. Pero es muy distinto el erotismo de la masturbación con sus fantasmas. Aquí la superficie sexual física, allí las profundidades de los simulacros, de las mezclas tóxicas y venenosas.

El discurso sobre la “enfermedad crónica” o sobre el “personaje” son construcciones que si bien apuntan a apartarse de la condena moral o de la medicalización a ultranza respectivamente, ¿no obstaculizan la subjetivación del acto del consumo y de la fisura misma? Pues, ¿cómo subjetivar un acto que se le adjudica a otro? ¿Cómo puede implicarse un sujeto en esa fisura desubjetivada cuando a través de esas significaciones técnicas se busca explicar las causas extrínsecas de su consumo? Cuestión clínica que habría que discutir. Por ahora, quisiera decir que es cierto que hay algo de teatral en la adicción. Pero lo que encuentro que se interpreta (que se “actúa”) no es tanto un personaje, como un tema (el tema complejo o el sentido) recurrente.

Como se ha mostrado de manera general, *“lo que hay de mecánico en la repetición, el elemento de acción aparentemente repetido, sirve de cobertura a una repetición más profunda, que se desarrolla en otra dirección”* (Deleuze, 2002, p. 45). Y allí es donde aparece la dramatización de un duelo (Z), otra adicción (X) o una forma de persecución (Ropero).

He encontrado en estos consumos que la repetición es una repetición serial, organizada en series. Los consumos de las distintas sustancias forman una serie en la que cada término aporta su pequeña diferencia. Se puede decir también que hay una variación subjetiva que corresponde al consumo de cada sustancia, diferencias infinitesimales, sutiles contrastes entre el consumo de tal o cual sustancia, entre un consumidor y otro. No obstante, también entre dos términos de la serie aparecen relaciones de contraste que complican la repetición: entre los efectos de la cocaína y los del alcohol (se toma alcohol para “bajar”, se toma merca para contrarrestar el **bajón**). Y cada consumo de una sustancia toma él mismo una forma serial: son múltiples los pegues de una misma sustancia (uno para cada consumidor, distintos para un mismo consumidor).

Siempre hay que preguntarse, pues ¿qué repite? Pues, por un lado, se repite la mecánica del acto puntual de consumo, que ya contiene varias repeticiones (para armar un **bazoco: desmorrugar** marihuana, mezclarla con un chasqui, armar cigarrillo, encenderlo, aspirar, retener y despedir el humo, etcétera), así como un conjunto rítmico, una cadencia, una multiplicidad de operaciones que incluyen tiempos de procuración de la droga –eventualmente tráfico-, consumo, abstinencia, y *craving* que se componen con un entramado de relaciones sociales asaz diversificado. Ahora bien, por más estereotipada que sea la repetición del consumo, siempre se encuentran pequeñas diferencias, variantes y modificaciones.

“Un día, la torre fue alcanzada por un rayo. Las sólidas columnas que soportaban todo lo que había construido sucumbieron” –dice Roperó (2009, p. 15). El rayo que estalla entre intensidades diferentes, está precedido por un “precursor sombrío”, invisible, insensible, que determina de antemano su camino a la inversa, como en bajorrelieve (Deleuze, 2002, p. 186). Se trata de un fenómeno meteorológico: es el trazo en negativo del rayo que prepara su aparición. El precursor, dice el sentido de lo que dice, es el estribillo.

Si se toman las series verbales: el rol del **precursor** o elemento paradójico está representado por una expresión como “pegar”. Cada serie forma una historia distinta y se desarrolla de forma simultánea a otras historias. Las series de base son divergentes, convergen en el elemento paradójico que relaciona una serie de diferencias con otra serie de diferencias. Extrañas historias colmarán la diferencia entre dos series (la de estar pegado a su madre y la de los efectos tóxicos, para Z) de modo de inducir un efecto de semejanza y de identidad externas. Ahora bien, el precursor no obra por su identidad nominal u homonímica: “yo era el más pollerudo, el más pegado a ella”, “Y ta y ella, yo no fumé, yo le di una pitada ahí en ese momento y vi que no me pegaba y ta y la dejé ahí en el cuarto, ahí sola, y me fui pa’ abajo.”, “Y yo para las vistas de los demás, eso me pega mucho a mí, aunque no los conozco, no, no conozco la gente, no la conozco, pero ya con una mirada una persona te dice todo. Eso, a mí me pega mucho eso.”, “Vos podés estar, si tenés para consumir todos los días, podés estar días y días que no te das ni cuenta, no comés, nada, no te bañás, nada, no dormís, nada, seguís fumando, tenés sueño, pegás una pitada y ya quedaste eléctrico de vuelta.”, dice Z en distintas oportunidades).

Por mínima que sea la diferencia, una serie no reproduce a la otra. “Pegar” no aparece como la identidad nominal de un significante, sino como el diferenciante de significados distintos, que produce secundariamente tanto un efecto de semejanza de significados como un efecto de identidad de significante. *“No es por su pobreza de vocabulario, sino por su exceso, por su poder sintáctico y semántico más positivo, que el lenguaje inventa la forma en la que desempeña el rol de precursor oscuro, es decir, allí donde, hablando de cosas diferentes, diferencia esas diferencias relacionándolas de inmediato unas con otras, en series que hace resonar” (Deleuze, 2002, p. 189).*

En el análisis del (sin)sentido de las expresiones de X, se pueden apreciar una serie de generaciones de consumidores. Abuela alcohólica, padre alcohólico, hijo latero, por ejemplo. Una serie como ésta sólo puede fabricarse o reconstruirse a partir del discurso, en este caso,

de X. Poco importa si los elementos de esta serie son verificables o no. Por ejemplo, en casos de adopción donde tan sólo se tiene una vaga idea de los antecedentes familiares de la familia de origen, he escuchado cómo es posible que un adicto imagine o fantasee que su padre u otro familiar consanguíneo era consumidor. Incluso podría construir dicha hipótesis, que en algunos casos hasta podría cobrar un estatuto de certeza, a partir de rumores o relatos de personal de salud, vecinos, o de los propios padres adoptivos o parientes putativos.

Ahora bien, hay que guardarse de interpretaciones del tipo “es adicto porque se ha identificado con su padre alcohólico”. Ya me he explayado sobre este punto en el análisis de X. A nivel lógico se trata de otra cosa: no de la identificación imaginaria de un término con otro, sino de la homología estructural de dos series de términos.

Apoyándome en otras experiencias de mi práctica, afirmo que en una serie se podrían encontrar: un padre que sostiene su cocainomanía o alcoholismo u otra familia en secreto, una madre que no se da cuenta, una amiga que denuncia la doble vida del esposo de su amiga. En la otra serie, un hijo que consume cocaína mientras lleva una vida de trabajo aparentemente sin tropiezos, su madre que no se da cuenta, su hermana o la novia del joven que denuncia ese consumo. La novia del hijo viene a ocupar en la segunda serie el lugar que la amiga ocupaba en la primera. Incluso podría suceder que el hijo rehabilitado no se diera cuenta del consumo de su hermano menor, y que la madre, tras haber participado en grupos en el tratamiento de rehabilitación de su hijo mayor, termine denunciando ese consumo del hijo menor.

Ahora bien, los verbos o sentidos-acontecimientos comunicados entre sí también forman series. Así, se puede conjugar un mismo verbo en distintos enunciados, por ejemplo, el verbo “pegar” (“¡ah, pero esto no te pega! No sé, ¿qué es esto?”, “Lo que pasa que es un pegue corto también”, “eso de caer, de caer preso le pegó muy mal”, dice Z): en este caso, habría lo que Deleuze (2001) llama una “síntesis de conjunción” entre series convergentes, que se presenta bajo la forma del “y además”.

O a veces unos verbos resuenan por su contigüidad fonemática con otros distintos: embicharse – vichar, como se ha visto en X): vale decir, la “síntesis de disyunción” entre series divergentes, que se presenta bajo la forma de un “o bien... o bien”: por ejemplo, o bien X consume y se embicha o bien se deja vichar por su hermano que lo vigila.

Por último, unos verbos, unos acontecimientos, se pueden conectar con otros en relación a un producto en particular. Repasando expresiones que aparecieron en el material

analizado: pasarse-emborracharse-mamarse con alcohol, desmorrugar-estar re loco con marihuana, quedar duro-emparrillarse con cocaína, fumar-pitar un chasqui de pasta base: es decir, la “síntesis conectiva” que apunta a la construcción de una sola serie, y que se presenta bajo la forma de la proposición hipotética o condicional “si... entonces”: por ejemplo, si uno se emparrilla entonces queda duro. Lo que aquí se destaca es cómo el objeto está contenido o enrollado en el verbo: hay un orden de sentido que vuelve imposible que alguien pueda mamarse con un chasqui, o que quede duro con “un vino”.

3.9. Paradojas del consumo de pasta base

A partir de ciertas intuiciones, y lo que mi experiencia de trabajo con adictos a la pasta base me había enseñado, en esta investigación estuve atento a la cuestión de las paradojas del consumo. Sucede que el campo discursivo de las adicciones está minado de lugares comunes, de significaciones cerradas, de interpretaciones de sentido único, que no hacen más que reforzar una identidad toxicómana (“el adicto es...”). Por el contrario, es justamente a través de la afirmación de dos sentidos simultáneos para un mismo enunciado, como es el caso de la paradoja, que el yo (adicto) de alguien que así se manifiesta puede ser interrogado.

Pues, es tanto en el sentido común como en el sentido único que ese yo cobra consistencia. La paradoja, en cambio, se opone a la exigencia de un orden según el cual hay que escoger una dirección y mantenerse en ella (el buen sentido), ya que el sentido siempre va en distintas direcciones a la vez, por lo que no hay un sentido único ni un buen sentido (se droga para poder encarar el trabajo, o para encarar una mujer, o para escapar a la realidad, etcétera). A lo que justamente tiende la voluntad de significación, de explicación, es a eliminar el doble sentido (Lacan, 1977, p. 9).

La paradoja se opone al sentido común que exige no sólo la identidad del yo sino también la permanencia del objeto (ejemplo, “la droga es SIEMPRE un veneno”). En efecto, ¿cómo es que alguien a sabiendas del daño que causa una droga como la pasta base comience a consumirla? ¿Cómo es posible cuando los adictos mismos reconocen que siguen consumiendo a pesar de que ya no les causa placer sino un tremendo malestar no son raros los relatos de consumidores que cuentan que, mientras consumen, lloran afligidos por lo que están haciendo)? Sucede que para muchos, entender una expresión significa encontrar en uno mismo las imágenes que corresponden a dicha expresión. Si estas imágenes faltan, la

expresión será “sin sentido”. Por ello, se juzga que lo que hace un consumidor de este tipo no tiene ningún sentido: se está reventando en vano. Para el sentido común, en su forma utilitarista (Bentham, 2005, p. 80), supone que el hombre se lanza siempre a la búsqueda del placer y la salud (bien) y a la evitación del dolor (mal). Por ello goza de cierta ingenuidad en un mundo en que todos los fumadores de cocaína saben que la pasta base es perjudicial para la salud e incluso, por momentos, sienten repulsión y asco a la sustancia aún sin poder parar de fumar.

Pero también, ¿cómo es posible que un adicto venda unos championes que cuestan tres mil pesos a ciento cincuenta por una “porquería”? El sentido común no comprende que la voluntad y la conciencia de un individuo racional no coincidan con su deseo. La teoría económica de la elección racional (*rational choice theory*, cf. Martínez García, 2004) se muestra incapaz de dar cuenta de esto.

La paradoja opera una donación de sentido –la paradoja misma, no el sujeto que es producido por ese mismo sentido. Y no hay clisé que resista a la constitución paradójica del sentido, por lo cual, no es suficiente explicar estos comportamientos por una falta de responsabilidad respecto al acto, por una fragilidad yoica o una voluntad enferma, ni por una baja tolerancia a la frustración o una impulsividad incontrolable. Pues mientras que la significación que se remonta a las causas corporales tiende a semejanzas y equivalencias, el sentido incorporeal tiende hacia distinciones y a valencias diferentes.

Hay una reversibilidad de la paradoja que afecta a las series: siempre es posible ir de lo venenoso a lo saludable, y viceversa. Pero para que aparezca el sentido, siempre en su calidad de doblez, protegido por su misma evidencia como en el cuento de *La carta robada* de Edgar Allan Poe (Lacan, 1957), este análisis debe pasar a otro nivel, sustituyendo la serie de la pulsión mortífera, del “suicidio lento”, por la serie del alivio de la existencia, del apaciguamiento del dolor. “*Venenos las únicas curas. Remedios donde menos se los espera*” –escribía Joyce en su famoso *Ulises* (1992, p. 104).

Pues con frecuencia se piensa apresuradamente que la adicción es claramente una forma de suicidio, un “proyecto de muerte” -como postula el “Programa Minnesota”, organización no gubernamental que se dedica a la recuperación de personas con conductas adictivas. Y nada más que eso. Incluso muchos adictos lo experimentan de esa manera: dicen los NA: “*La mayoría nos dimos cuenta de que con nuestra adicción nos estábamos suicidando lentamente...*” (Narcóticos Anónimos, 1995). De allí los slogans del tipo “sí a la vida, no a la

droga”. Pero si bien es cierto que algunos consumidores parecen o dicen que están “muertos en vida”, no hay que olvidar que es “en vida” que lo parecen, es decir, mientras aún están vivos. Lo cual no significa que a algunos no sean conducidos a la muerte o al suicidio, o al menos a intentarlo (Pascale y otros, 2010).

Pero las ideas que circulan en el imaginario social acerca del daño que causa la pasta base, son a veces mayores de las que efectivamente causan: al comienzo del boom de la pasta base en los inicios del siglo XXI en Uruguay, se decía que los consumidores de esta sustancia morían a los tres meses o que la pasta base “quemaba las neuronas”. Hoy eso ya es insostenible sea porque los consumidores han sobrevivido a ese período crítico (no es infrecuente que lleguen a la consulta individuos con alrededor de diez años de consumo de esta sustancia) sea porque también los componentes con que la pasta base está cortada son menos tóxicos de lo que se pensaba (por ejemplo, la cafeína es hoy el principal adulterante, entre 13 y 15 %, ver Prieto y Scorza, 2010). El componente denunciado que se usa como veneno para ratas tampoco ha lo han podido encontrar algunos investigadores. También se ha desmentido que la pasta base “mate las neuronas” (Hernández, 2013), las alteraciones cerebrales (en la corteza prefrontal) y funcionales (atención, memoria, etcétera) son reversibles tras un período de abstinencia prolongado (Ferrando, 2009). En mi experiencia clínica he presenciado cómo tras un período relativo de abstinencia, los consumidores pueden tener relativamente un buen rendimiento social, académico, deportivo, y/o laboral. Lo cual no significa que su visión, por ejemplo, su dentadura, su sistema respiratorio, su sistema nervioso, sus lazos y habilidades sociales hayan resultado indemnes.

Ahora bien, no es que aquí se niegue la dimensión de la destrucción pueda estar presente (X había trabajado en una empresa donde él estaba encargado de una sección donde trabajaba solo con una “máquina de demolición”, rompiendo mercadería fallada, pasada de fecha; mientras fumaba pasta base en el baño). A propósito del alcoholismo, por ejemplo, Marguerite Duras (1987, p. 20) decía: *“Beber no es obligatoriamente querer morir, no. Pero no se puede beber sin pensar que uno se mata. Vivir con el alcohol, es vivir con la muerte al alcance de la mano”*. Quizá lo mismo pueda decirse del fumar pasta.

Pero, ¿y si, en algunos casos, consumir pasta base en lugar (o además) de ser (únicamente) una forma de suicidio, fuera (también) un modo de mantenerse con vida a pesar de las pérdidas, por ejemplo, o de los duelos sufridos, de buscar un nuevo “equilibrio”? Como a Z, he escuchado a quienes han sufrido pérdidas insustituibles, desgarradoras por el número

escandaloso o por las condiciones lamentables, humanamente indignas en las que sucedieron, y que de no haberse intoxicado, no se sabe cómo habrían terminado.

Cuando alguien dice: “Me estoy matando con esa porquería” puede querer decir que se está envenenando con pasta base. Pero por ello también, que está sosteniéndose en un modo de vivir sin matarse efectivamente, pues la muerte en el consumo de pasta base no se trata de un acto acabado, sino de un proceso, algo que está sucediendo, pero que aún no sucedió, algo que no termina de suceder: es decir, de un acontecimiento que no se efectúa sino a medias. Ni se deja de suicidar ni se acaba de suicidar.

Sin duda, la adicción a la pasta base genera múltiples daños; y ello no es un problema de desinformación: en general, los consumidores de base saben cuáles son los riesgos y las consecuencias de dicho consumo. Pero si la adicción es lo que mata, en muchos casos puede llegar a ser lo que al menos impide algo quizás aún más terrible que la adicción misma (el pasaje al acto suicida, por ejemplo). Curiosamente en numerosas ocasiones las drogas tienen un efecto de alivio: en casos de inhibición, de angustia, de síntomas que aquejan a un sujeto y lo limitan en sus interacciones sociales (basta recordar a X diciendo que, al comienzo, mientras aspiraba cocaína se creía un *cowboy*; antes, en cambio, avergonzado por su situación familiar, se sentía “menos que los demás”).

Parafraseando a Deleuze (2002), en la adicción reside, pues, al mismo tiempo todo el juego místico de la pérdida y de la salvación, todo el juego teatral de la muerte y de la vida, todo el juego positivo de la enfermedad y la salud. Por eso, en muchos casos, no hay que apresurarse a privar del tóxico, sin ponderar, sin valorar la función que éste cumple para cada consumidor en particular. Si justamente consumir sustancias es el modo que ha encontrado tal persona de mantenerse en la vida, no es impensable que la supresión del tóxico sin más conduzca a su propia muerte⁸⁰. Hay que tener en cuenta, me apoyo en mi experiencia clínica para sostenerlo, que tras la abstinencia pueden sobrevenir enfermedades orgánicas, accidentes, depresiones, intentos de autoeliminación. Y no sólo de parte de los consumidores, sino también de sus allegados (ver p. 160). Por ello, es prudente escuchar la advertencia de Artaud (1925): *“Quitadles un recurso de locura, e inventarán otros mil absolutamente desesperados”*.

⁸⁰ Aquí no nos sólo me refiero a los efectos químicos o toxicológicos, como en cierto síndrome –Korsakoff– que frente a la abstinencia de alcohol puede conducir a un tipo de delirio *-delirium tremens-*, e incluso a la muerte, sino al lugar que ocupa el tóxico en cierta configuración subjetiva.

Conviene, entonces, tomar al fármaco o droga en los dos sentidos a la vez, antídoto y veneno, bueno y lamentable, patológico y apaciguador de la enfermedad, benéfico y nocivo a la vez (Escohotado, 2004). Y de ello hay que sacar una doble consecuencia: la droga puede ser beneficiosa (aún con el gran costo que conlleva: para Roperio no ha sido sino tras su adicción al paco que ese proyecto de “sueño americano” en el cual estaba perdido ha llegado a su fin), el remedio o medicamento (psicofármaco) puede ser perjudicial. No es extraño que al efecto de la intoxicación en el argot “de la calle” se lo llame “pegue”⁸¹, pues, los filósofos nos recuerdan que, en griego, “*fármacon*” quiere decir golpe:

“de suerte que *fármacon* habría significado: lo que concierne a un golpe demoníaco o que es utilizado como medio de curación contra semejante golpe” ... un golpe de fuerza... un golpe disparado... un golpe subido... pero un golpe para nada... un golpe en el agua [...] y un golpe de suerte... [...] (Derrida, 1995, p. 259)

Así, pues, a través de este estudio sobre las expresiones de los consumidores de pasta base se puede confeccionar una lista de paradojas no poco frecuentes.

3.9.1. Del remedio y el veneno

Como acabo de decir, ya otros han señalado el doble sentido que supone la expresión del “fármaco”: remedio y veneno, bueno y lamentable, benéfico y doloroso, exceso violento que hace gritar en el placer y alivio, “doloroso goce”, al punto que la ciencia del fármaco (farmacología) lo ha erigido como agente mórbido y, a la vez, apaciguador de la enfermedad, resaltando a la vez sus propiedades benéficas y nocivas (Derrida, 1975, p. 140 ss.)⁸². Hay que ubicar aquí la ambigüedad que presentan los im-pacientes consumidores de pasta base con los psicofármacos, ya que en muchos casos se niegan al tratamiento farmacológico pues consideran que significa sustituir una droga por otra.

⁸¹ Cabe recordar que en inglés se usa “blow” (golpe) para “inhalar” cocaína (también llamada “blow”). En el Río de la Plata la expresión equivalente es “saque” que, entre otras cosas, en la lengua común significa “golpe fuerte dado con la mano” (RAE).

⁸² Así y todo, ¿“remedio venenoso” tiene el mismo estatuto que una paradoja como la del “círculo cuadrado”? ¿O se trata más bien de una pseudoparadoja? Este último no expresa ningún concepto que se pueda pensar, sino que representa sólo palabras que contienen un problema sin solución (Husserl, 1982, p. 254). Ahora bien, aquí no importa tanto dilucidar el estatuto de la paradoja (lógico-matemática o semántica), sino destacar que aun cuando es absurda, produce sentido. Incluso en lógica y matemáticas “*Lo que una vez fue una paradoja ya no lo es, pero puede nuevamente volver a serlo*”. (Kasner y Newman, 1985, p. 194). Y esto vale también para las paradojas “clínicas”.

3.9.2. De lo visible y lo enunciable

Lo visible, pues, es el objeto de la vista. Visible es la anatomía del cuerpo adicto. Pero no es perceptible si no está presente el medio adecuado para percibir, es decir, si no hay luz. Aunque diáfano, el cuerpo adicto no es visible por sí mismo, sino en virtud de algo ajeno a él. Una prueba evidente de ello es que, como me lo han relatado padres de consumidores o los consumidores mismos, hay veces en que si coloca cualquier cosa relacionada al consumo del hijo directamente sobre el órgano mismo de la vista de sus padres (una pipa, un porro) u otros familiares y, a pesar de que las pruebas del consumo rompen los ojos, la familia no puede admitir que consuma.

Nada mejor escondido que lo que está frente a las propias narices. Un máximo de visibilidad supone un máximo de secreto. Lo imperceptible es aquello más visible. Así un adicto puede esconderse a plena luz frente a ojos de sus padres, hermanos o pareja que no ven, que no perciben los signos que delatan su consumo. No es un problema de ceguera, sino de percepción. De allí que alguien como X puede estar “consumido” por pasta base, al punto de tener una delgadez extrema y un aspecto cadavérico, pero nadie de su entorno más cercano pueda darse cuenta de que algo está sucediendo hasta que otro o el mismo adicto se lo diga. Igualmente, con frecuencia la primera reacción llega a ser de incredulidad. Especie de teatro familiar del absurdo formado por ciegos, sordos y mudos.

La visión se produce cuando el órgano sensorial padece una cierta afección; ahora bien, es imposible que padezca influjo alguno bajo la acción de lo percibido, luego ha de ser bajo la acción de un agente intermedio; por fuerza ha de haber, pues, algo intermedio y, por tanto, hecho el vacío, no sólo no se verá hasta el más mínimo detalle, sino que no se verá en absoluto –enseñaba Aristóteles (1983, pp. 190 ss.). Lo mismo para lo enunciable, sino está el medio (como el aire entre el sonido y el oído).

Ahora bien, al lado del plano de la percepción, de lo visible y lo audible, en la expresión, en el enunciado, hay algo de imperceptible: el sentido. “Bicho” es algo que se puede ver a la luz, o que se puede escuchar a través del aire, pero “embicharse” es el acontecimiento imperceptible.

La fisura es una “boca invisible” –para emplear una expresión de Burroughs (1977). Boca ciega y voraz.

3.9.3. Del mentiroso

Cuando un consumidor de pasta base como X dice “el consumidor es muy mentiroso” no se puede discernir si se trata de un enunciado verdadero o falso. Pues, si es verdad, quien dice esa verdad es alguien que, al reconocerse consumidor, se declara al mismo tiempo mentiroso, de aquí que su aserción sea falsa (o sea, no es mentiroso).

Y si el enunciado es falso, al decirlo un mentiroso, tendría que ser verdad, entonces ya no mentiría –como se supone que tendría que hacer por su condición de consumidor- sino que diría una verdad. Lo cual refuta el enunciado mismo.

Se trata de una forma de sinsentido, una paradoja al estilo de la de Epiménides que han analizado, entre otros, Russell (1946) y Koyré (1947).

3.9.4. Del más y el menos

Cinco chasquis de base son más baratos que una raya de merca pero, a la vez, más caros. En este sentido, un consumidor explica:

Claro, es carísimo, no es barato. Lo barato sale caro, bien dicen. Esto sale caro, lo que pasa que 25 pesos está en la mano de cualquier botija que sale a arrebatar una cartera también, porque te salen con fuerza o a vender algo, cuanto le dan 25 pesos. Pero está en la mano también, y es una droga más fuerte que la marihuana, entonces les pega, más vale, te rompe la cabeza las primeras pitadas. Después vos seguís fumando ya por inercia, porque después ya no te va a pegar más, después no te pega más, después del quinto chasqui ya no te pega más (Informante.1, ex usuaria)(a). (JND, 2006, p. 44)

Al punto que hay que preguntarse qué significa “poco” y “mucho” en la cantidad de una dosis y dónde se dibuja la frontera entre lo excesivo y lo insuficiente: “tomé demasiada droga”, “no me basta, tengo que conseguir más”. En este sentido, “tocar fondo” es algo que no está definido por un umbral cuantitativo, biológico o psicológico, sino que desliza un acontecimiento que se produce enteramente a nivel del enunciado.

En mi trabajo analítico, he escuchado tanto el enunciado “la base está **de más**”, como aquel que afirma que consumirla “está **de menos**” (lo dice Z, por ejemplo). Entre este más y

este menos, entre ese *plus* y ese *minus*, entre tal exceso y cual defecto, entre un excedente de un lado y un déficit del otro, circulan las paradojas de sentido y la fisura como efecto paradójico.

3.9.5. Del consumidor consumido

Las paradojas están relacionadas con los verbos. En expresiones como “fisurarse”, “embicharse”, no es el consumidor el agente en estos verbos en infinitivo. Son verbos donde el sujeto sufre o experimenta una acción, más que llevarla a cabo. Una condición que el sujeto experimenta, por la cual puede implicarse en ello, asumirla, pero que no es estrictamente hablando el agente. El ansia de droga (*craving*) persigue un objeto mientras que el deseo extrae un verbo en infinitivo. Ahora bien, no es extraño que aparezcan fenómenos de transitivismo a nivel de las expresiones de los consumidores: en lugar de él consumir la droga, es la base o el bicho lo que lo está consumiendo, lo atrapa y no lo suelta “Te saca todo: te saca el hambre, te saca el sueño, te saca todo.”, dice Z.

En forma de prosopopeya se narra cómo “yo no la llamo, ella viene a mí (marihuana)”, dice Z. “La droga me atrapa, me tiene agarrado, no me suelta”, equivale a “yo no suelto la droga”, al punto que ya no es tan importante qué o a quién se consuma sino, como ya se ha visto más arriba, que algo sea consumido o sea llevado al consumo. “El que dice que se fuma uno y no fuma más es mentira, empezás con un par y cuando querés acordar ya te estás, ‘tás vendiendo todo... o te estás mandando cualquier cagada pa’ poder drogarte. Porque te lleva, tarde o temprano te lleva” –nuevamente Z.

Llega un punto entonces en que, por efecto de lenguaje, los pibes consumen pasta, es equivalente a la pasta consume a los pibes. O, como dice X sin notarlo: “*me empecé a consumir*” (p. 81), en lugar de “empecé a consumir”.

Por ello es que también, a este nivel, preguntarse por las causas del inicio del consumo, y hacer la identificación de las mismas, es indiferente. No “¿por qué consume?”, sino “¿cuál es el (sin)sentido de su consumo?”.

Desde cierto enfoque psicoanalítico, Victor Korman afirma que

la sustancia que se consume no es exactamente la misma que aquella que sale de los laboratorios donde se produce. La materia inerte, polvillo, pastilla, material resinoso o líquido, cuando penetra en el espacio subjetivo de alguien sufre una transmutación que le hace perder su pretendida “pureza”

química. Queda a partir de entonces imbricada con la dinámica psíquica y relacional del sujeto. Cualquiera [sic] sean las drogas utilizadas (tabaco, alcohol, hachís, cocaína, heroína, alucinógenos, psicofármacos), éstas son siempre impregnadas por las constantes subjetivas de quien las consume. La relación es, pues, a doble vía: la droga “absorbe” subjetividad y el sujeto absorbe la droga investida por sus propias transferencias sobre la misma (citado por JND-ONU, 2006, pp. 65-66).

3.9.6. De lo activo y lo pasivo

Lo activo y lo pasivo se ven así trastocados. Según las acepciones del verbo “rescatar” en el *Diccionario de la Real Academia Española* se rescata algo (un botín, oro, tiempo u objeto perdido) o se libera (a alguien o algo) de un peligro, daño, trabajo, molestia u opresión. Es esta última acepción la que parece aplicarse a “rescatarse”. Lo interesante es que en este acto performativo en el que hay tres actantes (Tesnière, 1994) en juego (alguien rescata a alguien de algo) pareciera que el primer actante es igual al segundo (se le dice al otro que se rescate a sí mismo). Pero el uso reflexivo de este verbo supone un uso particular del mismo, no previsto por la lengua castellana. En el argot de los consumidores, en cambio, este uso reflexivo (rescatarse) se aplica comúnmente tanto a la primera persona en singular (me rescato) como a la segunda persona en singular en modo imperativo (¡rescatáte!). Sin embargo, se admite este uso para el resto de las personas en singular y plural (se rescata, nos rescatamos). Se trata de una conjunción de lo activo y lo pasivo, pues ese alguien es pasivo y activo al mismo tiempo: rescata y es rescatado a la vez. “Drogarse”, “rescatarse”, “fisurarse”, **“emparrillarse”**, **“embicharse”**, **“detonarse”**, **“encajarse”** -la lista podría seguir- son también verbos en voz reflexiva que expresan que ese alguien que consume sustancias hace algo a alguien que resulta ser él mismo. Ese alguien aparece actuando y padeciendo la acción en cuestión, agente y paciente a la vez. Pero lo peculiar del asunto del “rescate” es que ese algo aparece indeterminado, es decir, no siempre se especifica de qué debe o hay que rescatarse.

En otro contexto, estudiando las relaciones entre fantasma y verbo, Luce Irigaray analizaba expresiones en las que se emplea el verbo “absorber”, justamente como comer, respirar o consumir. Simplemente tenemos que cambiar absorber por consumir, y allí tenemos todo el sentido del enunciado “la base te consume”.

Lo que era exterior y extranjero se vuelve interior y parte del sujeto, asimilado por el sujeto. Lo inanimado se vuelve animado en la medida que es identificado con el sujeto. [...] Si la pareja de enunciación resiste ella o él más efectivamente a dejarse ser reducido a un objeto inanimado en lugar del sujeto mismo, este co-agente podría permanecer como el único agente, y absorber cambia por el sujeto en ser absorbido. La acción asumida activamente siempre es pasible de transformarse en una condición pasivamente experimentada, debido a una relación de dependencia entre lo inanimado y lo animado. (Irigaray, 2001)

Como respecto a la pasta base, también se dice en España: “El caballo te come las neuronas”. “El caballo te hace mentir”. Lo designado en estos enunciados de profesionales de la salud es la heroína (Albertin, Cubells, Iñiguez-Rueda, 2008).

X dice: “Es el personaje mismo de adentro, el bicho que es el que te da esos pensamientos para que vos te deprimas”. Y Z: “te arruina en tan poco tiempo”.

3.9.7. De la persecución

Se ha descrito cómo Roperio narraba su huida ante la presión de la persecución que sufría en su trabajo. Lo paradójico es dicha fuga lo condujo a una persecución exacerbada por los efectos del consumo. Así, en un capítulo de su novela titulado “El acoso” narra:

Y después ya en mi casa comenzaba la tortura, la paranoia, los ruidos, las voces, los autos. Y mi propia locura. Era como una estúpida mosca pegando una y otra vez contra el cristal sin darme cuenta de que esa no era la salida.

El vecino de arriba me tenía podrido, era el que más me rompía las pelotas. Daba pisotones cada vez que prendía la pipa y una mujer hablaba insistentemente y sin parar durante horas con el monofónico tono de Juana. Estaba seguro de que la voz venía de ahí arriba, varias veces abría la puerta del patio interno y comenzaba a gritarle:

- ¡No me jodas más maldita mierda! ¡Pornógrafo del orto!

Y más de una vez le pateé la puerta de entrada de su departamento. Episodios que casi siempre terminaban con intervención policíaca.

Sabía que le quedaba poco de contrato y aunque mi padre tenía la intención de renovarlo me planté un mediodía en la mesa y tiré un vaso al piso mientras decía:

- O me echás a ese pornógrafo de acá arriba o desaparezco y no me ves más el pelo. No quiero seguir viendo a ese puto más en casa.

En menos de quince días logré que mi padre echara al pelotudo de marras. (Roper, 2009, pp. 131-132)

Se puede apreciar cómo el acosado deviene rápidamente acosador. Esa reversibilidad se muestra también, cuando algunos consumidores están involucrados en delitos o altercados con la policía, en expresiones tales como “perseguir a la policía” y “ser perseguido por la policía”: en mi práctica clínica he escuchado cómo “el policía me pegó” es equivalente a “yo le pegué al policía”. No es extraño que alguien le “devuelva” la trompada o el balazo a un policía que nunca antes le disparó. ¿Cómo discernir quién asestó primero?

El análisis del sentido despeja la lógica de estas expresiones pues, en última instancia, la estructura lógica es que “alguien persigue a alguien”. Es decir, el énfasis está puesto en el verbo -pues el acontecimiento es lo expresado en el verbo. Y si X puede decir: “cuando estaba consumiendo pasta base, era sólo perseguirme, perseguirme” (p. 85), ese “perseguirse” no refiere ni siquiera a un individuo que persigue a otro, sino a la vivencia del propio consumidor de una persecución ante la cual él mismo, o algo en él, persigue o va al encuentro

Y así, si bien desde el punto de vista de la función, “perseguir a la policía” no es lo mismo que “ser perseguido por la policía”, desde el punto de vista de la lógica que produce el sentido, no hay contradicción entre una y otra expresión. Encuentro lo que podría llamarse una “lógica de la persecución” rigiendo estos enunciados, de manera tal que la guerra ya está instalada entre la policía y los consumidores en una especie de juego “suma cero” cuyas reglas están definidas por el marco jurídico-legal, las series de los ilegalismos punibles y legitimados, y unas relaciones de poder que son puntuales y reversibles. De allí que, a este nivel, ya no importa quién toma la iniciativa del primer golpe. Por eso, el verbo puede desplegarse simultáneamente en la doble dirección del perseguir y el ser perseguido.

3.9.8. De la ley y la transgresión

Quien transgrede ciertas reglas no es absolutamente libre, sino que está también sujeto a límites: no sólo a prohibiciones sino, por ejemplo, a límites de tiempo (“en tal momento”) y límites de intensidad (“hasta ese punto”) (Bataille, 2002, pp. 67-75). En otro contexto, decía Derrida (1995, p. 233): “*la transgresión de la ley está sometida por anticipado a una ley de la transgresión*”. La adicción, o los adictos, lejos de ir contra toda regla, al punto de amenazar el

sistema legal de una sociedad o el sistema simbólico de una cultura, siguen unas reglas precisas que será necesario definir en cada caso. De allí que sean fácilmente constatables las regularidades de las prácticas discursivas y no-discursivas de los consumidores: puntos de venta (“bocas”) frecuentados, drogas de preferencia (“base”, “faso”, “**frula**”, “**escabio**”), vías de consumo (“**jalar**”, “encajarse”, “pegar una seca”, “fumar pipa”), modalidades de procuración de la droga (“**tranza**”, “**rastrillo**”, “perro”, “**bufarrón**”). De allí también que sea posible hablar de una lógica del consumo.

Es inexacto decir que los adictos no tienen valores, ni códigos ni hábitos. No es que no tengan hábitos, sino que los hábitos ya los encontramos en las conductas de consumo. Lejos de ser alguien disperso e impredecible, hay ciertos hábitos que limitan al consumidor. Hay valores y códigos (“códigos de la calle”), que más allá de cómo se los juzgue, son códigos en fin (más aún, quebrarlos muchas veces acarrea consecuencias nefastas, ya que quienes no los respetan merecen castigos, “ajustes de cuentas”, venganzas, que van desde la herida a golpes o mano armada, hasta la muerte propia o de alguien cercano). El consumo está altamente codificado, no se realiza de cualquier forma.

3.10. Rescatarse

Si tiene un sentido el psicoanálisis en el campo de las adicciones, es el de afirmar y mostrar que, en ciertas condiciones y para ciertos casos que no se pueden definir de antemano, es posible la inversión de lo mortífero contra sí mismo, la transmutación de los *cravings* y la incorporalización de la fisura: “aprender un poco”, como dice X (p. 126), aún del acontecimiento más terrible; aprehenderlo un poco también. Pasar del drama a la comedia, de lo trágico a lo épico, de lo vivido a lo narrado de una cierta manera que permita la emergencia de aquellos puntos disruptivos donde aparezca el sinsentido (lapsus, sueños, síntomas, actos fallidos, olvidos) y donde se pase de la fisura sin fondo a la fisura de la superficie que inaugura un cambio de estilo vital y una nueva posibilidad de pensar.

En tanto “ciencia de los acontecimientos”, el psicoanálisis se emparenta así con esa experiencia que también los escritores “malditos” han tocado. Así Burroughs ha expresado de una forma menos despojada que X (p. 126), o con otra poética, lo que aquel decía en las entrevistas:

La droga es una ecuación celular que enseña al usuario hechos de validez general. Yo he aprendido muchísimo gracias al uso de la droga: he visto la vida medida por cuentagotas de solución de morfina. He experimentado la agonizante privación de la enfermedad de la droga, y el placer del alivio cuando las células sedientas de droga beben de la aguja. Quizá todo placer sea alivio. Yo he aprendido el estoicismo celular que la droga enseña al que la usa. He visto una celda llena de yonquis enfermos, silenciosos e inmóviles, en aislada miseria. Ellos conocían la inutilidad de quejarse o moverse. Ellos sabían que básicamente nadie puede ayudar a otro. No existe clave, no hay secreto que el otro tenga y que pueda comunicar. He aprendido la ecuación de la droga. La droga no es, como el alcohol o la yerba, un medio para incrementar el disfrute de la vida. La droga no es un estimulante. Es un modo de vivir. (Burroughs, 1977)

Es a partir de dicha ecuación que Burroughs propuso una extensión matemática del álgebra de la necesidad “más allá del virus de la droga”. Porque, según él, hay muchas formas de adicción, y todas ellas obedecen a ciertas leyes elementales: mentir, delatar a los amigos, engañar, robar, hacer cualquier cosa para satisfacer la total necesidad. En efecto, a partir de esa experiencia, de ese acontecimiento, de esa fisura, todo es leído, interpretado, decodificado por Burroughs en esa clave, a partir de un único acontecimiento, una única fisura, ahora ya transfigurada. Y no importa aquí cuán cerca esté de la verdad, sino qué ha podido hacer a partir de esa experiencia tóxica de la locura.

Es un movimiento extraño ya que entraña un despojo de la nosografía y, a partir de su experiencia como adicto a la heroína, Burroughs se expresa en términos de “*Sickness*” (2001). Para él, la adicción a los opiáceos se vuelve acontecimiento, más aún extrae de allí un único acontecimiento, como si todo lo hiciera pasar por ese tamiz de la “Enfermedad”, por eso, puede entender algo como la adicción a la basura (*junk*) a partir del modelo de adicción a la heroína (*junk*) –nótese que en inglés tienen la misma literalidad. Incluso de la adicción de los Estados Unidos a la hora de entregarse a los bienes y propiedades materiales, la adicción al dinero, al poder, a controlar a los demás. Con su libro *El almuerzo al desnudo* “los monstruos, en forma de sucesión de fantasmas de una sociedad corrupta habitada por adictos, ya fuesen a la droga, el sexo o el poder, emergían [...] La forma en que aquella obra abordaba ciertos temas (la adicción, la enfermedad, el poder o el control social) era completamente original” (*El Exterminador*, 2010, pp. 24-26). Entonces, todas las violencias y todas las opresiones se reúnen en este solo acontecimiento, que las denuncia todas al denunciar una de ellas. El poeta hace otra cosa con la psicopatología, hace otra cosa con aquella fisura que había tomado la forma de la heroinomanía. La trasmutación se opera en el punto móvil y preciso en el que todos

los acontecimientos se reúnen así en uno solo: el punto singular en el que la muerte se vuelve contra la muerte.

Quizás un caso más cercano sea el de Camilo Blajaquis, un joven argentino que a través de su blog transforma su experiencia adictiva de vida en poesía. Luego de haber llevado desde temprana edad una vida intoxicada, delictiva, y encarcelada, descubre la potencia de las letras. Así reza su poema “Autobiografía” (Blajaquis, 2011):

¿Qué fue lo que me despertó y salvó mi destino/ de una muerte con fragancia a plomo policial?/
Fue un encuentro... encontrarme con poesía./ Me ofreció un abrazo cuando las únicas ofertas
eran piñas,/ me regaló libertad cuando todo era encierro./ Habitaba el olvido y era un rehen del
egoísmo./ Mi entendimiento no era mas que soñar un asalto/ donde me crucé la fortuna
monetaria./ Y hoy mis sueños son miles,/ se multiplican por cada gramo de cicatriz existente./
No deje de robar por motivos religiosos ni morales/ fue un acto inconciente, un arrebato de
esperanza/ ¿una sobredosis de esperanza?/ Me cansé de ser un delito y un legajo judicial/ me
propuse contradecir mi destino/ me cansé del maltrato intelectual/ me cansé de que me
nieguen la cultura/ por ser morocho y de una villa/ Comprendí que mi ignorancia era parte de
un sistema/ que necesita excluidos para mantenerse estable.../ Después de esa ruptura/ renové
desde mis venas hasta / la molecula mas pequeña [...].

Ese llamado “adicto en rehabilitación”, por su condición, está en la situación de interpretar un determinado papel (el de poeta, en este caso) que interpreta otros papeles (drogadicto, **pibe chorro**, **villero**, morocho –pues también éstos son papeles). El actor efectúa el acontecimiento de la fisura, de la “cicatriz” –como dice Blajaquis-, pero de un modo completamente diferente a como se efectúa en la profundidad de las cosas (en el dolor del encierro penitenciario, o la ansiedad por la droga). O, más bien, dobla esta efectuación física, con otra, a su modo, singularmente superficial, tanto más cortante cuanto que viene a delimitar la primera, destaca de ella una línea abstracta y no conserva del acontecimiento sino el contorno o el esplendor, convirtiéndose en el comediante o poeta de sus propios acontecimientos. A esto Deleuze (2001) lo llamaba “contra-efectuación” –prefiero llamarla aquí “contra-adicción”.

A través de una poesía que incluye esa lengua extraña que algunos llaman la “lengua de la calle”, el argot de las drogas y de la prisión (Blajaquis estuvo preso cinco años), el acontecimiento de la “sobredosis” ya no se efectúa en la profundidad del cuerpo, sino en la superficie sea del papel escrito o de la pantalla de la computadora, bajo una forma no tóxica. Una transformación que se precipita por agotamiento de un modo de vida, porque algo cae, más que por prescripción terapéutica o moral. Una (amenaza de) muerte, (la posibilidad de) caer preso, (sobrevivir a) un tiro de bala, la muerte o detención de un amigo, pueden oficiar de cortes. Todo aquello que se nomina como “tocar fondo” representa una serie de cortes que operan en otro nivel que el de la norma.

Así también X decía: “pasaba todo el día en la calle, aunque no consumiera, entonces, ta, ya me aburrí un poco”, “desde los 14 años que llevo en la calle, llegó la hora de, no sé si madurar, porque no se madura sólo por dejar una esquina, pero como que ya no me llama tanto la atención”, “antes lo veía como ‘¡pa, qué de más!’, ahora como que ya no me hace gracia (...) ya no me sirve, no me llena en nada parar con ellos en la esquina”. X decía también que cuando le daban ganas de recaer, pensaba en cómo habían matado de un balazo a un “gil” que estaba fumando al lado suyo en un cuarto de “**achique**” al lado de la boca. X nuevamente:

Yo, ahí en la boca, cuando me dijeron, yo venía con otro pibe, y le pregunto, un día estaba fumando y me acuerdo que había un espejo adelante mío, y como, estaba re duro, ¿no? estaba bajo la sustancia, y como que me hizo un clic, empecé a mirar en el lugar que estaba, me miré en el espejo, cómo estaba, y como que algo me dijo “¡no, no podés!”, y yo le dije “¡pa, yo me quiero rescatar de esto!”

“Rescatarse” no es aquí una apuesta moral, sino ética, pues no exige la renuncia, ni barrer con su historia, sino llevarla a otro plano (incorporal), y más aún, expresar los problemas (de la exclusión, la pobreza y la marginalidad, en el caso de Blajaquis) a partir de ese acontecimiento de la “cicatriz” que él ha encarnado, pero que como la fisura es algo que se sitúa fuera del cuerpo, por eso, la salida, también se ubica ahí, en el plano de lo incorporal.

Aun así, hay que cuidarse de no confundir esa expresión en la escritura poética con el sentido allí expresado. Nunca es suficiente expresarse, sea de forma escrita o verbal, pues escribir, hablar y pensar, a pesar de toda la confusión que hay en torno a ello, nunca se superponen. Lo importante no está en que alguien se manifieste, en que alguien hable o ponga algo por escrito, pues la palabra rápidamente puede volverse la cosa –ya he abundado en eso.

Lo esencial reside en que se abra un espacio vacío donde resplandezca el incorporal que separa las palabras y las cosas, instituyéndolas en toda su diferencia, pues es el incorporal el que separa el acto de hablar del acto de consumir (ingerir, tomar, fumar), y hace posible así la enunciación. Si no fuera por él, todo se reduciría a meros ruidos o voces –como se habrá podido apreciar en los fragmentos de entrevistas y autobiografías que aquí se analizaron. Dicho de otro modo, lo decisivo no está en el expresarse, sino en que se puedan plantear problemas específicos, que aparezca el carácter problemático de la palabra. Lo impensado (el problema) no se confunde con lo no-dicho.

De allí que la categoría de “problemático” que se adjudica hoy en día al uso de drogas, sea extrínseco a dicho consumo. La tarea, pues, radica en plantear a lo problemático del consumo desde un punto de vista inmanente, haciendo surgir no desde afuera, es decir, de forma transcendente y apelando a los valores tradicionales que sostienen los técnicos de la salud, sino desde la experiencia misma del consumidor, arrancar con él de esa experiencia terrible el problema que palpita en la superficie.

SALIDA II

Se puede decir que los lateros son lo más exterior a nuestro pensamiento, a nuestra cultura, a nuestro cuerpo social. De allí que sus adicciones los emparenten con el extravío del loco. Locura que se despliega no tanto con un discurso de la sinrazón, no sólo con las voces o las visiones alucinadas –las mismas pueden aparecer durante o después de la incorporación de la sustancia psicoactiva, pero no está allí lo fundamental-, sino con “el álgebra de la necesidad” donde aparecen los “pensamientos medios raros”, los “pensamientos locos”, eso que “empieza a maquinear” –al decir de X-, el bicho, por decirlo así, por llamarlo así a ese pensamiento sin sujeto que posee o se le impone al consumidor. El bicho piensa. El bicho maquina. El bicho fisura.

Como se ha analizado en las páginas precedentes, es en el campo persecutorio que son producidos los efectos del consumo de pasta base –y no me refiero sólo a los efectos que provoca el consumo en sí, sino a todo el campo de persecución en el que ese consumo se produce, sea en relación a la policía, a la familia, a los otros consumidores o no-consumidores. Uno se pregunta de dónde viene este empuje hacia la ideación persecutoria, especie de paranoia injertada en la locura tóxica, sin sentido ni sistema delirante. Llevaría una tesis entera abordar seriamente esta pregunta. Podría ser retomada en futuras investigaciones. Aquí me he limitado a mostrar de qué manera en la semiología de la fisura se destaca, entre los efectos que se producen asociados el consumo de pasta base, el advenimiento de la “persecuta” de que en cualquier momento alguien –una vez amenazador, otras salvador, o incluso ambas cosas al mismo tiempo- puede llegar y descubrir al consumidor *in fraganti*, acompañada por la angustia que eso comporta (X), o que alguien está mirándolo de forma desaprobatoria (Z), incluso que alguien quiera joderlo, robarlo, o hasta pinchar su teléfono (Roper).

Por lo cual es del todo inexacto decir que en dichas experiencias el Otro está ausente (me refiero a lo que dicen los estudios de Miller y sus discípulos; ver p. 15). Es cierto que más que una búsqueda introspectiva y de transformación espiritual individual o colectiva, el consumo de pasta base supone una experiencia profana (ni médica, ni sagrada) donde la ingesta se realiza en un contexto desacralizado (aunque tampoco recreativo). Pero el Otro está de cierta manera, vichando, escuchando, indagando, persiguiendo, acosando, “**atomizando**”.

Lógica de la persecución. De allí que la lengua de la fisura se emparente con el argot “**tumbero**” en el cual hay una fuerte presencia del personaje del botón, antichorro, rati o la yuta.

Llevaría otra tesis, analizar y documentar algo que he advertido en mi experiencia en el campo de las adicciones: no es extraño que los distintos tratamientos de rehabilitación terminen reforzando, de una u otra manera, esa lógica de la persecución (más claramente los tratamientos que promueven el “consumo cero” o abstinencia total o, por ejemplo, ciertos tratamientos en comunidades terapéuticas o religiosas que terminan siendo sumamente invasivas a la hora de dirigir la vida del consumidor y su familia). Se paranoiza a los consumidores a través de prácticas de todo tipo que incluyen el paternalismo, el juicio e incluso la violencia y la humillación fundamentados en ciertos postulados espirituales, morales, médicos y/o psicológicos. Dichos tratamientos plantean así cierto tipo de paradojas de significación que pueden homologarse a la situación de doble vínculo⁸³ que describía Bateson (1971). En mi práctica clínica e institucional he escuchado que el equipo técnico insiste en que hay situaciones de dobles mensajes que se presentan continuamente a nivel familiar y amenazan con boicotear una y otra vez los tratamientos. De este modo, a las familias de los consumidores muchas veces se les enseña una teoría, y se los reeduca para que den el mismo mensaje que la institución tratante (tanto sea la madre misma, como en acuerdo con el padre). Los mismos tratamientos vienen a complejizar el campo introduciendo *n* mandatos en niveles cada vez más abstractos y que, al igual que los primeros mandatos de base, están reforzados por castigos o señales que anuncian un peligro para la supervivencia. El consumidor en tratamiento queda atrapado en una situación en la cual las otras personas que intervienen en la relación expresan al menos dos órdenes de mensajes que se niegan unos a otros. El paciente es incapaz de comentar las contradicciones de esos mensajes que se expresan (que tanto pueden ser emitidos por el director de la institución, como por un operador antiguo consumidor de drogas); en caso que lo haga, será cuestionado, reprendido, silenciado, se lo interpretará como una “transgresión”, tal cual sucede en algunas comunidades terapéuticas con una violencia brutal justificada como método para ajar la vanidad de estos adictos a través de las más tradicionales prácticas de confesión, arrepentimiento y castigo. El paciente debe responder

⁸³ El doble vínculo (*double bind*) opera a nivel de la significación: se adjudican dos mensajes significativos a una misma frase, en general, consignas o mandatos: “no hagas eso, o te castigaré” o “si no haces eso, te castigaré” (mandato primario) que entran en contradicción con otras que, por lo general, se expresan mediante otros signos verbales (comentarios) o no verbales (postura, gesto, tono de voz) cuyo significado puede ser: “no consideres esto un castigo”, “no me veas como el agente castigador”, “no te sometas a mis prohibiciones” (mandato secundario); y un mandato terciario que prohíbe a quien llaman “la víctima” escapar de este sistema.

únicamente lo que se espera de él y de la forma en que se le impone. La consecuencia, es que justamente se impide todo despliegue del sentido, obteniendo respuestas de sentido único como los testigos que comparecen ante un tribunal, reforzando así también el contexto persecutorio de interpretación.

Pero, ¿cómo es que alguien llega a someterse a tales tratos? Dejo abierta la pregunta. Tal sólo quiero explicitar que esta tesis puede ser tomada como una apuesta por cómo no perseguir a quien consulta más de lo que ya está perseguido (sea que efectivamente lo esté, o que tan sólo crea estarlo). En contrapartida, el tipo de paradojas con las que se opera en un psicoanálisis, se encuentran a nivel del sentido. Lejos de someter a significaciones o mandatos contradictorios que alienan al paciente dejándolo sin salida, justamente es lo que le puede permitir escapar de este campo “persecutorio” de la subjetividad por la vía del amor de transferencia que conduce a una nada, a una fisura incorporal.

Sin embargo, hay que reconocer que no todos quieren o pueden plantearse el tipo de interrogantes que supone un análisis, y no hay por qué lamentarse de que así sea. No se trata de universalizar este modo de abordar la cuestión. Cada cual con lo suyo. ¿Quién es uno para juzgarlo? Simplemente, se marca aquí un camino diferente.

Se dice que la combinación de terapias farmacológicas y conductuales o cognitivas son las que ofrecen un mejor abordaje clínico para los consumidores de drogas (San Molina, 2001, p. 208). A través de esta tesis espero también haber mostrado que hay otra vía posible. Es cierto que se ha acusado hasta el cansancio cierto fracaso del psicoanálisis frente a las toxicomanías, no sólo desde una mala propaganda, sino de parte de aquellos mismos que dicen llevar adelante una práctica analítica. Pero antes que renunciar a intervenir en ese campo, quizás haya que considerar también la posibilidad de modificar la práctica analítica y las formas de saber que ésta produce en dicho campo sobredeterminado por los saberes psicológicos. Esta tesis aspira a hacer una pequeña contribución en ese sentido.

Para ello es necesario desmontar ciertos lugares comunes. Entre ellos, la de aquel psicoanálisis que sostiene que la represión fallaría en estos individuos que consumen drogas. Dominados por sus impulsos, el problema pareciera residir en que en ellos no operaría la represión, que no controlarían demasiado sus impulsos, o no los sublimarían. El tratamiento

estaría orientado a que controlen sus goces, sus mociones pulsionales, o desvíen la meta a algún fin más adaptado. ¡Toda una moral fundamentada nada más y nada menos que en algunas tesis freudianas!

Entiendo que la cura a través de la renuncia no hace sino acrecentar la culpa, indicando en todo momento que el centro está en ese objeto maldito como mal. De allí que se observe toda una moral de la abstinencia en tantas otras propuestas de tratamiento de las adicciones. La renuncia al consumo por el castigo (método comportamental) está en una dirección ética muy diferente a aquella que orienta éticamente al psicoanalista. Podría suceder que el corte de la ley y el corte del análisis quizás corten en el mismo lugar, pero de distinta forma, por otras razones, acarreando efectos heterogéneos.

A través de estas tecnologías, se reencuentra el triple ideal de la tolerancia a la frustración, del control de los impulsos, de la aceptación de las normas: se apela a una voluntad, una conciencia o un yo que se supone debería tolerar, controlar y aceptar. Ideal de la salud mental que se define como una adaptación a una realidad considerada buenamente como la medida de los técnicos, a la que deben ajustarse sus im-pacientes.

Espero haber mostrado a través de esta tesis que, bajo ciertas condiciones del consumo de pasta base, hay una lógica de la fisura⁸⁴, pero que lejos de estar ya dada de una vez, para siempre y para todos, ha de ser construida paso a paso en cada análisis. En principio, porque no se consume de cualquier forma: cada cual es tomado por ciertas recurrencias que se le imponen a nivel motor, ideico, vincular y semiótico. Pero más esencial aún, porque hay un sistema de sentido-sin sentido en el cual ese consumo se sostiene. Y este sistema, no se construye sin las series, ni sin la paradójica instancia que las comunica (el “precursor sombrío”).

Analizando la vida de estos “hombres infames” -considerados muchas veces como epítomes de la degradación moral de la juventud y, en general, de la sociedad-, uno se da cuenta que llega un momento en que algo sucede que hace que éstos se rompan, como una placa o un vaso. ¿Qué pasó exactamente? Por supuesto que sucedieron muchas cosas, tanto

⁸⁴ En JND-ONU, 2006 se habla de “lógica del consumo”, aunque desde otra perspectiva y sin desarrollar la expresión. Ciertamente, la lógica a la que me refiero no es una bio-lógica, ni siquiera una psico-lógica, sino una lógica del (sin)sentido.

en el cuerpo social como en el cuerpo familiar: por ejemplo, la corrida bancaria del 2002, un cierto envejecimiento o alejamiento de sus padres, la depresión, enfermedad o muerte de alguien afectivamente significativo (padre, hermano, hijo, pareja, amigo). Tanto X como Z o Roperio tienen, en este sentido, sus historias trágicas que contar. Pero todos estos accidentes ruidosos ya produjeron sus efectos en su momento; y no serían suficientes por sí mismos si no socavaran, si no profundizaran algo de naturaleza muy distinta y que, por el contrario, no ha sido puesto de manifiesto por ellos sino a distancia y cuando ya es demasiado tarde: la fisura silenciosa. Esta fisura incorporal, ¿no antecede justamente o precede al *craving* de pasta base de tal o cual consumidor? Al menos hay que decir que es en la trama enunciativa (familiar, social) que subsiste desde hace un buen tiempo.

Si la cosa funciona, es esperable que un análisis permita el pasaje del desgarramiento corporal y la ansiedad del *craving* a la angustia problemática y problematizadora. En efecto, la angustia no es solamente la señal de un peligro, sino fundamentalmente el signo de una pregunta problemática. Pues la angustia que conduce al análisis siempre remite a un interrogante: “no, ¿qué estoy haciendo? Volví a la misma” –en la formulación de Z. Es una estructura problemática siempre abierta (¿dónde y cuándo?). Pregunta que podrá adoptar diversas formas, por ejemplo: “¿por qué sigo dañándome a pesar de saber a qué me conduce esta porquería?”.

Por el contrario, a menudo, muchos psicólogos y psicoanalistas, bajo el clisé del *a-dictum* -cuya etimología de lo “no-dicho” retoma, entre otros, el programa Minnesota⁸⁵-, confunden o identifican el sentido con lo dicho. Los técnicos de la salud mental, están muchas veces atados al prejuicio de que todo es expresable. En mi experiencia de trabajo con equipos de salud, muchas veces los he escuchado decir que tal o cual paciente debe decir o expresar lo que siente, lo que piensa, lo que le angustia, etcétera, porque si no lo hace está en riesgo de recaer. Si habla, si se expresa previene la recaída. Una recaída expresaría así algo que no se expresó por la vía adecuada de la palabra (enojo hacia los padres, preocupación por situación sentimental, etcétera).

⁸⁵ Cf. la sección “Adicción” (s. f.) en la página oficial de este programa de rehabilitación en Uruguay. Por lo general, se hace hincapié en el sentido de lo no-hablado (*a-dictum*), incluso en el sentido de la dependencia o esclavitud respecto al tóxico, pero se repara poco en los aspectos jurídicos del término adicción. En efecto, en la antigua Roma se encontraban entre las varias formas jurídicas de la adicción, la *addictio debitoris* (entrega del deudor) (Abarca, 1992). En efecto, la deuda no es ajena a la experiencia de la adicción, y se pueden contar distintos tipos de deudas que contraen los lateros: con el boca que le fía, con quienes le prestan dinero, con la familia que lo apoya en su tratamiento (X se sentía en deuda con ellos), entre otras.

Para dichos técnicos, quien no pone en palabras su angustia pareciera ser presa de la adicción. Pero, ¿qué supuestos están allí implícitos? Que poner en palabras es más sano que poner en acto. Ahora, ¿en qué palabras? ¿Las que entienden los adultos, los padres, los profesores, los psicólogos? Si hay algo que me he esforzado por demostrar es que los consumidores emplean muchas palabras. Pero que no se entiende nada de lo que dicen, en la medida que quienes los oyen no se preguntan por el sentido de lo que expresan. Por el contrario, a nivel de la lógica del (sin)sentido no interesa tanto el *dictum* mismo, sino lo “*dicibile*” (Culioli, 2002), no lo dicho o lo no-dicho de los adictos, sino lo decible, lo expresable, lo enunciable en lo dicho, en la expresión que no se confunde con el enunciado.

Por eso, cuando se le propone hablar en lugar de actuar a un adicto, se lo sigue encerrado en el círculo del enunciado. Lo fundamental en el hablar no es tanto manifestar sentimientos, emociones, ideas reprimidas, pues “*hablar es esencialmente transformar lo visible en invisible*” (Blanchot, 2002, p. 127). Hablar aquí no es nada, no tiene consecuencias, no permite pasar a otra cosa, si no se extrae de toda esa sintomatología de los simulacros la parte inefectuable del acontecimiento, lo invisible de lo visible (Blanchot, 2002), si no se pasa de la causa de la sintomatología a la casi-cause del incorporal. Quizá un análisis podría permitir que ese simulacro de nada, esa casi-nada, pero con una brutal consistencia imaginaria, es decir, corporal, realmente llegue a nada. No meramente por la vía de la abstinencia (que no consume nada de eso); el consumo puede o no estar, pero lo que ha de caer es la consistencia imaginaria que la coloca en el centro de una vida.

Se puede apreciar que en este análisis, no se trata de rechazar la fisura sino de incorporalarla, transustancializarla para nuevos modos. Eventualmente, asegurar cierta permanencia de los efectos del consumo (corte con cierta forma insoportable de dolor o angustia) por otras vías no necesariamente tóxicas y más efectivas.

En este sentido, el análisis que propongo está lejos de aquella empresa de sutura de la fisura fundamental que llevan adelante gran parte de los discursos científicos, psiquiátricos, terapéuticos, educativos, psicoanalíticos mismos, o de los anónimos, cada vez que sus destinatarios son sometidos a una significación, una explicación (X se queja: “yo a veces estoy angustiado o quemado”, pero luego de hablar con un técnico se entera de que “el consumidor cuando deja de consumir empieza otra vida, le pegan más los sentimientos”), o incluso a una salvación o rescate a su consumo. Muchas veces se le ofrece información o saber psi (“los efectos del consumo son estos, así que, de continuar así...”), otras, identidad o un yo para el

sujeto (“aunque no lo quiera reconocer, usted es un adicto”); otras, un objeto sustituto (terapia por cocalización⁸⁶, por ejemplo).

¿Pero acaso la sutura es lograda, es posible? ¿No convendrá, en cambio, ir en la dirección de mantener la fisura, de no buscar suturarla –operación fallida-, sino de incorporalizarla, de hacer que ascienda a la superficie sin buscar cerrar o coser rápidamente la herida? El análisis enseña que por esta vía probablemente en algún otro lugar la fisura reaparecerá, de alguna u otra forma retornará (verbigracia, por medio de otras adicciones o consumos sustitutivos o incluso cosas peores). No se trata de taponar los agujeros, sino justamente de agujerear las suturas, lo cual exige atravesar lo que un discurso explicita de sí mismo; que se distinga de su significación, su letra, para que caiga su significación.

Los sentidos producidos en el análisis son los que pueden abrir diferentes mundos posibles como otras tantas variables o posibilidades. Por ejemplo, “ser consumidor” y “confitero” para X, “ser consumidor” y “ser constructor” para Z. La intervención de Y apuntaba entonces no tanto a restituir, pues no hay regresión o vuelta atrás posible, sino a crear las condiciones de emergencia del sentido que cree esos mundos allende el mundo de la droga. Para alguien que dice que “estaba **en el horno**” (X), pasar a trabajar en una panadería llevando las masas “al horno”, significa todo un cambio de posición subjetiva (cosa que sucedió durante su tratamiento en el Portal Amarillo). Pero, aun así, eso no basta. No basta con que, a través de un juego de permutaciones significantes, se pase de cocinar **frula**, a hornear una pasta frola en la repostería. Hace falta un paso más, a saber, que se desprenda un verbo, que se extraiga un infinitivo como forma pura del acontecimiento. Así como privarse de la pasta base, abstenerse, no puede confundirse con el verdadero corte. No basta con dejar de consumir, si no hay una reinversión subjetiva que se vuelva incompatible con la subjetividad del mundo de la pasta base. No basta con conseguir trabajo, estudio, novia. Es necesario restablecer esa dimensión del (sin)sentido que ha permanecido durante el consumo en un *impasse*. Pues cada efecto de (sin)sentido abre a otros mundos posibles.

Ahora bien, no hay que pensar que el análisis del sentido de inmediato permitirá pasar de la fisura profunda corporal a la superficial incorporal. Tanto X como Z han tenido recaídas durante la intervención de Y, contemporánea al tratamiento en el Portal Amarillo. Y aún

⁸⁶ Para el tratamiento de la adicción al clorhidrato de cocaína, crack y a la pasta de coca, en Perú se ha estado recurriendo a la ingestión de cápsulas de harina de coca, con o sin sustancias alcalinas, o en su variante, acompañadas de una taza de mate de coca (Llosa, T., Chang-Fung, Flores, Dongo, Luna, & Llosa, L. M., 2006).

después. Eso no es suficiente, de todos modos, para evaluar la eficacia de una intervención. Como sucede en otros, no hay pasaje a otra cosa sin la eclosión de recaídas más o menos intensas, más o menos seguidas. Ahora bien, no significa que entre cada aparición de los simulacros, en el interior de la serie repetitiva del simulacro, no se vayan dando giros subjetivos, construcciones y declinaciones fantasmáticas, que hacen que se modifiquen las antiguas formas de gozar, de desear, de angustiarse y hasta de amar. Sólo que nadie puede asegurar de antemano que esto vaya a suceder, ni cómo vaya a suceder. La apuesta se renueva cada vez.

Sucede que en manera alguna se trata, como ya se ha dicho, de simulacros o de fisuras personales. Entiendo que es necesario sea investigada cada vez la presencia de esa “fisura a dos” de la cual he hablado, la cual no necesariamente corresponde a la de dos consumidores de pasta base (Z contaba que mientras él consumía, su pareja tenía los mismos descaecimientos: “y eso me duele pensar cómo la vi a ella, ella me vio mal y ella estaba re mal, estaba flaca, parecía que estuviera consumiendo conmigo”) ni significa que en esa fisura de a dos, de al menos dos, de a varios podría ser, no exista una disparidad con relación a la posición subjetiva de cada cual, una relación diferencial de cada uno con esa o esas fisuras conjuntas. Se trata de pesquisar toda esa serie de simulacros que lejos de limitarse a los contornos de la piel del cuerpo individual, atraviesan el campo familiar y social.

En este sentido, he constatado en mi experiencia clínica que, contrariamente a lo que se imagina, cuando alguien cesa de consumir, se corren riesgos que pueden comprometer tanto su vida como la de sus allegados. De allí la necesidad de eventuales hospitalizaciones (Z ya había pasado dos internaciones en el Residencial del Portal Amarillo cuando comenzamos las entrevistas) o del empleo de otros recursos (farmacológicos, por ejemplo). Del mismo modo, la madre de X inició tratamiento psiquiátrico cuando éste comenzó un período de abstinencia. En mi experiencia clínica, he encontrado que es muy frecuente que en padres o parejas de consumidores abstinentes aparezcan distintos tipos de enfermedades (cáncer, diabetes), les sobrevengan distintos accidentes (de tránsito, cardiovasculares) o presenten episodios que requieran asistencia “psi” (crisis de ansiedad, intentos de autoeliminación, delirios, depresión). Se podrá ver así cuán ilusoria es la creencia de que todo va a estar mejor cuando el “usuario problemático” se “cure” de la adicción (típica la frase “si él está bien, nosotros estamos bien”).

Se dirá que esos sucesos se deben al estrés por las situaciones vinculadas al consumo de Fulano. ¿Y si fuera justamente al revés? Hay que analizarlo en cada caso, pues si “la

enfermedad no es sólo desequilibrio o desarmonía, también es –y puede ser principalmente- esfuerzo de la naturaleza en el hombre para obtener un nuevo equilibrio” (Canguilhem, 1986: 18), no es extraño que obtenido ese nuevo equilibrio, el desequilibrio aparezca por otro lado. Cuando en la familia de un consumidor en abstinencia sobrevienen los eventos mencionados, ¿acaso la fisura no se encarna en otro que la vive, la experimenta en carne propia, aunque bajo otras especies? Pues, la fisura tiene distintas figuras, distintos modos y contenidos –es lo que aquí he llamado “modalismo de la fisura”.

¿Cómo se concluye pues respecto al punto de partida, es decir, de salida –con toda la ambigüedad que este término comporta⁸⁷? ¿Es que se ha avanzado en algo? Recapitulando, y antes de someter esta tesis al juicio del lector, quisiera retomar los planos de problematización que distinguía en la introducción. Primero, el de la escritura de la tesis. La consideración del (sin)sentido me ha llevado a echar mano de un estilo de escritura “disnarrativa” que, dejando a un lado la “psicología profunda” del individuo (personaje, héroe, paciente), se desembaraza de la exigencia de continuidad, causalidad y linealidad del sentido único y común y del discurso pretendidamente objetivante. Eso me ha permitido prestar atención a las resonancias de series coexistentes de expresiones desprendidas de anécdotas tan disímiles entre sí como una crisis de pánico, un rito de umbanda, una pesadilla, un dibujo, una situación de violencia doméstica y una idea fija y recurrente que emerge como efecto del consumo de pasta básica. Este abordaje hizo posible una nueva aproximación a la cuestión del tiempo, de la temporalidad en el consumo –tengo que decir aquí que esa era la cuestión que me había propuesto investigar en primer lugar, al comienzo de la maestría, y que sin saber cómo hacerlo en ese momento no fue sino por el rodeo del (sin)sentido que terminé abordándola. Pues al lado de la supuesta búsqueda del placer inmediato, he descubierto tanto el tiempo en que no pasa nada, en que la duración deviene sencillamente “dura” bajo los efectos del consumo, como la emergencia del futuro perfecto en los enunciados de los consumidores “en rehabilitación” ligado a sus formas épicas de presentación. La organización en dosis de las partes de la tesis y la nominación de los capítulos que toma expresiones del argot mismo de quienes he estudiado, han sido la consecuencia lógica de una apuesta por asentir al saber de la fisura puesta cada vez allí en juego. Ponerlo por escrito es lo que me ha conducido a realizar ciertos hallazgos que de otra manera habría pasado por alto.

⁸⁷ Comienzo, término o fin, medio o razón, escapatoria, pretexto, recurso, apetito, posibilidad, dirección, velocidad, ocurrencia (RAE, 2010). Se puede ver así el equívoco que subsiste en la pregunta “¿hay una salida?”.

Luego, el plano de la elaboración del caso. La consideración de la dimensión del (sin)sentido me ha orientado hacia una forma de presentación del material cualitativo diferente a la viñeta, el historial, la monografía clínica, la fábrica del caso y el caso novelado: el estudio de “fragmentos” de entrevistas analíticas. En dicha construcción, el énfasis ha estado en el caso entendido como acontecimiento. No se ha tratado, entonces, de hacer el caso X, Z o Roperio, sino de presentar los acontecimientos como efectos de la puesta en resonancia de sus distintas expresiones. Así, conviene referirse al caso “embicharse”, más que al de “Fulano de Tal”.

Con respecto al método de investigación, he expuesto los procedimientos adecuados al estudio de la dimensión expresiva del enunciado y a la forma de interpretar los datos a través de una operacionalización de la “lógica del sentido” que ha logrado producir ciertas series e identificar algunas paradojas en los enunciados de los consumidores de pasta base. Este camino ha debido despejarse al margen y diferenciándose de los métodos que hasta el momento se emplean en los diseños cualitativos de investigación para el análisis de los enunciados, a saber: el análisis de contenido y el análisis de discurso, métodos que no abordan la dimensión del (sin)sentido sino de la significación –al menos como se la define en la nomenclatura que aquí se ha empleado. No tengo noticia de que exista una aplicación de este método de la lógica del sentido tal como aquí se ha realizado en ningún otro tipo de investigación que haya sido emprendida en el campo de las adicciones ni en campo de estudio alguno de la Psicología Clínica.

En cuanto al tema de investigación, he explorado por primera vez –ya he señalado la dificultad que ello ha supuesto- desde un punto de vista psicoanalítico que recoge los estudios sobre “la lógica del sentido”, el (sin)sentido de las expresiones de los consumidores de pasta base –desdenadas y hasta prohibidas en los centros de tratamiento de adicciones cuando éstas pertenecen a lo que llamo el “argot de la fisura”. Así, pienso que he podido extraer cierto saber que vehicula esa lengua extraña –aunque no es raro que dicho saber no sea sabido por el propio sujeto de enunciación- en lugar de inyectarle un sentido ya preestablecido por un “saber psicológico” universal y abstracto. He emprendido así un análisis semiótico hasta entonces inédito de la llamada “lengua plancha”. Estudiar y aprender de ese saber de la fisura, me ha preparado para indicar, en primer lugar, la lógica paradójica que anima el consumo de pasta base y que va a contrapelo del sentido único y el sentido común. Había partido de la intuición de que al lado de los efectos fisiológicos, toxicológicos, orgánicos y psicológicos que las drogas, en concreto la pasta base, provocan sobre los consumidores existen otro tipo de

efectos: los efectos de sentido. Espero haber aportado la suficiente evidencia empírica que sustenta dicha tesis. Para arribar a ello, he señalado que no se trata de ir a la busca de las explicaciones o significaciones causales (de las más biológicas a las más psicosociológicas) del consumo, de la adicción o de las recaídas, sino de propiciar la emergencia de la semi-causa incorporal.

Por último, el método clínico. He remarcado la importancia del análisis de la literalidad de los enunciados presentes tanto en los relatos de los sueños –sean o no de consumo- como en las experiencias de consumo y de fisura de los sujetos en cuestión, como vía de reconstitución de la dimensión del (sin)sentido. Indagar la semiología de esa fisura, me ha dirigido también hacia una nueva manera de analizar fenómenos clínicos pocas veces relevados en la literatura especializada. Por ejemplo, cuando en ausencia del tóxico se despiertan las mismas reacciones que ante su ingesta, como efectos estrictamente semióticos (desencadenados por determinados signos que no siempre son verbales): he mostrado que se trata de una encarnación de la fisura incorporal por efecto de la ausencia o pérdida de la dimensión del (sin)sentido. Otro fenómeno poco advertido es la cantidad de veces que se repiten las operaciones para procurarse dosis pequeñas de pasta base en un lapso relativamente breve (una noche, por ejemplo), en lugar de hacer una única compra. He resaltado el lugar de este fenómeno destacando que no se trata únicamente de la ingestión del tóxico sino de cierta intensificación de la fisura y de la angustia de persecución. Pues es justamente el campo persecutorio el que esta exploración me ha permitido poner de relieve como campo en el que se inscribe eminentemente la experiencia del fisurado. Finalmente, he podido distinguir una doble estructura en dicha experiencia de la fisura (en tanto accidente en el cuerpo y en tanto acontecimiento incorporal) así como una “fisura a dos” hasta ahora creo que jamás descrita. Esa “fisura a dos” me ha hecho situar de otra manera la cuestión de los lazos sociales en las condiciones del consumo de pasta base, e indicar que otra topología es necesaria para pensar estos fenómenos como no individuales sino relativos a una forma de subjetivación abierta en la que el cuerpo propio y el del otro no están separados por la superficie de la piel. Así aparecen el amor, el odio, pero también la indiferencia y la fisura misma como estructuras donde el adentro y el afuera son indiscernibles. De allí también, los fenómenos de descompensación que sobrevienen en el período de abstinencia y que no atañen únicamente al cuerpo del drogado. De ese modo, he podido aproximarme a una formulación del erotismo particular (a saber: erótica del duelo, erótica eléctrica, erótica de la persecuta) que en cada caso se entrama de una manera singular.

Por eso, los hallazgos que aquí se han realizado no son generalizables. Pero eso, por ejemplo, no es debido a que se ha tratado aquí sin pretensiones de representatividad estadística, o porque se ha estudiado el consumo únicamente en varones. Es cierto que las estadísticas muestran que hay un menor consumo de pasta base en mujeres y debo decir que, al menos en mi práctica clínica, las consultas que he atendido han sido en su mayoría a varones, ¿quedaría por investigar cómo funciona esta lógica del (sin)sentido en casos de mujeres consumidoras de pasta base desde una perspectiva de “género y drogas” (Olivera, s./f.)? En mi práctica me había encontrado que con frecuencia el inicio de dicho consumo de pasta base en mujeres estaba relacionado con sus parejas que ya consumían, y no tanto con los lazos de amistad, como solía escucharlo en varones. Sin embargo, el caso de Z pone esto en entredicho, pues él se inició en el consumo de pasta base a instancias de su ex-mujer. Sería también pertinente hacer dicho estudio desde una perspectiva *queer* donde las categorías de “consumo masculino” y “consumo femenino” sean cuestionadas.

Como esa, luego de este estudio, imagino otras posibles investigaciones. En los estados de intoxicación se podría investigar más a fondo la pérdida de la dimensión del (sin)sentido y la presencia de lo que aquí se ha tratado como “simulacros”, ya sea en puerta de emergencia o en internaciones agudas.

Por otro lado, se puede investigar cómo funciona esta lógica del consumo en los casos donde la abolición del (sin)sentido ya está dada y, en lugar del sinsentido de la superficie, se encuentran los simulacros de las profundidades: allí donde ya no funciona esa topología de superficie donde el sentido circula entre las palabras y las cosas, los enunciados y los cuerpos sino que, en la medida que las palabras son ahora las cosas, ya no hay sentido posible; allí donde la angustia se vuelve profunda, el dolor inenarrable, o se encuentra ya sea el despedazamiento o vaciamiento inminente del cuerpo, ya la eclosión del delirio de persecución. ¿Acaso estos fenómenos presentes en el campo de lo que se han llamado “las psicosis” no pueden ser muchas veces acotados por el uso del tóxico o por la consistencia imaginaria, la explicación, la identidad, que proporciona el “ser adicto”?

¿Y cómo opera la lógica del (sin)sentido respecto al consumo de las distintas sustancias psicoactivas? He tomado la experiencia del consumo de drogas en su límite -al menos tal cual se presenta en el Cono Sur-, en su excesiva desmesura, en su emergencia urticante, pero ¿podría extenderse este tipo de análisis a consumidores de otros productos tóxicos?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AAVV. (1996). *La folie à deux*. Córdoba: Documentos Edelp.
- Abarca, R. R. F. (1992). *Diccionario Jurídico Latino*. Arequipa: Univ. Sta. María de Arequipa-Perú. Recuperado de <http://www.ucsm.edu.pe/rabarcaf/vojula00.htm>
- Adicción (s. f.). *Clínica Minnesota*. Recuperado de: <http://www.programaminnesota.com.uy/adiccion.html>
- Albertín, P., Cubells, J. & Íñiguez-Rueda, L. (2008). La posición de las personas que usan drogas: elementos de reflexión para una intervención sociosanitaria. *Salud y drogas*, 157-172. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/839/83912986003.pdf>
- Allouch, J. (1984). *Letra por letra. Transcribir, traducir, transliterar*. Bs. As., Argentina: Edelp.
- Allouch, J. (1990). *Introduction à une discussion sur la fabrique du cas*, Paris. Recuperado de: <http://www.jeanallouch.com/document/196/1990-introduction-a-une-discussion-sur-la-fabrique-du-cas.html>
- Allouch, J. (1994). *Freud, y después Lacan*. Bs. As.: Edelp. (Trabajo original publicado en 1993).
- Allouch, J. (2006). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Bs. As.: Ediciones literales. (Trabajo original publicado en 1995).
- Allouch, J. (2013). Fascination et escamotage. Remarques sur La vie descriptible de Michel Foucault de David Halperin. En *Cahiers de l'Unebévúe*, "Saint Foucault un miracle ou deux ?". París: ed. l'Unebévúe. "... devant qui on écrit de ce qu'on écrit sur qui on écrit...". La traducción es mía.
- Allouch, J., Porge, E., Viltard, M. (1995). *El doble crimen de las hermanas Papin*. México: Epee. (Trabajo original publicado en 1984).
- Ansermet, F. & Magistretti, P. (2008). *A cada cual su cerebro. Plasticidad neuronal e inconsciente*. Bs. As.: Katz.
- Aristóteles (1983). *Acerca del alma*. Madrid: Gredos. (Trabajo original publicado en 350 a.C.)
- Artaud, A. (1925). La liquidation de l'opium. *La Révolution Surréaliste*, 2. Recuperado de http://melusine.univ-paris3.fr/Revolution_surrealiste/Revol_surr_2.htm
- Austin, J. (1990). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Baños Orellana, J. (1999). *El escritorio de Lacan*. Bs. As.: Oficio analítico.

- Bardin, L. (2002). *El análisis de contenido*. Madrid: Akal. (Trabajo original publicado en 1977).
- Barrantes, G. (2011). *Tesis de maestría "Escándalo secreto. La estrategia de nominación de Sidonie Csillag, de "joven homosexual de Freud" a lesbiana en el siglo XX"*. San José: Universidad de Costa Rica (inédita).
- Barthes, R. (1993). *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1985).
- Bataille, G. (2002). *El erotismo*. Barcelona: Tusquets. (Trabajo original publicado en 1957).
- Bateson, G., Jackson, D., Haley, J. & Weakland, J. (1971). Hacia una teoría de la esquizofrenia. En Sluzki, C. (comp.). *Interacción familiar. Aportes fundamentales sobre teoría y técnica*. Bs. As.: Tiempo contemporáneo. (Trabajo original publicado en 1956).
- Baudrillard, J. (1969). *El sistema de los objetos*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1968).
- Baudrillard, J. (1979). *Crítica de la economía política del signo*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1972).
- Baudrillard, J. (2009). *La sociedad de consumo*. Madrid: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1970).
- Bayce, R., Eira, G., Fernández, J. y García, C. (1998). *Enteogénesis, las búsquedas de los estados alterados de conciencia*. Montevideo: Multiplicidades.
- Bentham, J. (2005). *Teoría de las ficciones*. Madrid: Marcial Pons. (Trabajo original publicado en 1932).
- Bento, V. (1986, junio-marzo). O paradoxo da vivência do toxicômano. *Arq. bras. psicol.*, 47-57.
- Benveniste, É. (1977). *Problemas de lingüística general II*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1974).
- Bielli, A. (2012). *La introducción de los antidepresivos en Uruguay (1950-2000): transformación de los saberes psicológicos*. Montevideo: Universidad de la República.
- Bilbao, A. et al. (2008). Loss of the Ca²⁺/calmodulin-dependent protein kinase type IV in dopaminergic neurons enhances behavioral effects of cocaine. *Proceedings of the National Academy of Science of the United States of America*, 105(45), 17549–17554. Recuperado de <http://www.pnas.org/content/105/45/17549.abstract>

- Blajaquis, C. (2011). *Autobiografía*. Recuperado de <http://camiloblajaquis.blogspot.com/2011/07/autobiografia.html#links>
- Blanchot, M. (2002). *El espacio literario*. Madrid: Editora Nacional. (Trabajo original publicado en 1955).
- Bó Sánchez, N. & Belistri, U. (2007). Problemas planteados por el consumo de PBC en la psiquiatría forense. *Rev. Psiquiatr. Urug.*, 71(1), 9-19. Recuperado de http://www.spu.org.uy/revista/set2007/02_homenaje.pdf
- Bolaño, R. (1999). *Amuleto*. Anagrama. Barcelona.
- Botto, S., Naparstek, F. & Salamone, L. D. (Eds.) (2003). *El psicoanálisis aplicado a las toxicomanías*. Bs. As.: TyA.
- Bousoño, N., D'Andrea, A. & Gorodneff, G. (2009). Paco, la intoxicación con el desecho. *Pharmakon*, 11, 23-30. Bs. As.: Grama.
- Bréhier, É. (1928). *La Théorie des incorporels dans l'ancien stoïcisme*. Paris: Vrin.
- Bruzzzone, D. (2007). *Consumir sin que te consuman, Jóvenes y prácticas de consumo de pasta base en sectores populares*. Bs. As.: UNLP.
- Burroughs, W. (1977). *Junky*. New York: Penguin Books. "Junk is a cellular equation that teaches the user facts of general validity. I have learned a great deal from using junk: I have seen life measured out in eyedroppers of morphine solution. I experienced the agonizing deprivation of junk sickness, and the pleasure of relief when junk-thirsty cells drank from the needle. Perhaps all pleasure is relief. I have learned the cellular stoicism that junk teaches the user. I have seen a cell full of sick junkies silent and immobile in separate misery. They knew the pointlessness of complaining or moving. They knew that basically no one can help anyone else. There is no key, no secret someone else has that he can give you. I have learned the junk equation. Junk is not, like alcohol or weed, a means to increased enjoyment of life. Junk is not a kick. It is a way of life". La traducción es mía.
- Burroughs, W. (2001). *The naked lunch*. New York: Grove Press. (Trabajo original publicado en 1959).
- Calafat, A., Juan, M., Becoña, E., Fernández, C., Gil, E. & Llopis, J.J. (2001). Vida social de la cocaína. *Adicciones*, 13(2), 61-103. Recuperado de http://www.adicciones.es/ficha_art_new.php?art=467
- Cancina, P. (1997). *La fábrica del caso: la sra. C.* Rosario: Homo Sapiens.
- Cancina, P. (1999). *La fábrica del caso II: Los personajes de Ernesto Sábato*. Rosario: Homo Sapiens.

- Canguilhem, G. (1986). *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1966).
- Capurro, R., Nin, D. (1995). *Extraviada. Del parricidio al delirio*. Bs. As.: Edelp.
- Carhart-Harris, R., Mayberg, H., Malizia, A. & Nutt, D. (2009). Mourning and melancholia revisited: correspondences between principles of Freudian metapsychology and empirical findings in neuropsychiatry. *Annals of General Psychiatry*, 7(9).
Recuperado de <http://www.annals-general-psychiatry.com/content/7/1/9>
- Cassin, B. (2012). *Jacques le sophiste. Lacan, logos et psychanalyse*. Paris: EPEL.
- Castaneda, C. (2007). *Las enseñanzas de don Juan*. México: FCE. (Trabajo original publicado en 1968).
- Castaño, G. A. (2000). Cocaínas fumables en Latinoamérica. *Adicciones*, 12(4), 541-550.
Recuperado de <http://www.adicciones.es/files/castano.pdf>
- Cervantes, M., et al. (2004). *No te enganches con la lata*. Montevideo: Instituto IDES.
- Chassaing, J.-L. (2011). *Drogue et langage. Ducorps et de lalangue*. Paris: Érès.
- Chatel, M-M. (1994). Sens ou effet du sens. *Revue du Littoral: Pléthore de sens*, 39, 7-18.
Paris : EPEL.
- Conte, M. (2012). Le corps en évidence. Considérations sur l'usage de drogues et BRASILIDADE. En Chassaing, J.-L. *Drogue et langage. Ducorps et de lalangue* (pp. 176-218). Paris: Érès. "Le paradoxe peut être décrit de la manière suivante: le toxicomane, initialement, cherche la drogue pour se libérer des trames du désir de l'Autre et finit par être prisonnier de la drogue, en tant qu'Autre réel, absolu, il reste dans la position d'esclave, sans possibilité d'en avoir l'usufruit. Il reste au service de la jouissance de l'Autre, de manière sacrificielle". La traducción es mía.
- Cornish, J. L. & Kalivas, P. W. (2000). Glutamate Transmission in the Nucleus Accumbens Mediates Relapse in Cocaine Addiction. *The Journal of Neuroscience*, 20, 1-5.
Recuperado de <http://www.sciencemag.org/content/251/5001/1580.short>
- Corominas, M., Roncero, C., Brugera, E. & Casas, M., (2007). Sistema dopaminérgico y adicciones. *Revista de Neurología*, 44(1), 23-31.
- Cueva, E. & Saad, J. (2004). Técnicas cognitivo-conductuales vs. psicoanálisis. Investigación en pacientes farmacodependientes. *Psiquiatría.com Revista Internacional Online*, 8(2). Recuperado de <http://www.psiquiatría.com/revistas/index.php/psiquiatríacom/article/view/311>
- Culioli, A. (2002). *Variations sur la linguistique*. Paris: Klincksieck. Recuperado de <http://comycult.files.wordpress.com/2009/03/culioli-1.pdf>

- Danza, C. (2009). ¿Tratable o intratable? La comunidad terapéutica para drogodependientes, una alternativa. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, 73(1), 99-108. Recuperado de http://www.spu.org.uy/revista/ago2009/03_RV_02.pdf
- Davoine, F. (1992). *La folie Wittgenstein*. Paris : EPEL.
- De Quincey, Th. (1998). *Confesiones de un opiómano inglés*. México; Fontamara. (Trabajo original publicado en 1822).
- De Saussure, F. (1945). *Curso de lingüística general*. Bs. As.: Losada. (Trabajo original publicado en 1913).
- Defoe, D. (1981). *Robinson Crusoe*. Barcelona: Bruguera. (Trabajo original publicado en 1719).
- Deleuze, G. (1980). Dos regímenes de locos. En *Psicoanálisis y semiótica* (pp. 22-26). Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1975).
- Deleuze, G. (1984). *Francis Bacon. Lógica de la sensación*. Revista "Sé Cauto".
- Deleuze, G. (1986). *Foucault*. Bs. As.: Paidós Studio.
- Deleuze, G. (2001). *Lógica del sentido*. Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1969).
- Deleuze, G. (2002). *Diferencia y repetición*. Bs. As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1969).
- Deleuze, G. (2005). ¿Cómo reconocer el estructuralismo? En *La isla desierta y otros textos* (pp. 223-250). Valencia: Pre-Textos. (Trabajo original publicado en 1972).
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1994). *Mil mesetas*. Valencia: Pre-Textos. (Trabajo original publicado en 1980).
- Delgado, J. M. & Gutiérrez, J. (1999). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis.
- Derrida, J. (1975). La farmacia de Platón. En *La diseminación* (pp. 91-262). Madrid: Fundamentos. (Trabajo original publicado en 1968).
- Duras, M. (1987). *La Vie matérielle*. Paris: P.O.L.
- Eco, U. (1988). *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen. (Trabajo original publicado en 1975).
- Eidelsztein, A. (2006). *La topología en la clínica psicoanalítica*. Bs. As.: Letra Viva.
- Eira Charquero, G. (2009). *Los Procesos de Significación en las prácticas relacionadas con el consumo de Pasta base. Informe final*. Montevideo: CSIC-UdelaR. Inédito.
- El exterminador hizo bien su trabajo. Juicio contra William Burroughs*. (2010). Madrid: La Felguera.

- Escohotado, A. (1989). *Historia general de las drogas*. Madrid: Alianza.
- Familia. (s. f.). *Clínica Minnesota*. Recuperado de:
<http://www.programaminnesota.com.uy/la-familia.html>
- Fernández-Espejo, E. (2006). "Neurobiología de la adicción a psicoestimulantes". *Rev. Neurol.*, 43(3), 147-154. Recuperado de
<http://www.neurologia.com/pdf/Web/4303/w030147.pdf>
- Fernández Romar, J. (2001). *Los fármacos malditos*. Montevideo: Nordan.
- Ferrando, R. et al. (2009). Alteraciones de la perfusión cerebral en consumidores activos de pasta base de cocaína. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, 73(1), 51-62.
Recuperado de http://www.spu.org.uy/revista/ago2009/02_TO_04.pdf
- Fidacaro, P. (2007). El sujeto toxi-fóbico. Montevideo: Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis (inédito).
- Folgar, L. (2001). La serpiente mordiendo la cola en los Palomares. *Anuario: Antropología Social y Cultural en Uruguay*. 109-122. Recuperado de
<http://www.unesco.org.uy/shs/fileadmin/templates/shs/archivos/anuario2001/7-folgar.pdf>
- Folgar, L. (2003). Aportes antropológicos sobre la construcción del tema "drogas". *Antropología social y cultural en Uruguay (anuario)*, 25-37. Recuperado de
http://www.unesco.org.uy/shs/fileadmin/templates/shs/archivos/anuario2002/articulo_02.pdf
- Folgar, L. (2006). De lata y lateros: usuarios de PBC y sus mundos de sentido. *Antropología Social y Cultural en Uruguay (anuario)*. 170-185. Recuperado de
http://www.unesco.org.uy/shs/fileadmin/templates/shs/archivos/anuario2006/art06_20.pdf
- Foucault, M. (1987). La lucha por la castidad. En Ariès, Ph., Béjin, A., Foucault, M. y otros. *Sexualidades occidentales* (pp. 33-50). Bs. As.: Paidós. (Trabajo original publicado en 1982).
- Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: La Piqueta. (Trabajo original publicado en 1983).
- Foucault, M. (1999). *Raymond Roussel*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1963).
- FUCOT (Federación Uruguaya de Comunidades Terapéuticas) (2001). *Drogas, ética y transgresión*. Montevideo: Psicolibros.

- Frankl, V. (1987). *El hombre doliente*. Barcelona: Herder. (Trabajo original publicado en 1975).
- Freud, S. (1980). *Escritos sobre la cocaína*. Barcelona: Anagrama. (Trabajo original publicado en 1887).
- Freud, S. (1985). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras completas. Vol. 20* (pp. 71-161). Bs. As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- Freud, S. (1991a). Conferencia 22ª. En *Obras completas. Vol. 16* (pp. 309-325). Bs. As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).
- Freud, S. (1991b). Sobre los recuerdos encubridores. En *Obras completas. Vol. 3* (pp. 291-316). Bs. As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1899).
- Freud, S. (1992a). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En *Obras completas. Vol. 10* (pp. 119-194). Bs. As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1909).
- Freud, S. (1992b). Duelo y melancolía. En *Obras completas. Vol. 14* (pp. 235-256). Bs. As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1917).
- Freud, S. (1995). Más allá del principio del placer. En *Obras Completas. Vol. 18* (pp. 1-62). Bs. As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Gil-Verona, J. A. et al. (2003). Neurobiología de la adicción a las drogas de abuso. *Rev. Neurol.*, 36(4), 361-365. Recuperado de:
<http://www.neurologia.com/pdf/web/3604/o040361.pdf>
- Greimas, A. J. & Courtés, J. (1990). *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje. Tomo I*. Madrid: Gredos. (Trabajo original publicado en 1979).
- González García, J. M. (2001). Metáforas de la subjetividad. En Crespo, E. y Soldevilla, C. *La constitución social de la subjetividad* (pp. 79-98). Madrid: Los libros de la Catarata.
- Guattari, F. (1976). Máquina y estructura. En *Psicoanálisis y transversalidad. Crítica psicoanalítica de las instituciones* (pp. 274-283). Bs. As.: siglo XXI.
- Guattari, F. (1980). Semiologías significantes y semiologías asignificantes. En Verdiglione, A. et. al. *Psicoanálisis y semiótica* (pp. 11-21). Barcelona: Gedisa.
- Hernández, M. Analizan incidencia de la cafeína en la pasta base. Entrevista a Cecilia Scorza y José Pedro Prieto (2013, 23 de julio). *Diario La República*. Recuperado de
<http://www.republica.com.uy/cientificos-analizan-la-incidencia-de-cafeina-en-la-pasta-base-de-cocaina/>
- Hjelmslev, L. (1971). *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos. (Trabajo original publicado en 1943).

- Hounie, A. (2013). *Tesis doctoral "La construcción de saber en la clínica"*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Recuperado de <http://eprints.ucm.es/20464/1/T34360.pdf>
- Husserl, E. (1962). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. México: FCE. (Trabajo original publicado en 1913).
- Husserl, E. (1982). *Investigaciones lógicas I*. Madrid: Alianza. (Trabajo original publicado en 1913).
- Huxley, A. (1954). *The doors of perception*. New York: Harper and Brothers. "I spent several minutes - or was it several centuries? - not merely gazing at those bamboo legs, but actually being them - or rather being myself in them; or, to be still more accurate (for 'I' was not involved in the case, nor in a certain sense were 'they') being my Not-self in the Not-self which was the chair". "Confronted by a chair which looked like the Last Judgment - or, to be more accurate, by a Last Judgment which, after a long time and with considerable difficulty, I recognized as a chair - I found myself all at once on the brink of panic. This, I suddenly felt, was going too far. Too far, even though the going was into intense beauty, deeper significance. The fear, as I analyze it in retrospect, was of being overwhelmed, of disintegrating under a pressure of reality greater than a mind, accustomed to living most of the time in a cosy world of symbols, could possibly bear". La traducción es mía.
- Huxley, A. (1956). *Heaven and Hell*. New York: Harper and Brothers. "I have spoken so far only of the blissful visionary experience and of its interpretation in terms of theology, its translation into art. But visionary experience is not always blissful. It is sometimes terrible. There is hell as well as heaven. Like heaven, the visionary hell has its praeternatural light and its praeternatural significance. But the significance is intrinsically appalling and the light is 'the smoky light' of the *Tibetan Book of the Dead*, the 'darkness visible' of Milton. (...) Everything in it, from the stars in the sky to the dust under their feet, is unspeakably sinister or disgusting; every event is charged with a hateful significance; every object manifests the presence of an Indwelling Horror, infinite, all-powerful, eternal". La traducción es mía.
- I-TECH (s. f.), *Viñetas clínicas estructuradas*, Recuperado de: <http://www.go2itech.org>
- Ibáñez, J. (1997). *A contracorriente*. Madrid: Fundamentos.
- Iñiguez, L. (2009). *El análisis de la información*. Recuperado de <http://psicologiasocial.uab.cat/lupicinio>

- Irigaray, L. (2002). Phantasm and verb. En *To speak is never neutral* (pp. 55-62). New York: Routledge. (Trabajo original publicado en 1968). "What was exterior and foreign becomes interior and part of the subject, assimilated by the subject. [...] If the partner of enunciation more effectively resists letting herself or himself be reduced to an inanimate object than the subject itself, this co-agent could remain as the only agent, and *to absorb* changes for the subject into *to be absorbed*. The action actively assumed is always liable to transformation into a passively undergone condition, due to a link of dependence between the inanimate and the animate." La traducción es mía.
- Jakobson, R. (1980). Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia. En Jakobson, R. y Halle, M. *Fundamentos del lenguaje*. Madrid: Ayuso. (Trabajo original publicado en 1956).
- Jakobson, R. (2000). On linguistic aspects of translation. Venuti, L. (Ed.). (2000). *The translation studies reader* (pp. 113-118). New York: Routledge. (Trabajo original publicado en 1959).
- JND-ONU. (Junta Nacional de Drogas-Organización de las Naciones Unidas) (2006). *Pasta base de Cocaína. Prácticas y gestión de riesgos en adolescentes uruguayos*. Montevideo. Recuperado de <http://www.infodrogas.gub.uy/html/material-educativo/documentos/20061207-LibroPastaBase.pdf>
- JND-ODU (Observatorio Uruguayo de Drogas) (2006). *Cuarta Encuesta Nacional en Hogares sobre Consumo de Drogas*. Recuperado de http://www.infodrogas.gub.uy/html/informes-documentos/docs/Presentacion_4a_Encuesta_Hogares_Drogas.pdf
- JND-ODU. (2011). *Sobre ruidos y nueces. Consumo de drogas legales e ilegales en la adolescencia*. Recuperado de: http://www.infodrogas.gub.uy/html/publicaciones/docs/201107_sobre_ruidos_y_nueces.pdf
- JND-ODU. (2012). *Quinta Encuesta Nacional en Hogares sobre Consumo de Drogas*. Recuperado de <http://www.espectador.com/documentos/120524informeJND.pdf>
- Joyce, J. (1992). *Ulysses*. London: Penguin Books. (Trabajo original publicado en 1922). "Poisons the only cures, remedies where least expected". La traducción es mía.
- Kasner, E. & Newman, J. (1985). *Matemáticas e imaginación*. Madrid: Hyspamérica. (Trabajo original publicado en 1940).

- Klossowski, P. (1969). Olvido y anamnesis en la experiencia vivida del eterno retorno de lo mismo. *Eco Revista de la cultura de Occidente*, 19(5-6-7), 620-633. (Trabajo original publicado en 1967).
- Koyré, A. (1947). *Epiménides, el Mentiroso. Conjunto y Categoría*. Recuperado de <http://sobrefulanos.blogspot.com/2010/01/epimenides-el-mentiroso-koyre.html>
- Kristeva, J. (1969). *Semiotiké. Recherches pour un semanalyse*. Paris : Editions du Seuil.
- Labrousse, A. (2011). *Geopolítica de las drogas*. Bs. As.: Marea.
- Lacan, J. (1951). *Intervention du 29 mai 1950 lors de la discussion des rapports théorique et clinique à la 13ème conférence des psychanalystes de langue française*.
Recuperado de <http://www.ecole-lacanienne.net/pastoutlacan50.php>
- Lacan, J. (1957). Le Séminaire sur "La lettre volée". *La psychanalyse*, 2, 15-44. Paris.
Recuperado de <http://www.ecole-lacanienne.net/pastoutlacan50.php>
- Lacan, J. (1967). *Petit discours aux psychiatres de Sainte-Anne*. Recuperado de :
<http://www.ecole-lacanienne.net/pastoutlacan60.php> " S'il y a quelque chose que la psychanalyse est faite pour faire ressortir, pour mettre en valeur, ça n'est certainement pas le sens, au sens en effet où les choses font sens, où on croit se communiquer un sens, mais justement de marquer en quels fondements radicaux de non-sens et en quels endroits les non-sens décisifs existent sur quoi se fonde l'existence d'un certain nombre de choses qui s'appellent les faits subjectifs". La traducción es mía.
- Lacan, J. (1969). *D'un Autre à l'autre*, sesión del 12 de marzo de 1969. Recuperado de: <http://www.ecole-lacanienne.net/stenos/seminaireXVII/1969.03.12.pdf> "[...] Il y a un rapport, un rapport naturellement qui n'est pas de causation, entre cette carence des psychanalystes sur le sujet de ce qu'il en est de l'acte -de l'acte psychanalytique nommément- et puis de ces événements; mais il y a un rapport tout de même entre ce qui cause les événements et le champ dans lequel s'insère l'acte psychanalytique, de sorte que jusqu'à (*sic*) présent on peut dire que c'est sans doute en raison de quelque déficience de l'intérêt au niveau de l'acte que les psychanalystes ne se sont pas révélés très dispos ni disponibles pour même donner quelque touche de saisie, fût-elle superficielle, a ces événements. Bien sûr, ce n'est qu'accidentel si, dans l'autre sens, les événements ont interrompu ce que je pouvais avoir à dire de l'acte, mais tout de même ça n'est pas non plus sans représenter quelque chose que, quant à moi, je considère comme un certain rendez-vous. Un rendez-vous que ne déplore pas parce que c'est qui m'a dispensé,

sur ce sujet l'acte psychanalytique, en somme, d'en venir à dire ce qui n'était pas à – pas à dire. [...] C'est au niveau de l'Autre que ceux qui s'en donneront la peine pourront situer ce qui, dans le livre de Deleuze, s'intitule avec une rigueur et une correction admirables, et comme distinct, et comme d'accord avec tout ce que la pensée moderne des logiciens permet de définir de ce qui s'appelle les événements... ". La traducción es mía.

- Lacan, J. (1970). Of Structure as the Inmixing of an Otherness Prerequisite to Any Subject Whatever. En Macksey, R. y Donato, E. (Eds.) (1970). *The languages of Criticism and the Sciences of Man: The Structuralist Controversy*. Baltimore: Johns Hopkins Press.
- Lacan, J. (1972a). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos I* (pp. 59-139). México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1953).
- Lacan, J. (1972b). La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis. En *Escritos I* (pp. 145-178). México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1955).
- Lacan, J. (1972c). La instancia de la letra en el inconsciente freudiano o la razón desde Freud. Lacan, J. En *Escritos I* (pp. 179-216). México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1957).
- Lacan, J. (1975). La troisième. 7^{ème} Congrès de l'École freudienne de Paris à Rome. *Lettres de l'École freudienne*, 16, 177-203.
- Lacan, J. (1975-76). *RSI*. Versión crítica con notas de comparación con el texto establecido por J.-A. Miller en la Revista *Ornicar?* Traducción de Ricardo E. Rodríguez Fonte (1989) de la versión de M. Chollet. Escuela Freudiana de Bs. As.
- Lacan, J. (1977). *L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre*. Sesión del 15 de marzo. Recuperado de: <http://www.ecole-lacanianne.net/bibliotheque/Bilingues/linsu/15-03-77-linsu.pdf>
- Lacan, J. (1978). Le Mythe individuel du névrosé ou poésie et vérité dans la névrose. *Ornicar?* 17-18, 290-307. Seuil, Paris. Recuperado de <http://www.ecole-lacanianne.net/pastoutlacan70.php>
- Lacan, J. (1984). *Las Psicosis*. Bs. As.: Paidós. (Seminario dictado en 1955-56).
- Lacan, J. (2006). *La angustia*. Bs. As.: Paidós. (Seminario dictado en 1962-63).
- Lacoue-Labarthe, Ph. & Nancy, J.-L. (1990). *Le titre de la lettre. Une lecture de Lacan*. Paris: Galilée. (Trabajo original publicado en 1973).
- Le Gaufey, G. (2009). *La paradoja del sujeto*. Costa Rica: Nuestra Tierra.

- Le Poulichet, S. (1990). *Toxicomanías y psicoanálisis, Las narcosis del deseo*. Bs. As.: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1987).
- Levato, M. & Salamone, L. D. (2008). La eficacia del psicoanálisis en sujetos que recurren al consumo de sustancias psicoactivas. En Salamone, L. D., Naparstek, F., Levato, M. & Galante, D. *Lo inclasificable de las toxicomanías. Respuestas del psicoanálisis* (pp. 37-42). Bs. As.: Grama.
- Lévi-Strauss, C. (1963). Réponses à quelques questions. *Esprit*, 322, 628-653. Recuperado de <http://www.fondsricoeur.fr/photo/pensee%20sauvage%281%29.pdf>
- Lévi-Strauss, C. (1979). Introducción a la obra de Marcel Mauss. En Mauss, M. *Sociología y antropología* (pp. 13-42). Madrid: Tecnos. (Trabajo original publicado en 1950).
- Llorente del Pozo, J. M. & Iraurgi-Castillo, E. I. (2008). Tratamiento cognitivo conductual aplicado en la deshabituación de cocaína. *Trastornos Adictivos*. 10(4), 252-74. Recuperado de <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2857181>
- Llosa, T., Chang-Fung, E., Flores, E., Dongo, S., Luna, L. M. & Llosa, L. M. (2006). Primer estudio psicofisiológico y toxicológico de la harina de coca. *Coca Médica*, 1(1). Recuperado de: <http://golpedegato.blogspot.com/2006/09/harina-de-coca-primer-estudio.html>
- López-Ibor Aliño, J. J. & Valdés Miyar, M. (dirs.) (2002). *DSM-IV-TR. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. Texto revisado*. Barcelona: Masson.
- Lucrecio (s/f). *De la naturaleza de las cosas*. (Trabajo original publicado en siglo I AC). Recuperado de <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/de-la-naturaleza-de-las-cosas-poemaen-seis-cantos--0/html/>
- Marot, M., Delgado, R. & López, E. (1999). Terapia grupal y trastornos de la personalidad en pacientes dependientes a sustancias psicoactivas en una unidad de desintoxicación hospitalaria. *Revista Boletín*, 16. Recuperado de <http://www.apagnet.net/assets/M.%20Marcelino%20y%20cols,%20Terapia%20grupal...%20Bol.%2016,%20pags%203-17.pdf>
- Martínez García, J. S. (2004). Distintas aproximaciones a la elección racional. *Revista Internacional de Sociología*, 62(37), 139-173. Recuperado de <http://revintsociologia.revistas.csic.es/index.php/revintsociologia/article/viewArticle/239>
- Meikle, M., Urbanavicius, J., Prunell, G., Umpiérrez, E., Abín- Carriquiry, A. & Scorza, M. (2009). Primer estudio pre-clínico de la acción de pasta base de cocaína en el

- sistema nervioso central. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*, 73(1), 26-36.
Recuperado de http://www.spu.org.uy/revista/ago2009/02_TO_02.pdf
- Meinong, A. (1960). "The theory of objects". En Chrisholm, R. *Realism and the background of phenomenology*, 76-117. Illinois: Free Press. Recuperado de <http://www.ontology.co/meinonga.htm>
- Melenotte, G.-H. (2006). *Sustancias del imaginario*. México: Editorial Psicoanalítica de la Letra A. C. (Trabajo original publicado en 2004).
- Merleau-Ponty, M. (1964). *Le visible et l'invisible*. Paris: Gallimard.
- Merleau-Ponty, M. (1994). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Planeta-Agostini. (Trabajo original publicado en 1945).
- Michaux, H. (1963). *Miserable Miracle*. Recuperado de <http://www.lycaeum.org/books/books/miserablemiracle/miserablemiracle.html>
- Miller, J.-A. (1993). Para una investigación sobre el goce autoerótico. En Sinatra, E. S., Sillitti, D., Tarrab, M. (comp). *Sujeto, goce y modernidad* (pp. 13-21). Bs. As.: Atuel-TyA.
- Miller, J. (2009). Editorial. *Pharmakon*, 11, 9-14. Bs. As.: Grama.
- Milner, J.-C. (1999). *Los nombres indistintos*. Bs. As.: Manantial. (Trabajo original publicado en 1983).
- MSP (Ministerio de Salud Pública) (2011). *Plan de implementación de prestaciones en salud mental en el sistema integrado de salud*. Montevideo: Departamento de Programación estratégica en salud. Área de promoción y prevención. Programa Nacional de Salud Mental.
- MSP-JND. (2007). *Programa Nacional de atención a usuarios problemáticos de drogas*. Montevideo.
- Muñoz Justicia, J. (2005). *Análisis cualitativo de datos textuales con ATLAS.ti 5*. Universitat Autònoma de Barcelona. Recuperado de http://www.fcp.uncu.edu.ar/upload/Atlas5_manual.pdf
- Naparstek, F. & cols. (2006). *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo*. Bs. As.: Grama.
- Natale, F. (2008). El deseo en cuestión. En Salamone, L. D., Naparstek, F., Levato, M. y Galante, D. *Lo inclasificable de las toxicomanías* (pp. 71-74). Bs. As.: Grama.

- Narcóticos Anónimos (1995). *Quién, qué, cómo y por qué*. Narcotics Anonymous World Services, Inc. Recuperado de http://www.na.org/admin/include/spaw2/uploads/pdf/litfiles/cs/CS_3101.pdf
- Navarro Cueva, R. (1984). Adicción a la pasta base de cocaína: tratamiento de dos casos. *Revista Latinoamericana de Psicología*. 16(3), 435-442. Bogotá: Fundación Universitaria Konrad Lorenz. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80516306>
- Observatorio Argentino de Drogas. (2007). *Aspectos cualitativos del consumo de Pasta base de Cocaína/Paco*. Recuperado de http://www.observatorio.gov.ar/informes/regionales/Aspectos_cualitativos_del_consumo_de_pasta_base_de_cocaina.pdf
- Observatorio Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. (2009). *Consumo de Paco y sustancias psicoactivas en niños y niñas en situación de calle y jóvenes en tratamiento*. Recuperado de http://estatico.buenosaires.gov.ar/areas/des_social/adic/observatorio/pdf/informe_paco_resumido.pdf
- Ohlmeier, M. D. et al. (2009). Comorbilidad de la Dependencia a Alcohol y Drogas y el Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad (TDAH). *Revista de Toxicomanías*. 58(17). Recuperado de <http://www.cat-barcelona.com/pdfret/Ret58-2.pdf>
- Olivera, G. (s/f). *Breve aproximación a la perspectiva de género y drogas. Particularidades de los consumos de mujeres en Uruguay*. Montevideo: JND.
- OMS (Organización Mundial de la Salud) (1994). *CIE-10. Trastornos mentales y del comportamiento*. Madrid: Meditor.
- Oury, J. (1980). "Psicoterapia institucional y semióticas". En *Psicoanálisis y semiótica* (pp. 89-99). Gedisa.
- Pascale, A., Negrin, A. & Laborde, A. (2010). Pasta base de cocaína: experiencia del Centro de Información y Asesoramiento Toxicológico. *Adicciones*, 22(3), 227-232.
- Percovich, G. (2011). Thalatta! Thalatta! Helenizar la lengua. *Revista de Psicoanálisis* *Ñácate*, 3, 101-114. Montevideo: ELP.
- Pereña, F. (1999). Formación discursiva, semántica y psicoanálisis. En Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (pp. 465-480). Madrid: Síntesis.

- Pérez, J. (2003). Clínica de la adicción a pasta base de cocaína. *Rev. chil. neuro-psiquiatr*, 41(1), 55-63. Recuperado de http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0717-92272003000100007&lng=es&nrm=iso&tlng=es
- Presidente Mujica: “El Estado no puede seguir escondido” (2012, 28 de junio). *Diario La República*. Recuperado de: <http://www.republica.com.uy/no-puede-seguir-escondido/>
- Prieto, J. P., Scorza, C. (2010). *Pasta base de cocaína*. Instituto de Investigaciones Biológicas Clemente Estable. Artículo de divulgación. Recuperado de <http://www.iibce.edu.uy/DIVULGACION/Articulo%20de%20divulgacion%20de%20Uruguay-%20PASTA%20BASE%20DE%20COCAINA.pdf>
- RAE (Real Academia Española) (2010). *Diccionario de la lengua española*. Vigésima segunda edición. Recuperado de <http://www.rae.es/rae.html>
- Rangugni, V., Rossi, D. & Corda, A. (2006). *Informe pasta base de cocaína*. Bs As.: Intercambios Asociación Civil. Recuperado de <http://www.tni.org/sites/www.tni.org/archives/docs/200702282203562424.pdf>
- Real, M. (2009). Las aventuras de Alicia en el territorio del fantasma. *Revista de Psicoanálisis* *Ñácate*, 2, 113-126. Montevideo: ELP.
- Real, M. (2010). El tiempo en la terapéutica antigua y cristiana y sus implicaciones para el psicoanálisis. En Díaz, A., Puchet, E (comps.). *Inquietud de sí y educación. Hacia un replanteo de la filosofía de la educación* (pp. 135-160). Montevideo: Grupo Magro.
- Real, M. (2011). “Embicharse”, efecto incorporal de una droga. *Revista de Psicoanálisis* *Ñácate*, 3, 115-126. Montevideo: ELP.
- Real, M. (2013). “Disnarrativas de un eros”. En Marchese, M. (coord.), *De eros y philia* (pp. 73-157). Montevideo: Ediciones de la fuga.
- Ricouer, P. (1998). *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1976).
- Roncero, C., Ramos, J.A., Collazos, F. & Casas, M. Complicaciones psicóticas del consumo de Cocaína. *Adicciones*, 13(2), 179-189. Recuperado de <http://www.adicciones.es/files/roncero%20180-190.pdf>
- Roper, H. (2009). *Maldita droga. Una historia del paco*. Buenos Aires: Norma.
- Rossi, G. (2009). Evaluación del trastorno por déficit atencional con hiperactividad en población de usuarios problemáticos de drogas. *Revista de Psiquiatría del Uruguay*,

- 73(1), 109-118. Recuperado de
http://www.spu.org.uy/revista/ago2009/04_CB_01.pdf
- Russell, B. (1946). *Investigación sobre el significado y la verdad*. Bs. As.: Losada.
- Sagan, F. (2010). *Tóxica*. Barcelona: Ático de los Libros. "Je crois que je ne suis plus amoureuse de personne". Traducción mía.
- Salamone, L. D. (2008). ¿Todos consumidores? En Salamone, L. D., Naparsetek, F., Levato, M. & Galante, D. *Lo inclasificable de las toxicomanías* (pp. 29-36). Bs. As.: Grama.
- San Molina, L. & Arranz, B. (2001). Aproximación terapéutica de la dependencia de cocaína. *Adicciones*. 13(2), 191-208. Recuperado de
http://www.adicciones.es/ficha_art_new.php?art=496
- Sandoval Moya, J. (1997). Producción discursiva y problemas sociales. El ejemplo de la construcción social del problema del consumo de pasta base. *Última Década*, 7. Viña del Mar. Recuperado de
<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2256393>
- Santamaría Herrero, J. J. & Chait, L. (2004). Drogadicción y Delincuencia. Perspectiva desde una prisión. *Adicciones*, 16(3), 207-217. Recuperado de
<http://www.adicciones.es/files/06.%20Santamaria.pdf>
- Santamaría Pérez, I. (2007). *El argot y las jergas*. Recuperado de
<http://www.liceus.com/bonos/compra1.asp?idproducto=1053>
- Sepúlveda, M. (1997). El silencio de los angustiados: contextos discursivos en el consumo de pasta base de cocaína. En Hopenhayn, M. (comp.). *La grieta de las drogas, Desintegración social y políticas públicas en América Latina* (pp. 103-112). Santiago de Chile: ONU.
- Sosa, G. (2007, 5 de mayo). Lengua plancha, En *Suplemento Qué pasa de Diario El País*, Montevideo. n° 257. Recuperado de:
http://historico.elpais.com.uy/Suple/QuePasa/05/05/07/quepasa_151464.asp
- Tesnière, L. (1994). *Elementos de sintaxis estructural*, Madrid: Gredos. (Trabajo original publicado en 1959).
- Texeira Ribeiro, C. (2011). Usuário ou toxicómano? Um estudo psicanalítico sobre duas formas possíveis de relação com as drogas na contemporaneidade. *Estudos e Pesquisas em Psicologia*, (11)2, 633-647. Recuperado de
<http://www.revispsi.uerj.br/v11n2/artigos/pdf/v11n2a17.pdf>

- TNI (2006). El paco bajo la lupa. El mercado de pasta base de cocaína en el Cono Sur. *Drogas y conflicto. Documentos de debate*, 14. Programa Drogas y Democracia. Amsterdam: Transnational Institute. Recuperado de:
<http://www.tni.org/sites/www.tni.org/files/download/200612281211405043.pdf>
- Todorov, T. (1970). "Las categorías del relato literario". En Barthes, R. y otros. *Análisis estructural del relato* (pp. 155-192). Bs. As.: Ed. Tiempo Contemporáneo. (Trabajo original publicado en 1966).
- UNODC (2013). *Pasta básica de cocaína. Cuatro décadas de historia, actualidad y desafíos*. Lima: Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito-De vida. Recuperado de:
http://www.unodc.org/documents/peruandecuador/Publicaciones/Publicaciones2013/LIBRO_PBC.pdf
- Vázquez Sixto, F. (1996). El análisis de contenido temático. En *Objetivos y medios en la investigación psicosocial. (Documento de trabajo)* (pp. 47-70). Universitat Autònoma de Barcelona.
- Vera Ocampo, E. (1988). *Drogas, Psicoanálisis y Toxicomanía. Las Huellas de un encuentro*. Bs. As.: Paidós.
- Vigo, D. (2008). Lo que la sustancia nos enseña acerca de lo real. En Salamone, L. D., Naparstek, F., Levato, M. y Galante, D. *Lo inclasificable de las toxicomanías* (pp. 91-99). Bs. As.: Grama.
- Viltard, M. (1995). Hablar a los muros. En *Litoral. La implantación del significante en el cuerpo* (pp. 51-91), 18/19, Córdoba: Edelp. (Trabajo original publicado en 1994).
- Viltard, M. (2010). Freud año cero. En *Me cayó el veinte* (pp. 23-59), 22, Bs. As.: Me cayó el veinte. (Trabajo original publicado en 2009).
- Wallerstein, R. (1994). Psychotherapy Research and Its Implications for a Theory of Therapeutic Change A Forty-Year Overview. En *Psychotherapy Research and Its Implications for a Theory of Therapeutic Change. Psychoanalytic Study of the Child*, 49:120-141.
- Washton, A. M. (1995). *La adicción a la cocaína*. Barcelona: Paidós.
- Zafiroopoulos, M. (1988). *Le toxicomane n'existe pas*. Paris: Navarin.

GLOSARIO

Este glosario no pretende ser exhaustivo sino ilustrar y facilitar a los lectores de la tesis los significados o el uso de las expresiones que en ella se emplean (y que en el cuerpo de la tesis están marcadas en negritas cuando aparecen por primera vez). Tampoco implica un análisis serio de la diacronía, de la filología de las palabras. No es indicativo ni de que alguien consuma o que pertenezca a la cultura “plancha”. Casi todos los consumidores que he escuchado participan de esta comunidad lingüística. Muchas veces, se trata de términos tomados del lunfardo de comienzos del siglo XX (se sabe muy bien que dicho lunfardo no es ajeno al ambiente arrabalero donde el consumo de drogas era corriente) o simplemente del lenguaje coloquial entre jóvenes que de igual modo he decidido asentar en caso que no le sean familiares al lector.

Los términos reproducidos aquí (por momentos se tratará de sintagmas, es decir, expresiones compuestas por un grupo de palabras) han sido recabados a partir de las entrevistas en el Portal Amarillo, pero también están tomados del trabajo clínico que vengo llevando adelante desde el 2005 con consumidores de drogas. Quedan descartadas de este glosario expresiones que no se utilicen en Uruguay. He consultado también los sitios que cito al final y que contienen un glosario similar.

Siguiendo un estudio de Santamaría Pérez (2007), entiendo que en una lengua hay coexistencia e interferencia entre distintos sistemas lingüísticos. Entre ellos, y para el caso que nos ocupa, me interesa señalar esa particular especie de variación lingüística que es el lenguaje argótico de los consumidores de drogas. Se trata de una lengua especial de un grupo social que difiere en varios aspectos de la lengua común. No se trata de un dialecto, no sólo porque no se circunscribe a un territorio, sino porque no tiene una existencia independiente sino que coexiste con la lengua común. Se diferencia de ésta fundamentalmente en el léxico, sin cambiar su estructura fonética, morfológica o sintáctica, aunque presenta algunas particularidades fonéticas y unos pocos rasgos sintácticos. Se trata entonces de un “sociolecto” (dialecto social). El argot es una diferencia de tipo diastrático (no geográfico o diatópico como el dialecto, ni histórico o diacrónico como el lenguaje de una generación).

En efecto, los consumidores de drogas uruguayos no hablan otro idioma que el español, están sometidos a las mismas reglas gramaticales que el resto de los hablantes de la República Oriental del Uruguay pero, a diferencia de otras lenguas especiales (tecnolectos, por

ejemplo, empleados por profesionales de determinada área), se puede encontrar aquí un sentido críptico o esotérico. Se trata de una dimensión que tiene que ver con los usos que se le da a la lengua, una diferencia funcional o diafásica.

Si bien no se trata de una “lengua secreta”, es cierto que quienes la manejan son grupos sociales cuya actividad está o puede estar fuera de una norma o incluso “fuera de la ley” (la lengua de los bajos fondos, del hampa o de la delincuencia). Hay que recordar, en primer lugar, que el origen de la palabra argot, en francés, significaba en un principio “cofradía de ladrones”; luego pasó a designar el lenguaje que éstos usaban. Luego, que la lengua vinculada al consumo de drogas, toma sus expresiones fundamentalmente de ese mundo, en especial de las expresiones creadas en las condiciones del encierro carcelario en el Río de la Plata.

Estos usos, en general, se caracterizan por una gran capacidad de cambio dado que, conforme se hacen transparentes, aparecen nuevas voces que sustituyen a las que empiezan a ser reconocidas. Así con expresiones como “vapai” que, en tanto grado cero del sentido pueden tomar múltiples sentidos (sea “de acuerdo”, “voy para allí”, “hagamos lo que acabas de decir”, etcétera), y que varían rápidamente en la diacronía de un argot que no cesa de sufrir mutaciones anónimas, es decir, que no pueden adjudicarse a tal o cual individuo. Los recursos lingüísticos de estos usos crípticos suponen una actitud activa por parte del grupo y afectan sobre todo al léxico y a la fraseología: se modifican formal o semánticamente términos ya existentes, se toman formas prestadas de otras lenguas, se usan palabras onomatopéyicas. Debemos agregar que no sólo inventan una lengua extraña, sino una sonoridad, una musicalidad, una métrica y una cadencia que les convienen a esa lengua.

Cabe señalar que por cuestiones de uso muchas de estas expresiones hoy se han vuelto populares, siendo usadas tanto por consumidores, como por no consumidores, desde el momento que las expresiones de unos han sido incorporadas por los otros. Al punto que si bien son empleadas por los consumidores, también por los “planchas” (entre quienes hay tanto consumidores como no consumidores), o los adolescentes y jóvenes en general, y hasta en algunos casos por adultos no consumidores (en ocasiones esas expresiones son tomadas en tono de parodia). Ahora bien, el mundo de los consumidores de drogas es bastante heterogéneo. Puede, a la vez, suceder que haya consumidores que, incluso conociéndolas, no suelen emplear estas expresiones. Ello dependerá de las características personales (entre

ellas, la edad, educación o rango social), de las redes de contactos, de las sustancias que se consuman y el circuito por el que transiten.

Antecedente: Antecedente policial o penal

Arruinarse: cansarse, lastimarse, drogarse hasta el deterioro

Achicar: pasar un período de tiempo consumiendo una droga que se considera menos perniciosa, o menos cantidades de tal o cual droga. Estar un tiempo sin consumir. Bajar la frecuencia o intensidad en que se realiza una actividad.

Achique: lugar o tiempo en que alguien disminuye su consumo, sin abandonarlo

Andar en la joda: puede referirse a frecuentar la noche, las drogas, ejercer la prostitución, llevar adelante negocios ilegales

Atomizar: molestar, insistir. Por ejemplo: “¡no atomicés más!”.

Bagayo: oculto, escondido, fugado

Bajón: tristeza, disforia presente en el estado posterior al efecto de consumo, generalmente de marihuana, donde hay una baja en el humor y una sensación de hambre

Base: pasta base

Bazoco, basoco: cigarrillo de marihuana con pasta base

Bicho: aquello en lo que se transforma alguien bajo los efectos de la intoxicación por cocaína o pasta base. Sensación de necesidad de consumir cocaína o pasta base

Boca: punto de venta de droga, vendedor.

Bocha: bolsa de cocaína

Botón: policía, o quien se comporta como tal

Bufarrón: hombre que mantiene relaciones sexuales con otros hombres (gays, travestis o transexuales. A veces a cambio de dinero o favores; a veces con el objetivo de consumir drogas.

Campana: quien vigila durante un acto delictivo, sin participar activamente, para dar la voz de alarma en caso que llegue la policía u otro peligro

Careta: persona que no consume drogas

Chasqui: dosis de pasta base envoltorio de bolsa con aprox. 0.1-0.3 gramos de pasta base (como chasqui boom)

Chorro: ladrón

Chupe: cualquier tipo de bebida alcohólica

Comer: caer preso

Cualquiera: para referirse a un suceso, actividad, acción reprobable, fuera de lugar

Cuarta: 1/4 de tiza de pasta base

Darle color: florear un relato, exagerar

Darle de bomba: consumir en exceso, también puede tener una connotación sexual, si se refiere al sexo mantenido con otro

Darse vuelta: sufrir los efectos de una sobredosis

De la cabeza: loco

De la cara: quien no consume drogas, sobrio, no estando bajo los efectos de las drogas.

De más: muy bueno

De menos: muy malo

De one: de primera, de forma inmediata o automática

Descansar: burlarse, tomarle el pelo a alguien

Descartar: drogas, por ejemplo, se dice de un objeto cuando su tenencia es ilegal ante la requisa policial.

Desbundarse: cometer excesos vinculados al consumo de drogas

Desmorrugar: deshacer, sea con los dedos o con un aparato apropiado (desmorrugador), la porción comprimida de marihuana para poderla fumar

Detonarse: consumir mucha droga o alcohol

Duro, re duro: estado bajo los efectos de la cocaína o pasta base

Echar las causas: culpar, responsabilizar a alguien por algo que se ha cometido

Embicharse: se usa para referirse al estado paranoide, de evasión de contacto social, que se acompaña con cierta actitud y gestos, de un consumidor bajo los efectos de cocaína o pasta base

Emparrillarse: tomar o fumar cocaína durante un tiempo prolongado ininterrumpidamente

En el horno: estar en una situación de peligro, riesgo, vulnerabilidad

Encajar: mentir

Encajarse: aspirar cocaína

Entonarse: alegrarse tras consumir un poco de alcohol

Encajarse: consumir cocaína

Faso: cigarrillo de marihuana

Fisura: sensación que emerge al interrumpir el consumo, persona que consume

Fierro: arma de fuego

Flashear: Boquiabierto “Quedé flasheando”, equivalente a veces a “viajar”

Frula: cocaína

Fumar: cuando no se refiere a sustancias, significa tranzar o vender un bien para conseguir dinero y comprar pasta base. También puede significar en lenguaje coloquial “soportar”: por ejemplo, “a Fulano no me lo fumo”.

Gil: manera de referirse a un varón (dependiendo del contexto puede ser de forma peyorativa), consumidor, alguien del ambiente de la calle, insulto

Gilada: tontería. Grupo de gente, de consumidores, de pibes, de planchas.

Gota: dosis de pasta base

Hasta las manos: en exceso, hasta el límite, involucrados sin posibilidad de negarlo (principalmente si se refiere a un delito)

Jalar: consumir inhalantes (pegamento, por ejemplo)

La concha de la madre: muy lejos

Lágrima: dosis de pasta base

Latero: consumidor de pasta base

Loco, re loco: estado de una persona bajo los efectos del consumo de marihuana

Mamar: beber alcohol

Mamarse: emborracharse

Mambo: locura, embrollo, problema

Marcar: hacer algo sin el cuidado de que otro se dé cuenta

Marearse: confundirse

Merca: cocaína

Mula: quien transporta drogas

Mutar: estar abstraído en un viaje por los efectos de cierta droga

Ni tocarse: no sentirse afectado por algo

Parla: *chamuyo*, *labia*

Partirse la boca: consumir en exceso

Pasador: el intermediario que vende drogas en pequeñas cantidades

Pasado, *re pasado*: estado bajo los efectos del alcohol

Pasta base, *pastabasero* o *pastero*: consumidor de pasta base

Pegar: conseguir, hacerse de algo legal o ilegalmente

Pegar una seca: dar una pitada

Pegue: el estado bajo los efectos de una droga

Perro: quien compra droga para otro y le “hace los mandados”

Pibe chorro: ladrón

Pirar: enloquecer

Pire: locura

Pitar: fumar

Plancha: uruguayismo que denomina a personas pertenecientes a una tribu urbana generalmente de bajo nivel social. Por lo general, son jóvenes, y es común que use el pelo teñido de un rubio artificial y que se vista con camisetas de fútbol, pantalones amplios con muchos y grandes bolsillos, gorras con visera y zapatillas deportivas muy caras. También se identifican con el estilo musical de la cumbia villera.

Porro: cigarrillo de marihuana

Porquería: pasta base

Presentar: poner a disposición de un conocido cierta sustancia sin cobrar por ello

Puntero: *dealer*

Quedar re loco: estar bajo los efectos del consumo de marihuana

Quemarse: enojarse

Quemar todo: Echar todo por la borda, echar todo a perder

Rasta: quien usa el peinado estilo Bob Marley

Rati, rasti: policía

Rastrillo: aquel ladrón que roba donde vive o a sus allegados, o que roba carteras u otras cosas, en general pequeñas, por la calle

Raya: disposición de la cocaína en forma de raya pronta para ser aspirada

Re: prefijo que se emplea para dar énfasis, ejemplo, “re loco, re pasado, re duro”, o señalar un exceso “re zarpado”

Rescatar: conseguir, sacar algo de algún lado con dificultad

Rescatarse: salir bien parado de una situación, conseguir algo para uno mismo

Rescatáte!: sal de esta situación ahora, afrontá la realidad, cambiá tu actitud, no me molestes, y hacé la tuya

Rocho: chorro, ladrón.

Roto: arruinado, fisurado, quebrado, desprolijo, drogado

Seca: pitada

‘Tá (o está) de menos

Tiza: envoltorio con cocaína para ser partida en bolsas y ser comercializada

Tranza: intercambio de drogas o algún bien por dinero, persona que comercializa drogas

Tocarse: sentirse afectado por algo

Tumbero: preso, del ambiente carcelario

Un medio: ½ gramo de pasta base

Vapai: dale, de acuerdo

Viajar: estar bajo los efectos de sustancias, sorprendido, en shock. “Quedé viajando”

Viaje: el estado creado por los efectos del consumo

Villero: que proviene de la villa miseria o cantegril

Yuta: policía

Zarpado: para cualificar algo en exceso: por ejemplo, puede ser alguien que tenga un buen estado físico, o algo que produce mucho placer, o un padecimiento muy grande

Fuentes consultadas:

Latecki, K. (2012, 3 de noviembre), Rescatáte y su diccionario actualizado, *Diario El Observador*, Montevideo. Recuperado de:

<http://www.elobservador.com.uy/noticia/236231/rescatate-y-su-diccionario-actualizado/>

Lengua plancha. UNICEF, Herramientas para la participación adolescente. Recuperado de:

http://www.herramientasparticipacion.edu.uy/index.php?option=com_content&view=article&id=462&catid=108&Itemid=349

Pequeño Diccionario Plancha. Recuperado de:

<http://www.pandoweb.com/Informes/diccionarioplancha.htm>

Rodríguez, V. (2012). *Diccionario Plancha*. Universidad ORT. Montevideo. Recuperado de:

http://fcd.ort.edu.uy/innovaportal/v/4214/3/situ.ort.front/diccionario_plancha.html

Sosa, G. (2007, 5 de mayo). Lengua plancha, En *Suplemento Qué pasa de Diario El País*, Montevideo. n° 257. Recuperado de:

http://historico.elpais.com.uy/Suple/QuePasa/05/05/07/quepasa_151464.asp